Denzil Romero

Para seguir el vagavagar

Epítasis II

Monte Ávila Editores Latinoamericana

1ª edición, 1998

Ilustración de portada
Boceto para Miranda en La Carraca, hacia 1896
Arturo Michelena
Óleo sobre tela
38,7 x 44,5 cm
Colección Fundación Galería de Arte Nacional

Apartado postal 70712, Caracas, Venezuela
Telf.: (58-2) 265.6020 - Telefax: (58-2) 263.8508
E-mail: maelca@telcel.net.ve
http://www.monteavila.com

ISBN 980-01-0983-8
Hecho el Depósito Legal Nº lf50019988001570

Portada: Henry Mendoza
Montaje electrónico: Sonia Velásquez

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

A Jean Franco, en Montpellier

Al magnífico narrador colombiano Pedro Gómez Valderrama
In memoriam

Paladín de patricia figura
cuyo casco emplumó la Aventura
con su errante penacho galán;
que dio un lauro a la Francia gloriosa
y a las nieves de Rusia una rosa...
¡Don Quijote injertado en Don Juan!

J. T. Arreaza Calatrava
Canto a Venezuela

La historia es una burla que los vivos les jugamos a los muertos.

Voltaire
Ensayo sobre las costumbres

Digo que los muertos matan a los vivos.

Esquilo
Las Coéforas, V, 886

¿Quién puede decir quiénes son los vivos y quiénes son los muertos?

Michelet
La historia de la Edad Media

AMANECER GADITANO

—¿DUERMES, GENERALÍSIMO?

No. No duermes. Estás despierto, mirando el techo de la celda. Por un rato te quedaste sin pensar, con la mente en blanco, a modo de descanso, aunque sin dormirte del todo, y eso te aterroriza. Sabes que el no pensar en nada podría significarte la muerte. Sabes que tu propósito es impedir que la muy truhana se salga con la suya. Por ahora, no se salió... Sigues vivo, generalísimo, a pesar de haberte permitido no pensar... Rígido te quedaste en el camastro... ¿Por cuánto tiempo? ¿Una hora, dos, tres horas? No alcanzas a precisarlo. Recuerdas que estabas en Praga, rodeado de espíritus y torres. Recuerdas que caíste como en una seminconsciencia... Mas, cierto fue que no te moriste. Puedes oír el ruido de las olas en la bahía. Suenan como un ronquido. Alguien atraviesa el zaguán de la cuadra. Debe ser el centinela. Tienes la colcha subida hasta la barbilla, a pesar del calor que hace; destapadas sólo las manos y la cara. Rapidísimos temblores recorren tu piel, tensa y como punzada por mil agujas. Mil agujas te punzan desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies. Tus pies están desfigurados por la artrosis, y tus dedos entumecidos, ganchudos y engarabitados. Los pies alados de Mercurio. Esos pies que, infatigables, recorrieron el mundo. Inconcebible, ya ni siquiera tienen uña en los meñiques; ¡ah, tus pies otrora calzados con finas zapatillas! Miras alrededor de ti, pestañeando, como asombrado, tratando de ver si todo está en su lugar. Al parecer, todo sigue igual a como estaba antes de que la mente se te pusiera en blanco: el taburete maltrecho, el botijo de agua, el artilugio como mesa, los libros apilados. A través del ventanal del este adviertes que no tardará en amanecer. Sí señor, las sombras comienzan a difuminarse y el sol debe estar levantándose por encima del puente de Suazo, más allá, por la playa del Bajondillo de Málaga, por el golfo de Almería, tal vez. Te provoca levantarte, llegar hasta la ventana para respirar el aire del alba, para ver la luz escondida en las tinieblas, el día separándose de la noche, la tierra alzándose allí en el punto donde aparece la aurora. ¡Bah, generalísimo!,

no tienes por qué levantarte ahora, protesta tu yo perezoso. El caso es que no tienes ganas de nada. No obstante, mueves tus huesos carcomidos, haciendo chirriar las tablas del camastro. A un lado, echas la colcha... Ahora, tratas de calzarte los zapatos, haciendo fuerza desmedida con los pies, como si temieras no poderlo hacer en definitiva. Y es que ya no tienes arresto, generalísimo, ni siquiera para calzarte. A duras penas logras ponerte de pie junto a la cama, encorvado y tembleque; los brazos como chamizas desgajadas; la boca llena de una baba biliosa, y la lengua espumarajante. Desde que se te cayeron los dientes, cuando engulles, la boca se te hunde con lentas repeticiones. Tratas de estregar las manos sobre tus labios para limpiarte la babaza. Los cañones de la barba te hincan el dorso. Eres una piltrafa, piensas para tus adentros. Menos que una piltrafa, te repites con voz bronca.

Si pudieras alcanzar el ventanal del este. A lo lejos se oye ya el repique de los gallos. También se oye la jauría ladrante azuzada por las últimas sombras. Y el chillerío de las gaviotas. Y las voces de los primeros madrugadores. Los soldados del cambio de guardia, a buen seguro, primeros que ningún otro... Si pudieras ver la marisma de los caños, la madre de los ríos resecos y los esteros y las acequias y las viñas confinantes, perfilándose ellos clarioscurecidos por los últimos rayos de la divina Astarte, diosa de los bosques, luna, reina del cielo, Venus Siria y esposa de Adonis. Ninguna luna más bella que la gaditana. Ningún amanecer como los que en Cádiz se ven. Recuerdas cómo los disfrutabas cuando, años atrás, capitán todavía, harto de cañas, paliques y brometas, en la cantina de Poenco, más puto que el pastelero de Puerto Chico, salías a recibir en tu cuarto de pensión de Los Flamencos a María Thérésa, tu mercadera de la Calle Ancha, o te ibas a la playa que mira la mar de Berbería, por las barracas de salazón y más allá del corral de pesca, a una media legua de la puerta de Cádiz, entre pillastrones y correcaminos de la peor ralea, a caza de las gitanillas pescadoras de las almadrabas, más busconas de hombres que de atunes. Tieso, echado un tanto adelante, con la espalda envarada, procuras avanzar hacia el ventanal. El sofoco no te deja. Respirando por la boca no sabes cómo mantener el equilibrio. Temes irte de bruces. Quizás, un poco de rapé te devuelva la fuerza. Regresas, uno, dos, tres pasos. A tientas buscas la tabaquera sobre el artilugio que hace de mesa. No sin dificultad vuelcas el anhelado polvo en tu labio inferior que mantienes estirado con el pulgar y el índice. Al poco, comienzas a sentirte mejor y logras llegar al ventanal. Ante ti se cierne el alba casi corporeizada, a punto de cuajarse en sustancia indefinida. Piensas que le has ganado otra noche a la muerte. Ves el agua espesa

y negra que corre por los caños, por momentos se hincha mostruosamente con fugaces remolinos que corretean por ella. Oyes el murmullo incesante y múltiple. Un rato más, permaneces allí, asido al marco de la ventana, cogitabundo, lúgubre, mirando la inmensidad desértica, más allá del puente impreciso que une la prisión con el cementerio (el cementerio de La Carraca donde habrán de echar tus huesos en la primera fosa común que se consiga al paso); más allá de la empinada cruz de madera que se balancea y estremece por efecto del viento. Y la vieja decisión de fugarte, hasta el final, rebulléndote en la mente. Si pudieras hacerlo ahora. Si tuvieras la fortaleza suficiente. Si hubiesen llegado a tiempo los recursos que tanto requeriste a sir James Duff, el cónsul inglés de Cádiz. Y a la casa Duncan Shaw & Cía. Y al almirante C. E. Fleeming, encargado de la base naval de Gibraltar. Y a tu queridísimo amigo John Turnbull. Y a su hijo Peter. Y a tu no menos amigo Nicholas Vansittart, el muy venerable Lord Bexley, por años encargado de la hacienda británica... Si hubiesen sido más eficaces las gestiones de tus amadas Mercedes Franco de Valenzuela y Guzmán y Cristina Barreto Estrella de Luzón. Si se hubiese dado, señor, la tan ansiada fuga. Dispuesto a ella, habrías arrostrado el fuego y la tierra y el agua, todo, con tal de recobrar la libertad. Pero, no se te dio, generalísimo. Y ahora..., ahora, sólo la muerte parece presentársete como posibilidad certera. Para combatirla tienes que seguir hablando, seguir pensando, seguir escribiendo o haciendo que escribes, no importa si a la postre es contra toda palabra, contra todo pensamiento, contra toda escritura.

Ése es el único posible *divertissement* que te queda a mano, la única feroz huida, la única incansable fuga. Frustración y muerte, nada hay en el hombre que no sea ilusoria imagen de sí mismo, te dices al tiempo que regresas al camastro, dispuesto a continuar con el divertimiento. Sabes que en la batalla ineludible contra la muerte, sólo el *divertissement* puede vanamente, mediante la ilusión del juego, esfumar la sombra permanente del hastío...

EN LAS RIBERAS DEL «BLAUEN DONAU»

SABES QUE HAS perdido ya toda posibilidad de fuga y de intervención pública en los destinos de América.

Y ¿qué queda sino el juego, cuando todo lo serio, todo lo que con el poder se relaciona, se ha esfumado por completo?

Más vale que retornes a tu camastro (o que no te levantes de él).

No tardará en llegar el saltatumbas de Albarsánchez con su persistencia de extremaungirte, balanceando su acetre de aquí para allá, rociándote con sus aspersiones de agua bendita. Un día terminarás por hacerle tragar el hisopo. Cura maldito, ¿hasta cuándo te fastidiará? Mejor no pensar en él. Él es otra de las formas bajo las cuales te acecha la muerte.

Mejor es volver al juego para evadir el ocio inevitable, el hastío previsible, la prolongada desesperanza.

Sí, mejor es seguir jugando.

Recordar.

Pensar.

Imaginar, desvariar, seguir recordando, antes que la confusión borre los visos del pasado y anule el porvenir, antes que la catástrofe final se consuma y todo cuanto amaste se aniquile.

Es ésa la última y patética arrogancia de tu razón desmedida.

No importa que sólo sea un truco y que, en el silencio del retiro, tus recuerdos no logren finalmente arrancarte del fastidio y el reposo absoluto, sin pasiones, sin negocios, sin diversiones, sin mujeres, sin aplicación. No importa que no logren arrancarte de la muerte. Sólo servirán para distraerte y hacerte llegar irremisiblemente a ella.

Se trata de una paradoja insalvable.

Pero, asumes el reto porque «*Nada hay más conforme a la razón que la desautorización de la razón misma*»...

Ese racionalismo anticartesiano es el que en definitiva conforma el espíritu trágico.

Asentado sobre la angustia metódica, el pensamiento que logres hilvanar terminará disolviéndose en el horizonte último de tu propia muerte.

Pero, no importa. Vale pensar que de la esperanza de la victoria sobre el olvido deviene la vida.

Ahora, generalísimo, siempre en compañía de Smith, marchas de Praga hacia Viena. Bordean los Cárpatos Occidentales, por excelentes caminos, con el macizo de Tatra como núcleo, y un arco de suaves y redondeadas montañas medias, pequeñas colinas y vallecillos intensamente poblados, rodales de bosques de pinos y abetos, y dehesas de finos pastizales donde pace una ganadería numerosa y selecta, amén de los copiosos viñedos que desde el estío al otoño deslumbran con el luminoso contraste de sus pámpanos. Imborrable te resulta la visión de *An der schönen blauen Donau*. Multicolores hilos de sonido se te superponen a la visión de entonces en un matizado tapiz que, pese al abigarramiento orquestal y a la saturación de espesas sonoridades, permite destacar la melodía del fondo con absoluta precisión. Casi te provoca valsear en la celda como antaño lo hiciste al acorde de mil y un violines en las salas de baile vienesas, etéreo, presa de un lirismo exaltado, de una expandida alegría vital, triunfante ella sobre la pesadez del espíritu y el cuerpo, luciente en el brillo de las vueltas y las figuras, tenso, distendido después, girando y desgirando y volviendo a girar como diestro patinador sobre hielo en una atmósfera de sutil equilibrio, arrobado por la ilusión del vuelo, por el incesante transcurrir de las elevaciones y los pasos *terre-a-terre*, los despliegues y los deslizamientos, los *pas de bourrée* y las *pirouettes*.

Ante ustedes corre la azulina y vertiginosa corriente; hasta ustedes sube su rumoreo cloqueante y afanoso. El Danubio es, como el Orinoco, un río múltiple, todos los ríos en uno. Desde su nacimiento en Donaueschingen, al pie de la Selva Negra, hasta su desembocadura en el Mar Negro por un delta de siete bocas, a lo largo de un recorrido de más de dos mil seiscientos kilómetros; por la Suabia y la Baviera, por Austria delimitando la Eslovaquia y la Hungría, atravesando íntegramente este país de N. a S., penetrando la llanura Panónica, y cruzando de E. a O. la Rumania; ora como un río alpino o subalpino, hasta Viena; abriéndose paso por estrechos desfiladeros, paredes abruptas y una maraña de gargantas escarpadas; hinchándose con el caudal de sus importantes afluentes, llegados de las grandes montañas: el Iller y el Lench, el Isar, el Inn, el Salzaach, el Enss; con un régimen de crecidas muy ostentosas desde abril, en el comienzo del deshielo de las cumbres, con un máximo en junio, y mantenimiento de grandes aportes entre julio y septiembre; ora, pasada Viena, como río de llanura que discurre por un antiguo lago

desecado, hasta Belgrado, dividido en pequeños brazos formantes del grande y el pequeño Schutt, centro de una subcuenca casi cerrada por los montes Bakony y Visegrad. Desde aquí hasta los desfiladeros de las Puertas de Hierro en los montes del Banato, ¿montes del Banato se llaman?, tórnase lento, apacible, divagante y parsimonioso; como una jovenzuela mereciente, como un oficiante de protocolo, bien que con un inmenso caudal por la afluencia del Tisza, su mayor tributario húngaro, y los no menos correntosos Drave y Save, que le caen de la Voidovina. Amplios meandros de reposada corriente forman su curso por las llanuras arenosas de Rumania y Serbia; por fin, desde las Puertas de Hierro y el estrecho desfiladero de Kazán (la menor anchura del río en todo su trayecto) entra en la llanura rumana de Valaquia, recibiendo numerosos afluentes que descienden desde los Alpes de Transilvania y los Cárpatos Orientales.

Sabes de todo, generalísimo. No es casualidad que puedas recitar de memoria el curso del Danubio. Los mejores años de tu vida los pasaste estudiando en los libros y en los viajes. Ahora, en esta pútrida celda gaditana, para retardar la muerte, haces gala de todo lo aprendido...

Al fondo de la ensenada, contra la ocredad de la isla, restalla el blancor de una playa de guijarros. Apenas levantándote un palmo por encima del camastro, puedes observarla. Un marinero impulsa su barca hacia la playa. La barca surca el agua; con la proa, choca en la grava. Todo, eres capaz de detallarlo hasta la saciedad. Nada se te escapa a la vista ni al entendimiento. Con razón que, viajando con Smith, el bueno de Smith, no perdiste ribete ni pormenor del portentoso río. ¿Hablabas del *Danubio Azul*? Sí, generalísimo, hablabas del *Danubio Azul*. En el *Diario de Viaje* anotas todo lo que has logrado averiguar a su respecto: su longitud y sus variables anchuras, la superficie total que abarca su cuenca, su mayor y menor profundidad, el volumen de agua que arrastra en las diferentes épocas del año, el calado de los pequeños buques que lo navegan por cuenta de la recién fundada compañía de navegación bavarowurtemburguesa y que practican el comercio de cabotaje entre los no pocos puertos fluviales bien utilizados que se ven en sus riberas. Y la descripción de las pequeñas flores amarillas, muy semejantes a las eglantinas, aunque no trepan como éstas, que se expanden, primorosas, en buenos trechos de la orilla. También las pequeñas flores de la ribera. Y los acantilados que, aquí y más allá, aparecen y desaparecen simulando castillos, con puntas agudas, escollos erguidos, paredes verticales que hacen pensar en campanarios de asombrosa altura, y en torres, y miradores, y murallas. Y las variaciones del color del agua... También las variaciones del color del agua...

La ciudad desde la cual llegan a Viena es Hollabrunn, donde pernoctaron la jornada anterior y donde se achisparon con unas cuantas botellas del mejor vino de la región, en una *heurigen*, especie de taberna en la que suele servirse el *heurige* o vino nuevo, expedido directamente por el viticultor-tabernero, en jarras o botellas de litro sin etiqueta, para ser bebido en el mismo lugar o llevado a casa. En aquella *heurigen*, aparte del agradable rato pasado, los valses y las polkas que interpretaba una orquestica local, la jovialidad y buena compostura de los parroquianos allí presentes, y la ya dicha calidad del vino consumido, espirituoso y dinámico como para subirse de primera vez a la cabeza, mucho te llamó la atención el particular diseño de las mesas y sillas dispuestas para el uso de la clientela. Eran muebles de madera tallada astutamente (y con exquisita finura) para que parecieran construidos con troncos apenas desbastados, sarmientos o raíces de árboles de formas heteróclitas. Una década más tarde, hacia finales de siglo, tales muebles rústicos (*rustic furniture*, les llaman en Londres) se pusieron de última moda por toda Europa, especialmente en Inglaterra, para amueblar cenadores, pabellones, jardines y otros ambientes. Mas, a decir verdad, era ésa la primera vez que los veías y, según el tabernero, habían sido concebidos y labrados por él mismo, el muy amable señor Karl Münden, si no recuerdas mal su nombre correcto, nacido y criado en ese remoto pueblecito de Hollabrunn, y a quien en propiedad debería atribuírsele la invención.

A Viena, generalísimo, llegaron como a las doce de aquel día, después de pasar Mallebern, Stockerau, Enzersdorf, y de cruzar el Danubio por tres puentes. Los lugares mencionados son ciudades-postas, a una distancia (una de otra) de dos millas alemanas. Un registro muy severo del equipaje a las puertas de la ciudad, les hizo perder buen tiempo y hubo de causarles no pocos desagrados. Al pobre Smith trataron de decomisarle unos grabados galantes que había comprado en un *sex-shop* de Amsterdam, por aplicación de un viejo decreto de Su Sacra Cesárea Real y Apostólica Majestad, y un reloj de faltriquera del que no pudo mostrar oportunamente el certificado de adquisición. Y Smith empezó a explicar a los guardianes con narices de remolacha y cascos de lansquenetes, «que había extraviado el bendito certificado..., que el reloj lo había comprado a un joyero de Berlín..., que los grabados no podían ser calificados de pornográficos..., que eran auténticas obras de arte..., que él era un funcionario diplomático de un país libre que mantenía cordiales relaciones con el Imperio austríaco...». Esperaba que le concedieran crédito. La impresión general fue «que no se había

achicado con la requisitoria, que era un tipo derecho, que bien sabía defenderse y no había por qué dudar de su palabra...». No era ningún contrabandista, pues. Los guardias se mostraron dispuestos a aceptar sus razones. Pero, una hora u hora y media les tuvieron retenidos en la portería, sin poder avanzar.

UNA ÓPERA DE MOZART, LA ESTADA CON HAYDN Y UN ESCARCEO AMOROSO-BOLERÍSTICO CON LA TIERNA Y MUY BELLA PRINCESITA DE ESTERHÁZY

YA EN LA CIUDAD, generalísimo, se alojaron en el «Boeuf Blanc», muy confortablemente, en una suite de dos habitaciones y con recibidor propio, en el que se podía agasajar a cualquier huésped insigne. Viena, por su parte, te resultó una ciudad de encanto, tal como la habías imaginado: clásica y romántica, a un tiempo; a un tiempo buscando la pureza del estilo y la proporción armoniosa, esforzándose por llegar a la perfección de lo que ya existe, y procurando —no obstante— el atisbo de nuevas formas que expresen los significados esquivos y los estados anímicos indefinibles, el lirismo subjetivo y la íntima comunicación entre los seres; ordenada y clara, pero abierta a la expresión de las más radicales emociones; espectacular y grandiosa, sin descuidar el peso de la tradición; arrullada igual por los acordes bien medidos de las sinfonías y sonatas de sus academias y sus maestros de capilla, y por la efusión emotiva, contagiosa y vital de los valses y mazurcas de sus salas de fiestas, o la dominadora fuerza interior de las formas breves: el *lied* y las piezas para piano de sus pequeñas salas de concierto. De modo que, dejando el equipaje a medio colocar en las suntuosas habitaciones del «Boeuf Blanc», cenaron profusamente, se cambiaron y marcharon a disfrutar de esa Viena musical y fiestera, insólita, aturdiente y sensual.

Esa misma noche de la llegada, lograron comprarle a la fortuna un par de entradas para asistir en el Teatro de la Ópera a la representación de *El rapto del serrallo* de Mozart, estrenada tres años atrás y que, pese a ello, seguía montándose cada noche a lleno completo. Con el joven Belmonte, emocionados, corren la aventura de introducirse secretamente en Turquía, al saber la noticia de que su prometida Constanza y los sirvientes de ésta, Blondchen y Pedrillo, han sido raptados por unos piratas y vendidos al bajá Selim. Después de entonces, generalísimo, has visto más de quince veces la representación de esa obra magnífica en diferentes teatros del mundo: en San Petersburgo, en Presburgo, en Moscú, en Varsovia, en Milano, en Livorno. Mentalmente puedes desgranarla, aria por aria, verso por verso, compás por compás, desde la

obertura estupenda que se abre con un *presto* donde alternan los matices del *piano* y el *forte* hasta el conmovedor *Qué destino* cantado por Belmonte y Constanza para lamentarse entrambos de su estrella fatídica, o el no menos conmovedor cuarteto *La venganza no es de nobles*, la pieza coral que celebra la libertad de los jenízaros ya perdonados por el bajá... Arrobados salen del teatro, después de bajar a los camerinos para saludar a los actores: a la *primadonna* Ademberger, al señor Sacco, al bufo Benucci (lucidísimo en su papel de Pedrillo), al tenor Storace... Y, ganados por el espíritu musical de Viena y de los vieneses, deciden continuar la fiesta en una de las tantas salas que para ello existen en la ciudad; entre danzas, mujeres y champán; el consabido ritmo de los cuatro compases, demasiado previsible (quizás), y el desafío de los ritmos asimétricos que ya entonces comenzaban a ser experimentados entre los músicos más renovadores; pequeñas unidades de tiempo divididas en una gran diversidad de esquemas rítmicos y una estimulación muy acorde con el temperamento de la diversión exaltada y la aventura extendida hasta las más extremas posibilidades. En esa sala de fiesta, llamada no por casualidad *Così fan tutte* («Así hacen todas») como la primera *opera buffa* escrita por Mozart niño a los doce años, parecía concentrarse lo más granado y lo más abyecto de la sociedad vienesa: altos funcionarios de la Corte y señorones burgueses del comercio y la industria y las finanzas, profesores de música, escritores y artistas, mediocres tinterillos y fablistanes, señoras y señoritingas de la aristocracia, y pelanduscas busconas de mal o medio vivir también, actrices de teatro, alguna tímida modistilla y hasta colegialas casi infantas a la caza de padres y las emociones fuertes, corredores de la bolsa, matachines y asaltabancos, amén de los visitantes extranjeros llegados de toda Europa, un bululú de gentes, en fin, que apenas te dejaban danzar a gusto, te ensordecían con su hablar a gritos, te saludaban palmoteantes como si te conocieran de toda la vida, y se encimaban sobre ti, cada vez más, para alcanzar la jarra de vino o poder dar completa la vuelta de su vals... Allí, esa noche, conociste a personajes, personas y personejas de las más variadas especies, algunos de los cuales se convertirían en verdaderos amigos tuyos y te atenderían de lo mejor a lo largo de toda tu estada en la ciudad: Ferdinand Müller, Agente Áulico, y el señor Alssinger, Agente de la Corte, que por propia voluntad se convirtió en el mejor *cicerone* de cuantos hubieses podido conseguir; el caballero Roxas y el señor Sapte; el caballero de Lelis, Oficial de la Embajada de España, y el conde Graneri, procedente de Italia; a la condesa Wrna; a la baronesa Poniatowski, esposa del comandante del Regimiento de Ulanos; a la señorita

Raps, que te invitó para que conocieras su Gabinete de Historia Natural, y a la señorita de Born, que hizo lo propio para llevarte a ver su colección de *coquilles* (todas las del mundo, señor de Miranda, todas; todas, incluida la suya, la suya propia de ella; ¡qué coquilla, señor, qué *cuquilla*!). Y a la señorita Jamnitzer. Y a la señorita Kordenbusch. Y a la señora Kohl. También conociste algunos artistas interesantes que, día por día, vivían su bohemia cotidiana, la bohemia propia de la *Vida de Artista*, la misma que solían hacer los creadores caraqueños y sus fáunicos adláteres en los bares de la *República del Este*; la misma que hacen todavía, con menos poder adquisitivo, en los del *Callejón de la Puñalada*. Recuerdas a Anton Kothgasser, excelente esmaltador de vidrios, dedicado además a la factura de porcelanas y a la pintura de vidrieras; tuvo la gentileza de invitarte a su taller y de regalarte un hermosísimo vaso de vidrio amarillo transparente; transparente-esmaltado con un paisaje alpino... Recuerdas al muy talentoso Robert Hancock, grabador de buril y a la manera negra... Recuerdas al señor Joseph Danhauser, propietario de la más importante fábrica de muebles de Viena, además de rico comerciante e industrial; cuando visitaste su fábrica, te mostró un álbum con más de mil quinientos diseños de su propia creación; un artista por derecho propio; se le tiene como uno de los creadores del *estilo Biedermeir*, hecho por lo demás justificado. Recuerdas, también, a unos cuantos músicos. A Phillipp Nieder, clavecinista al estilo galante de la música francesa. Y a los violinistas Ludwig Rohde, Johann Sommer y Emanuel Dorflinge. Al pianista Richard Leibnizt. Y a Franz Joseph Haydn, el más importante de todos los músicos que conociste entonces. No, no, no, generalísimo, a Haydn no lo conociste entonces. Lo conociste unos días más tarde, en Esterhazy, cuando viajaste a Eisenstadt y a Presburgo, la capital de Hungría... Llevabas cartas de recomendación para el príncipe Nicolás de Esterházy y para el propio Haydn que vivía bajo su mecenazgo. Haydn se portó de lo mejor contigo. Te recibió principescamente como si el príncipe fuera él. Inmediatamente te acompañó y te hizo ver todo el palacio: la biblioteca con más de 300 mil volúmenes, 12 mil manuscritos curiosos (entre ellos el original del primer informe que Cortés hizo a Carlos V durante su expedición mexicana y un libro de jeroglíficos mayas; el *Senatus Consultum* sobre latón, con la prohibición de las fiestas bacanales en Roma, del 568; los famosos mapas geográficos de Peutinger con las rutas romanas de la época de Teodosio, lo primero que se grabó en Alemania; antiguos legajos de Dioscórides y de Livius, y un planetario con el sistema copernicano en acero y cobre, hecho por Netsfell, un alemán); la galería de pinturas; las cascadas, múltiples,

saltando unas sobre las otras, y los miradores especialmente dispuestos para mirar-admirar desde lejos esa batalla de tempestades; el acuario; las rosaledas; el teatro... Y te dio toda la información que le requeriste... Que si la renta anual del Príncipe era de 700 mil florines y de ella le pagaba una pensión vitalicia a los actores y a los músicos... Que si mantenía a sus expensas todos los hospitales y orfelinatos del principado... Que si había fundado escuelas por doquier... ¡Increíble ese príncipe de Esterházy!... También te habló Haydn, entrado ya en confianza, paseando por los jardines, en el templo de Diana, en el Apolo, en la Bagatela, de su vida y su obra, de sus pesares, de sus proyectos. Había nacido 53 años atrás, en la aldea de Rohrau, situada a una hora del Leitha, afluente derecho del Danubio. Su padre vivía allí como carretero y él, Franz Joseph, era el segundo de sus quince hijos. «Fue una juventud terrible la mía, amigo De Miranda, terribilísima», te contaba con voz quejicosa y los ojos grises de tristeza. El carretero Haydn, no obstante, tenía una hermosa voz de tenor y se acompañaba a sí mismo con el arpa, sin saber una nota. Un día, escuchando la voz de soprano de su hijo, pensó que reunía condiciones para la música. Aunque la madre estaba inclinada a que se hiciera eclesiástico, el muchacho (con la ayuda del padre) pudo llevar a cabo su propósito de hacerse músico. Al poco pudo marchar a Hamburgo para estudiar con su tío, un maestro de pueblo que se desempeñaba como organista. Dos años después pasó a ser cantor del coro de la catedral de San Esteban de Viena. Por ese entonces compuso su primera obra: la *Salve Regina* a dos voces. En 1749 empezó a cambiar la voz; fue despedido del coro por cortarle la coleta de la peluca a un condiscípulo. Fortuna para él, pudo vivir una temporada con un amigo que era cantor de iglesia; al poco, recibió de una familia amiga un préstamo desinteresado de 150 florines que le permitió alquilar una buhardilla y un piano apolillado. A duras penas, siguió viviendo como cantante de iglesia y dando algunas clases. Por suerte, hizo amistad con personas influyentes, entre otros, con el famoso compositor y profesor de canto Nicola Porpora. Diez años más tarde ya habían pasado sus peores preocupaciones. Comenzó a ser maestro de capilla de una familia condal. Pudo vivir entonces sin penurias económicas. Se casó. Conoció al príncipe Paul Anton Esterházy quien lo contrató como maestro de capilla y director de la orquesta de palacio. Muerto el cual, quedó bajo la protección de su hermano Nicolás, el sucesor en el principazgo. Con él hizo tal intimidad que hasta componían música conjuntamente en el mismo atril y sobre el mismo papel pautado. Desde entonces, dirigía para él la orquesta de palacio todos los viernes. Ese viernes de tu llegada,

por la noche, habría el consabido concierto. Serías su invitado de honor. Con el príncipe y su familia lo escucharías en el palco principal... Pero, no andaban del todo bien los asuntos del maestro. No llevaba buenas relaciones con su esposa. La señora de marras era frígida. Peor que una panela de hielo, querido Miranda. Tan asexuada como una monja anémica. Peor que las cuquitas peludas pintadas en el suelo y con las cuales suelen masturbarse los muchachos de todo el mundo. Por añadidura, no le había dado hijos y eso aumentaba su desventura. En dos incendios sucesivos de su casa de Eisenstadt había perdido un sinfín de composiciones. ¡Irreemplazables, querido Miranda, irreemplazables! Además, estaba enamorado; perdidamente enamorado de una chicuela, treinta años menor que él y pérfida, de lo más pérfida ella. Luigia Polzelli, una jovencísima cantante de ópera. Cuando se conocieron, él tenía 50 años de edad y ella, ella, apenas 19; una umbelita de primavera, valdría decir. Desde entonces vivían en concubinato. Se veían furtivamente, desesperados, ansiosos, en oscuras casas de cita, rapidito, entre los bastidores de los teatros, sobresaltados, intermitentes; o más despacio (pero, siempre apurados), en los bosques de las afueras de Eisenstadt, en un playón de río cualquiera o en la cueva de unos asaltantes, a hurtadillas, ¡siempre a hurtadillas, querido Miranda!... Era de verdad la agonía del infierno. O todavía muchísimo peor. Como avergonzado, te confesó Haydn que él sufría de un priapismo incontrolable. Era lo que se dice un *couvreur*. Hasta treinta veces podía *cracher* en un solo día. Luigia Polzelli era la única capaz de resistirlo. Había probado con putas de los más bajos fondos, con niñas núbiles y mujeres corridas, con cortesanas y plebeyas, con monjas y seglares, con todos los tipos de mujer había probado..., y Luigia, sólo Luigia, podía sobrellevar aquellas ráfagas... Las otras se desmayaban, perdían el sentido, salían a gritos desnudas por las calles. Sólo Luigia, la increíble Luigia, al cabo de diez, veinte, veinticinco o treinta folladas, seguía impertérrita y pidiendo más. En desquite, cada vez le hacía mayores exigencias económicas. Sólo una hora atrás le había pedido que para el caso de que enviudase, llegado que fuere el caso, tendría *ipso facto* que casarse con ella, y que mientras tal condición se cumpliera habría de pasarle una pensión vitalicia de 300 florines por mes... Todo rubricado por ante un juez competente... «Si no, no, mi amor, nada de *fututíon*»... ¿Se imagina, Miranda, yo sin *fututíon* y, sobre todo, sin la *fututíon* de la Luigia? Imposible renunciar a sus encantos. Era la única mujer de la tierra capaz de soportar su erotogenia, la única capaz de aguantar de una sola vez, vez por vez, 7 u 8 *escrimes d'amour* sin quejarse una pizca; la única que antes del último orgasmo ya estaba

anhelando el siguiente; la única que podía follar igual por la vulva que por el culo que por el ombligo que por la boca que por las orejas, cual si fuese ella una comadreja fecundada... Imposible, imposible de imaginar, querido Miranda... Esa misma tarde, Haydn te llevó a alojar a su apartamento palatino y te presentó a su mujer... ¿Mujer?... Mujer, no... Una caballa... Una caballa nacida Keller, hija mayor del famoso peluquero de ese apellido y bastante mayor también que su propio marido... El pobre te confesó que no era con ella con quien quería casarse al principio, sino con la séptima y última de las hermanas suyas; pero se dejó encalamocar con el padre de ambas en favor de la primera. Al parecer la tal Keller tenía pésimo carácter. Haydn la llamaba «*bestia infernalis*». Pero, en honor a la verdad, la mantenía consigo porque era excelente cocinera. Esa tarde que llegaste, les dio a comer arenques. Arenques pescados en el propio criadero especial del Palacio. Sus huevos habían sido traídos por mandato expreso del Príncipe desde la Escania. La Escania, sí. «Ningún arenque es mejor que los de la Escania», gustaba repetir Haydn cada vez que comía los que su *bestia infernalis* le preparaba. Muy bien preparaba los arenques la señora Haydn, nacida Keller. La boca se te agua con sólo recordarlos... Los servía frescos, salados, ahumados, a *la vinagretta* o escabechados... Los servía cocidos, asados, fritos, estofados, fileteados, rellenos sin espinas, enrollados sobre pepinillos, conservados en aceites, en vinagre, vino blanco o nata agria... Los servía rociados con cerveza gorda, aderezados con sal y cebolla y acompañados de patatas con piel (*papas sin pelar*, decíamos en Caracas). A veces, prefería meterlos en el horno sobre lonchas de tocino y espolvoreados con pan rallado y hojitas de eneldo o, simplemente, fritos y rebosados en harina. Como quiera que fuesen, cierto fue, generalísimo, que muchos arenques comiste durante tu estada de tres días en casa de los Haydn... Y que, después de la «arencada» que almorzaste a tu arribo y de una breve siesta, por la noche, fueron al teatro. Allí conociste al príncipe Nicolás y a su querindanga de turno, una mujeruca vulgar. También conociste a su sobrina, la princesita Dorotea, hija menor del anterior príncipe reinante, ya fallecido para el momento, el muy digno Paul Anton, ella sí lindísima y, a simple vista, con el joven cuerpo lleno de impetuoso e impaciente deseo, con una furia libidinosa y furtiva que se le salía por los ojos. Con ellos, el Príncipe, su querindanga y la dulce y ardiente Dorotea, oíste el concierto desde el palco principal. Esa noche, el maestro, como de costumbre, estuvo genial dirigiendo la orquesta y el gran coro de *Las Estaciones*. Lo ves, impetuoso, soberbio, empedernido, empinándose y recogiéndose sobre sus pies para marcar el paso del invierno a la prima-

vera. El *vivace* de la orquesta se convierte en un recitativo, al que sigue el famosísimo coro: «*Ven, dulce primavera*», en el cual se sugiere, con una sencillez esplendente, todo el encanto del despertar de la Naturaleza. La naturaleza no está en la música. Está sentada a tu lado, generalísimo. Ojos te faltan para contemplar más y mejor aquella cabeza erguida sobre un cuello largo y rozagante; aquella boca grande, roja, con hermosos labios humedecidos de pasión; la nariz pequeña y fresca, olisqueante, como la de una gatica modorrosa; los ojos grandes, vivaces y atentos, oscuros y líquidos, cuyas pupilas parecían cerrarse y retener, como remolinos frenéticos, las miradas que se arriesgaban hasta ellos. Y la belleza de los cabellos. Una trenza gruesa y retorcida, del color y la consistencia metálica del oro, girando en torno a la base del cráneo, al descubierto las pequeñas orejas carnosas. La primavera es ella, la princesita Dorotea... El sol está en el signo de Capricornio. «*Ya se apresura alegre el labrador al trabajo.*» Tras la labor realizada tiene que esperar e implorar: «*Sé misericordioso, benigno cielo.*» Su súplica es escuchada. Ya pronto puede cantar Hanne, la hija del quintero Simón: «*Oh, qué bella es la vista de los campos*» y el coro entero da las gracias: «*Oh Dios, eterno, poderoso y bueno.*» El público aplaude con fogosidad. No lo hace el príncipe Nicolás que, por hidrópico y viejo (tenía cerca de 70 años), duerme como una marmota, con rígido y hastiado cansancio. Tampoco lo hace su vulgar querindanga. Nada sabe el cerdo de bombones vieneses. Los come como si comiera bellotas. Sí lo haces tú, generalísimo, emocionado hasta el delirio. ¡Cuán grande es tu amigo Haydn, cuán grande! También lo hace la princesita Dorotea que, dando hurras con su voz cantarina, desgarra flores de su corpiño para lanzarlas a la escena como homenaje. Más que enloquecedora, ¡adorable! te resulta cuando, exaltada y fulmínea, parada de su asiento, la ves de cuerpo entero. Ninguna blandura desceñida, ningún pliegue de grasa; sólo el macizo espesor, la precisa consistencia, de sus jóvenes miembros insinuándose por debajo del tafetán y las gasas. Verdaderamente era ella la Primavera. Su imagen natural se une a una significación simbólica. Su inocente y diabólico esplendor es como el *summum* de una vitalidad ardiente y dichosa. Toda la lozanía alegre e intacta de Flora, sin disfraz mitológico alguno, está allí. Por momentos crees que la posees en un prado florecido, que la manoseas con dedos violentos, acreciéndose su turbación; que le haces lanzar estridentes aullidos de lujuria mezclados con amables frases de satisfacción, ¡qué bonito!, ¡qué bonito, extranjero!, ¡qué bonito! Tu corazón se pone a latir cada vez más de prisa y después como el de un loco encrespado. Ya no puede desasirse de ti.

La tienes prisionera *nel diafano cerchio*, y la besas mil veces, con besos inventados por ti para su boca, con besos de fuego, con besos de verdad, desde el cuello hasta la frente, por el pelo dorado, sobre los labios entreabiertos, sobre los párpados a medio cerrar, y crees entender que la muchacha te sigue respondiendo de un modo admirable, aunque a ratos pareciera que fuera a asfixiarse y transpirara gotas tan gruesas como si llorase con toda la cara, hasta que termina por deshacerse de tu furor y vuelve a sentarse con una quieta y comprensiva actitud; al tiempo que tú, caballero americano meridional, fantasioso y emprendedor, libre y desprejuiciado en eso del amor, te tumbas sobre sus piernas juveniles, desprovisto de tu casaca negra, de tus pantalones de gutapercha, de tu camisa de encajes, de tu corbata de seda azul, gozando de su regazo, regazándola, regozándola, rezogándola, regazando en su goce, tratando de chapeártela o chapeándotela de un todo, sí, en el mismísimo interior del palco, a la vista de todos, sin una ñinga de rubor y sin que el príncipe Nicolás se despertara o llegara a inmutarse su querindanga, o sin que la orquesta dejara de tocar, por obra del escándalo, seducción, violación, corrupción de menores, máxima injuria, irrespeto a la hospitalidad de tus anfitriones. Precisamente, es la orquesta la que hace que vuelvas a tus cabales, cuando anuncia *«el heraldo del día»* y el oboe intenta una realística imitación del canto del gallo. En el podio, Haydn sigue dirigiendo. Y, en la escena, Simón describe cómo *«El pastor alegre reúne el rebaño»*. El coro *«Sale el sol»* no puede ser más magistral; oyes el comienzo en *pianissimo* con las voces solistas, que van entrando una tras otra, y, a continuación, el coro, cuyo *crescendo* evoca la plena aparición del día. Pero el verano no sólo nos trae la cosecha, sino también la fatiga; Lucas canta *«La naturaleza sucumbe al calor»*. Pero Hanne conoce un remedio: *«Yo te saludo, oscuro bosque»*, y reza en acción de gracia: *«¡Qué consuelo para el alma!»* Mas, la naturaleza también tiene sus recursos: *«¡Ah la tempestad se aproxima!»*, exclama el coro. Y la orquesta íntegra hace realidad esta amenaza. Pasa también la tormenta y se oye un solo del terceto: *«Se abren las sombrías nubes»* y la campana con su límpido dindineo en el aire de la tarde. Dorotea, tras su abanico de plumas, te mira a modo de requiebro. De nuevo, te hundes en el remolino de sus ojos. Galante, incitadora, pérfidamente niña, te sostiene la mirada. También tú se la sostienes, generalísimo, a despecho de que el príncipe Nicolás, ya despierto, se percate y se ofenda. Consecuencias del delirio viviente, modificaciones de la percepción. Dorotea ya no es la Flora primaveral, sino una Diana cazadora pujante y frenética que corretea por los campos, entre los manantiales despeñados, las zarzas, las extensiones

de tréboles florecidos y las grutas sagradas, con su jauría de lebreles furiosos tras la presa sorprendida. Batiendo al aire tu olímpica verga, la sigues de cerca cual un fauno enfebrecido. La cazada será ella y no el cervatillo infeliz. Al cabo de un rápido e intenso forcejeo, entre vehementes y ardorosos sacudones, logras dominarla, prendada o prendida de tu cuerpo mortal y, no obstante, bello como el del mejor de los dioses. El Otoño comienza ahora con una larga introducción instrumental que describe la alegría del campesino por la rica, ubérrima, cosecha. El terceto y el coro cantan: «*Así premia la Naturaleza el trabajo.*» El libretista cree llegado el momento de deleitarse con los sentimientos que nacen entre Lucas y Hanne. El joven está orgulloso de la muchacha: «*Bellas mujeres de la ciudad, venid y contemplad a la hija de la Naturaleza.*» Con el final del verano comienza la caza; Simón habla de ella en su aria: «*Ved allí sobre las amplias campiñas*»; se añaden las trompas de caza y el coro de los campesinos y los cazadores: «*Oíd los timbrados sonidos.*» El Otoño es, además, el tiempo de la vendimia. «*¡Hurra, he aquí el vino!*» Bajo la impresión luminosa de Dorotea y la belleza de la música, de nuevo, sientes una perturbación. Crees que la sigues poseyendo, como a Diana, como a Flora, como a Afrodita, como a Cloe. Ella, allí, a tu lado. Y la música al fondo, rodeándolos, como la loa de una inacabada-inconmensurable perfección estética. Adorable se te muestra. Hipernerviosa e hipersensible dice frases frenetizadas. Desde su asiento, casi imperceptiblemente, con sus manos de princesita, palpa por encima de la gutapercha la percha de tu miembro. Con tímidos, vacilantes, continuados palpamientos, trata de masturbarte; te masturba, sí. Al mismo tiempo, sigue pronunciando, coitolálica, sus frases sublimizadas, libidinizadas, entremezcladas ellas, incoherentes, a veces como no dichas, guturalizadas, onomatopeyizadas, pronunciadas a medias, casi como no pensadas. ¡Por fin! Llegaste a mí como una tentación... Mucho te he soñado... Mucho te he esperado... Loado sea el Señor, por haberte traído. ¿Quién eres, vida de mi vida?... ¿Quién eres, cariñito amado?... ¿Quién eres, ángel adorado?... ¿De dónde vienes?.... ¿Hacia dónde vas?... No me importa ni lo uno ni lo otro... Sólo me importas tú... Y tú... Y tú... Y tú... Dame un beso... Dame un beso de tu boca... Quiero ser tuya, enteramente tuya... Tuya y de nadie más... ¡Ay qué bueno, extranjero, ay qué bueno!... Acércate un poquito... Un poquito más... Acércate, por favor, yo te lo pido... Me gustas... ¡Me gustas mucho!... ¡Qué sorpresa para mi felicidad!... ¡Qué dulzura ardiente la que me devora!... ¡Qué manera suave de morir!... Siempre estarás en mi corazón, aunque esté lejos de ti... Quiéreme mucho, dulce

amor mío que amante siempre te adoraré... ¿Si vivo para ti, por qué lo he de negar?...

si eres vela yo soy viento si eres cauce yo soy río
abrázame así que esta noche yo quiero sentir
jamás
olvidar este día tan feliz
dímelo
yo sé que yo te gusto
con
todo
mi cariño
yo seré para ti
p
a r a
t
i

No sabes si le contestaste algo: «¡*Oh reina rubia*!, *mi alma quiere dejar su crisálida/ y volar hacia ti, tus labios de fuego besar;/ y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida, / y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar*», u otra retahíla de frases amorosas parecidas: *Amado pecho por mi pecho amado, / serpiente de oro que mi paso hiere:/ ese morir de amor que nunca muere, / y este vivo vivir desesperado*. Los bellísimos versos de Tomás Alfaro Calatrava. La *Oda al amor* de Luis Beltrán Guerrero o *La canción bajo los altos árboles* de Juan Beroes; las *Coplas del amor viajero* de Andrés Eloy o las *Rimas Galantes* del muy birriondo Padre Borges; *La canción perdurable* de Jacinto Fombona Pachano, o *La elegía pagana* de Luis Enrique Mármol, o mejor, quizás, cualquiera de los *Cármenes* de Juan Liscano; *Alta, delgada, grácil, / palmera de sol hembra, / fina, agitada, flexible, / cabellera de aire tibio; / y a veces colmada de soledades, / de silencios estrellados, / de ecos que la persiguen, / de voces que se perdieron*. Sabías, sí, que, de algún modo alcanzarías a quedarte con un vello púbico de la princesita. Metálico, de puro oro. Un principesco vello áureo. Sabías, también, que por encima de los susurros bolerísticos, se seguían oyendo los acordes de la orquesta y del coro de Haydn... Ahora, la obertura del *Invierno* recuerda las espesas nieblas con las que se anuncia esta estación. «*La luz y la vida se han apagado*», se lamenta Hanne, y Lucas prosigue «*Aquí está el caminante*». Ahora la vida se desenvuelve en la

casa; las muchachas hilan junto al fuego: «*Susurra y ronronea, ruedecita.*» Un entresueño de satisfacción máxima parece sobrevenirte. Por instantes, crees que vas a quedarte dormido del todo. Oyes o crees oír que Hanne canta una canción en la que se relata cómo una muchacha acosada por un caballero se burla de él desbocando su caballo. ¿Es, acaso, la princesita Dorotea que desboca el tuyo? No lo precisas, generalísimo. La helada hace que Simón se entregue a observaciones tal vez demasiado moralizadoras: «*Contempla, hombre enloquecido, contempla la imagen de tu vida.*» Todo pasa, excepto la virtud que nos conduce a la morada de la última meta. El coro entona el número final: «*Rompe el día... Entramos en la Gloria de Tu Reino.*»

EL CUENTO DE UN PAJE ASESINO Y UNA FAENA DE TRIBADISMO EXACERBADO

¡AL DIABLO LA ENTRADA en *La Gloria de Tu Reino*! ¡Al diablo el conformista maestro Haydn y sus oratorios y sus *Estaciones* y su hórrido *Invierno*! ¡Al diablo esa aceptación cristiana del Más Allá! ¡Al diablo la princesita Dorotea de Esterházy, si acaso, ella, era un ardid de la propia Muerte para entretenerte y hacerte entrar desprevenido en su Reino! ¡Fuera la Muerte! ¡Fueeeraaa!

Solo estás ahora, de nuevo, en tu celda de Cádiz. No caigas en la tentación de su disciplina. Evádete. Si cedes ante la disciplina de la celda, terminarás sumiéndote en el deber ser de la muerte. Morirías. Seguro que morirías. Recuerda que te propusiste narrar para remedar tu destino, para (de algún modo) ficcionar la duración de tu existencia y (en cierta medida) reeeeeelaborar tu muerte. No permitas que la narración se revierta en la exaltación de la Nada por mucho que esa Nada se te presente como un *Reino de Gloria*, por mucho que la pretendida consubstanciación del Hombre con Dios se alegue a sí mejor que la vida hominal. Nada de cantar *Hosanna* porque te estés muriendo. Si de morir se trata, muere en la pelea. Vuelve a Viena, generalísimo. De nuevo estás no en Cádiz, sino en Viena; en la sala de fiesta *Cosí fan tutte*. Conoces gentes diversas: altos funcionarios de la Corte, bellas mujeres, artistas afamados: al caballero de Lelis, a la señorita de Born, al mueblero Danhauser... También conoces a Joannes Bueckler.

¿Bueckler o Pueckler?

Como quiera que se llamara: Bueckler o Pueckler: un tipo, simpático, jovial, rapaz, lleno de vida él, apenas adolescente, con su nariz ancha y aleteante y sus ojos pizpiretos, verdes y pícaros, y el acento arrabalero, y sus historias de putas y rufianes. Todo un artista. Un asesino. También el asesinato es una de las bellas artes. Fue Smith el primero que se percató de él. Le brindó una cerveza. Conversaron un tanto. Te lo presentó más tarde. El muchacho se les ofreció como paje. Decía conocer muy bien la ciudad y su gente. Y, al parecer, era cierto. Al dedillo sabía quién era quién dentro de la sala de fiesta. Fue él quien los puso en

contacto con las pelanduscas que esa noche se llevaron al hotel, cada una más puta que las otras. A ti no te disgustó la idea de contratarlo. Además el sueldo que exigía era una minucia: dos florines por semana. Contratado como fue tal paje, apenas lo mantuvieron tres días. Al segundo, Smith constató que había perdido dos de sus joyas más preciadas: el reloj de faltriquera que había comprado en Berlín y la medalla de su Orden de Cincinnati. A buen seguro, era Joannes quien las había robado. Y, por eso, no vacilaron en despedirlo.

Después, el tiempo lo convirtió en personaje de tal manera que no puedes dejar de referirte a él. Para tu sorpresa y para la de toda la prensa europea de la época, terminó erigiéndose en el temible *Schinderhannes*, uno de los más feroces asesinos en la historia de los pueblos germanos. Fue el *Robin Hood* del antisemitismo. Nacido en Mielhen, un pueblo de la Renania, tenía cuatro años cuando su padre se vio arruinado en un pleito con un judío. Concibió por esa raza un odio desmesurado, aun cuando ese mismo padre le abandonase a la edad de once años. Cuando ustedes lo contrataron temporalmente como paje, sólo contaba catorce. Inmediatamente después que lo despidieron, en la propia Viena, se inició como carnicero por lo que en su vida de delincuente pasó a conocérsele con el apodo de *Schinderhannes*, Juan el Desollador. No tardó mucho en abandonar ese trabajo para incorporarse a las pandillas de forajidos que en las postrimerías del XVIII rondaban a orillas del Rhin y del Danubio. Al tiempo, terminó organizando su propia banda, atacando sobre todo a los ricos y personas acomodadas, incluidos por supuesto los judíos, lo que comenzó a reportarle, pese a sus delitos, las simpatías del antisemitismo, una parte considerable de la población. Era la época en la cual la Revolución y sus excesos permitían que todos los delincuentes de Europa campasen en los caminos de Francia, prestos a cualquier diablura. Encabezando a los *Chauffeurs d'Orgeres*, Beuau François que había sucedido a *Fleur d'Epine* aterrorizaba el Oeste, los Gérard tenían bajo sus dominios los bosques del Alto Saona, y en el Norte, Vidocq se las entendía con los *riffaudeurs de Salambier*. Para luchar contra tu antiguo paje que asolaba la Alsacia, el Consulado envió al enérgico Jean-Bon Saint-André. Una vez diezmada su cuadrilla, *Schinderhannes* se alistó con nombre falso en el ejército austríaco. Al cabo de poco tiempo, fue denunciado como tal falsario y regresó a Renania para seguir cometiendo sus desafueros. Allí acabaron capturándole. En 1803, antes de cumplir los 30, subió al patíbulo. Desde lo alto del entarimado, se percató de que una mujer de baja estatura y con nariz de lanceta, a todas luces judía, no conseguía disfrutar a sus anchas del espectáculo: «Colóquese usted

un poco más a la izquierda, señora —le aconsejó él—, así verá mejor.» La nueva posición de la curiosa mujer le permitió al tremendo Joannes orinarle mejor la cara, blandiendo su miembro al aire como una bandera... —¡Qué mierda haces! —le reprochó el verdugo con voz furiosa antes de troncharle la cabeza de un solo tajazo.

Pero, sin que todavía fuese *Schinderhannes*, siendo apenas un mozalbete simpático, jovial, rapaz, lleno de vida él, aún adolescente, con su nariz ancha y aleteante y sus ojos pizpiretos, verdes y pícaros, Juancito el Desollador llevó a los lujosos aposentos del *Boeuf Blanc*, los de Smith y tuyos, a todas las putas merecientes que esa noche se encontraban en el *Così fan tutte*. Llevó a Greta la Gorda, que se metía, en el mero centro de la vulva, no por poco tiempo, un puñadito de pasas previamente remojadas, rociadas con pimienta negra y un tanto de vino tinto, para que uno (Smith o tú o el propio Juancito también participante) se las sacaran, una por una, chas-chas-chas, con la punta de la lengua. No alcanzas a explicarte cómo Greta la Gorda lograba mantener flotando, por tanto tiempo, en el centro vacío de la vulva, ese puñado de pasas espolvoreadas; pero, cierto es que las mantenía... También llevó Juancito a Ernestina, «la hija de Amanda» como ella se presentaba, que ofrecíase de rodillas, moviendo en círculo su gordo trasero, que relucía, y pidiendo que le mordisquearan la nuca para prolongar el goce del orgasmo. Y a Sophie, ¡ah, la Sophie!, clamando en el colmo del furor que le apisonasen la cabeza en el suelo, que le chuparan los senos hasta que le manasen sangre, que le halaran los cabellos, que le tasajeasen la vulva. Y a Lovise, totalmente borracha, sorbiéndose el semen de la pareja sin ningún melindre. Y a Ivette, menuda sinvergüenza, *une prostituée de bas-étage, une grivoise, une guenippe*, pero la más hermosa de todas las presentes y tetonísima ella, *une mamelue, une mamoseuse*, capaz de alimentar con la leche de sus pechos a la humanidad entera.

A todas, generalísimo, tú, Smith y Juancito se las follaron de una sola vez.

Vaya desmadre el de aquella noche en el blanco hotel de Viena; putas desaforadas, putas enardecidas; cómo se dispensaron, cómo se revolcaban; suspendidas casi en vilo, reptantes, diestras, dóciles y relamidas, arrastrándose por el suelo, flotando por los aires, repantigadas sobre almohadones, en las poltronas y los divanes, y ustedes enhorquetados sobre ellas, galopantes, veloces, jadeantes, sin resuello, a medio desvestir o desnudos del todo, corrientes los flujos de sangre y de semen y excrecencias, invadiendo los cuartos de la suite, las camas, los edredones de satén con el ave de Austria bordada en hilos de oro, las sábanas de

holán, la alfombra, el ambiente todo, goterones de lascivia, pieles entrelazadas al descubierto, una mano sobreponiéndose a la tuya para entrar con ella en la vulva floriabierta de Greta la Gorda, un pene que no era el tuyo, introducido hasta su raíz barbada en el jugoso orificio de Lovise, forcejando por debajo o por arriba, duro, durísimo como sílex, para penetrarla también por el culo, cuerpo tras cuerpo, cayendo o saltando ellos como en orgiástica danza de frenesí dionisíaco, cuerpos desfallecidos, exhaustos, encrespados como olas, cuerpos eréctiles, cuerpos abrasados, arremetiendo de nuevo, chupando, lamiendo, acariciando, Smith a Ernestina, rotatoria, de rodillas, girante su trasero en un continuo-acompasado movimiento traslativo como si fuese él el mismo globo terráqueo, Juancito a Greta la Gorda, tú a Sophie que, a su vez, le daba el beso negro a Smith o chupaba la peluda crica de Lovise, los henchidos testículos de Juancito el Revientacoños, el ombliguito escarchado de Ernestine, sin nada de rubor, generalísimo, sin nada de egoísmo, *todos para todos* como los Mosqueteros del Rey, hurgando con dedos insaciables los más recónditos pliegues y repliegues del otro, los íntimos secretos de la *otredad*, deja, deja por favor, déjame tocarte, rasga con tus uñas mi pene, pellizca mi balano, frótalo, reviéntamelo, párteme la verga en dos, hazme todo el daño que puedas, mete tu dedo en mi culo, arriba, bien adentro, masajéame la próstata, aprieta mis bolas, hazlas reventar, menéame la pija, lo que quiero es que me la menees hasta el final, que me saques la leche, *oui, oui, oui, ma cocotte, Certain abbé se manuélisait / Tous le matins, songeant a sa voisine /*, tu pareja sonríe indulgente; los más no sólo gozando con el placer propio, sino, también y muy especialmente, con el de los restantes oficiadores de la orgía, al modo de consumados fisgones o *voyeurs*, iah, qué rico es ver cómo los otros fornican!... Pero, mejor que todo, icuán rico es fornicar uno mismo!... Ahora..., ahora los varones se chapean a las mujeres *en levrette. A quatre pattes*, ellas. Greta la Gorda y Lovise que momentáneamente se han quedado sin consortes, se acarician entre ellas, con la misma destreza de Safo y cualquiera de sus discípulas *dans l'ile de Lesbos*... Ahora, todos forman una guirnalda, en cadeneta. Jadeando de deleite, incrustan las uñas en los hombros del precedente, con tal fuerza que, de pronto, brota la sangre. Como lobos famélicos, aullantes, a la vista de la sanguaza, se lamen las roturas... Sienten hambre... Juancito va a la calle en busca de copiosas raciones de borgoña, *sclagshne*, cerveza y comida. Al poco, una comilona amorosa. Sólo mediante la satisfacción gastronómica pueden reponerse las energías indispensables para una faena tan exigente como es *faire l'amour* en grupo. Comen frutas secas y nueces. Orejones de

duraznos. Orejones de peras. Orejones de albaricoques. Comen dátiles confitados. Comen panochas de almendras y fogosas castañas asadas. Diríase que no existen mejores afrodisíacos. También toman grandes sorbos de miel. No por casualidad, dos médicos insignes: Galeno, griego, del siglo II, y Avicena, árabe, del siglo XIII, recomendaban calurosamente el apícola producto *para los asuntos de las verijas y del corazón*...

Diéronse esa noche, generalísimo, las más inimaginadas promiscuidades eróticas, las más desfachatadas obscenidades, los arrumacos más insólitos e improvisados. Por momentos, te hubiese gustado abandonar, tan cansado te encontrabas. Pero, tenías que vivir, de todos modos, ¡vivir, sí!, hasta el final. Tengo frío en los cojones. No me queda semen. He gastado hasta la mantequilla de los sesos y las piedras de los riñones. Creo que ya no tengo pinga. No se me levanta. Seguro que no se me levanta. Falsa sensación la tuya. Más hinchada y viva no podías tenerla. Túmida podría habérsete quedado para siempre, generalísimo. Y aunque, de verdad, no se te hubiese levantado, tenías, tenías que morir en tu ley de *miché* y *marjolet*. Nadie, por más que quisiese, habría podido retirarse. Greta la Gorda lo gritaba, a voz en cuello: ¡Que nadie ceje! ¡Que no ceje nadie!

Y nadie cejó hasta, llegada el alba, cuando una intensa llamarada de luz entró por el ventanal. Y las putas, una tras otra, Greta la Gorda, Ivette, Sophie, Lovise, Ernestine, ¿falta alguna?, trasnochadas, ojerosas, desmaquilladas, hechos greñas los peinados, deshechas las matrices y ajadas las vestiduras, se marcharon a descansar en sus respectivas ratoneras.

EL EMPERADOR JOSÉ II

DESPUÉS DE semejante bacanal, no les quedó más que dormir para reponer las fuerzas perdidas en la noche anterior. Suerte que llovió toda la mañana y, por efecto del tintinear del agua sobre la techumbre, crees haber dormido profundamente unas cuantas horas. A través de la ventana de tu habitación, desde tu cama, hacia el norte, miras el *Prater* y el soberbio palacio imperial de Schönbrunn. La bruma espesa con su monotonía de grises superpuestos apenas deja entrever el formidable mapa de parterres y avenidas jalonadas de estatuas, los estanques y espejos de agua, los pequeños pabellones y los estilizados bancos debajo de los grandes árboles para el descanso estival, el césped bordeado de boj, los magníficos rosales y la muy grande variedad de coníferas. Un casar de abadejos ha buscado refugio en el dintel de la ventana para protegerse del frío. Aun bajo la lluvia, en una de las glorietas del maravilloso parque, rompe a tocar descompasadamente una banda con un desafinado gemido, casi como una banda de tu Caracas natal... Y bajo las quejosas repeticiones de una marcha vienesa, en cuartos de tono, reconoces los aires de un pasodoble español. La retreta meridiana te recuerda que es domingo. Casi te habías olvidado de que entonces era domingo. Un rato más te entretienes con tu modorra destripada que se negaba a dejar la cama, oyendo la desafinada ejecución de la banda marcial y esforzándote por distinguir los sonidos de los diferentes metales: el cornetín y el trombón de varas, las trompetas y los saxos. Al fin, la música terminó.

Por la tarde recibieron visitas. La de tu banquero, el señor Friess. Hablaba buen inglés y tenía un cierto porte aristocrático y una confiable apariencia. Las de las señoritas Raps, de Born y Jamnitzer. La del caballero de Lelis y la del señor Alssinger, Agente de la Corte, que trájoles un saludo muy especial del Emperador y les prometió un próximo encuentro con él.

Por la conversación de los visitantes pudieron advertir que su Alteza José no era tan respetado como se creía; lo consideraban un príncipe de

poca educación, palurdo, que rara vez tomaba un libro entre las manos; ¿cómo puede un Príncipe no leer?; había viajado, cierto; había hecho algunas observaciones, estaba generalmente dispuesto a servir a su pueblo, pero, como tenía una opinión demasiado elevada de sus propias habilidades y previsiones, con harta frecuencia cometía crasos errores.

—Fíjese el caso del Escalda —te señaló, analítico, el muy atildado señor Friess—. Su intento de abrir el río estaba fundado en la suposición de que los holandeses no se atreverían a oponerse a su deseo. Su Primer Ministro, el príncipe Kaunitz, en buena lógica, se oponía a la medida. José dijo: «No se atreverán a hacer fuego sobre mi bandera.» El Príncipe le ripostó: «Señor, lo harán.» Y cuando recibió la información, escribió al Emperador: «Señor, han hecho fuego sobre su bandera.»

El señor Friess sonríe de manera sardónica y comenta, luego:

—A Su Alteza no le quedó más que aguantar el insulto. Acomodó sus conversaciones con los diputados holandeses para obtener un poco más de navegación y algo de dinero, pero el río siguió cerrado. Un hecho para lamentar —aseveró finalmente.

Nada mejor comentaron las señoritas Raps, de Born y Jamnitzer. Hablaban de cómo Su Alteza, por esos días, había embargado todos los géneros y mercaderías de manufactura extranjera en sus dominios, prohibido que se importaran más y depositado todo lo confiscado en un antiguo convento bajo custodia militar, donde los propietarios tenían sólo el derecho de vender al por menor y de ninguna otra forma. Los mercaderes se habían presentado ante él en comisión; expusieron sus quejas y pidieron las compensaciones del caso. El contestó que ése era su sistema y que no lo cambiaría, que estaba empeñado en que los austríacos debían manufacturar para ellos mismos, o pagar caro por el uso de mercancías extranjeras. Al decir de las bellas amigas que se quejaban por la carestía de los perfumes franceses y las sedas de Milano, el interés mercantil estaba mortalmente herido y, con él, todo el país, incapaz por sí de proveer las materias y el capital para las manufacturas que pudiesen abastecer las necesidades de la población.

Pero, aún fueron más lejos las muy parlanchinas señoritas. Aseguraron que Su Alteza era un personaje libertino. Un voluntario. Un espontáneo. Un riendasueltas, un asusanchas, mientras castigaba el libertinaje en los demás. A menudo, utilizaba mujerzuelas de la ciudad y celebraba con ellas, con sus áulicos y validos más cercanos, pervertidas *encerronas* en palacio. Todo en desmedro de la moral y las buenas costumbres y la salvaguarda de la familia y el orden público.

Fue la señorita Jamnitzer, al parecer: la más moralista de las tres, quien comenzó a contarles la historia personal de Su Alteza.

—Una historia muy poco edificante —les advirtió de entrada, con tono magistral y carraspeándose la garganta.

—Nunca ha sido Su Alteza feliz con las mujeres —continuó—. Y no me negarán ustedes, señor De Miranda y coronel Smith, que es ésa una falta mayor en cualquier gobernante. Primero, muy joven aún, se matrimonió con la enigmática y muy quisquillosa Isabel de Parma. Al parecer la amó con pasión, pero no así ella a él. A sus férvidas manifestaciones sólo correspondía con una desdeñosa indulgencia. Dícese que era muy linda, que tenía un rostro de muñequita de celuloide, que se parecía a la *Barbie.* Al poco fue arrebatada por una muerte que ella misma no cesaba de desear. Al parecer, se suicidó. Por lo menos, nunca se aclaró la causa de su deceso. José casi que no podía soportar la pérdida. Cayó en una profunda crisis depresiva. Se apoderó de él la fiebre del trabajo y un ensimismamiento enfermizo. Afírmase que Isabel está sepultada en el convento de los Capuchinos, panteón de la familia real de Austria, momificada, maquillada y con una sonrisa angélica en el rostro, tal como si estuviese viva, con sus brillantes ojos taimados y su boca ostentosa, acorazonada y parlante, sus grandes mangas abullonadas, llenas de perlas y pedrerías, alzadas ellas hasta las erguidas puntas del rígido encaje que enmarca la cabeza, cónica y ornada de trenzas enlazadas con hilos de oriplata. Pues bien..., por boca de algunos de los *gardes de corp* de Su Alteza, se ha sabido en toda Viena que él suele ir hasta el sepulcro con relativa frecuencia; lo hace destapar y pelea con el cadáver. Lo apostrofa. Le recrimina el desamor que túvole en vida. Lo acachetea. Lo reconviene. Le desgarra las vestiduras. Y, lloroso, siempre termina pidiéndole perdón. Algunas veces, en el colmo paroxístico de la demencia, le pega, le patea, le cae a mordiscos y a mojicones. Al punto, las costureras de palacio recomponen las vestiduras de la occisa, pero —de seguidas— el Emperador las vuelve a romper. Y como si fuese poco, otras, se refocila con ella sí, se mete dentro del ataúd y, sin reprocidad posible, realiza el acto amoroso con los restos rellenos de mirra y especias.

Un silencio profundo hízose en la audiencia cuando la señorita Jamnitzer concluyó su perorata. Pero, pasados unos minutos, ya la señorita de Born había hecho uso de la palabra:

—Y eso no es todo. El segundo matrimonio lo contrajo Su Alteza con Josefina de Baviera, una buena mujer que lo amó profundamente, pero a quien él ni siquiera se volteaba a mirar, si hasta llegó a repudiarla públicamente y la acusaba de no atenderle como es debido. Que si no le

lavaba la ropa. Que si no le preparaba y le servía la comida. Una *gladyscastillodelusinchi* cualquiera pues. ¿Se imaginan ustedes a toda una emperatriz cocinando, lavándole y planchándole la ropa a su marido, el Emperador?

Nadie puede imaginárselo.

—Tampoco con su madre María Thérèsa llevó buenas relaciones Su Alteza —completó la señorita Raps—. Cuando murió el emperador Francisco I, María Thérèsa se desquició de un todo. A punto estuvo de abdicar y de retirarse a un convento. Fue necesaria toda la precisa elocuencia del canciller Kaunitz para que desistiera de tales intenciones. José II fue proclamado entonces «correinante» para dirigir los asuntos financieros y militares de la monarquía. Pronto estallaron conflictos entre el «correinante» y Kaunitz. Estadista apasionado por la alta política, el canciller no era un conservador retrógrado, pero creía conveniente conciliar las exigencias del poder supremo y los intereses de los antiguos privilegios. Conocía la fuerza de las tradiciones y consideraba peligroso atacarlas todas de una vez. En cambio, José (admirador del gobierno de Federico II de Prusia), pretendía hacer triunfar la razón de Estado totalmente e *hic et nunc*. El choque de ambos métodos reformadores se complicó con el de dos orgullos grandes por igual. Fiel a su sólido juicio y buen sentido y también a su desprecio por el cinismo de Federico II, la emperatriz María Thérèsa había adoptado con decisión el partido de Kaunitz. Sabía que la impaciencia y las brusquedades de su hijo ocultaban su timidez y carácter desgraciado, pero no se inquietó menos por ello: «Ese tono —le escribía— en que se descartan la ternura y la humanidad, puede causar la pérdida de la monarquía y de todos nosotros.» Vacilando entre los remordimientos de ofender tan a menudamente a su madre y el deseo de arrebatarle el cetro, José se crispaba en sus posiciones y multiplicaba las disputas. Los últimos años del reinado de María Thérèsa fueron una larga y estéril lucha entre el militarismo de su hijo y las irreversibles tendencias cívicas de Kaunitz. «Con la mejor voluntad del mundo, no acabamos de entendernos», exclamaba con amargura la emperatriz. Ese malentendido duró diecisiete años. No obstante, al conducir los despojos de su madre a la cripta de los Capuchinos, José (más solo que nunca) exclamó: «Nadie puede darme el nombre de padre y de marido, y ahora tampoco nadie podrá decirme hijo mío...»

—Ése es el Emperador —dijo casi con pena la señorita Jamnitzer—. Un hombre infeliz sin hijos, sin mujer y sin madre.

Por la noche, después de las visitas vespertinas, Smith y tú, generalísimo, fueron al Teatro Nacional. Ahí vieron de cerca al Emperador,

guarnecido en su uniforme verde y rojo oscuro, colores ambos tan apreciados por los austríacos. Asistía con frecuencia a las representaciones acompañado por su hermano Maximiliano. El público no le prestaba atención alguna. Nadie, ni siquiera los militares adulantes se volteaban a verlo. Esto te lució singular, tomando en cuenta que su comportamiento estaba despojado de la pompa y ceremonia habituales en esos rangos. Pero hay algo extraño en la mente humana que la conduce a respetar y honrar sólo aquello que queda fuera de su alcance y mira. Trate a alguien con una cortesía distante y no tenga con él más comunicación que la absolutamente necesaria para cumplir con los deberes de su oficio, y él se le inclinará con reverencia y sumisión. Quítese el carácter solemne, ocúpese de su situación y necesidades con un poco de solicitud o benevolencia, acérquesele para poder juzgarle mejor y muy pronto verá cómo le tiene por uno de los suyos, un igual pues, igualito, igualado, sin ninguna estima ni respeto, se reirá de sus virtudes ostensibles y muy posiblemente lo tratará con indiferencia y hasta con desprecio, atribuyendo aquellas acciones que emanan del deseo de servirle mejor, a motivos egoístas y quizás mercenarios, sin excluir que pueda prestarse como instrumento fácil a las pretensiones ambiciosas de alguien lo suficientemente osado como para intentar una subversión de su gobierno y autoridad. La actitud de José II, sencillo y hasta humilde en el ejercicio de su altísima investidura, y la reacción de su pueblo frente a él, tan apática y desconsiderada, te llevan, generalísimo, a estas conclusiones por demás aristocratizantes, quizás impropias de ti, caballero meridional, demócrata convencido, republicano de ley; pero, ¿cómo explicarse que el Emperador de Austria, descendiente de Carlomagno y pretendido «*rey de los romanos*» entrase y se retirara de una gran audiencia sin que nadie pareciera percatarse de su entrada o de su salida?

Los días siguientes, generalísimo, no alcanzaron para conocer una ciudad tan deslumbrante en destellos, tan llena de tesoros, tan ansiosa de amistad, tan vulnerable a la menor cortesía, tan ansiosa de divertirse. Desde por la mañana, inmediatamente después del desayuno, salían a visitar palacios, parques, templos, museos, grandes monumentos. Sin cesar caminaban por la ciudad vieja, la antigua *Vindobona* o *Vindominia* de los celtas y los romanos, ostrogoda y huna, germánica, asediada por los turcos a las órdenes del Gran Visir Kara Mustafá, desde la Ringstrasse abierta sobre el trazado de las vetustas murallas, hasta el majestuoso Danubio, agrisado y no azul por los visos del otoño, siempre acompañados por el muy atento señor de Alssinger, docto y buen conversador, explicándoles de todo y, sobre todo, los métodos de enseñanza de esta

escuela para sordomudos, la producción de las minas de oro y plata de Hungría y la Bohemia, la antigüedad de aquellas conchas petrificadas, el pastel de chocolate vienés: el sabroso *sachertorte*, la espada que a Carlomagno regaló el califa Harún al Raschid, la corona imperial de Rudolph II, el orbe del emperador Matthias, los incunables de esta biblioteca, la artillería de la fortificación de más allá, el Museo Histórico del Arte, la última producción de remolacha azucarera en los límites de la Baja Austria o la de lignitos en la Stiria, la invasión de Polonia en 1772 o el baile regional tirolés. Ahora, generalísimo, están sentados en las terrazas de la *Blauen Flasche* tomando café capuchino y comiendo galleticas de almendra, *éclairs*, *vol-au-vent*, brazos de gitano y *babas-au-rhum*. Ahora, pasean por el Belvedere, el palacio de verano que el príncipe Eugenio de Saboya se hizo construir cuando regresó triunfante de su campaña guerrera librada al lado del duque de Marlborough. Horas de horas, contemplando las formas curvas del frontón reflejándose magníficas en el redondo espejo de agua de la explanada anterior. Horas, frente a aquella silueta segmentada que sube hasta el centro con la mayor pujanza barroca. Horas, paseándose por los vestíbulos interiores. Y el minúsculo teatrico donde el Príncipe se hacía representar las obras de Molière. Diríase que en ese palacio se concentra toda la sensualidad luminosa e irracional del barroquismo; su inspiración en la vida, en la naturaleza, en la realidad ilimitada; toda su visualización y representatividad orientadas a conmover hondamente para repercutir en el espíritu con la inquietud y sugerencia de lo grave trascendente e infinito. Diríase, igual, que Viena es la sede natural de ese estilo magnífico, si bien nacido en Italia por obra de Bernini y de Borromini y de Pietro Da Cortona, en ella arraigado y expandido con los edificios públicos de Fischer von Erlach, los palacios de von Hildebrandt y los monasterios de Jakob Prandtauer. Ahora, generalísimo, recorren palmo a palmo los diez kilómetros cuadrados que ocupan los notables jardines del Prater y el bellísimo palacio imperial de Schönbrunn. Ahora están en la Universidad. Ahora, en el Museo Barroco. La *Karlskirche* te deslumbra con sus dos columnas que se erigen delante, alusivas ellas a las columnas del Templo de Salomón y a las columnas triunfales romanas de Trajano y Marco Aurelio. Igual deslumbramiento te sobrecoge frente a la catedral de San Esteban y su impresionante aguja de 136 metros de alto. Otro día, en carruaje cedido por el propio Emperador gracias a la mediación del señor de Alssinger, salen de la ciudad para visitar en los valles del Danubio el monasterio de Sankt Florian, reconstruido a partir de 1711 por Prandtauer, quien también realizó el brillante diseño de la escalera, insólita en Austria por ser

abierta y, quizás, sólo comparable con las escaleras de Sanfelice en Nápoles, por cierto para aquel tiempo bajo los dominios de los virreyes de Austria. En esa misma excursión, llegan hasta el monasterio benedictino de Melk, el mayor y más rico de todos los edificios religiosos de Austria, también reconstruido por Prandtauer esta vez con la ayuda de su discípulo Josef Munggenast; situado en una escarpada sobre el Danubio y culminante todo el trazado con una iglesia acupulada. Al detalle observan el interior del hermoso templo con sus pilastras rojas de mármol estuco y adornos dorados de una elegancia casi francesa, la *Kaisersaal* o sala para recibir al Emperador u otros personajes importantes y donde el abad del monasterio les recibió con grandes muestras de distinción y contentamiento, y, además, les sirvió un refrigerio; la fastuosa biblioteca con más de 200 mil volúmenes, palimpsestos, almagestos y portulanos, bestiarios medievales, tablas alquímicas, planisferios, estampas hagiográficas e innumerables incunables de precios inconcebibles; las habitaciones de los monjes, el refectorio y los bastiones para la defensa del monasterio.

Otro día, desde por la mañana hasta el anochecer, se lo dedican, generalísimo, a la Escuela de Equitación Española con sus sementales lippizanos seleccionados, de colas y crines entrelazados con cordones de oro, magníficamente enjaezados, blancos, de una blancura pulquérrima sin un solo pelo negro, sin una sola mancha de otro color, y descendientes todos de seis familias cuyo *pedigree* remonta a seis animales históricos: Pluto, Conversano, Neapolitano, Favory, Maestoso y Siglavy. Y aquellos jinetes, ¡qué jinetes!, engalanados con sus tricornios y sus redingotes marrones y sus altas botas negras, ejecutando en total armonía con sus cabalgaduras, y en movimientos conjuntos de una rara unidad, las más difíciles figuras del arte ecuestre; aquellas que enseñaron autores como Grisone y Pignatelli, Pluvinel, Löhneysen y de La Guérnieri; los saltos de escuela tal como se practicaban en el Versalles de Luis XIV; a los compases de la *Marcha Radetzky* y de la *Marcha Turca*; la gran equitación erudita representada en la obra de Johann Elías Ridinger, pintor y grabador, director de la Academia de Augsburgo, que tú recuerdas guardar entre tus libros de Londres. Esas figuras que van de la *levade*, en la que el caballo levanta sus cuartos delanteros del suelo, cargando todo su peso sobre los cuartos traseros, sentado sobre sus corvejones plegados, hasta la cabriola, fuera de la silla, una obra maestra, en la cual el caballo después de elevarse verticalmente, lanza una coz vigorosa en el punto más alto de su salto. Tu sensación es tan intensa, generalísimo, que de nuevo parecieras estar, allí, anclado, estupefacto, con tus ojos

bien abiertos para mejor ver, tus oídos para escuchar, y tus narices henchidas para oler el avináceo tufo de la orina, el estiércol y el sudor almizcleño, acre subido, de las ancas y los lomos, en aquel estupendo edificio del antiguo palacio imperial de Hofburg; en el picadero, cuyo estilo, indudablemente, se inspiró en la capilla de Versalles, con sus galerías de balaustres y columnas, construido por el arquitecto Fischer von Erlach, el más grande de los maestros barrocos de Austria; la inmovilidad del tiempo, la presencia viva de las grandes horas, la calma y la solemnidad más perfectas rotas (sólo) por el golpeteo ensordecedor de los cascos sobre la pista, el chasquido del cuero de las sillas y el ligero, ligerísimo, ruido de las barbadas, y, más tarde, por los acordes de la orquesta barroca provenientes de la tribuna que domina la entrada, para acompañar las representaciones de la Escuela. De verdad, generalísimo, pareciera que el tiempo se ha detenido, cuando aparecen los caballos albos, franqueando el pórtico al paso de escuela y cuando los domadores, de frac pardo, levantan ceremoniosamente sus bicornios emplumados ante el retrato de Carlos VI, en el palco imperial; o, ahora, cuando el amable señor de Alssinger los introduce al archivo del equino santuario y les muestra, parsimonioso, con fecha 14 de septiembre de 1735, la descripción de la ceremonia inaugural del sitio: la apertura del picadero, celebrada con brillante carrusel, que se pareció sin duda al *Carrusel de las Damas* del 2 de enero de 1743, tal como fuera pintado por el genial Meytens.

Por las noches de esos días tan intensamente turísticos, no obstante, generalísimo, mal que bien les quedaba tiempo y energías suficientes, para, de nuevo conducidos por el señor Alssinger, ir al *Café Atlantis* en la *Ringstrasse* a comprar el amor y el espectáculo de un par de lesbianas zafias e insatisfechas, Safo y Eurídice, Safo y Mirtides, Safo y Erinnia, Safo e Irene, Safo y Teosibea, amando todas ellas al joven Faón, «¡para conseguirlo a él hubiera entregado en cambio a todas vosotras, mis adorables muchachas!», o al corazón de la ciudad vieja, en la *Spittelbergasse*, donde podían escoger la prostituta de la edad y el color de los ojos que quisieran, disfrazadas de monjas o de niñas de escuela, de Cleopatras, de Lucreciaborgias, de Mesalinas, de la Carmen de Prosper Merimée, de la Salomé de Oscar Wilde, de la Lulú de Frank Wedekind, o de *El Ángel Azul* de Josef von Sternberg cantándoles al oído, despacito, muy despacito, con la mismísima voz de Marlene Dietrich, «*Ten cuidado con las rubias*»... Esas rubias vienesas capaces, ellas, de mandarte al Otromundo con sólo un poco de *Rohpinol* mezclado con aguardiente, víctima del *beso del sueño*, sin hacer nada de lo que tenías previsto, y habiéndote, además, desvalijado la cartera y el domicilio.

Ya cuando estaba por concluir la estada en Viena, el Emperador los recibe en Schönbrunn. Tratábase de la misma entrevista anunciada desde el principio por el señor de Alssinger y que había sido pospuesta, una y otra vez, a causa de las múltiples ocupaciones de Su Alteza, muy trabajador él... Nada de lo dicho en su contra se te confirma entonces. Te luce un estadista sobrio, ponderado y sabio; un hombre afable y culto, conocedor de los principios de las ciencias y de la artes, ciertamente muy viajado, capaz de comunicarse sin solución de continuidad en varias lenguas al mismo tiempo; un político avisado, bien instruido en las enseñanzas de los teóricos alemanes del Derecho Natural: Wolf, Riger, Martini; empeñado en actualizar un tipo de estado perfecto, creado por un solo hombre para *«el bien del mayor número»*. Quizás las reservas que movilizaba en su contra venían de su marcado empeño por hacer las grandes obras de golpe, por esa falta de astucia frente a los adversarios a la manera contraria de su madre María Théresa, por ese marchar directo al objetivo, dispuesto a destruir todo lo que fuere necesario, a no dejar piedra sobre piedra, sin tener en cuenta para nada las tradiciones. Recuerdas haber leído en el *Epistolario* del príncipe de Stahremberg al conde de Mercy-Argentau, unas referencias a su respecto, según las cuales: «lo ve todo, dirige, ejecuta y lo gobierna todo. Los diversos departamentos sólo son cuerpos organizados a los que proporciona el movimiento que los mueve, pero no tiene iniciativa propia y ni siquiera están seguros de su propia existencia, de un día para otro, y menos aún del mantenimiento de su jurisdicción. Resulta fácil inferir cuán ocupado está este príncipe, y cuánta paciencia y valor debe tener para reanudar diariamente el hilo del penoso y fastidiosísimo trabajo que dejó la víspera, y hallarse al corriente de una tarea inmensa que no le deja tiempo para respirar, por así decirlo...» De su gabinete de trabajo en Schönbrunn, sale para recibirles aquella mañana. Había firmado, después de revisarlas minuciosamente con una lupa de mano, numerosas ordenanzas religiosas que comprendían desde la secularización del matrimonio hasta la simplificación del hábito de las canonesas. El mismo se encarga, *motu proprio*, de enumerar las disposiciones que entonces había ordenado y, sobre cada una, con lucidez y conocimiento de causa manifiestos, explaya la correspondiente exposición de motivos: los límites de las distintas parroquias, la censura previa de los sermones, la abolición de las peregrinaciones en masa, el reglamento de las procesiones de las que (en lo adelante) debería excluirse la música, las imágenes y los pendones corporativos, la proscripción de las exposiciones de reliquias y los candelabros de metal, y el mandato de amortajar a los difuntos en sacos

de liencillo y no en ataúdes (cuestión de economía, queridos amigos, cuestión de economía: hay que evitar el dispendio de la madera). Inmediatamente después, Su Alteza se dedicó a hacer profesión de fe religiosa. Era él un buen católico y un practicante escrupuloso. Todos los domingos oía misa y comulgaba cada primer viernes. Pero, ello no le impedía advertir al clero que debía someterse, coercitivamente, a la autoridad del Estado. Para justificarse, trajo a colación las doctrinas de Febronius. Bien leída tenía su obra *De Status Ecclessiae*, pese a la afirmación que te habían hecho y según la cual nunca agarraba un libro en sus manos. El Estado debía defender a la Iglesia contra los abusos del poder de Roma, velar por la instrucción del clero y afirmar sus prerrogativas en materias comunes a los dominios espiritual y temporal. Por esos días, «convencido de los efectos perniciosos de toda violencia ejercida en las conciencias», el Emperador había promulgado un *Edicto de Tolerancia*, muy justificado en Austria, donde abundaban las confesionalidades religiosas, pero que abría brechas en Flandes, donde el catolicismo se había incorporado al común sentir de la nación y los escasos protestantes sólo gozaban de una relativa tolerancia. También había suprimido «los conventos para monjes de uno y otro sexo donde sólo se practique una vida puramente contemplativa e inútil en absoluto para la religión, el Estado y el prójimo».

Una media hora o una hora entera más se pasó el emperador José II (y todo lo que dijo trataste después de anotarlo en tu *Diario de Viaje*, letra por letra) hablándoles de su *Teoría de la nivelación política y social*. La felicidad pública sólo es alcanzable mediante la nivelación, el igualitarismo, o mejor: la uniformidad, eso que la lengua alemana expresa de maravilla con el vocablo *gleinchschaltung*. En el estado de sus sueños no había sitio para la individualidad. Noble o burgués, belga o checo, católico o protestante, judío o griego, ninguna categoría particular era importante. Todos, fuere quien fuere, tenían que trabajar por el bien común. Los particulares y grupos rebeldes a la nivelación política y social o *gleinchschaltung* purgarían sin falta las consecuencias de su actitud, y, si se atrevían a invocar sus derechos y fueros individuales, enseguida habrían de tropezar con la réplica de que tales derechos carecían de valor alguno, que nunca jamás habían existido.

—Durante mi reinado —enfatizó el Emperador con voz vibrante—, las leyes húngaras y belgas han pasado a ser piezas de museo, relictos de la evolución, piedras de catedrales. Los decretos imperiales las han sustituido por completo.

Sabía que se había ganado la animosidad de muchos de sus súbditos, que no le querían, que lo trataban (incluso) de libertino, pervertido y prevaricador, pero como para convencerse de que estaba en lo cierto, aseguró:

—En Austria: toda autonomía local ha terminado.

En realidad, José II no sentía un odio particular hacia la nobleza, como crees habérselo oído afirmar a la señorita Raps, o no sabes si al señor Friess. También mostraba su antipatía por otros grupos sociales que consideraba parasitarios. De hecho, los campesinos y artesanos eran las únicas clases que bienmiraba.

—Mi reinado —decía satisfecho— ha sido una aurora para los siervos de la gleba. Y es que me siento obligado, primero que más nada, a proteger a esos seres indefensos, pobres por ignorancia, tímidos por su miseria y maltratados por su timidez.

Y siempre buscando una justificación doctrinaria para cada una de sus afirmaciones:

—El campesinado es la base de la pirámide social. Eso lo aprendí de los fisiócratas. Mucho he estudiado a Dupont de Nemours, a François Quesnay, a Turgot, a Adam Smith. Bien sabido tengo que el orden natural es un orden racional. Que ese orden garantiza la coincidencia del interés particular con el interés general. Que en la tierra está la única y verdadera riqueza de la humanidad. Que trabajar la tierra es asegurar la sobrevivencia propia y la de los demás. Son verdades incontrovertibles que se corresponden con el orden natural. Por tal razón, querido señor Smith, querido señor De Miranda, sueño con convertir a los siervos en aparceros hereditarios, más felices y con mejores medios para afrontar los impuestos. Por eso, les he concedido el derecho a domiciliarse a su antojo. Y les ayudo repartiéndoles folletos sobre los mejores métodos de cultivo y la manera más idónea de cuidar los rebaños. Y les concedo créditos en dinero, en instrumentos de labranza, en sementales de raza, en semillas seleccionadas, y otros diversos recursos. Y hasta he creado una condecoración, señores míos, una condecoración especial consistente en una *Medalla al Mérito* y una *prima vitalicia* para estimular al mejor horticultor. Hace una semana premié a Elmer Goldberger por haber logrado él, en los confines de la Dalmacia, los mejores cultivos de centeno y de trigo y de avena y de mijo y de maíz, y los de patata también.

—Yo —continuó el Emperador con vehemencia, como si defendiérase entonces de un feroz cuestionamiento—, yo, fundé en Fiume una sociedad para el refinamiento del azúcar. Y otra en Bohemia, para

establecer telares, y otra para negociar granos y textiles con el Egipto. Yo mandé a criar gusanos de seda en Croacia, en Dalmacia, en Stiria, en el Tirol, igual que como los cultivan en Italia. Yo mejoré hasta el máximum los carneros de Burgenland y Vorarlberg. Yo ideé un amplio sistema de unidad administrativa, en el cual todos participan de las cargas y de las ventajas de la sociedad. Yo abolí el feudalismo, los mayorazgos, los servicios personales, los derechos particulares de caza y pesca, los impuestos señoriales, los diezmos y primicias, los estados provinciales y toda especie de dependencia de otro que no fuere el soberano. Yo he formado gobiernos divididos en círculos, cada uno con un jefe que vele por la ejecución de la ley y proteja a los ciudadanos contra los feudatarios. Y en cada gobierno establecí un tribunal con dos salas, una para los nobles y otra para los plebeyos, reservando las apelaciones a un tribunal supremo, y por último a mi propia voluntad. Yo establecí un director de policía. Y refundí las diversas contribuciones en una sola: *la contribución real*. Yo..., yo..., yo..., yo..., yo...

De todas estas realizaciones, Su Alteza se ufanaba al tiempo que sorbían vinos del Rhin y comían soletas remojadas en el delicioso caldo, instalados cómodamente, generalísimo, en el redondo Cuarto Chino del Palacio de Schönbrunn, reservado sólo para los visitantes de más alta distinción.

Gratísimamente te impresionó el Emperador. Recuerdas que, terminada la visita, de regreso al hotel, escribiste en tu *Diario*: «Trátase de un varón probísimo y de una de las cabezas mejor puestas entre los grandes estadistas del siglo.»

DE VIENA A TRIESTE

SÓLO HASTA VIENA te acompañó Smith. Desde allí él se marchó a París, de paso para Londres, y tú, ganado estabas

Para seguir el vagavagar

por el mundo. Antes de marcharse te dio un crédito sobre Amsterdam por 200 libras esterlinas y alrededor de 40 libras en efectivo que prometiste pagarle a requerimiento con sus intereses y otras varias cuentas. Provisto de algunas cartas de presentación que te entregó el señor de Llelis para notables amigos suyos de Milano, Turín, Roma, Ancona, Livorno, y otras ciudades de tu periplo, así como de un flamante pasaporte expedido por su Sacra Real y Apostólica Majestad, al

Conde de Miranda,

por el cual no sólo se te concedía libertad de tránsito, sino que también se ordenaba en tu favor la facilitación de salvoconducto, seguridad pública, guías del país, provisiones, caballerías, vehículos, navíos u otros medios necesarios para la mejor realización de tu viaje; habiéndote despedido de todos tus amigos vieneses, te pusiste en marcha hacia Trieste, en compañía del estupendo, muy noble y reverendo señor Jonás Scarrin, capellán de la embajada de Suecia en Constantinopla, en una silla de posta. Cuatro horas después ya estaban en Guntzelsdorf, donde pernoctaron.

Al siguiente día temprano salieron y llegaron a eso de las ocho a Neustadt, ciudad de regular forma y tamaño. Después de almorzar visitaste el colegio militar que allí mantiene el Emperador, fundado por el difunto mariscal Daun. Entregaste una carta que traías para el director, conde de Kinsky, quien te recibió con sumo agasajo y atención. Juntos examinaron las escuelas de aritmética y álgebra, dibujo lineal y artístico, fortificación, lenguas francesa e italiana, manejo del caballo, las piscinas,

el refectorio, los dormitorios, la biblioteca y el parque donde los alumnos practican la fortificación y el manejo de la artillería. La población estudiantil es de unos 400 jóvenes, de 10 a 14 años, en su mayoría hijos de militares que se educan a expensas del Emperador y luego pasan como oficiales a los regimientos de su ejército. El orden, aseo, propiedad y modo con que todo está dirigido, te parece excede al de cualquier otro establecimiento de esta especie que hubieses visto a la fecha. Su mantenimiento cuesta al año 100 mil pequeños escudos o pesos sencillos. El Conde te dio de comer muy bien. Durante el almuerzo hablaron del arte militar y de Washington y de tu participación en el sitio de Pensacola. Su mujer, la Condesa, se mostró atenta y servicial y era de aspecto agradable, aunque demasiado recargada de *rouge* y joyeles. Sobre las cuatro te despediste para continuar tu ruta.

A las nueve de la noche llegaron a la pequeña ciudad de Schottwien donde hicieron noche en una pobre posada. Al siguiente día fue menester tomar cuatro caballos para poder subir la montaña de Semmering, la más alta de todas las que se encuentran en esa ruta. En la cima hállase una pilastra con la inscripción que señala el límite de Austria y la Stiria. Pasaron sin detenerse por Merzuschlag, Krieglach, Merzhofen y otros varios lugares de pobre apariencia y, a punto de anochecer, cruzaron el río Mur, por un puente de madera, para entrar a la ciudad de Prug, una cuasialdea que todavía reza en contrición el *ángelus* como los labriegos del cuadro de Millet, repleta de crucifijos y San Juanes Nepomucenos por doquier. Dos horas más tarde, llegaron al lugar de Peagu, donde les tocó pasar el resto de la noche en una posaducha, cueva de gitanos, sin poder pegar los ojos por la música cíngara y el jolgorio de la tribu.

Temprano y con el cansancio de la mala dormida a cuestas, siguieron ruta y a eso de las nueve llegaron a Gratz, capital de la Stiria y situada en una planicie circundada de montañas. Subiste a ver el castillo que está dentro de la ciudad, en un montezuelo que hace de pan de azúcar y domina el panorama *le plus riant* que quiera imaginarse. Se divisan desde allí varias casas de campo con sus labrantíos alrededor, muy bien situadas, y entre ellas el *Ekenber*, castillo de recreo del Emperador. También visitaste la casa y los jardines del conde Orenbrandischer, situada al pie del glacis de la fortificación. La propiedad es pequeña, pero no le falta su *ermitage*, su casa chinesca, el templo judío, el teatrico, las pajareras, las estatuas y una muy interesante fábrica de loza esgrafiada o de vidriado plumbífero, decorada conforme a una técnica que tiene su origen en China y se trasmitió a Europa por medio de Persia y Bizancio. La vasija, de barro moldeado o modelado en el torno, se sumerge en un baño de

barbotina blanca (tierra de pipa mezclada con agua) y se cuece; la decoración se raspa entonces en la superficie, dejando a la vista el cuerpo, más oscuro, de debajo (a veces se rellena lo raspado con pigmentos a altas temperaturas); después se aplica un baño de barniz plumbífero transparente y se vuelve a cocer. El Conde mantiene la fábrica como negocio. Muestras de este tipo de locería viste más tarde también en Bolonia y Ferrara y en otros puntos de la Emilia Romana, así como en lugares del norte de Italia. Allí le llaman *graffita* o *a sgraffia*.

A las dos comieron muy bien en una buena posada llamada Lambeth Wirth, donde suele parar el Emperador cuando viaja por la zona. A las tres siguieron marcha, volvieron a atravesar el Mur a la salida de Gratz y llegaron a Lebering, para dormir en una posada de mediana aceptación.

Al amanecer, siguieron viaje, y al entrar a la ciudad de Marburgo, atravesaron el río Drave por un puente de madera. Allí comieron y, de seguidas, continuaron la ruta por montes y montes, en los cuales siempre que era necesario subir debían valerse de una yunta de bueyes o de algún caballo supernumerario de los que allí se hallan para el efecto y con los cuales la gente del país se gana la vida, pues siendo el tráfico de carruajes inmenso y necesitando los grandes carros hasta veinte bueyes para subir, véase si será poco el consumo. Al anochecer llegaron a Cilly y, allí, pernoctaron. El paisanaje parece muy pobre. Las mujeres usan botas y las enaguas por las rodillas; una cinta negra que termina en la frente y un pañuelo blanco en la cabeza. Con una mocita de tal indumentaria, Matilde Keller se llamaba, hiciste el amor varias veces esa noche, pero no sin tener antes, vez por vez, que sufrir un sacudón histérico de arañazos, desgarrones, golpes, protestaciones y llantos. Una extraña manera de ejercer la prostitución.

También en esta región de la Stiria inferior cunde el fanatismo. Donde existe algún paraje elevado y agradable, si no hay algún antiguo castillo, ha de haber precisamente una ermita o convento; y no puede encontrarse puente o calzada, sin que haya un Crucifijo o un San Juan Nepomuceno que los guarde.

Al siguiente día temprano siguieron camino con la ayuda, de cuando en cuando, de algún buey para subir. Una pirámide de piedra con inscripción latina señala los límites de la Stiria y la Carniola. Como un cuarto de legua antes de llegar a Laibach o Liubliana, capital de la Carniola, cruzaron el río Save, que es navegable por aquel paraje, dado el número de lanchones que allí se ven. Cuando habían corrido ya en la miserable silla la distancia de aquel puente de madera, fue menester parar para pagar el peaje. Pero como no tenían dinero sencillo por de pronto

y el oficial que cobraba había ido a cambiar, llegó en aquel mismo instante un gran carro que venía detrás, y no queriéndose su conductor detener más, insta para pasar y vuelca bajo sus ruedas el diminuto vehículo que les transportaba con ustedes adentro. Por casualidad no cayeron en las tormentosas y profundas aguas a riesgo de ahogarse. El postillón, que era mozuelo y adelantado, saltó inmediatamente para cobrar el agravio sobre el carruajero injuriante, le echó a tierra tomado por el pecho y le dio una saparapanda de palos con la vara del látigo. Enfadado, generalísimo, tú también te levantaste y con tus propios puños le diste su merecido al apurado bribón hasta quedar boquisangrante, con los ojos enmorecidos y por lo menos un par de costillas rotas. Finalmente, cayó de rodillas, con la cabeza inclinada, jadeante, y con un brazo a medio levantar en ademán de defensa. Temiendo la reacción de los paisanos que ya iban juntándose y tomando el partido del desgraciado, y atendiendo a los reclamos morigeradores del capellán Scarrin, el postillón y tú enderezaron la silla, apretaron los caballos y, temerosos de cualquier represalia por parte de la justicia, se fueron a dormir a la posta siguiente, en el sitio de Oberlaibach.

Casi al alba, siguieron, generalísimo, el escarpado camino, dejándose arrastrar en las subidas por los bueyes, en medio de un sobrecogedor paisaje de montañas dentelladas, altas de grandes y bien perfiladas cumbres, macizas y de muy difícil paso, circos de neviza y lenguas de glaciar en las zonas más altas, y las laderas pobladas de formidables extensiones forestales; cuando no, fragmentado, todo él, en anchos valles con feraces terrazas de relleno y aluvión enteramente cultivadas. En el camino de Adelsberg a Prewald, fue necesario subir una montaña y, además, se desgajó un aguacero sobre ustedes que marchaban a descubierto. Tomaron un caballo por ayuda, y cata que quien lo lleva de diestro y sirve de piloto en medio de aquella tormenta es una niña, una niña rubita de largas trenzas, con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, los tiernos labios humedecidos, una niñita que debía estar formando parte del coro de *Los niños cantores*, o camino de la escuela, sentada al sol durante el recreo, parloteando con sus compañeritas de curso, ahí y entonces, corriendo con el caballo guía del diestro, mientras ustedes, el capellán Scarrin y tú y hasta el propio postillón, apenas atendían a parar la lluvia y el viento que los batía furiosamente... ¡Oh, qué multitud de reflexiones e ideas de ternezas se te presentan en la imaginación! En fin, cuando llegó el caso de concluir su obra y despedirse, por haber subido ya la montaña, le regalaste una moneda de veinte sueldos y le diste un beso en la frente. Contenta se retiró y tú,

después de la dádiva, quedaste tal como si hubieses cumplido con el sacramento de la penitencia católica.

Ese día, generalísimo, hicieron todos los esfuerzos posibles para llegar a Trieste, pero habiendo seguido la lluvia y no encontrando calesas cubiertas, a las ocho se hallaron plantados en una caballeriza inundada y a oscuras, pues era ése todo el alojamiento habido en una estación inmediata anterior a la ciudad. Solicitaron, porque seguía lloviendo a cantaradas y en toda la extensión abarcable por la vista, el que algunos de los paisanos que por allí vivían, y sobre todo a un clérigo que a todo y por todo decía «*¡Alabado sea Dios!*», les cediese una cama o cuarto para pasar el resto de la noche, pero ni siquiera del clérigo alabador fue posible obtener esa hospitalidad. Y así tuvieron que seguir con toda la lluvia diluvial de Macondo a descubierta, hasta llegar a la hostería, que llaman el conmedio de la posta, donde encontraron albergue, sí, pero no un poco de fuego para calentar la ropa, hecha una sopa, ni *fembras placenteras* para calentar los huesos y la sangre, hechos un badulaque.

Finalmente, por la mañana, tan pronto aclareó, habiéndose moderado la lluvia, siguieron camino por entre los abruptos contrastes del paisaje cárstico: esas estribaciones de los montes Carpelas, el Velebit anonadante y los Alpes Dináricos; esas montañas buscando hacia el mar en rápidas vertientes, altas y rocosas, con insondables barrancos casi a pico, formas ferales y agrestes y, de pronto, inconcebibles zonas de hundimiento, pozos abismales, roturas impresionantes de grandes cañones, los *valli* y los *canali* que por doquier surgen, y las siembras de olivos y de vides y árboles frutales que aprovechan al máximo el terreno, por medio de bancales, hasta que en una hora, generalísimo, descubrieron el mar Adriático, quizás el más azul de todos los mares del mundo, aunque se te antoja de un azul cuajado y frío, y, a sus orillas, la ciudad y el puerto franco de Trieste, la antigua *Artemidorus*, fundada con ese nombre en honor a Artemisa, que allí paró cuando iba con su mellizo Apolo hacia el país de los hiperbóreos, luego nombrada *Tergeste* o *Tergestium*, colonia romana de los tiempos de Augusto, que sufrió en muchas ocasiones los embates de las invasiones bárbaras, y estuvo sometida a los sucesivos dominios de galos, lombardos, bizantinos, francos y, por último, perteneció a Venecia, hasta que, en 1382, cayó bajo el poder de Austria, cuyo emperador Carlos VI la hizo ciudad y puerto libres, en 1719, cuando se consiguió de Venecia la libertad de comercio en el Adriático, y fundó, allí, una flota mercante y una pequeña escuadra y, meses más tarde, confirmó el privilegio de la *Compañía de la India Oriental*, concediéndole el derecho a comerciar con las Indias Orientales y con las

Occidentales y con África, como un organismo independiente, con poderes para firmar sus propios tratados comerciales, quedando sujeta a pagarle a la Corte de Viena únicamente un 6% de los beneficios netos; pero, con la obligación para sus barcos de anclar, cargar y descargar, alternativamente, en Trieste, y en Fiume, y en Toscana. ¡La mejor época de Trieste, señores míos, la mejor época!... Entonces, cuentan que Trieste era la más importante ciudad del mundo. Más importante que Venecia, más importante que París de Francia, más importante que la propia Viena... Aquí, en Trieste, fue donde Lady Montagüe, que había traído desde Constantinopla a Europa la inoculación de la viruela, comprobó por primera vez su experimento en los henchidos brazos de mil marinos venidos de los puertos de todos los mares del mundo: de Sebastopol en el mar Negro y de Kristiansad en el mar del Norte, de Maracaibo en el golfo de Venezuela y de Umea en el golfo de Botnia, de las Islas Baleares y de Veracruz y de Jamaica y de Chipre, de los mares del Sur y del mar de la China Oriental, de todas partes, señores míos, de todas partes. Aquí Wodward descubrió el azul de Prusia que, por tanto, debería llamarse azul de Trieste. Aquí, Brandt, químico sueco, descubrió el cobalto, y Laplace pasó años aplicando su barómetro a la medición de la altura de las montañas. Por aquí pasaban los grandes músicos, las mejores orquestas sinfónicas, los mejores cantantes y cantatrices, los mejores cuerpos de ballets, las mejores compañías de teatro y de saltimbanquis y de artistas del gesto. Aquí estuvo, por meses y meses, el gran mimo Alard interpretando sus piezas mudas. Aquí, Félix Chiarini, el más notable de los *pierrots* en todos los tiempos, montó *Le festin de Pierre* e hizo maravillas con su agilidad venida de una familia de gimnastas y equilibristas. Aquí, Jean-Gaspard Deburau provocó la delicia de los espectadores del *Funambules* con su magistral manera de encarnar los diferentes personajes populares que arrancaba de la propia calle: el vendedor de pescados y la bagasa de a tres cuartillos, el policía de turno, la sirvienta en el mercado, el sacristán en la misa, el deshollinador, el carruajero. Aquí Jean-Philippe Rameau montó sus mejores ballets de corte, en plan comercial para el gran público, y, primero que ningún otro, *Las Indias galantes*. Y no hablemos del comercio. De todo se conseguía en Trieste. Todo, por difícil que fuera, podía conseguirse. Un grifo con cuerpo de águila y cabeza de león, una loza mayólica, un ramillete de bizcochos hechos con trigo del Nilo, un tejido peruano del estilo Tiahuanaco, un *pichel* inglés de plata, marfiles, sedas, perfumes, frutas exóticas... Es el postillón Bernabé Amadeus Johann Kunckel, triestino de nacimiento, de padre alemán y madre lugareña, aunque creció y se formó en Viena, quien los atosiga con toda esa información histórica sobre la ciudad.

A la vista del paisaje nativo, ¡el azul del Adriático, qué azul, qué azul!, se volvió un pico de viuda terrible. Más contento que mono en enramada, no para de hablar.

Sin que cesara la cantinela de Bernabé Amadeus, cierto tiempo después llegaron a la ciudad; una ciudad de calles estrechas y casas chatas y, pese a su glorioso pasado que parecía remontarse a los tiempos heroicos en los cuales Apolo y Artemisa viajaron juntos a la tierra de los hiperbóreos, sólo dos ruinas antiguas: un templete que no llegaba a templo, dedicado alguna vez a la diosa, y los restos de un acueducto romano, no tan importante como el de Segovia.

No más al llegar, tomaron alojamiento en la posada que llamaban *L'Osteria Grande*, al pago de un florín por el cuarto y otro por cada comida, incluido el vino.

Por la tarde estuviste a visitar al señor de Orlandi, cónsul de Nápoles, y al señor de Saumil, Consejero de la Corte Imperial, para quienes traías cartas desde Viena. Por la noche, fuiste al teatro donde representaron una farsa italiana irresistible.

A la mañana siguiente continuó el viento tan fuerte que casi no se podía transitar por la calle. Tuviste visitas del señor Giovanni Baptista Orlandi y del señor Saumil, el ya nombrado Consejero de la Corte Imperial, con quien saliste a eso de la una, la condesita salió a las cinco, para hacer una visita al Gobernador, conde Pompeo de Brigido, que te recibió con la máxima atención y te ofreció su casa, sus coches y toda su solicitud. De allí, siguieron a la casa del señor Saumil donde estaba ya pronta la comida, un excelente cordero en menta, patatas al vapor y un pastel de chocolate vienés, el delicioso *sachetorte*; todo ello presidido por las tres hermanas solteras de Saumil —Serafina, Ludovica y Aldagisa—, las Tres Parcas personificadas, así de viejas y feas, con ruecas y gato negro incluidos.

Después del café, el señor Saumil te acompañó al puerto en busca de información sobre algún barco que saliese en los dos o tres días siguientes para Esmirna o Ragusa. Vano propósito. Uno acababa de hacerse a la vela para Constantinopla y no había ningún otro previsto hacia esos parajes hasta dentro de varias semanas, por lo que resolviste pasar a Venecia a buscarlo, o si no, seguir primero a Italia, según las circunstancias lo proporcionasen.

Por la noche, Scarrin y tú, vistiendo un lujoso traje negro de paño y camisa de bretaña francesa con alechugados de muselina en la pechera y en las mangas, medias de seda blanca aseguradas con ligas bordadas y zapatos negros de hebilla hechos a la inglesa, una *pinta* pues, siempre acompañados del buen señor Saumil, fueron al circo.

LA TRAPECISTA NAYDA HEHT

DESDE VARIAS semanas atrás, el circo nómada del inglés John Ricketts, desmembrado originalmente del Circo Real Británico de Hughes, montado él sobre la explanada del castillo y mirando al mar, constituía la delicia de los triestinos.

Por doquiera, en las tabernas del puerto igual que en las oficinas públicas o en los almuerzos de familia, en las barcas de los marineros que en el cuartel de los militares o en el *Palazzo dell'arte*, donde por las noches solía reunirse *le tout Triéste*, no hacíase más que hablar y hablar de los jinetes volteadores; de Anna Ambros, la famosa amaestradora de pulgas por el sistema llamado *«de la palabra»*, y traída, ella, especialmente contratada, desde el *Theatre de puces* de París; de Karah Khavak, la encantadora de serpientes; de Johann Stavisky y su número de prestidigitación con anillas, ayudado por su *partenaire* Miss Disy; de Martha la Corse y su legión de tigres de Bengala, entreverados de furia y suavidad, prestos a abalanzarse como una flecha voladora a los pies suyos, esos pies de princesa de Ajaccio, lanzando feroces rugidos, mientras ella, inmutable y sin vestigios de miedo, miraba y saludaba al público con tranquilidad pasmosa, como con la sangre de horchata; de la tropa de danzarines sobre cuerdas; de los volatineros; de los ventrílocuos; del payasito Barnum y del payasito Thedy y del payasito Popov y del payasito Beppo y del payasito Porto y del payasito Kelly; de los tragasables; de la jirafa bailarina que los había puesto a bailar a *la girafe*; de los otros animales sabios: un perro calculista que sumaba, restaba, multiplicaba y dividía; las focas con su innato sentido del equilibrio, caminando sobre alambres al tiempo que sostenían pelotas, aros y otros objetos con el hocico; los simpáticos delfines en su piscina de cristal; un hipopótamo saltarín cual si fuese un canguro; una *troupe* de afeitadas perritas francesas que bailaban el cancán cual si fuesen consumadas estrellas del *Moulin Rouge* o del *Folies-Bergére*; y de los *fenómenos más increíbles de la tierra:* la mujer peluda, la mujer de las dos cabezas, la mujer flaca como un silbido, la mujer gorda como el planeta Tierra, el hombre de cuatro

manos, la sirenita de la isla de Fidji, el liliputiense general Thom Thumb, el derviche Polman, el faquir Onofroff, la cabeza parlante de Miss Pauline, el hombre-esqueleto James Coffrey, el estómago de acero Bob Maskeline, el surtidor viviente Tarto D'Anselmi; y, sobre todo, de Nayda Heht, la trapecista capaz de dar el triple salto mortal hasta tres veces por noche, antes de caer, impávida y danzarina, danzarina e impávida, en la red aparadora, y equilibrista consumada, también, que sabía mejor que nadie andar sobre la cuerda tensa y sostener con los dientes un haz de cohetes chisperos.

Tanto el cónsul Orlandi como el señor Saumil te habían hablado maravillas de ella, *Nayda la Incomparable*, la maravilla de las maravillas. Hacíanse lenguas de sus habilidades, de las cincuenta destrezas que cumplía en el trapecio una tras otra a cual más sensacional, de cómo sentábase en la banqueta llamada *trinka*, de cómo hacía el trampolín simple, el doble, la báscula, la cama elástica, de su galanura y plasticidad, de su piel prensada al sol y de la belleza imponderable de su cuerpo. Ambos, Saumil y Orlandi, por separado, cada uno en su tiempo, al igual que otros caballeros nobles de la ciudad, habían disfrutado de esa piel y esa belleza. Nayda era, además, una deliciosa *cortegiana*. Después de la función de cada noche, aceptaba salir con aquel que pudiese pagarle tres ducados de Holanda, vez por vez. Tú, generalísimo, cargabas muchos ducados de Holanda en la faltriquera. Bastante insistió Saumil para que la invitaras entonces. Ya sabrá lo que es una mujer como de hierro y de cera extensible al mismo tiempo, querido Miranda, te decía. Debe invitarla, sí, esta misma noche, para que se lleve usted un recuerdo inolvidable de Trieste. Y, en efecto, terminada la función ciertamente deslumbrante, esa misma noche la invitaste.

El propio Saumil te conduce, ahora, por un pasillo de amontonadas y oscuras barracas, jaulas y cercados, picaderos y cuchitriles, monos encadenados a barras de metal y caballos y *ponies* enjaezados; tropezando, aquí y más allá, con Rabla el Malabarista y Anciloty el Hombre de Goma, con el Rajá Pichol, hipnotizador, y con Kaniska, la tragabombillas, con Koringa y con Blakamán, payasos y enanos, funámbulos y patinadores, caballistas, *écuyeres* y amazonas.

Por fin llegan a los que parecen ser los camerinos de las estrellas y, entre todos, el de ella, *Nayda la Inconcebible*, que se desmaquilla ante la marquesina de múltiples espejos. Todavía va vestida con el atuendo de la actuación: un justillo amarillo oscuro cromo bordado de pedrerías, descotado a la altura del nacimiento de los senos y un tanto desteñido por debajo de las axilas a causa de las exudaciones de sus proezas diarias; medias

enterizas del mismo color también bordadas de pedrerías semejantes a las del justillo, y zapatillas negras de balletista. De un solo vistazo abarcas toda su esplendidez: la tensión de su espina dorsal, enarcada sobre la marquesina, de frente al espejo; la dura-compacta hendidura de sus nalgas adosadas a la tela que las cubren cual si fuera ella su propia epidermis; el temple de sus piernas con la especializada reciura de los que han aprendido a moverlas mantenidamente en el aire, como si jamás hubiesen caminado ellas por la tierra. El oficio del trapecio permitía que Nayda se conservara en excelente forma, aunque de cerca se calibraba bien que tratábase de una mujer madura. Más de cuarenta años, cuarenta y cinco quizás; pero con el cuerpo de una gimnasta; una gimnasta diestra en saltos sobre el potro, los ejercicios en la barra de equilibrios, en el suelo, y en las paralelas asimétricas. Cuando se volteó de frente para recibirles, observaste, también ya con tu *totoquini* como *timón de carosse*, el mayor de todos sus encantos, esa protuberancia pélvica con la que solía sostenerse de la barra y con la que habría de presionar, más tarde, la avidez de tu pelvis, suspendida y leve, leve y suspendida, sin ninguna resistencia. Saumil te presentó como un caballero español de gran calidad, fogoso, gentil, de paso por el puerto, y tenedor de muchos duros de Holanda. Complaciente, regalándote la mejor sonrisa de sus labios retocados con brillo rosa y el fulgor más esplendente de sus ojos de topacio, *Nayda la Inmarcesible*, te extendió su mano, su mano que besaste, tal como un caballero bien nacido debe besar la mano de una señora, sin rozar los dedos con los labios, apenas acariciando el aire que tremola sobre la carne, y juntando los talones en una especie de saludo militar prusiano.

—*Enchantée* —dijo para agradecerte el gesto.

—*Piacere* —crees que le contestaste en italiano.

Así el pacto negocial quedó cerrado. Te lo confirmó Saumil con un guiño de ojo.

Al rato, el suficiente que para *Nayda la Impensable* cambiara su atuendo de trabajo por el de calle, un bello vestido amarillo de moher y seda, amarillo como el justillo de la función, con corpiño y saya bordados con diseños florales en hilos de colores, regresas con ella a *L'Osteria*. El capellán Scarrin y el señor Saumil, en otro carruaje, se habían marchado antes.

Ya en tu habitación, hicieron el amor gimnásticamente, tal como si, de nuevo, ella, *Nayda la Trapecista*, practicara su número del programa circense. También en su actividad erótica era una profesional, un águila humana, una banda espiral, nebulosa, casi aérea al par que corpórea, verticalizada de un todo, u horizontal con los brazos extendidos, siempre preocupada al detalle por el logro de una mayor plasticidad y la mejor

eficacia. Pasaba de arriba a abajo, girante sobre su propio eje, con movimientos helicoidales, cuasi mecánicos. De pronto, suspendíase en el aire, como levitante encima de ti, o hacía que tú te suspendieras encima de ella, sosteniéndote a pulso con las manos sobre el colchón, y sin permitir que la tocaras con otra parte de tu cuerpo que no fuera tu émbolo envaselinado; envaselinado, sí, para poder vencer la profesionalmente deformada consistencia musculosa de su vulva. Ahora vuelve a asirse a ti o salta de nuevo. Hace el salto del potro. El del ángel. El del león rugiente por entre el arco en llamas. Al fin, cesan los saltos y las piruetas. Desesperada, se adosa a ti. Y todo es ardor, mordeduras, jadeos, sudores y excrecencias, en ese preciso instante de la confusión de los cuerpos, no yuxtapuestos ni imbricados sino fundidos, cuando cualquier salto puede ser de verdad mortal y dibujan, ellos, las figuras primeras y finales de una buena-excelente exhibición.

Al despertar *Nayda la Invencible* ya no estaba. ¿Acaso, se había vuelto *Nayda la Invisible*? Todo cabía en la dimensión de su irrealidad. No, simplemente se había marchado. Antes del aclareo, seguramente, se marchó. Por adelantado había recibido sus tres ducados de Holanda. Más tarde, muchas veces, suspirarías por ella con cierto triste regusto. La recuerdas como una magnífica trapecista y una no menos buena meretriz. Para tu pesar, no pudiste quedarte con un vello de su pubis. Como artista del espectáculo que cada día debía vestir un justillo recortado más arriba de las entrepiernas, lo llevaba de un todo rasurado.

CRÓNICAS ITALIANAS

Para arribar a Venecia

Temprano, generalísimo, tras tu noche gimnástica con *Nayda la Trapecista*, acompañado del cónsul Orlandi, fuiste a ajustar tu pasaje para Venecia. Consigues una buena barca, a cargo de un señor Vietzoli, con la cama del patrón a tu servicio por el valor de ducado y medio de Holanda (la mitad de lo que Nayda cobraba por su ejercicio). Quedan convenidos en partir esa misma noche si es que hace viento favorable. Y esa misma noche partieron, después de haberte despedido de tus amigos triestinos y haber almorzado en casa del Gobernador. Viajan de corrido con viento fresco NNE, de modo que a las siete de la mañana cuando te levantaste ya estaban sobre Venecia, y a las ocho entraban por el Lido dando fondo inmediato al Lazareto. El capitán fue a tierra para manifestar sus papeles y luego volvió a bordo, fletando una pequeña barca por cuenta de todos los pasajeros, con sus equipajes, para seguir a la ciudad.

No se puede negar que, al aproximarse, el espectáculo se impone. ¡Tantos ancianos y soberbios edificios que parecen salir del agua, cual si fuesen una quimera, una mera ilusión! La vista del Canal Grande y *della Giudecca* con las islas vecinas: San Giorgio Maggiore, de la Madonna de la Grazia, di Sacca Fisola; el azul contaminado del mar; esa conjunción magnífica de los elementos: aire, agua, piedra, luz, y el tiempo, allí, como detenido o detenido de verdad hace una miríada de años; esa conflagración de Oriente y Occidente, de Roma y Bizancio, de la Cristiandad y el Islam. Todo propende a que la turbación sobrevenga. La magia de la antigüedad te produce una alucinación. Se ha dicho que Italia es el país donde retorna eternamente el pasado, donde se le custodia inmóvil. Y tal vez, ello sea mayormente válido, de todas sus ciudades, para Venecia, *la Serenissima*.

Un rato más te quedas, generalísimo, absorto con la idea del retrotraimiento del tiempo, tal como te pasó antes en Praga. Quizás puedas cambiar de forma y de época y de personalidad. Quizás puedas conver-

tirte, por obra del encantamiento temporal, en un noble señor, propietario exclusivo de una cualquiera de las islas Rialtinas; en un *podestá* o en un *dux*, con tu propio *incredibile palazzo* véneto-bizantino y sus palacetes *ad jus reddendum*. Quizás puedas enamorarte de alguna de esas grandes damas que sirvieron de modelos a los Bassanos, al Giotto, a Cimabue, a Botticelli o a Filippo Lippi.

De tu juego anacrónico te sacan el arribo y el desembarco y la mierda, el lastre y la porquería que cubren las calles y las casas. Y el mal olor de las aguas de los *canali* y, sobre todo, los del Gran Canal (o *Canalozzo* como lo llaman los venecianos en su curioso dialecto); infestas, pútridas, estancadas, como de marismas. No más, poniendo un pie en tierra, pisas una plasta de mierda humana, fétida y agusanada. Diríase que el encanto se disipa. Una broma, piensas. Una broma de los dioses para que regreses del pasado. Estas jugarretas son propias de los dioses. Hacer que pises una plasta de mierda. ¡Qué ocurrencia! Aunque entiendes el mensaje, te irrita haberte ensuciado. Al poco, llegan a la Sanidad, vecina a la Aduana. En Venecia, insólito, hay una Sanidad. Y, después de una *rappresaglia* de más de media hora, pudieron salir, y cada uno tomó su góndola para buscar posada.

«Il Scudo di Francia»

Sin mayores dificultades, por ser temporada baja, tomas alojamiento, generalísimo, en *Il Scudo di Francia*, inmediato al famosísimo puente de Rialto que une las dos orillas del Gran Canal, desde los tiempos más antiguos: primero, como puente de barcas y después de madera sobre palafitos con apertura en la parte central, hasta que en el siglo XVI, se le construyó de piedra sobre un proyecto de Antonio Da Ponte. La renta a pagar es de ocho páolos por un cuarto estrecho con paredes alicatadas en blanco, seis por comida, dos por el fuego adicional, cinco por el servidor y seis por la góndola para un solo viajero.

Después de haberte vestido, previo acomodo del *bagaglio*, reposado un poco y comido un suculento *carpaccio* y una *insalata mista*, seguidos de un buen trago de *Pinot Grigio*, tu favorita entre todas las bebidas italianas, la *sambucca* y el *fra Angélico* incluidos, tomas la góndola, a cargo de un *gondoliere* de lo más conversador con quien aprovechas para ejercitar tu italiano aprendido a la libre con la *Gramática* de Giuseppe Lipparin y el *Canzoniere* de Petrarca y te vas a distribuir las cartas de recomendación que portabas para don Ignacio López de Ulloa, encarga-

do de negocios de España; el señor de Corradini, secretario de la embajada del emperador José II; el señor Pietro Zaguri, *senatore amplissimo*; el señor Angel Quirini, otro *senatore amplissimo*; el caballero Pietro Rombenchi; el señor Giorgio Maggi y el señor Salvatore Nutricio Grisogino, entre otros.

Concluida esta operación correística, te fuiste a una *gelateria* a probar los celebérrimos helados venecianos y te sirvieron uno de marrasquino, con fruta entera, muy bueno; mas, la dicha *gelateria* y todo su ajuar eran sumamente puercos, de una suciedad insufrible. Allí pululaban las cucarachas, las chiripas, las moscas y las ratas que se paseaban por encima de los mostradores. Venecia es una ciudad de moscas y chiripas, de cucarachas y ratas, al igual que de aguas pútridas y de cagadas; inmensas cagadas con moscas y gusanos hirvientes. En la puerta principal del establecimiento, unos pasos más allá, había una soberbia, como para devolver el helado y lo comido en el resto del día. Con todo, te informó el empleado que era aquélla la mejor *gelateria* de la ciudad y no lo dudas, pues había allí varios nobles, capitanes de barco, funcionarios y personas de postín, atragantándose ellos con los sabores más variados.

De aquí pasaste al teatro de *La Fenice*, donde viste una ópera seria malísima, tanto que no te acuerdas de su nombre, ni de su autor, ni de ninguna de sus peripecias. Te acuerdas, sí, de la belleza interior del teatro, un teatrazo de rica decoración con tallas doradas y un artístico *plafond*, esculturas en madera y estuco, cinco pisos de entapizados palcos y una gran sala ovalada con capacidad para mil quinientas personas. Y, por supuesto, también te acuerdas del público. ¡Qué populacho! Un público *bachiche*, todo el tiempo gritando, zapateando, aplaudiendo y haciendo los peores chistes. El *gondoliere* te recomendó, después, que la próxima vez tomes un palco, que al menos cuesta cinco páolos, porque el patio, pese a ser más caro, es intomable por la plebeyez de los que allí concurren.

Esa noche, generalísimo, preferiste regresar al hotel caminando. No obstante la mala iluminación de las *calli* y los *campi*, bien vale la pena pasear por la ciudad nocturna: ver el reflejo de los edificios y monumentos clásicos en el claroscuro de las aguas negras, violáceas, azuladas a veces, a veces pizarrosas; el pasapasar de la gente, con máscaras o sin ellas; el gusto y la alegría de los diferentes grupos que se reúnen en los bares, las *botteghe* y las *piazze*, alegres, suaves, pacíficos y fáciles de tratar. Quizás sea por eso del mal alumbrado y la oscuridad de la noche veneciana que los malos novelistas (no des nombres, generalísimo, que son muchos) se han empeñado en inventarle a la ciudad una hinchada crónica negra, plena de hórridos delitos. Por eso, y por lo tortuoso de las calles

propicias a las emboscadas, al asesinato, al estupro y al robo. Y también por las máscaras que los venecianos se empeñan en seguir llevando aun en las épocas distintas al carnaval. Pero, como bien te informó, días más tarde, el *senatore amplissimo* Pietro Zaguri, la criminalidad de Venecia es la más baja de Italia. Por los días de tu estancia, no se cometían como promedio más de cuatro homicidios al año. No cabe comparación con tu Caracas nativa, generalísimo. Cuatro homicidios mínimos son los que allí se cometen por día. Y hay noches, las de los fines de semana, cuando el índice sobrepasa la veintena.

Piensas que bien hubieras podido disfrutar tu caminata nocturna, tal las titilaciones de luz sobre el agua, las voces nocharniegas que salían de las torres y los atrios de los *palazzi*, la bruma, la tierra tan cercana y tan distante, y el chirriachirriar de las olas contra las góndolas ancladas; pero, llegaste al hotel con los zapatos y las medias hechos una grima; una grima, sí, por causa de las cagadas que tropezaste en la calle. No imaginas cómo los vénetos formantes de la muy pretenciosa CEE puedan cagarse tanto y tan impúdicamente en plena vía pública, y dejar sus plastones, ahí, pudriéndose o secándose al sol, sin ningún disimulo o empacho.

ELECCIONES EN «IL PALAZZO DUCALE»

A primeras horas recibes un recado del señor senador Zaguri para ir al Senado que en ese día se reunía por primera vez, después de las vacaciones.

Aceptaste gustoso, y a eso de las diez te hallas en el *Palazzo Ducale* acompañado del dependiente suyo que te envió. El propio senador viene a recibirte y te hace pasear con un guía muy instruido y hablachento por varias de las salas de la suntuosa mansión que sirve de residencia al gobierno de la ciudad: la grandiosísima destinada al Consejo Mayor, la del Senado, la del Colegio, la del Consejo de los Diez, la de la *Quarantia Civil*, la de la *Quarantia criminal*. Buen tiempo te detienes a admirar las estupendas obras de arte que ornan el Palacio a partir de la fachada. Los capiteles del porticado son abrumadores, riquísimamente labrados y versantes sobre una múltiple cantidad de temas: Vicios, Virtudes, Aves, Animales cuadrúpedos, Cabezas de leones, Torneos de amor, Todos los hechos del *Antiguo Testamento* para anunciar la venida de Cristo; Cabezas varoniles: Sabios de la antigüedad, Emperadores romanos, los Apóstoles, Santos y mártires; Los planetas y la Creación del Hombre; Los oficios; Las estaciones; Una muy completa Historia de Amor;

Los meses del año; Cestas de frutas; Ramilletes florales; Los pueblos de la Tierra; Más vicios; Más virtudes y un sinfín de preciosas Cabezas femeninas. ¿De dónde proviene la nobleza de este pórtico con tantas guirnaldas y paramentos? No sabrías precisarlo, quizás de sus proporciones magníficas, quizás justo de esa profusión de realces y galanías. En la vista de las cabezas femeninas crees reconocer a las bellas italianas de siempre. La *donna* Laura. Medea de Carpi. Lucrezia Borgia. Todas parecen vivificarse para ti. Balbucean frases de amor con sus labios de piedra. Entornan sus ojos y los ponen en blanco como si se desvanecieran. Son mujeres para ser deseadas igual por los vivos, que por los muertos, que por los ángeles. Una, que representa a la justicia, es de belleza superlativa, de un coraje y una serenidad elevadísimos, con su pelo recogido a modo de crenchas sobre el óvalo de su cara perfecta y la cabeza cubierta por un pañolón cuyos caireles le festonean la frente.

Por estos capiteles de hechura magistral, piensas que te reconcilias a la postre con Venecia y con los vénetos, a pesar del mierdero esparcido por dondequiera. Y mejor es que así haya sido, pues, sin conocer aún Venecia y gracias a las referencias emocionadas de tu amigo Villalta en las cálidas noches de Melilla, muchas veces casi te creíste veneciano.

El señor Vivariani, que te sirve de guía, te apremia para continuar el recorrido. Deben concluirlo justo antes de que comience la sesión, pues el *senatore* Zaguri, ¡oh Dios!, no te lo perdonaría si dejaras de presenciarla. Brevemente se detienen ante la entrada principal del Palacio que es la *Porta della Carta*, construida en el siglo XV por Giovanni y Bartolomeo Bon en estilo gótico florido. Años atrás —te informa el señor Vivariani— estuvo pintada de rojo, azul y oro. De pasada observas la estatua del dux Francesco Foscari arrodillado ante el león alado de San Marco, colocada ella a la mitad del portal. Su severidad te impacta fuertemente. Enseguida, entran al *Androne Foscari*. Enfrente, la Escalinata de los Gigantes, renacentista, proyectada y construida por Antonio Rizzo. Vivariani te explica que en el rellano superior de la Escalinata tenía lugar la investidura oficial del dux antes de ser presentado al pueblo. Las dos estatuas sobre la balaustrada, Marte y Neptuno, son obras tardías de Jacobo Sansovino. A la derecha se abre el grandioso patio con sus fachadas de ladrillo descubierto, que corresponden a la Sala del Consejo Mayor y a la Sala del Escrutinio. Por la galería interior, mediante la muy ornamentada Escalera de Oro, se llega a las salas.

Salas, salas, más salas. Para ser vistas con admiración incondicionada. Como para sentarse en el medio de ellas, sólo a contemplarlas. La Sala de los Escarlatas, la antecámara de los consejeros ducales. La Sala del

Escudo o de los Mapas, destinada a la recepción de los huéspedes. Tu hipersensibilizada vocación de aprendedor te obliga a observarlo todo. En las salas Grimani y Erizzo se conservan los techos de madera de finales del siglo XV, obra de los hermanos Faenza, entalladores de los más famosos. Qué techos, qué techos: si uno no hubiese estado allí, habría podido pasar toda la vida diciendo: «techos», «techos de madera tallada», «artesonado», sin saber de qué se está hablando; pero después de esa visita, uno lo sabe, lo sabe de una vez para siempre, hasta en los sueños y en los momentos previos a la muerte. Las numerosas chimeneas colocadas en las diferentes salas, que también te impresionaron mucho. Son obras de los hermanos Lombardo. Todo te lo va informando Vivariani con su gangosa voz de dómine, como quien recita una lección aprendida de memoria.

—Aún le queda mucho por ver, señor De Miranda —te advierte con cierto dejo de pena—. Pero, lamentablemente, la sesión no tarda en comenzar. Debe ir a ocupar su asiento. Será cuestión de que regrese otro día para que siga conociendo el Palacio. Siempre estaré dispuesto a conducirle.

Ceremonioso, Vivariani te conduce hasta la sala del *Maggiore Consiglio*. Zugari te da asiento en un banco alto arrimado a la pared en mitad de la sala y destinado para los visitantes extranjeros de mayor distinción. De inmediato, en presencia del dux Paolo Renier, se hizo la nominación por votos de algunos cargos públicos; concluida la cual, pasó el Dux al apartamento inmediato —el *eccelso Consiglio dei Deice*— donde se sientan los caballeros de la *Stola d'Oro*, aquellos que han servido a la república en calidad de embajadores. Y habiéndose confirmado allí por balotaje la elección antecedente, el Dux regresó al Gran Consejo. Acto seguido se hizo pública la elección confirmativa de los sujetos nominados con anterioridad. El señor Labia, personaje para quien habías traído carta de recomendación desde Trieste, fue uno de los electos para *Podestá di Brescia*.

En este tipo de asambleas nada se discute y sólo se reduce a *«balotar»* todo. Unos niños de los hospicios de caridad, pobremente vestidos, llevan la caseta por la sala y cada miembro mete su balota, que después son entregadas a los secretarios para el escrutinio. Opinas que en estos conciliábulos reina más la forma que el orden, pues todo el mundo habla de lo que quiere a troche y moche y está en continuo movimiento de una parte a la otra. Nada de aquella máxima austeridad y estrictez que se nota en las asambleas del Senado británico.

En fin, generalísimo, nada de lo que viste en esa elección se te hacía imprescindible. Sólo tu avidez observante de viajero ilustrado te llevó a perder media mañana en esa pamplina despótica disfrazada de «balota», peluca y «roba» negra. Un paseo. El paseo de la progenie de más de quinientas familias que forman el patriciado veneciano, diferenciadas entre ellas por el blasón y el censo. Buena añagaza para quien conozca poco de estos asuntos.

A las dos de la tarde, todo concluyó. Y tú, en el colmo del fastidio, te despediste de Zaguri que fue a soltar su peluca y a ponerse su atuendo de petimetre con máscara, que es el que suele llevar más a gusto.

La condesa Marini

Después del almuerzo, tuviste la visita del señor abate don Esteban de Arteaga, madrileño, ex jesuita español, a quien envió López de Ulloa para cumplimentarte, por encontrarse él muy ocupado en hacer compañía al señor de Moñino —hermano del Ministro conde de Floridablanca— que acababa de llegar de Florencia y estaba nombrado para suceder al marqués de Esquilache, embajador de España en esta capital y que había muerto no muchos días atrás. Por cierto que ese último noble señor fue el mismo que se desempeñó como enérgico ministro de Hacienda del rey Carlos III y que libró la famosa disposición del 3 de marzo de 1766, por la cual se prohibía el uso de la capa larga y de los sombreros de alas anchas, provocándose por ello, en Madrid y otras ciudades españolas, los disturbios conocidos con el nombre de *Motín de Esquilache*, al grito de la consigna «*¡Que se respeten nuestras capas!*». Años más tarde, Carlos III lo rehabilitó. Así tiene de vueltas el poder.

Por invitación del abate le acompañas a visitar a la condesa Isabel Teotochi Marini, griega de nacimiento, muy bien parecida e instruida, esposa de Carlos Marini, de la Audiencia Civil, y en cuya casa conociste y trataste igualmente a los señores Lauro Quirini y Giorgino Soranzo, y a un grupo de bellas damitas y otros caballeros y apuestos donceles sentados en círculo, hablando entre ellos sobre temas literarios, artísticos y culturales en general. Funcionaba así, en los salones de la condesa, una de las pocas tertulias que se dan en la ciudad hasta la hora de marchar al Casino o al Teatro.

Producidas las presentaciones de rigor, la condesa Marini, muy gentilmente, te dio a conocer las reglas de la sociedad. De un copón de Murano, alguien saca una papeleta que indica un tema. Sobre ese tema

inicia la conversación el designado y luego van participando *ad líbitum* los demás, con entera libertad, a modo de conversación o discusión sobre el punto. A ti, generalísimo, como nuevo incorporado, te tocó iniciar la ronda de esa tarde. Del copón sacaste la papeleta y te salió como tema: la poesía de Petrarca. Recordaste tu conocimiento casi perfecto del *Canzoniere* y entre todos los sonetos, escogiste uno, lo suficientemente expresivo y conmovedor como para ser recitado entonces, el *Soneto XVIII*, uno de los más bellos del conjunto:

Quand'io son tutto volto in quella parte
ove'l bel viso di madonna luce.

Poco a poco, lo vas recitando con cadencia, extremando el perfeccionismo de la pronunciación, diciendo cada verso como si modularas el amor; cuidando la entonación para que no se perdiera el ritmo de la métrica, el fuego de la pasión, la fuerza descriptiva; marcando solícito las pausas para mejor conservar la armonía de la musicalidad, el paulatino desgarramiento de la confesión lírica, el equilibrio de la unidad y la variedad al mismo tiempo, ese afán tan petrarqueano de presentar el poema como un espejo fiel de la vida interior transfigurada en autoconciencia. Los presentes escuchaban ensimismados y todo el salón giraba en tu derredor como una rueda de oro: los muebles, los altos gobelinos, las lámparas, los cuadros. Por momentos, como si te hubieses retrotraído en el tiempo, veías cómo tus contertulios se transformaban frente a ti. Ya no eran la condesa, el señor Quirini, el señor Soranzo, las bellas damitas, los apuestos mancebos, sino hombres y mujeres de otra época, de la propia época de Petrarca y la *donna* Laura, con indumentarias enteramente distintas a las que llevaban al momento de tu llegada, como si se la hubiesen cambiado de súbito en el torbellino de una farsa carnavalesca o en el de un inverosímil montaje teatral; ellas, con gabanes arrastrantes hasta el suelo, de terciopelos y sedas bordadas de hojas de oro, unas, y de lana escarlata o violeta, las otras, pero todas con mangas extravagantes, largas y anchas, como para taparles la mitad de las manos o las manos enteras, y con cinco o diez onzas de perlas regadas de las cabezas a los pies, grandes cintas doradas en figuras de lazos, pequeñas capuchas o grandes y enrollados turbantes al modo turco guarnecidos de pedrerías, pesados cinturones de plata labrados y muchos, muchísimos anillos; ellos, Quirini, Soranzo, los donceles, los otros caballeros, con unos casaquines de pieles, paño, seda o terciopelo tan cortos que apenas les cubrían las caderas, calzas ajustadísimas y zapatos blancos o negros con puntas de

hasta tres pulgadas, y usando mazos de cadenas y collares de plata sobredorada con corales y perlas, broches y otros abalorios, la barba afeitada y los cabellos cortados en redondel; unas modas, generalísimo, que tú no habías visto antes, sino en los dibujos y figurines de época. Sólo el abate y tú conservaban sus vestuarios contemporáneos, los mismos con los cuales se habían hecho presentes en la reunión. A no dudar, por influjo de la poesía de Petrarca y de la forma encantatoria como tú la decías, había ocurrido una mutación, más allá del simple ilusionismo o de las visiones enfermizas. Tratábase de personas diferentes o, quizás, de las mismas personas, pero arrastradas hacia el pasado por no se sabe qué hechizo inexplicable, no importa si mantenidas dentro del inalterable salón de la *contessa* Marini; un salón con los mismos muebles, tapices y lámparas del comienzo; el mismo salón, en fin, pétreo, húmedo y presuntuosamente engalanado de aquel *palazzo* ojival, del mejor estilo siglo XV, al que habían llegado no hacía mucho el abate Arteaga, y tú, y cuya fachada principal, recuerdas, daba al Canal Grande, y la lateral derecha al campo de San Samuel, el campanil de cuya iglesia aún podías ver por el ventanal, a través de los finísimos visillos blancos que se abombaban al paso de la brisa.

Terminada tu declamación, los contertulios —ufanos dentro de sus descritos nuevos atavíos— te celebraron con aplausos y muestras de especial contento y, acto seguido, iniciaron el coloquio sobre Petrarca y su poesía. Crees que fue Soranzo, o no precisas si Quirini, quien se extendió en la consideración global de toda la obra del poeta: los 317 sonetos, las 29 canciones, las 9 sextinas, las 7 baladas y los 4 madrigales que integran el *Canzoniere*; el *Triumphi*, con sus 6 cuadros: el Amor, el Pudor, la Muerte, la Fama, el Tiempo, la Eternidad, y también, los llamados *«poemas extravagantes»*, cuya autoría se le atribuye sin estar del todo comprobada; limitándose el exponente Quirini o Soranzo, no obstante, a los poemas que integran el *Canzoniere* y destacando cómo todos tienen por objeto del canto, casi exclusivamente, la figura de Laura, aunque también hay dentro del conjunto, uno que otro poema de ocasión, y un poema, la última canción, que es al unísono plegaria y homenaje a la Virgen. Alguien, una de las damas, la señorita Zeffi o la señorita Vari, centró sus consideraciones en el carácter ideal de Laura como musa o inspiradora del poeta y en la improbabilidad de su existencia física. Y, finalmente, la *contessa* Marini, para contradecir a su predecesora en el uso de la palabra, lanzó unas cuantas afirmaciones que, al modo de poderosos lazos expresivos, ahondaron tu desquiciamiento, el desfase de tu tiempo y tu lugar, no sabes si por obra de la superposición cambiante (cada vez), por obra de algún

sabio designio trasmutatorio, o porque estabas (tú) sencillamente loco. Loco, generalísimo. ¡Loco!...

—Odio a Petrarca —dijo la *Contessa*, y miró a cada uno de los presentes como midiendo el efecto de sus palabras.

Luego, continuó:

—Nunca acepté su falsa postura de hombre feliz ni su indiferente serenidad. Tampoco aceptaba su miedo, la elusiva falta de valor que lo llevaba a enmascarar su cobardía e incapacidad para amar de verdad a una mujer con el embozo de la melancolía morbosa y un lirismo idiota. Y lo digo porque lo conocí de cerca, como también conocí a Laura, mi mejor amiga, la mejor amiga que alguna vez he tenido. Más que una amiga, una hermana, y perdóneseme el lugar común. Muchas veces recibí sus confidencias de cómo ella, ciertamente, estaba enamorada del esquivo Francesco, no en la idealidad de la que se hace eco la historia, sino de una manera plena, espirituosa y carnal, como suelen enamorarse las mujeres y los hombres. Una sola palabra del infeliz poeta en ese sentido, y ella lo hubiese seguido a Lombez, al Flandes, a París, a Roma, a Parma o adonde hubiese sido. Desde aquel trémulo encuentro en la iglesita de Santa Paula de Aviñón hasta poco antes de caer víctima de la peste, Laura, siempre pendiente de esa llamada de Petrarca, me contaba de sus anhelos y frustraciones. Pero él nunca la requirió y se conformaba con escribir sus vacuos poemas que, por lo demás, no le enviaba de manera directa. Por esos días, yo no estaba casada con Carlos, sino con quien fue mi primer marido, un noble y sabio alquimista llamado Theodore Kerckringius que profesaba en Aviñón. Allí solíamos frecuentar el salón muy aristocrático de los esposos De Sade. Después, ya en Venecia y habiendo enviudado de Kerckringius, supe de la muerte de mi querida Laurina, *mi Laurina* como la llamaba yo en confianza, y me enternecí mucho. Aparte del novenario que le hice, formalmente, seguí rezándole, cada noche, por más de cien años. Petrarca, mientras tanto, se refugiaba evasivo y distante, como lo hizo siempre, en los viajes, el eremitazgo, las labores cancillerescas y las tibias-intolerables reminiscencias de su poesía. Por eso no quiero a Petrarca. No lo quise ni lo querré nunca. Mucho hizo sufrir a mi pobre amiga. Tampoco acepto sus versos...

Con discreción, la *Contessa* secó una lágrima.

Tú, generalísimo, te sentiste muy conmovido, pero nadie más, ni siquiera el abate Arteaga, pareció darse cuenta del pavoroso-desquiciante-inverosímil anacronismo que entonces vivían. Impávidos, como si no alcanzaran a percatarse de sus propios vestuarios extemporáneos o como si las prolijas referencias de la *Contessa* estuviesen circunscritas a hechos

acaecidos en el pasado inmediato anterior, ayer, antier, trasantier, un lustro o una década atrás a mucho ser, o como si fueran relativas al vecino del *palazzo* próximo o a alguno de los circunstantes; Quirini, o no precisas si fue Soranzo, advirtió que debían poner fin a la tertulia pues ya iban a ser las nueve y, por tanto, la hora de marchar al Casino o al Teatro.

De seguidas, sin solución de continuidad, los presentes recuperaron sus vestuarios y apariencias originales, se despidieron y emprendieron la retirada.

A ti, por expreso pedido suyo, un capricho simplemente, te tocó acompañar a la *Contessa* hasta el casino Ridotto. Es norma respetada en Venecia que los nobles no se presenten en público acompañados de mujeres, y que las mujeres nobles, por el contrario, se hagan acompañar de lacayos o amigos, los cuales últimos siempre deberán procurar, a consecuencia de la disposición primera, entre los súbditos y forasteros que visitan la ciudad. Orgulloso te sientes de llevarla prendida a tu brazo. Una alegría sincera, viva, personal, íntima, te embarga de cabeza a pies. Presumes que todos los pasantes te envidian. Todos, a buen seguro, quisieran ir de brazo de la *Contessa*, hermosísima en su envarado y descotadísimo traje de un extraño rojo-mate, *strapless*, y sus mitones alforzados a lo Rita Hayworth en *Gilda*, esplendente la melena pelirroja, y su antifaz rojo-negro-y-plata, una excusa para la libertad. Ninguna incongruencia trasluce su pureza de línea, el espléndido resplandor de su piel, la envolvente fragancia de sus carnes frescas o la intensidad fulgúrea de su mirada, una mirada alboral; inconmensurablemente superiores tales atributos, o por lo menos iguales, a los de las otras damas y damiselas contemporáneas que esa tarde habían asistido a su tertulia.

Un aposento especialmente dispuesto para hacer el amor en él, las artes amatorias y taumatúrgicas de la condesa Marini y su secreto de la Eterna Juventud

A todo apostó la *contessa* Marini aquella noche en el Ridotto. Al póquer. A la canasta. Al bridge. A la lotería, de números y de animalitos. Al pasa-diez. A la partida de rafle. A la partida de krabs, en mesa redonda, o a la banca portuguesa. Hasta sus zarcillos de brillantes y su pulsera de oro macizo repujado perdió apostando a la ruleta. Pero, de seguidas, pudo recuperarlos en Las cuatro parejas. Al cabo de los años, generaciones enteras de vénetos nacen, crecen, llegan a su madurez

plena, envejecen y mueren a las patas de una mesa de juego. Casi entrada el alba, te pidió que la llevaras de regreso al *palazzo*.

Regresar con la *Contessa* a su casa fue más que una suerte. Muy embeodada, a ratos con risas, a ratos con lágrimas, te pidió que la acompañaras a su aposento y la ayudaras a acostar en su cama. ¡Qué aposento, qué cama! Bien puedes, por puro disfrute sensual y para matar la murria de la celda, extenderte en la descripción de uno y otra. Un aposento pintado de suelo a techo en rojo y blanco. El principio femenino y el masculino unidos. El poder creador. La potencia sexual irredenta o en plena redención. Y una vida feliz, llena de éxitos. Ella, la *Contessa*, desnudándose y dejándote ver su ropa interior, finísima, roja también. Una linterna roja al fondo, como si el aposento palacial fuese una cantina o un burdel. Roja su piel, por efectos de la pasión desbordada; o, quizás mejor, la linterna enrojeciéndole la opulenta piel alabastrina del pecho, su cuello, los brazos bien torneados, las manos pequeñas y gordezuelas recubiertas de anillos, el bajo vientre, todo hecho de coral, el monte de Venus, más que rojo carrubio, los muslos, el cuerpo todo. Manchas rojas que le aparecían y desaparecían al modo de tentadores e incomprensibles símbolos tántricos. La energía Koundalini. El punto central de los diagramas místicos. La fuerza creativa interior. El ardor y el placer trascendentes. La *Dakini Roja*, como diosa extática, simbolizando a tu frente, cual una *yoguini* ideal, la eliminación de la ignorancia y el pleno goce de la mundaneidad. La cama, baja y ancha, redonda, adoselada y repleta de cojines iridiscentes; para acostarse en ella conforme a las enseñanzas taoístas, «en primavera, con la cabeza hacia el este; en verano, hacia el sur; en otoño, hacia el oeste, y en invierno, hacia el norte». Una cama, pese a su anchura desmesurada y a su disposición tan baja, dotada de columnas y cortinas como para ser convertida en un pequeño-íntimo-acogedor cubículo. Una cama con flores y frutos colocados a discreción en las cercanías, para halagar la gula de los sentidos. Una cama que, mediante la presión del aire, se balancea hacia abajo y hacia arriba, deliciosa, como las ondulaciones mórbidas y terriblemente incitantes de una culebra. Una cama resonadora, sonajera, rumorosa y gemidora, capaz ella de entonar dulces melodías al menor movimiento de sus ocupantes. Diríase que allí podían cumplirse todos los juegos del erotismo, hasta los más inimaginables. Y las sábanas de lino o de seda, generalísimo. Y las mantas, de lana. Nada de fibras sintéticas, puesto que crean electricidad estática y alteran la polaridad del cuerpo. Y el colchón. Firme, pero suave. Muelle, pero resistente. Relleno de paja blanda, secada al sol, y aromizada con flores y hierbas silvestres. Un colchón

Sweet Dream. Un colchón de plumas. Un colchón lleno de mercurio, como el usado por los antiguos alquimistas árabes. Un colchón de agua. Un colchón de gloria...

Al poco, la *Contessa*, desnuda y despatirrangada sobre cama-colchón-y-sábanas-semejantes, dentro de aquel ambiente particularmente erotizado, te pidió que la poseyeras. Poséeme, galán, clamaba con modulaciones varias. Prescinde de los tapujos del pudor y la decencia, te ordenaba. Ven, apoya tu cabeza en mi regazo, y pega tu oído a mi vientre. Hazte pequeño, muy pequeño, y penetra todo en él. En mi vientre, sí. Quiero ser tu madre, tu mismísima madre... Recuerdas que pese a lo embebecido que estabas con el color fulmíneo de los vellos de su monte, rosa, roso, encarnado furioso, encendido carmesí, brasilado, abrasilado, púrpura, sangre de toro, granate como piedras encendidas que sólo se consiguen en las montañas de la Bohemia y la Moravia, coccíneo, tinto como los mejores caldos tintos de la Valtellina, bermejo, sobrebermejo, bermejizo, bermejón, nada hiciste por cumplir entonces tu consabido ritual depilatorio con pinzas y bandeja de plata, latines seculares y sílabas mántricas dichas desde el propio centro umbilical, sino, que de una sola intentona, ávido, te lanzaste a lamer sus jugos vulvares audazmente y con la habilidad que sólo puede dar tu larga experiencia de becerrito mamantón o encelado perro callejero...

Pero, no es de los jugos vulvares de la *contessa* Marini, multisápidos, chorreantes, caldos de la mejor carne, agua de rosas, *julepes* en la primigenia acepción arábiga de la palabra, de lo que quieres hablar ahora, generalísimo. No, es de las virtudes trasmutatorias de semejante mujerona. De cómo, por obra y gracia de su sexo enardecido, un sexo de primera vez y noche perpetua al mismo tiempo, podía convertirse en todas las mujeres famosas de la vida y hacerte sentir a ti (como en efecto, te hizo sentir en ese único-imponderable amanecer) todos los maridos de la historia. El vórtice de la voluptuosidad erótica en goce pánico, como ella misma te comentó después con una de sus frases de relumbrón. Fue Mesalina, la «*Meretriz Augusta*», «cansada pero no harta», tal como la vieron Tácito, Suetonio, Petronio, Juvenal, Séneca y otros historiadores de su tiempo. Y, por obra de esa trasmutación, te hizo sentir Claudio, el Emperador. Como él, te viste, tímido, tembleque, tartamudo, torpe, nervioso, vacilante, sin saber dónde clavar el pendón pues. Y te hizo sentir Mnestere, el histrión, y Vitellio, y Plauzio Laterano, y los «*Titios, Vetios et Plautios*» que pluraliza Tácito, y el médico Vezio, y Polibio el Magalopolitano (teórico de las «formas de gobierno»), y Silio, «el más bello de toda la juventud romana», «*formosissimus*» y «*optimus*». Y fue, ella, la

Lucrezia Borgia renacentista, tal como la pintó Pinturicchio en el Apartamento Borgia del Vaticano. Y te hizo sentir, en consecuencia, Giovanni, conde de Cotignola y señor de Pesaro, su primer esposo; y te hizo sentir Francesco Gonzaga, marqués de Mantua; y te hizo sentir Alfonso de Bisceglie, su segundo esposo formal; y Alfonso D'Este, el tercero; y Ercole Strozzi, poeta elegantísimo; y Pietro Bembo, el príncipe de los humanistas de Italia; y Cesare, el hermano amante; y el propio papa Alejandro VI, padre y amante suyo también. Y fue Beatriz Cenci, y todas y cada una de las grandes cortesanas vénetas, Angela Zaffera, Tullia D'Aragona, Franceschina Bellamano, Gaspara Stampa, Verónica Franco, y cuanta mujer ardiente de la historia le fuera dado recordar. Cómo alcanzaba a trasmutarse ella y a trasmutarte a ti en el amante que correspondía es imposible de concebir y, mucho más, de explicar; pero, cierto es que la trasmutación se producía. Y con la de ustedes como pareja, cambiaba también, cual la escenografía de un ballet principesco o de una pieza teatral bien montada, el ambiente donde semejante desenfreno pasaba. El aposento podía volverse, como de hecho se volvía, igual, la palaciega morada nupcial de Mesalina y Claudio en el monte Palatino, que los suntuosos cuartos vaticanicios de Lucrezia y su padre-amante-Papa, o los del castillo de Ostellato, forrados en oro y terciopelos, donde la misma Lucrezia solía recibir, a espaldas del marido Strozzi, a Pietro Bembo, el bellísimo humanista; todos aposentos eminentes, generalísimo, con paredes de mármol decoradas múltiplemente con mosaicos y murales, cortinas de seda colgadas de barras de plata, puertas incrustadas de marfil, oro labrado y piedras preciosas, arcones y muebles de finísimas maderas, vistosos tapices colgantes de los techos y prolijidad de alfombras multicolores cubriendo los suelos; cuando no el mísero cuartucho prostibulario de una posada o taberna de orilla de camino, en las encrucijadas de las calzadas, o una popular terma romana, un baño de París, un *stew* londinense, o una supermoderna *discoteca-con-jacuzzi* neoyorkina de los finales del milenio que corre, si no un campo raso a cielo abierto; al tiempo que la insaciable *Contessa* ponía en juego sus artes amatorias con la destreza de una sacerdotisa del templo de la diosa Ishtar en la legendaria ciudad de Uruk o la de una del no menos lascivo templo de la diosa Afrodita Porne en la ciudad griega de Corinto, la de una hetaira griega o una meretriz de la vieja Roma; todos los abrazos posibles; los besos, titilaciones, mordiscos y apechugamientos; las ochenta y cuatro posturas sexuales concebidas por el imaginativo *Mallanaga Vatsyayama*, y todo cuanto una puta bien instruida se supone debe saber para agrado de los hombres...

Terminada la *copula fornicatoria*, a la *Contessa* le dio por hablarte de su vida casi cinco veces centenaria, desde cuando nació en el pueblecito griego de Eleusis, en una modesta casa situada al frente mismo del templo de Deméter, de padre vinatero y madre comadrona, a inicios del siglo XIV, el 20 de julio de 1304, el mismo día y año, querido, que nació en Arezzo, entonces ciudad gibelina, tu admirado Francesco Petrarca, el de los sonetos y canciones a mi amiga Laura; sus andanzas de juventud; su peregrinaje como puta caminadora por las calles de Atenas, Nápoles, Roma, Florencia, Milano y en los barrios chinos de Southwark y Londres, y en Londres también, en el infamante distrito Gropecunt Lane, el callejón donde se buscaban y siguen buscando los coños a tientas; su experiencia nada agradable como vivandera tras las huestes militares de la Guerra de los Cien Años, convertida en una pieza más del avituallamiento de la tropa, haciendo el amor por la fuerza con regimientos completos, en tiendas de campaña, debajo de los carromatos, sobre el canto de los caminos; su sobrevivencia a la epidemia de peste negra que se extendió por toda Europa; su arribo final a Aviñón, como *strega* especializada en la elaboración de pasteles mágicos para fomentar el amor o el odio entre las parejas, en la práctica de abortos y en la preparación de bebedizos y filtros de amor. Era la época del Antipapa, te cuenta. Y la ciudad, convertida en residencia papal o antipapal, como quiera vérsele, era centro de atracción para los viajeros y aventureros del mundo entero. Cansada de la putería pura y simple, le dio por iniciarse como *strega*, para suerte suya, con el mayor de los éxitos. Damas empingorotadas y acaudalados y nobles señores, la alta clerecía, los banqueros y grandes comerciantes, requerían sus servicios a cambio de fabulosos estipendios. Ducha se hizo en el manejo del cabello humano, los trozos de calaveras, las costillas, dientes, ojos de muerto, ombligos de niños pequeños, hímenes de vírgenes y trocitos de piel y de telas de mortajas robadas a medianoche en las tumbas de los cementerios...

En esas horripilantes tareas andaba cuando, por las moscas del vinagre, se tropezó con el adorable Theodore Kerckringius, griego también, del Pireo, y aventajado maestro de la alquimia, su primer esposo formal por la ley de los hombres y por la ley de Dios. Mucho se preocupaba él en esos días por la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la eterna juventud. En sus indagaciones sobre el último, usó a la *Contessa*, entonces simplemente Isabel Teotochi o la *Teo* o la *Toche* (como también se le conocía por sus nombres de batalla), como vulgar conejilla de Indias. Le daba a probar cuanto menjurje se le ocurría. Uno de ellos, al parecer, resultó ser el magnífico elixir...

La *Contessa* te desgrana, ahora, la fórmula del mirífico brebaje: un tanto de ajenjo, amarguísimo Francesco, amarguísimo. No se puede acceder al júbilo puro del conocimiento eterno sin probar ese amargor. Unos granos de ajo bien triturados. El ajo es la planta mágica por excelencia. Contrarresta los efectos del imán. Activa la circulación sanguínea y provoca un estado casi alucinatorio o alucinatorio del todo. Produce una hiperactividad de los sentidos y multiplica la atención ante todas las videncias. Polvillos de almendras bien trituradas. La almendra simboliza un despertar a la nueva vida. Cuenta Pausanias que el genio Agdistis, andrógino nacido de la tierra y la simiente de Júpiter, fue privado por los dioses de sus partes sexuales. Sepultado, sus órganos se convirtieron en un almendro. Nana, hija del dios de los cursos acuáticos, recogió uno de los frutos maduros de este almendro, introduciéndolo en su seno. Tal era su poder generador que la muchacha concibió al futuro Atis...

La *Contessa* guarda silencio cierto rato. De pronto, parece haberse quedado dormida. Balbucea palabras ininteligibles. Dice que quiere repetir la fórmula del elixir de la A a la Z, pero que se le escapan los pormenores. Habla de una amalgama de concepciones egipcias, gnósticas y neoplatónicas. Un rato se queda repitiendo, al modo de un *ritornello*, que «el Hermetismo es una Gnosis». Se levanta de la cama. Trastabillea por el aposento. Gira. Torna a acostarse. Recita, a saltos, los principios básicos de los dieciocho tratados del *Corpus Hermeticum* atribuido al propio Hermes Trismegisto. ¿Sigo dándote la fórmula? —Sí, Francesco. ¿Sigo dándotela? —Sí, cariño. Recitándola de nuevo. Tratando de retomar el hilo. La almendra que simboliza un despertar a la nueva vida. Los polvos de almendra, inmejorables para combatir el ataque al hígado... Unas rociaduras de polvos de almendra y... ¿Y?... ¿Y?... Y... Ya me vino, Francesco, ya me vino... Un tantín de aguas celestiales espiritualizadas por la presencia de Brahma... El brebaje de la inmortalidad de la mitología hindú... El *Soma* de los sacrificios rituales... Un mar de leche batido como para hacer mantequilla... Y una pizca de licor de haoma... ¡Ah, Francesco!... ¡Se me olvidaba el haoma!... ¿Cómo podía olvidárseme el haoma?... ¡El brebaje de la inmortalidad por excelencia en la tradición avéstica!... Un extracto del zumo del árbol mítico Haoma Blanco... El *Árbol de la Vida* y del *Paraíso Terrenal* —te aclara. Hoy día, los parsis que andan regados por estas calles de Venecia y por todas las calles del mundo te venden un sustituto, una mezcla del zumo del arbusto Haoma Amarillo con leche y agua... ¡Pura mentira!... ¡Pura mentira, Francesco!... ¡No hay que creerles!... ¡No les creas, querido, no les creas!... El preparado que Theodore hizo para mí llevaba Haoma,

cierto, pero del blanco... Blanco y no Amarillo... Y, además, llevaba un agregado de tintura del *Arbol Solis*, el árbol del sol, con sus siete frutos rojos o dorados y sus siete ramas, representación ellos de la *Gran Obra* consumada, y otro de la del *Arbor Lunae*, el de la luna, también con sus siete frutos y sus siete ramas, no ya dorados sino plateados: figurantes de la *Obra en Blanco* o la *Vía Húmeda*...

La *Contessa* se para de nuevo para tomar aire. Se mira, impertérrita, en los numerosos espejos de la alcoba. Se levanta los senos con ambas manos. Coquetea. Hace mohínes. Se alisa la cabellera. Balancea las piernas. Encantada de sí misma, se te acerca y te hace señas para que sigas oyendo callado del todo...

—Oye —te ordena.

—Viene lo mejor. El complemento de la fórmula. Unas tantas raspaduras del tronco de la *Asclépias ácida*. Y la ligazón de todo eso, querido Francesco, en el disolvente de la *ambrosía*...

—¿Conoces la *ambrosía*? —te pregunta.

—La bebida de los dioses griegos en el monte Olimpo —se contesta ella misma, eufórica.

—Nueve veces más dulce que la miel.

—La única y última verdadera razón de la inmortalidad y la juventud eterna.

—Mejor que el soma védico.

—Mejor que la amrita hindú.

—Mejor que el haoma de los persas.

—El conocimiento que da vida.

Brebaje tan singular lo tomó por primera vez la noche plenilunar del 3 de septiembre de 1347, cuando ella contaba la nada primaveral edad de 44 años, hermosa aún, pero bastante maltratada por la vida que le había tocado en desgracia. Y he aquí que, inmediatamente después de la ingestión, resurgió de las sombras, ante la vista maravillada de Theodore, plena, rejuvenecida, con un rostro esplendente, virgen soberana, virgen purísima, virgen castísima, virgen sin tacha, inmaculada, amable, admirable, Rosa mística, Torre de David, Torre de marfil, Casa de oro, Arca del Testamento, Puerta del cielo, Estrella de la mañana, como Afrodita emergiendo de las aguas apenas semicubierta por sus rubias trenzas; como la Primavera naciente, vestida de gasas; gasas tremolantes y bordadas de flores y prístinos retoños; gasas ribeteadas de oro, perlas y aljófares; empujada ella por los vientos, Céfiro el primero de todos, rubicundo y dorado, soplante, con los carrillos henchidos... Beatrice, en fin, en el noveno círculo del Paraíso, muy cerca, cerquísima de la luz de Dios...

Infatigable, dueña de la vida eterna y de la eterna juventud, la *Contessa* te sigue contando de su vida, más que longeva: cinco veces centenaria. Al poco de la puesta en prueba del elixir por él inventado, Theodore murió víctima de las emanaciones mefíticas de otro de sus preparados. La *Contessa* enjuga una lágrima y dice que nada pudo hacer por él...

Después, Francesco, fue un peregrinar horrible, bien que joven y por siempre bella. Casi trescientos años viví a la zaga de un hombre horrible y eterno, eterno como yo, Ahasverus, el *Judío errante*, condenado a vagar eternamente sin patria ni descanso, porque negó un poco de agua a Cristo camino del Calvario. Nos conocimos aquí en Venecia, justo frente al palacio de los Dux y San Giorgio Maggiore. Nos enamoramos a primera vista, y, a primera vista, comenzó mi desventura. Con él, siempre a su zaga, coincidí en la Italia de la Edad Media con San Francisco de Asís. Estuve en China. Estuve en Rusia. Estuve en Arabia. Vivimos una juerga interminable en el sur de España, otra en la corte de Luis XIV, otra en el Virreinato de Lima. Viví con él, 300 años, de una manera terrible. A diario me apostrofaba. Para poseerme, me pegaba antes, con mucha rabia; siempre, con mucha rabia. Cada vez que hacíamos el amor, terminaba sorbiéndome las lágrimas. El muy pérfido me sodomizaba con velones inconcebibles, con trozos de palo, con badajos de campanas. Por las noches, vampíricamente, como un Drácula cualquiera, solía chuparme la sangre. A rastras me cargó por los mercados de la Toscana y de la Umbría, por los caminos de Spello, de Foligno, de Todi, entre las vides y los olivos. Presos estuvimos en una cárcel de Perusa. Podría pasar *Las Mil Noches y Una noche* contándote las peripecias que viví con el increíble Ahasverus; pero, ley de justicia y amor, no quiero atosigarte, querido Francesco. No quiero atosigarte...

Hace treinta años apenas, cansada de sus malos tratos, sus sarcasmos y crueldades, sus reproches patéticos, su sodomía y su errabundez, opté por abandonarlo. Afortunadamente con él nunca contraje legítimas nupcias. Vivimos en amancebamiento, simplemente amancebados. Al principio, después de la separación, por semanas y meses, me persiguió de cerca, pero, a la postre, terminó aceptando el rompimiento. Seis o siete años me mantuve en absoluto estado de soltería y abstinencia sexual, hasta que topé con el muy noble Carlos Marini y me casé con él. Como ves, querido Francesco, una vida demasiado larga para ser vivida por una sola persona...

Algún requiebro haces a la *Contessa* sobre su increíble vitalidad y belleza. La edad para nada se le nota si acaso la cuenta, crees haberle dicho. Ufana, ella te advierte que lo de la larga vida, ciertamente, es por

obra del elixir que inventó Theodore, pero la conservación de su belleza y apariencia en general es obra suya, enteramente suya. De seguidas, te enumera los tratamientos que se aplica cada día para conservarse en forma. Aparte de las caminatas que a diario hace, la gimnasia rítmica y una dieta severísima. Jamás prueba esa pasta *fagiole* y esos *spaghetti alle vongole* tan horribles y a los que son tan dados los vénetos. Y por si fuera poco, concede especial cuidado a cada una de las partes de su cuerpo. Para mejor conservar el pelo, suele aplicarle una vez por semana la yema y la clara de un huevo y una mezcla térrea con un tipo especial de arcilla proveniente de Qatif, pétalos de rosa y agua serenada; después de lavárselo, le unta mantequilla desnatada, fundida y mezclada con polvos de azafrán. Nada mejor para mantener el pelo con una apariencia siempre fresca y brillante. Para ornarse los ojos, usa el consabido *khol negro* derivado del antimonio; pero —lo dice con recalcado orgullo— me cuido de agregarle cáscaras de almendras machacadas y, ¡muérete!, perlas reducidas a polvo. La misma fórmula que se aplicaba Cleopatra, cacarea. Con reiterados signos de admiración y vaharadas de ¡Oh! y ¡Ah!, te cuenta de lo excelente que es la miel y la cebada y las conchas de pepino para suavizar la piel; y de cómo era ella incapaz de salir a la calle sin empolvarse previamente para tener su cutis a buen resguardo del sol y el viento, absorber la humedad, refrescarse, aliviar la irritación, y emanar delicados y agradables olores. Los polvos faciales que ella usa o usaba son inmejorables. Uno a uno te enumera los ingredientes: arroz, trigo, maíz, acacia y tragacanto, polvos minerales de yeso, talco, caolín, carbonato de magnesio y óxido de zinc, amén del licor de raíz de lirio de Florencia para su correcta fijación. Ahora te habla de sus coloretes, de sus cremas y lociones. Te habla del celebérrimo *colcrem* del sabio Galeno: cuatro onzas de cera blanca y una libra de aceite de rosas búlgaras mezcladas con agua, un tanto de aceite mineral o vegetal, y una ñinga de alcohol graso. Te habla de sus masajes faciales, para eliminar las líneas de expresión y las arrugas. ¡Qué feas, las líneas de expresión! Te habla de cómo hacer para eliminar las pecas...

Mientras tanto, siguen haciendo el amor...

Sólo al final, muy al final, te habla de que otro de los secretos de su larga vida y su eterna juventud es hacer el amor con hombres jóvenes, bellos y pujantes como tú.

—¡Nada como tragarse el semen de un hombre joven! —dice para sí.

Consciente de esa última premisa, te confiesa que, aparte de la tuya propia, en sus casi 500 años de vida, se ha deglutido la esperma de más de mil cien efebos griegos, diestros en los maratones y en el lanzamiento

del disco y en el tiro de la jabalina; la de no sabe cuántos soldados romanos; la de una media docena de inditos de la Amazonia y la de otros tantos del Alto Perú; la de un negro adolescente trinitario, cien jóvenes chinos, otros cien de la Polinesia, otros tantos de la Palestina, y algunos más aún de la Escandinavia, el Tibet, el Congo, la Nueva Zelanda, Australia y el Japón. La *Contessa* ha perdido la cuenta del número de jóvenes del mundo cuyo semen se ha deglutido. La *Contessa* es una *espermatófaga* incalculable...

El día amenaza con irse del todo. El véspero se anuncia, y tú, generalísimo, todavía estás, transportado a otros mundos, en el aposento blanquirrojo de la *Contessa*. Quieres regresar a tu cuarto de *Il Scudo de Francia* para descansar de verdad...

Sueñas con un buen baño de asiento, con un sueño reparador, con un pensar en nada hasta la mañana siguiente. Te despides. Dices, enfático, que quieres irte. La *Contessa* lo comprende. Ella también quiere descansar...

Envuelta en las gasas de su *deshabillé*, desnuda por debajo de las gasas, sale a despedirte hasta las puertas del *palazzo*...

—¿Verdad que sigo siendo joven y bella, Francesco? —te pregunta vehemente.

—Preciosa y jovencísima —le respondes al tiempo que estampas un beso en su diestra extendida.

De visita en la Armada

Después de los incontables polvos de la *Contessa*: polvos de arroz, polvos de trigo, polvos de maíz, polvos de acacia y tragacanto, polvos minerales de yeso, de talco, de caolín, de carbonato de magnesio y óxido de zinc, no sabes en realidad, generalísimo, si pudiste descansar. Sabes sí, que, al día siguiente muy temprano, el *senatore amplissimo* Nicola Lese, uno de los tres *provveditore* que gobiernan el arsenal, viene por ti para llevarte a ver este soberbio y magnífico edificio-museo que seguramente merece la primera atención de un viajero ilustrado como tú. Se llega a él por la *fondamenta della Tana* o por la *Riva degli Schiavoni*. Trátase de una vasta cuenca de agua rodeada por muros, donde desde tiempos remotos se construían buques. Todos los buques, las galeras, los esquifes y demás naves de las flotas militares o comerciales de la República. Originariamente se le llamaba *Casa del Canevo o della Tana* por el nombre de la ciudad, a orillas del Don, de la cual los venecianos

importaban el cáñamo en bruto. Era entonces y sigue siendo uno de los centros más vivos de la ciudad, ligado al tipo de economía marítima y de guerra sobre la que, al pasar de los años, se ha basado la fortuna de la región. De ahí el sumo cuidado que pone la autoridad en velar para que el astillero esté en plena eficiencia. Las personas que trabajan en él, que en la época de mayor esplendor ascendieron a 15.000, son llamadas *arsenalotti* y gozan de especiales privilegios con respecto a otros ramos de trabajadores y artesanos. Se desarrollan aquí todas las actividades relacionadas con la navegación. Se fabrican estopas, cuerdas, gúmenas y velas. Se fabrican motones y todos los instrumentos navales. Se hacen las fundiciones de artillería. Se hacen anclas, sobrequillas, mamparos. Se hacen cubrejuntas, tracas, chapas de fondo. Se reparan y mantienen las sondas, las correderas, las rosas de navegación y los astrolabios; las ballestillas y los cuadrantes de David; los cuadrantes de Günter y los modernísimos octantes y sextantes, inventados apenas unos años antes, pero también fabricados y manejados por los vénetos con mucha propiedad. En las llamadas *Salas Nuovas* están los depósitos de armas, y hay suficientes para armar de una sola vez 30.000 hombres. Aquí nos sirvieron *colazione de limonata, cioccolata, caffé e biscotti.*

Luego pasaron a visitar las gradas cubiertas —en Venecia se llaman *squeri*— que son verdaderamente magníficas y abrigaban, para el momento de tu visita, de 18 a 20 naves de guerra de todo porte. Notaste que ponen la nave sobre la grada con la proa delante, de modo que es necesario que la boten siempre de proa. Nadie supo darte razón de por qué seguían este uso. Allí se les unió un par de oficiales de la marina francesa, vestidos afectadamente de blanco a la inglesa y hablando todo el tiempo a la italiana. Allí comieron algunas ostras «punto azul» que se cogen en aquellas mismas dársenas y son de un gusto muy delicado.

Media hora después, concluyeron la visita por la Sala del Bucentauro. Un cicerone que había allí para presentarlo, y a quien se le da un cequí, es lo más particular, pues con su hiperbólico lenguaje sorprende aun a los mismos que presencian el objeto. Las decoraciones de esta barca están hechas con gusto, y la distribución para el acomodo de las personas bien concebida. El cicerone, con mucha afectación, recuerda que la ceremonia del desposorio del Dux con el mar en *signum veri perpetuque dominii*, arrojando un anillo de oro a su fondo, fue pensamiento y disposición del Papa de Roma por haber librado los venecianos a Alejandro III de las garras de Federico Barbarroja.

Concluida la visita al Arsenal, pagaste otro cequí al portero, diste las gracias al *senatore* Lese, te despediste de los franchutes-italos-anglos y te fuiste a casa a vestir, siendo ya la hora del almuerzo... Por la tarde, acompañaste a tu compinche Zaguri a ver tocar y cantar a las muchachas del Hospital *Dei Mendicanti*, espectáculo muy concurrido y que es el único que puede gozarse por las tardes en Venecia durante la temporada de invierno. En verdad, un buen espectáculo, especie de *oratori* o concierto espiritual que dan las muchachas recogidas en dicho hospicio, huérfanas en su mayoría o venidas de familias pobres o que han perdido la fortuna, y con el cual sacan el producto de medio páolo por cada silla ocupada en la iglesita, lo que sirve ciertamente de estímulo y adelanto a la música y al sostén de la beneficencia, habiendo (además) otra manera, clandestina o poco difundida, por la cual estas muchachas y las monjas que regentan el hospicio se ayudan también... Consiste ella en el tráfico carnal de las muchachas con ciertos clientes escogidos, exclusivamente, entre los miembros de la nobleza y los visitantes extranjeros de muy alta distinción, a cambio del pago de quince páolos por vez y tarifas especiales a convenir cuando se trata de muchachas vírgenes, que algunas se consiguen. Fue Zaguri quien, aquella misma tarde, te inició en el selecto Club; no obstante, lo cansado que te encontrabas con los polvos de la *Contessa*. Sin anticiparte mayores detalles, terminado el *oratori*, te condujo por unos largos y oscuros pasillos y varias escalinatas hasta un alto anexo al Hospital, donde los recibió una monjita, quien después de las presentaciones del caso y del riguroso cobro de los emolumentos a pagar, les pasó a un cubículo al modo de antesala con una puerta que da a una sala mayor. Por un ojete especialmente dispuesto que esa puerta tiene, al cliente de turno le es dado observar el desfile de un cortejo de diez o doce jovencitas desnudas con edades comprendidas entre los doce y los dieciocho años, pues por razones reglamentarias no se incluyen las que están fuera de esos límites (aunque, por unos páolos adicionales bien se puede conseguir a una de once, a una de diez, y hasta de nueve si duplicas la dación). Por lo demás, todas las que mostraron aquella tarde (Zaguri te explicó que no siempre mostraban las mismas) no pasaban de la primera comunión, rezandito ellas con un devocionario de tapas blancas entre *sus manitas de fino marfil*. Cada una lleva un cartelito con un número marcado a manera de distintivo... Con especial donaire, las chiquitas van exhibiendo sus femíneas y muy tiernas bondades, y, al término, el veedor escoge aquella que más le haya gustado.

Por tu parte, generalísimo, recuerdas que escogiste a una mocita, la número *tre*; una chica sana, fuerte y decididamente común, pero que te lució la más casta y la más niña de todas. Desde el ojete del mirador, y por la pura sensación visual, palpaste sus muslos, sus nalgas, sus espaldas, y presentiste la suavidad impúber de la piel adolescente.

Hecha la escogencia, saliste del cubículo y se la participaste a la monjita servidora, quien te condujo al cuarto correspondiente, especie de celda monástica apenas amueblada con un jergón de paja y un aguamanil para el lavatorio que manda la higiene antes y después de la práctica sexual.

Allí te esperaba la niña que te recibió con una guiñada de ojo y el mohín respingón de su naricita llena de pecas, gesto infantil con el cual pretendía resultarte seductora...

Mucho te enterneciste con la situación de estas muchachas que, por su pobreza material o su condición de huérfanas, son empujadas tan tempranamente a la prostitución, justamente por aquellos funcionarios de la beneficencia llamados a protegerlas. Y hablas de enternecimiento por no hablar de vergüenza. En materia de sexo jamás te ha gustado pasar por moralista. Y, además, entonces ni queriéndolo hubieses podido hacerlo porque enseguidita la muchacha estuvo sobre ti, estimulando tu erogenia con sus besos y toquidos. Estupenda destreza demostró, pese a su corta edad, once o doce años cuando mucho, en el desempeño de sus funciones. Al parecer, todas las *pupille* de este establecimiento han recibido gran apresto en este sentido. Varias veces volviste al lugar durante tu estada en la ciudad y todas las que te tocaron (una distinta cada vez) eran igualmente diestras, incluso en técnicas tan superiores como la *fellatio*, la *masturbationenn mutuam* y el *coitus a posterioris* o *per angostam viam*...

Bien. Cumplida tu descarga seminal en tan insólitas condiciones de nuevo te encontraste con el *senatore amplissimo* que *amplísimamente* también había cumplido la suya. Juntos, regresaron al hotel. En efecto, se trató de *un'intera nottata*. Ahora, la recuerdas con dolor. Mas, prefieres no ponerte sentimental. Bien dijo el poeta: *I ricordi, un inutile infinito*...

El salón de la condesa Lusa y un espectáculo de pésima calidad en el teatro de San Samuele

En el hotel ya te esperaba el abate Arteaga para llevarte, esta vez, al salón de la condesa Lusa donde cumplíase otra de las tertulias literarias

de la ciudad, no tan literaria como la del salón de la condesa Marini, pero también con su encanto. Allí conseguiste varias otras damas con sus chischibeos, y se pasó el tiempo agradablemente tomando copas y contestándoles tú a las damas sus reiteradas preguntas sobre América, con las cuales manifestaban su vivacidad y amable genio a un tiempo.

—¿Es cierto que América se llama así en homenaje al florentino Amérigo Vespucci?

—¿Es cierto que el descubridor del continente, Cristóforo Colombo, nació en «Génova, ciudad de Italia»?

—¿Es cierto que Venezuela es una «Venecia chiquita»?

—¿Es cierto que existió «El Dorado»?

—¿Es cierto que en Cubagua abundaban las perlas?

—¿Es cierto que los inditos comen niños?

—¿Es cierto que, también, son remisos al adoctrinamiento?

—¿Es cierto que, allá, los hombres y las mujeres suelen andar en «estado de naturaleza»?

—¿Es cierto...?

—¿Es cierto...?

—¿Es cierto...?

¡Señor mío, cuántas preguntas!

A las 9, todas tomaron su camino.

Arteaga y tú, por vuestra parte, se fueron al teatro de San Samuele, donde se fastidiaron bastante con las tonterías e indecencias del espectáculo que el populacho hacía repetir hasta tres veces a cada paso. El más repetido de todo, aquel, insoportable, donde el primer actor, un cómico de mala muerte, a culo pajarero, se cagaba sobre el escenario. ¿Cómo hizo para cagarse tantas veces repetidas? No te lo explicas...

Cuatro caballos de oro

Pese a que esa noche poco dormiste, generalísimo, por la agitación del día y por las variadas emociones vividas en todos los anteriores, a la mañana siguiente, tan temprano que apenas tuviste tiempo de tomar tu consabida *colazione de cioccolata e biscotti*, vino por ti un cicerone que te envíaba Arteaga para llevarte a ver al detalle la venecianísima *Basílica de San Marco*, que no es más que un antiguo edificio gótico, con cinco cúpulas que se elevan en forman de cruz, y cinco puertas que forman la

perspectiva e ingreso de la fachada. A decir que te gustó, ¡no te gustó! Es una continua asistemática y poco inteligente obra de trasposición y reaplicación de materiales de los más diversos: horribles altares y relieves puestos unos al lado de los otros, sin ton ni son; más de quinientas columnas de calidad, color y módulos diferentes, traídas en su mayoría de las ruinas preciosas de Grecia y hasta de más allá, tal el caso de las dos columnas acritanas, botín de guerra de los vénetos tras la conquista de San Juan de Acri en Siria el año de 1526; capiteles plúteos, bajorrelieves, estatuas, cornisas, fastuosos remates vegetales, pináculos y nichos sobre los arcos, un doble orden de columnatas y capiteles en el intradós de los arcos de las cinco grandes portadas, las ya dichas cúpulas hesmiféricas y, aun, otra más de plomo, con estructura independiente, rematada por una detestable linterna de gusto oriental; toda una argamasa pues que recubre a la arcaica y robusta estructura, seguramente hermosa en su desnuda y severa sobriedad...

Tratas de poner orden en semejante barahúnda. Precisas algunos datos y, con disciplina escolar, los anotas en tu *Cuaderno de Viaje*:

—La planta es de cruz griega.

—El atrio o nártex corre en torno a los tres lados del pie de la cruz.

—Los pilares de las naves sostienen las cinco grandes cúpulas.

—El exterior de la iglesia se presenta en dos órdenes.

—Entre los dos órdenes, está la terraza: una galería descubierta a modo de ático, y, al medio, sobre la puerta mayor, los celebérrimos *cuatro caballos* de un bronce superfino (los venecianos dicen que son de oro), tamaño natural, que son en verdad asombrosos. ¡Qué bellas figuras! No se harta uno de verlas. Dicen que son obras del griego Lisipo y que ornaban el famoso arco de Nerón, en Roma, de donde fueron trasladados al hipódromo de Constantinopla, y de allí robados por los venecianos que son unos soberanos ladrones. Por desgracia (los caballos, no los venecianos) están en una perspectiva muy elevada. Ni siquiera encarapichado (uno) encima de ellos puede captar los hermosos perfiles que tienen...

—En el orden inferior, a la izquierda, se encuentra el arco de San Alipio, añadido a la construcción en el siglo XIII.

—En la luneta del primer pórtico se conserva el único mosaico superviviente del ciclo primitivo de los mosaicos de la fachada, que representa (él) el «Traslado del cuerpo de San Marco a la Basílica». En él se puede observar la única imagen de cómo era la vieja catedral.

—En las bandas internas y externas de los arcos... ¡Bah! ¡Cuántas sandeces e informaciones eruditas! ¡El fastidio te colma! ¡Ya no escribes! ¡Garabateas! ¡No hablas! ¡Onomatopeyizas y dices palabras sin sentido,

sílabas a medio silabear, sonidos guturales! ¡Terminas por afirmar, de una buena vez, que la Basílica de San Marco te pareció una solemne cagada! ¡Una cagada, sí! ¡Bastante mayor que las puestas por los vénetos diariamente en sus calles y plazoletas!

La prostitución en Italia

Cansado, diríase que ése fue uno de los días más terribles de cuantos pasaste en Venecia, llegaste al hotel a tirarte en la cama. No era para menos. El cicerone, amén de San Marco, se empeñó en mostrarte y explicarte cada detalle del Palacio Ducal, que ya habías conocido, la Biblioteca Pública, el Campanile, las *Procuratie Vecchie* y las *Procuratie Nouve*, las casas de los Procuradores de San Marco, la *Quadreria* y las colecciones históricas de la vida veneciana, y el Gabinete de los grabados y los dibujos, y la librería Marciana, hasta que le dijiste: ¡Basta! ¡Ya no quiero ver más! ¡Todo lo visto me sabe a mierda! ¡Todo, menos los *cuatro caballos*! ¡Lástima, que estén sobre San Marco!...

Dormiste casi hasta el anochecer, aunque no lograste recuperarte del todo. Cerca de las nueve vino por ti Arteaga para que, de nuevo, fueran al teatro. ¿Al teatro? ¡Oh, no, por favor! No quieres más monsergas insulsas ni mojigangas abominables... Prefieres quedarte, entonces, en una *bottega*, cerca del Rialto, tomando unos vinos del Véneto, viendo pasar las góndolas por el canal en medio de la *nebbia*, y conversar sobre temas diversos. Un poco de música, al inicio. Arteaga es autor de un tratado: *Revoluciones del Teatro Musical Italiano*, un ejemplar del cual te ha llevado, justo esa noche, con fraterna dedicatoria. De seguidas, pasan a hablar sobre los jesuitas americano-españoles que viven exiliados en Bolonia. De los mexicanos Pedro Ganuza, José Gil, José Peñalver Havana, Francisco Alegre, Lendizábal, Rafael Zelis, Juan y Antonio Noriega, José Cruz. De los quiteños Tomás Lorenzo, José de Aguirre, Andrés Hacha, Antonio Eques. De los chilenos Antonio Palazuelos, Ignacio Molina, Mateo Boza, Antonio Aguirre, José Clavijero, José Castaniza. Todos son liberales y revolucionarios, ganados para la causa independentista de las colonias. De todos, promete conseguirte sus direcciones para que entres en contacto epistolar con ellos o los busques cuando pases por Bolonia.

Como quien no quiere, le cuentas, casi a modo de confesión, tu experiencia sexual de la tarde anterior en el Hospital *Dei Mendicanti*. Criticas esa depravada forma de prostitución: una trata de blancas y una

corrupción de menores tanto más deplorable cuanto que son manipuladas y protegidas por los propios funcionarios de la beneficencia. Arteaga parece no concederle mayor importancia a tu preocupación. En descargo de tu culpa, comienza por advertirte que también él es un asiduo del lugar, a pesar de su condición de *chierico*; por lo demás, a su decir, no hay que lamentarse demasiado por ello: no sólo Venecia, toda Italia, desde el Véneto hasta el tacón de la bota, es una sola-inmensa *casa di tolleranza*. En todas las ciudades, pueblos y villorrios hay tabernas donde suelen frecuentar las meretrices y los mancebos que las procuran y que allí se gastan lo que ganan y lo que no ganan en el mes. Los concubinarios eclesiásticos y seglares existen por doquier, como así mismo los adúlteros, que retienen a las mujeres contra la voluntad de los maridos. En Italia *tutti gli uomini sono cornutti*. De allí provienen muchos homicidios y un sinfín de riñas con lesiones leves, menos graves, graves y gravísimas. En Italia, amigo Miranda, siempre ha campeado el paganismo y el sensualismo seductor. No olvidéis que éste es el país donde los prelados acostumbran tener a su lado (sin ningún reparo) a sus propios hijos; que aquí los palacios de los príncipes están llenos de cortesanos, de quienes se dice que en la infancia servían de bufones, de mujeres en la niñez, de maridos en la adolescencia, de compañeros en la juventud, de medianeros en la vejez y de diablos en la decrepitud. No olvidéis que, en conmemoración de la antigua Aspasia, era, no diré tolerada, sino honrada en Roma la cortesana Imperia, «y amada extraordinariamente por hombres grandes y ricos», por Sadoleto, por Campari, por Colocci, siendo su casa una reunión de amores a la vez que de nobleza, bellas artes y estudio; en el *palazzo* que Búfalo le alhajó había, entre otras riquezas extremas: una sala y una cámara y un gabinete tan pomposamente adornados que no se veía en ellos más que terciopelos y brocados, y en el suelo finísimas alfombras de Persia. En el aposento donde ella estaba cuando era visitada por algún gran personaje, los tapices que cubrían las paredes eran de paños de hilo de seda y oro, recamados de lo mismo, y con muy lindas labores. Había allí, además, una cornisa de oro y azul de ultramar, magistralmente hecha; una excerta de muy trabajados falos de varias y preciosas materias: piedras de alabastro, de pórfido, de jade, de serpentina y otras mil clases. En torno se veían, también, muchas vulvas ricamente talladas en piedra, y, además, destilantes de riquísimos jugos: miel del monte Himeto, leche y vino de los ríos del Paraíso, ajenjo, gloria, todo lo que un hombre podría chupar de la vulva de una mujer valdría decir, y en el centro de la mesa más hermosa del mundo, cubierta de carpeta verde, un laúd o una cítara, libros pornográficos en

lengua vulgar o el más culto latín, profusamente ilustrados, y los más delicados potajes afrodisíacos. Imperia murió en 1511, a la edad de veintiséis años, un pimpollo todavía, y fue sepultada en la iglesia de San Gregorio con el epitafio: *Imperia cortisana romana, quoe digna tanto nomine, raroe inter hominis formoe specimen dedit*. La misma fama, amigo Miranda, tuvo Tulia aquí en Venecia, cortejada por Bernardo Tasso y otros hombres igualmente célebres, y a quien Speron Speroni introdujo, para razonar con ella, en su *Diálogo de Amor*. Y no repitamos las infames glorias de la Vanozza ni de Lucrezia Borgia, a quienes siguió de cerca la Bianca Capiello. Sólo debe admirarse uno de que mujeres de tan sólidas liviandades pasasen a ser esposas de príncipes. Pero, aquellos príncipes, al parecer, que no estaban contenidos por ningún poder superior, ni aun por la formidable fuerza de la opinión, creían lícitos todos sus deseos. En 1534 el Común de Lucca se cuidaba de tomar preocupación por las prostitutas: «*Son nuestras mejores amigas*», decía. «*Merecen nuestro cuidado y nuestro respeto*.» Además, se lamentaba de los desprecios que se les hacían y de que, quizás por esa causa, no estuviese la ciudad provista de mayor cantidad de putas, originándose por ello muchos desórdenes. El Común, quiero decirte, no sólo protegió a las putas, sino que les concedió no pocos privilegios y hasta los de ciudadanas originarias que eran tan apreciados. «Que las mujeres públicas que habiten o estén en Lucca de cualquier manera, sean o no extranjeras, se consideren como ciudadanas originarias de Lucca...»

Y originarias de Lucca se consideraron.

Arteaga te revela, ahora, el número elevadísimo de putas que profesan en Venecia para ese momento:

—Conforme al último censo de población: son once mil setecientas cincuenta y tres, sin contar entre ellas a las *pupilles* del Hospital *Dei Mendicanti*, ni a las de otros muchos institutos de ese tipo que abundan en la ciudad, ni a las condesas y damas nobles que no cobran por sus servicios pero que igual se dejan chapear por el primero que se lo proponga. Y ello, Miranda, no incluye: el lenocinio de los esclavos y el recurso de las *gondole*, las *sandali*, los *topi*, ni los raptos y excesos contra la naturaleza.

Un rato más se quedan Arteaga y tú, en aquella *bottega* cercana al Rialto, hablando sobre la *prostituzione* en Italia, al par que comían a modo de cena, nueces, dulces, mazapán, y degustaban un vino dorado y fuerte de Bassanio llamado *grappa*. Al final, regresan al hotel.

Tendido sobre la cama, generalísimo, no logras conciliar el sueño. Como absorto te quedas viendo el reverbereo del agua en el techo de la

habitación, ese particular fenómeno que sólo se ve en Venecia y que los venecianos llaman la *vecia, fare la vecia*, guiñar los ojos como una vieja. Esperas que las once mil setecientas cincuenta y tres putas censadas en la ciudad vengan por ti y se amontonen en tu *stanza*, con todas las chiquitas del Hospital *Dei Mendicanti*, y las condesas y damas nobles (que, sin cobrar dinero, también ejercen la prostitución, la *Contessa* Marini, sempiterna, primera entre todas), y las grandes putas de la historia de Italia, un país de putas: las Aspasias, las Imperias, las Tulias, las Vanozzas, las Lucrezias, las Biancas, ¡todas! ¡todas para ti, generalísimo! ¡También, las grandes putas de la historia! Es asombroso que un hombre pueda complacerse dos veces y hasta tres con la misma mujer en una tenida; pero, cuando son varias las mujeres, distintas las cuquitas, el amor no sabe de números y pierde la cuenta. Y es que la variedad excita los sentidos y renueva el ardor. ¡Ay, quién pudiera tener a todas las putas de Venecia, de una sola vez, ahora, con uno, para que más estimularan el apetito cuanto más lo saciaran!

ALGUNAS OBRAS DE ANDREA PALLADIO, DOS CUADROS DEL VERONÉS Y LA «DOGANA DA MARE»

Casi al amanecer, sin que el sol rompiese todavía la *nebbia* que arropaba el *Canalozzo*, Pietro Zaguri viene por ti para llevarte a ver las obras principales del famoso arquitecto Andrea Palladio, renacentista que estudió profusamente *in situ* los restos de los monumentos griegos y romanos, y trató de adaptar con talento las hermosas proporciones arquitectónicas de los antiguos a las costumbres y conveniencias de su época. Su *Tratado de Arquitectura* en cuatro tomos, publicado en 1570, fue traducido a numerosos idiomas. Recuerdas que entre tus libros de Londres tienes un ejemplar de la edición inglesa, *C. Tresmontant & Co.*, 1683, con un suplemento de notas explicativas y bellísimas ilustraciones. *Il Redentore* y *San Giorgio Maggiore* son dos obras maestras, sobre todo: ¡la última! ¡Qué sencillez, qué majestad y qué elegancia al mismo tiempo! Es una gloriosa expresión de la gratitud de la ciudad por haberse librado de la plaga de 1575. Fue proyectada y comenzada por Palladio en 1577 y terminada, después de su muerte, por Antonio da Ponte. El edificio es de planta cruciforme, pero puesta la atención en el espacio central por medio de tres ábsides, coro y transepto, que se funden en el crucero. Medias columnas y pilastras gigantescas, así como una cornisa de orden corintio, articulan las paredes interiores. En el coro, las colum-

nas están separadas de los muros para formar un nicho semicircular donde encuéntrase el altar mayor, permitiendo a los monjes la vista desde el coro. Un techo blanco y liso acentúa la impresión de espacio y luz de este delicioso interior. El bloque largo de las naves tiene un orden de pilastras corintias que reflejan los ritmos del ambiente. La fachada de entrada, compuesta sobre la base de tres frentes de templo superpuestos, describe las divisiones de la nave central, alta, y las laterales, más bajas; no obstante, las unifica. Los esbeltos campanarios redondos, colocados a cada lado del transepto, acentúan la verticalidad del profuso tambor. Aun un claustro interior, hecho por el mismo artista, todo de ladrillo, ¡cuán bello es!

En el refectorio de los frailes se ve un cuadro grande de Pablo Veronés que representa las «Bodas de Caná», acaso el primero en méritos de este célebre pintor; lo compuso en Venecia y es el mejor conservado de todos los suyos. No puede uno imaginarse una composición más amena y armoniosa, ni un colorido más brillante. En un grupo musicante que alegra el convite están los retratos de los más célebres pintores de aquella época: Tiziano, que toca el violín; Tintoretto, el violón; Bassano, la flauta, y él mismo, el Veronés, la viola... ¡Oh, qué magnífica ocurrencia!... En el jardín, que podía ser hermosísimo, apenas si han removido la tierra estos derviches holgazanes que poseen la isla más hermosa de las 72 que componen Venecia... Porquería, mierda seca y apelmazada, el distintivo de la ciudad diríase, no falta por los claustros...

De allí pasaron a la *Dogana da Mare* que es un muy buen edificio de mármol de G. Benoni. Sobre una pequeña torre, se ve un globo y sobre éste la estatua de la Fortuna, que cambia de orientación con el menor soplo del viento; luego, a la iglesia de San Zacarías, en cuyo sacristario ves otro excelente cuadro de Pablo Veronés, que representa a la Virgen con el Niño, San José, San Jerónimo, San Francisco, Santa Catalina y San Juan Bautista.

Toman el *vaporetto* y regresan a la ciudad.

La «signora» Marina

Por la tarde, recibes a una buenamoza llamada la *signora* Marina que te procuró el sastre. Con cuánta gracia y buen gusto llevaba la mantilla, formando como una faja liada a la cintura, que la cubría y no la embarazaba para nada. Cuando se levantó la falda para el *foquifoqui*, pues por

nada quiso desnudarse del todo, viste ramitas de lavanda y de romero entretejidas en el vello de su *charniere*. Fragancia y evocación se te revuelven de nuevo en la pituitaria. Un mechoncito de vellos suyos, así entretejidos, conservas en un guardarrizo de mosaiquitos venecianos que, al efecto, compraste en un puesto dedicado a la artesanía musiva dentro del mercado del Campo de San Bartolomeo. Terminada tu faena con la *signora* Marina, fuiste con Arteaga a Sant'Angelo, donde concluiste teatralmente la noche, como es costumbre en el país.

IGLESIAS, MÁS IGLESIAS... ¡CUÁNTAS IGLESIAS!

Uno, dos, tres días enteros visitando iglesias, toda las iglesias de la ciudad, algunas ya vistas y otras muchas que te quedaban por ver. No sabes qué te dio por visitar iglesias. Una persona como tú, más bien atea, o por lo menos no dada al rito y a la divina adoración... Sin embargo, ahora, estás en la iglesia; en todas las iglesias de Venecia, en la de *Sant'Agnesse*, en la *Sant'Agostin*, en la *Sant'Alvise*, en la de *Sant'Adrea della Ziraba*, en la *Sant'Angelo*, en la de *Angelo Raffaele*, en la de *Sant' Antonin*, en la de *Sant'Antonio*, en la de *Sant'Apollonia*, en la de *Santi' Apostoli*, en la de *Sant'Aponal*, en la de la *Ascensione*, en la de *Santa Barbara*, en la de *San Basegio*, en la de *San Basso*, en la de *San Benetto*, en la de *San Biagio*, en la de *San Biagio e Cataldo*, en la de *San Boldo*, en la de *San Bonaventura*, en la de *San Bortolomio*, en la *Ca'di Dio*, en la de *San Casiano*, en la *Capuccine*, en la de *La Carita* donde ves un raro cuadro de Tiziano: *La Madonna che va al templo*, en la *Carmini*, en la de *San Cassiano*, en la *Catecumini*, en la de *Santa Caterina*, en la *Celestia*, en la de *Santa Chiara*, en la *Convertite*, en la *Corpus Domini*, en la de *Santi Cosma e Damiano*, en la de *La Croce*, en la de *San Daniele*, en la de *San Domenico*, en la de *Sant' Elene*, en la *Eremite*, en la de *Sant' Eufemia*, en la de *Sant Fatin*, en la *Fava*, en la de *San Felice*, en la de *Santi Filippo e Giacomo*, en la de *San Francesco di Paola*, en la de *San Francesco della Vigna*, en la *Frari*, en la de *San Gallo*, en la de *San Geminiano*, en la de *San Geremia*, en la *Gesuati* con tres luminosos frescos del Tiépolo en el techo entre adornos y estucos, en la *Gesuiti*, en la de *Gesu'e Maria*, en la de *San Giacometto*, en la de *San Giacomo*, en la de *San Giacomo dell'Orio*, en la de *San Gioacchino*, en la de *San Giobbe*, en la de *San Giorgio dei Greci*, en la de *San Giorgio Maggiore* otra vez, en la de *San Giovanni Battista*, en la de *San Giovanni in Bragora*, en la de *San Giovanni Elemosinario*, en la de *San Giovanni*

Evangelista, en la *San Giovanni Crisostomo*, en la de *San Giovanni Laterano*, en la de *San Giovanni di Malta*, en la de *San Giovanni Novo*, en la de *Santi Giovanni e Paolo*, en la de *San Girolamo*, en la de *San Giuseppe*, en la de *Santa Giustina*, en la de *San Gregorio*, en la de *San Leonardo*, en la de *San Lio, en la de San Lorenzo*, en la de *San Luca*, en la de *Santa Lucia* de nuevo, en la de *La Maddalena*, en la de *La Madonna dell'Arsenale*, en la de *La Madonna dell'Orto*, en la de *San Marco* (¡horror, cómo se te ocurrió regresar!), en la de *San Marcuola*, en la de *Santa Margherita*, en la de *Santa Maria Formosa*, en la de *Santa Maria del Giglio*, en la de *Santa Maria Maggiore*, en la de *Santa Maria Mater Domini*, en la de *Santa Maria Nova*, en la de *Santa Maria del Pianto*, en la de *Santa Maria della Vizitazione*, en la de *Santa Marina*, en la de *Santa Marta*, en la de *San Martino*, en la de *San Marziale*, en la de *San Maurizio*, en la *Mendicanti*, en la *Miracoli*, en la de *La Misericordia* que está en la confluencia de los ríos de la Misericordia y de la Sensa con el canal de Noale, en la de *San Moise* reconstruida por primera vez en el siglo XIII, en la de *San Nicoletto della Lattuga*, en la de *San Nicolo de Bafi*, en la de *San Nicolo dei Mendicoli*, en la del *Nome di Gesu*, en la de *Ognissanti*, en la del *Ospedaletto*, en la de *San Pantalon*, en la de *San Paternian*, en la de los *Penienti*, en la de *La Pietá*, en la de *San Pietro di Castello* (la antigua sede del Patriarca de Venecia, una iglesia palladiana) con su campanil obra de Mauro Codussi de finales del siglo XV, en la de *San Paolo*, en la *San Provolo*, en la del *Redentore* (también por segunda vez y aunque no pasases, ahora, del tramo de escaleras con balaustradas que conduce a la iglesia propiamente dicha elevada sobre el podio), en la de *San Rocco* o de *La Confraternitá* (donde observas buenas pinturas del Tintoretto y, sobre todo, un célebre cuadro de *La Crocifissione*), en la de *La Salute*, en la de *San Salvador*, en la *Scalzi*, en la de *San Sebastiano*, en la del *Santo Sepolcro*, en la de *San Severo*, en la *San Simeon Grande*, en la *San Simeon Piccolo*, en la del *Soccorso*, en la de *Santa Sofia*, en la del *Spiritu Santo*, en la de *San Stae*, en la de *Santo Stefano* con su dintel de Bartolomeo Bonn y su techo de madera de la nave central en forma de quilla y sus tres grandes lienzos del Tintoretto en la sacristía referidos a escenas de la vida de Cristo, en la de *San Stin*, en la de *Terese*, en la de *Santa Ternita*, en la del *Tolentini*, en la de *San Toma*, en la de *La Trinitá*, en la de *San Trovaso*, en la de *L'Ulmitá*, en la *Vergini*, en la *San Vidal*, en la de *San Vio*, en la de *San Vito*, en la de *San Vitolo*, en la de *San Zaccaria* (¡cómo olvidar la de *San Zaccaria* cuya fundación se debió al dux Giustiniano Partecipazio en el 827!, ¡cómo olvidarla, si allí te *chapeaste* a una alcurniada monjita del

monasterio anexo, detrás del propio Altar Mayor!, ¡ah, cómo olvidarlo!), en la de *San Zan Degolá* o en la de *Sun Zun Babaé* (a estas alturas, lo mismo da un cambio de nombres), en la *Zitelle* (también por segunda vez), en la *Amiana*, en la *Sant'Andrea della Cortosa*, en la *Burano*, en la de *San Clemente*, en la *Constaziaca*, en la de *San Cristoforo della Pace* con su cementerio policromo, en la de *Sant'Erasmo*, en la de *San Francesco del Deserto*, en la de *San Giacomo in Paluo*, en la de *San Giorgio*, en la de *San Giorgio in Alga*, en la de la *Giudecca*, en la del *Lazzaretto Vecchio*, en la de *San Lazaro degli Armeni*, en la del *Lido*, en la de *Malamocco*, en la de *San Marco in Bocca Lama*, en la de *Santa Maria delle Grazie*, en la de *Mazzorbo*, en la *San Michele* (también) con su cementerio, en la de *Murano*, en la de *Pallestrina*, en la de *San Pietro in Volta*, en la de *Porto Secco*, en la de *Poveglia*, en la de *Sacca Sessola*, en la de *San Servolo*, en la del *Santo Spirito*, en la de *Torcello*, y en la de *Vignole*... Esas iglesias, ¡oh, generalísimo!,

...che incrostano sui marmi
le fredde acquate dell' autunno.

Alfonso Gatto *dixit.* ¡Oh, generalísimo, esas iglesias! *Kirche* en germano. *Church*, en inglés. *Kerk*, en holandés. La casa del señor. La *ecclesia* romana. Y, por extensión: la junta del pueblo. La Asamblea en Atenas. La congregación de todos los israelitas. La madre de Jerusalén. El verdadero pueblo de Dios. La *ecclesia universalis*, depositaria de las promesas mesíanicas. El cuerpo de Cristo, su esposa, la cabeza del cuerpo, conforme a la metáfora paulina. La colaboración de los carismáticos. Todas las potestades espirituales puestas en ese recinto de grandes mármoles y materiales preciosos, cuando no de vacías paredes oscuras, enladrilladas. El hombre solo escuchando *«la voce calma / con lo sguardo socchiuso, quasi un respiro / gli alitasse sul volto, un respiro amico / che risale, incredibile, dal tempo andato»*.

No te descuides, generalísimo. Esos versos del grande Cesare Pavese también tienen el veneno de la muerte. La muerte que te acecha. La muerte son esas amontonadas iglesias que alguna vez visitaste en Venecia y que ahora rememoras en tu celda gaditana. La muerte es esa casa. La casa de Dios o del Diablo, o de quienes fuere. Allí, conforme a la costumbre de los católicos, suelen hacerles a los difuntos las misas de cuerpo presente. La muerte es esa voz antigua que tus padres escucharon antaño...

Recuerda, por ejemplo, *La noche está estrellada / y titilan azules, / los astros a los lejos*. Ginette Acevedo canta. O, aprovechando la presencia de ese vencejo que ahora picotea en el dintel de la ventana de tu celda, trae a la memoria los muchos pájaros que se dan magníficos en tu tierra venezolana, y ¡cuántos pájaros, generalísimo! Todos los que William H. Phelps Jr. recogió en su *Guía de las Aves de Venezuela*. Venezuela es por antonomasia la tierra de los pájaros. La de los *pájaros bravos* y los *pájarobobos*. La de los *pajaritos* y los *pajarotes*. Los aguaitacaminos y los atrapamoscas. Los colibríes o tucusitos. Los cuclillos garrapateros. Los gallitos de las rocas. Los martines pescadores. Las reinitas. Los turpiales o conotos. Recuerda sus plumajes y sus cantos. Recuerda que, en Londres, en el tiempo libre que te dejaba tu persecución al ministro Pitt para que te soltara las libras necesarias para tus expediciones a América, te ibas al *St. James Park* a divisar con largavista el bullebullir de las alondras por entre las riadas de plátanos. Recuerda el verdor de la floresta de tu país. Las 1500 variedades de orquídeas que allí se dan. Las increíbles flores de mayo. Esas *Cattleyas máximas*, máximas de verdad. Las bromelias. Los singonios. Las begonias. Aquellas begonias primorosas que tu madre cultivaba, colgadas en tiestos sobre las paredes del jardín de tu casa de Padre Sierra. Amarillo ladrillo. Amarillo pollito. Rosado guayaba. Rojas sangre de toro. Fucsias. Blancas, de un blancor *irrevocabile*. O, si no quieres salir de Europa (al fin y al cabo, en Europa pasaste los mejores y más largos 40 años de tu vida), y si quieres seguir estando en Venecia y no en esta cárcel pútrida donde ahora te encuentras, recuerda, sí, a todas las mocosas que te *chapeaste* en las *scuole de caritá* que en esa enmierdada ciudad pululan: las párvulas del Hospital *Dei Mendicanti*; las bebecitas del *Hospicio de La Pietá*, inicialmente llamado cuando lo fundaron en 1346 *Hospicio degli Esposti*; las chicas de la *scuola* del *Angel Custodio* y las churumbelas de la de los *Barberos*; las chiquitinas de la *Buena Muerte* y las criaturas de la de las *Cármenes*; las crías del *Hospicio de la Purificación* y las angelitas del *Hospicio de los Tejedores de Seda*, todas esas chamas; todas esas chachas, todas esas chavalas, infantas, pitusas, pollitas, pavas, galopinas, pipiolas o bisoñas gurruminas que, día por día, cada día, siempre conducido de la mano por el *amplissimo senatore* Zaguri o por el abate Arteaga, gozaste depravadamente en tu tiempo veneciano, el más depravado de todos cuantos te tocó vivir en Italia, generalísimo, aquí y más allá, en la *scola* de los *Barqueros*, y en la de los *Cardadores de lana*, y en la de los *Aduaneros*... En Venecia, cada gremio tiene su hospicio de niñas huérfa-

nas destinadas a la putería... *La vita... é ricordarsi di un risveglio...*, dijo el poeta (¿Sandro Penna?, ¿Eugenio Montale?, quienquiera que haya sido). Y, a decir verdad, han sido muchos los despertares de tu vida.

En el taller de Francesco Guardi

Por mediación de Arteaga, logras que el maestro Francesco Guardi te reciba en su taller, situado al final de la *fondamenta Sanudo*, muy cerca del formidable *palazzo Soranzo Van Axel*. Te recibe con *cortese affetto*. A no dudar, trátase del más grande *vedutista* de todos los tiempos; aunque influido por El Canaletto (a quien reconocía como su mentor), sus vistas de la laguna y los canales tienen mayor arrojo y emoción; son más lejanas, más evaporadas, más irreales. Todas encierran el hechizo y la magia de una ciudad que, tras la máscara de un eterno carnaval, oculta un rostro triste, viejo y lleno de arrugas; canales pútridos, orillas fangosas, revoques de pacotilla, techumbres carcomidas, monumentos en ruina. Tal vez por esto, los venecianos nunca lo quisieron y prefirieron a Canaletto.

Para el momento cuando lo visitas contaba 73 años y tenía el aspecto de un anciano tímido, taciturno, frugal, tras una existencia consagrada enteramente al arte. Al arte y al juego. También era un fanático jugador. Era el juego, como para la mayoría de los venecianos, su otra gran pasión. Procedía de una familia de pintores venida de un valle del Trentino y, desde muy niño, entró en el taller familiar que, después de la muerte de su padre, estuvo dirigido por su hermano Giovanni Antonio. Su hermano menor, Niccolo, también era pintor; y su hermana Cecilia fue la esposa del Tiépolo, y madre de Doménico y Lorenzo, pintores, dibujantes y grabadores, como el padre, el abuelo y los tíos.

Pien de ineffabile dolcezza te fue mostrando más de trescientas telas, aguadas, dibujos que allí tenía acumulados, sus célebres *vedute*, vívidas escenas de la ciudad, algunas composiciones florales, una que otra obra de carácter religioso, llenas de tensión y dibujadas con rápidas pinceladas, y unos cuantos *capricci* con ruinas romanas surgiendo del fondo de lagunas fabulosas. Al final le compraste cuatro dibujos típicos de la ciudad: uno sobre el campo y la iglesia de *San Giovanni in Bragora*, con la tradicional *calle della Morte* al lado (entonces tú no combatías la muerte como la combates ahora, parecía que nunca te iba a llegar); otro, con casas antiguas sobre el río del *Ghetto*; otro, representativo del *Palco de los Comediantes* en el *Teatro de las Marionetas*; y otro, finalmente, una

vista ideal del *Canalozzo*. Con el producto de la venta te dijo que iría al Casino del Palacio Ariani a ver si se desquitaba lo perdido en las noches anteriores. Jugador empedernido como era, todo lo que ganaba con la pintura lo dejaba en la ruleta o en los naipes.

—*Vero e'l proverbio, ch'altria cangia il pelo anzi che'l vezzo* te dice resignado, encogiéndose de hombros con una sonrisa displicente.

PADUA

Una mañana de noviembre, el mes de *la più bell'aria dell'anno*, muy temprano, generalísimo, partes de Venecia, habiéndote refocilado primero con la *signora* Marina que, temprano, fue a despedirte y que, para festejarte, entretejió esta vez en los vellos de su *charnieri* no sólo las consabidas ramitas de lavanda y de romero, sino también chiles de los más variados tamaños, formas y colores, hilos de azafrán, granos de pimienta verde y marrón ensartados en cuentas, estrellitas de anís, rosados brotes de clavos, y un mundo de menudas florecillas otoñales de los campos del Véneto. *Chi cinge di fiori freschi / il tuo letto di cenere.* Pagaste tu posada y a todos dejaste contentos. Tu buen gondolero Titta te espera diligente y, en menos de una hora, te transportó a Fusina. Cinco millas en una góndola con cuatro remos. Un camino agradable por la orilla de canales y de la Brenta. Contemplas la vid que se levanta abrazando los nogales, y casas de campo hermosas. Las más distinguidas de todas ellas, las de Pisani y Giovanelli; recuerdas que lo anotaste en tu *Diario...*

A las tres estabas ya en Padua, andando tres postas. Solo en la ciudad, después de contratar una no muy buena posada, te vas a pasear. Vas a la Universidad, cuyo claustro es de Palladio. El teatro anatómico, tan cochino que aún estaba ahí la sangre y la carne viva de los cadáveres recién usados. Te estremeces ante tantos despojos.

La Gran Sala de la ciudad tiene de largo 264 pies, de ancho 75, de alto 64. Allí están las Procuradurías y un busto que contiene las cenizas de Tito Livio —te cuesta creerlo, y a decir verdad: no lo crees del todo; en eso de prodigar reliquias, los italianos son unos farsantes. Más allá, hay otro con las de una hija del famoso historiador. En el medio, una línea meridiana de mármol blanco y negro, hecha por el arquitecto Giuseppe Ferrasina. En una esquina, una piedra de mármol donde, en otro tiempo, hacían sentar al deudor insolvente, a culo limpio o pajarero, para que pedorreara cuanto quisiera. Así pagaba a su acreedor, pero quedaba

deshonrado para el resto de su vida. Y deshonrados quedaban sus descendientes, hijos y nietos de un *peorro, seduto per terra*. El arquitecto de la sala, si mal no recuerdas, era Frate Giovanni degli Eremita. Todo el claustro está lleno de mierda y orines, como las calles de la ciudad. ¿Por qué los italianos cagarán tanto? ¿Será por la sémola de los *spaghetti*?

La catedral, un edificio indiferente. Entras. Te sientas en un banco. Un viejecillo viene a sentarse a tu lado. Saluda con un ademán triste. El mismo ademán de los viejecillos pedigüeños de tus calles de Caracas. Deslizas disimuladamente una moneda en su mano... En la sacristía, algunos cuadros de escaso valor y un retrato de tu admirado y por la Marini odiado Francesco Petrarca, que fue canónigo de esa iglesia...

Entrada la noche, merodeas un rato más a la búsqueda de una buena puta, pero no ves ninguna de interés. Todas son gordas, viejas y sucias. Apenas podían moverse, y solían orinar sentadas. Diríase que la suciedad y la hediondez son dones naturales de los paduanos. Cansado, decides irte a dormir a tu posada «*Stella d'Oro*», Prado della Valle 23. Una cama chinchosa y una noche de perros, como para no recordarlas.

Al día siguiente, nuevo paseo por la ciudad. La iglesia de Santa Justina, buena arquitectura de Crispo Briosco, llamado «*Riccio*», nacido y criado en Padua. En el coro, un buen cuadro de Pablo Veronés con el martirio de la santa. Muestra todos los rasgos característicos del maestro. El soporte manierista. La libre construcción fantástica del color, exaltado en la integridad de su esplendor luminoso. El lapislázuli de los cielos, atravesados por nubes esplendentes. La amplitud del ademán que, a menudo, es forzada torsión. Las zonas cromáticas aisladas en momentos distintos. La concordancia de los colores complementarios. Y la sombra, hecha también parte del colorido...

Luego, la iglesia de San Antonio. Mala arquitectura. En el Altar Mayor, un candelabro de bronce con relieves, un retrato y la firma autógrafa del santo. Más allá, en una capillita especialmente dispuesta, relieves con detalles de su vida. Trabajos en mármol blanco de Sansovino, Campagnola y Lombardo. Cuarenta y siete lámparas en toda la iglesia y una, la de centro, en oro macizo. El monumento del cardenal Bembo. El sepulcro de Antenor. Veinticuatro conventos de frailes. Veintisiete de monjas. 51.000 habitantes, según el último censo. Llegando a la posada, una cuadra antes y ya para anochecer, una paduanita de no más de doce años te pide una limosna. *Qualche volta la vedo, e mi vive dinanzi / definita, inmutabile, come un ricordo*. Se la das con largueza. Agradecida, la niña te pide, iluminados sus ojos por *la luce piú netta che abbia avuto mai l'alba*, que la lleves contigo a tu cuarto.

Hace frío y no tiene dónde cobijarse. Esa noche, una virgen menos. Lástima, no son tantas...

VICENZA

A la una, *l'ora in cui nulla puo accadere*, después de haberte gozado a la paduanita, sales de la ciudad en una mala silla, con lluvia y sin cubierta. Primera posta a Flesiga, ocho millas. Segunda, de diez, a Vicenza. Llegas a las cuatro y media. Te alojas en *Il Capello Rosso*. A la hora del registro, no sabes cómo presentarte. ¿Francisco de Miranda, como naciste en Caracas? No, no, no soy Francisco de Miranda. ¿Francesco de la Mirandola, pariente del famoso humanista? No, no eres pariente del famoso humanista. ¿Franco de Mira, con nombre de cantor de baladas? Franco de Mira, si Franco de Mira, disimulas el nombre. Andas inquieto. Acaso, ¿no violaste a una niña? ¿La violaste o la sedujiste? No sabrías precisarlo. En todo caso, dormidita quedó en el camastro, en un mar de sanguaza, teñidas las sábanas. Ojalá que despierte pronto y se marche por sus pasos, que se haya marchado ya. Por momentos, piensas que fue ella la que te violó o la que te sedujo a ti. ¡Cuánta perversión! ¡Cuánta perfección, generalísimo! Chupa y chupa, niñita golosa. No, no, por favor, no lo mordisquees, que no se trata de un caramelo. Chupa, niña bella, chupa con cuidado, niña loca. Vamos, chupa, chupa sin morder... Ella, en *la guglia del loro ardimento*...

Ha llovido todo el día, generalísimo. Ha llovido todo el día. Tanto, que la parte baja de la ciudad está anegada. En barcas, le llevan provisiones a los vecinos. Ah, qué mal andas de la cabeza. El remojón, a buen seguro fue el remojón. Y el miedo. Y la culpa por haber abusado sexualmente de una chamita. Decides acostarte. Pero, a fe cierta, no puedes dormir. Toda la santa noche, te ves, camisa abierta y jersey, pantalones vaqueros *Levi Strauss* o cualquier otra marca de postín etiqueteada en el culo, botas tejanas, reloj último modelo, japonés mejor que ginebrino, y adosado todo tú a un *skate* con música de *Public Enemy* o de *Desorden Público* en el *walkman*. No te reconoces, generalísimo, convertido en Lewis Carroll, dentro de aquel mundo inconmensurable de pequeñas *Alicia(s) en el País de las Maravillas*, pero (ciertamente) eres tú... Estás a las puertas de una discoteca y te rodea un sinfín de niñitas idénticas a la paduanita que violaste o que te sedujo. Todas te acarician de manera prohibida. Todas van contigo o vienen por ti al cuarto de la posada. Todas se acuestan en tu cama, te besuquean, lamen

tus verijas, juegan con los vellos de tu pecho y tus axilas, te mordisquean por diferentes partes del cuerpo. Sobre tu cara, como si marcharan en fila escolar, o mejor, como si en sus clases de gimnasia hicieran el salto de la rana, van pasando sus *totonas* impúberes, pero destilantes ellas. Sus jugos recuerdan el almíbar, la esencia de limón, la leche cuajada. Con todas estás, generalísimo, esa primera noche de Vicenza. Y, a la mañana siguiente, como un maestro que va de excursión con sus párvulas, las llevas a desayunar al comedor de la posada. Los otros huéspedes, todos adultos, unos con desazón, otros con rabia, otros con picardía, todos con manifiesta curiosidad, no dejan de mirarte. Las niñas comen leche con cereales, una cucharada de azúcar, y un *yogurt* de frutas. Comen leche con cacao, una tostada con mantequilla y mermelada, y una pieza de melón o de sandía. Comen una taza de leche batida con manzanas, con plátanos, con fresas. Un *croissant*. Una macedonia de frutas de la estación. Un emparedado de jamón y queso. Un zumo de naranjas con zanahorias. Un huevo pasado por agua. Un bocadillo de tortilla. Al término del desayuno, todas se despiden contentas. Con sus bultos a las espaldas y sus uniformes plisados de falditas de tablones, sus blusitas de popelina, y sus medias tobilleras, y sus rodillitas de *rediviva tenerezza*, marchan a sus escuelas. Todas se han llevado, por tu merced, las calorías que necesitan. Sabes que pagaste todos los páolos del mundo por ese grande inconmensurable desnaturalizado desayuno; pero, te sientes contento...

Después, saliste a gozar de la «visión beatífica» (así dicen los vicenzanos) de las obras de Palladio. Primero, la casa que dicen Suya de él. Luego, el famoso teatro Olímpico, la Basílica de la Ciudad, el arco *di Campo Marzio*, la Rotonda, el jardín y la casa de campo del conde Valmarana con algunas pinturas al fresco del Tiépolo, la casa de los Capra. ¡Qué proporciones! ¡Qué distribución! ¡Qué simetría! ¡Qué solidez! ¡Viva il Palladio! ¡Que viva una y mil veces!

Más y más palacios. Más y más *palladios*. Deprisa, deprisa, generalísimo. El Nobili Malvarana, el Conte Vecchia, el Barbarini, el Conte Oratio Porto, el Giulio Porto, el del Comandante, el del Monte di Pietá, el Gaetán Tieni, el Musani, el Adrian Tieni, el Trissini...

—¿Hablábamos de palacios?...

—Hablábamos de *palladios*, o de *palacios*, o de lo que fuere, pero, por favor, sigamos hablando...

A las seis de la mañana, te pones camino de Verona que queda a tres postas y media. Aún no habías concluido la primera, y te toca parar porque el camino está inundado y no se sabía la profundidad del agua. Unos paisanos vienen y la sondean y, animados, tientan el pasar. Tu calesa es la primera. El collón del postillón se acobarda. También se acobardan los caballos. Y he allí, generalísimo, que el muy cobarde te deja en medio del anegamiento y, a nado, se va hasta lo seco. Afortunadamente, el agua que llegaba hasta los varales de la silla no crecía. De algún modo, pasaron todos los demás, y tú te quedaste ahí, varado en medio del aguazal, hasta que, una hora u hora y media después, varios paisanos, a mano, rodaron la silla afuera. Por fin, con dos caballos que alquilaste, fuiste hasta la posta que distaba aún una y media milla de Montebello. Siguió lloviendo y, bajo la lluvia, llegaste a Verona. En la posada *Le due torre* te acogieron con hospitalidad y decencia.

Cansado, qué duda queda; no obstante, envías por una entrada al teatro para ver la famosa ópera que representaban y concluía aquella noche. La obtuviste por fortuna en un cequí y medio. ¡Qué espectáculo! Pachiarotti, David, Massi (joven aún) y la señora Laschi, los principales caracteres. Todos, eminentes en su profesión. El drama que se montaba aquella noche era *El Desertor*. En tu archivo de Londres debe guardarse completo el *Programa*, con las descripciones del escenario de los cinco actos, escena por escena, y los parlamentos completos y la biografía del autor cuyo nombre no recuerdas, aunque sí alcanzas a precisar que la música es del célebre Francesco Bianchi, académico filarmónico. Y que el vestuario se debía a Giacomo Tornello, veneciano. Y que el baile estaba compuesto y dirigido por el afamado Carlos Augusto Favier. Todo lo recuerdas. Todo o casi todo, generalísimo. Recordar para ti, es algo más que una necesidad, una forma de estar vivo, *con un filo di canto fra le labbra...*

En el teatro, bello y con fastuosos ornamentos, había iluminación y brillante concurso. Cada dama tenía cerca un *cavalieri servente*, y todas se veían de lo más contentas. Se distinguían entre otras la condesa Marini, la condesa Varza y la condesa Persico, arrobadoras, *leggiere e belle, te quasi caldo pétalo carnale*. El podestá Pietro Mocenigo estaba en su logia, tomando refresco con ostentación y luego pasó a la de su chischibeo, una dama veneciana que es mujer de otro noble veneciano, pero que suele prestársela para su diversión, sin embarazarse en más. Entre los vénetos es costumbre el préstamo galante de las mujeres. Al fin

de la función, por doquier se soltaron sonetos en laude de la Laschi. Cerca de ti estaba un joven llamado Zenobrio, que hablaba buen inglés y había estado cierto tiempo en Inglaterra. Gentil, caballeroso, traba amistad contigo. Amigo de la Laschi, se te ofrece para conducirte hasta su camerino a congratularla. Imposible tan siquiera acceder al pasillo de entrada. Más de doscientas personas se agolpan también para saludar a la diva. Un resfriado súbito, consecuencia del remojón de la mañana, comienza a inquietarte. Descompuesto, regresas a la posada.

Ocho días con sus noches pasas en cama, presa de los más grandes escalofríos, estornudos, toses, expectoraciones, fiebres recurrentes y dolores de huesos. Con dificultad por obra del malestar, en ese tiempo, alcanzas a leer una biografía de El Veronés. Por ella te enteras de que Pablo Caliari, tal era su nombre de pila, había nacido, allí, en Verona, el año de 1528, en el hogar del cantero Gabriel Caliari, de origen lombardo, y de su esposa Catalina, veronesa. Por su genio artístico llegó a convertirse en el veronés por excelencia, de manera tal que terminó cambiándosele el patronímico por el gentilicio y con éste le conoce la historia. Prolija era la biografía leída, desde su nacimiento hasta su muerte por causa de la fiebre en la zona de Treviso. Al detalle te enteras de los más importantes y los más nimios detalles de la vida del gran pintor. El bagaje cultural con el que formó su personalidad. Su matrimonio con Elena Badile, la hija de su viejo maestro. El proceso inquisitorial que se le siguió por la hechura de *La última cena...*

Repuesto de tus dolencias, sales de la cama a corretear y a disfrutar las curiosidades. San Giorgio, con sus resaltantes pinturas y, sobre todas ellas, el San Jorge del Altar Mayor y un San Bernabé, ambos de Paolo. *Il Bastion de le Bocare*, obra audaz de Michele Sanmichelli. *Il Castello San Pietro*, que domina una vista hermosísima sobre la ciudad y sus alrededores. El de *San Felice*, al lado, y que hubiste de admirar sólo por fuera dado que, allí, estaba preso para el momento el procurador de San Marco, Pisani, quien hacía cinco años fue condenado por haber jugado cierta triquiñuela para ser electo a este cargo, y la Inquisición, sin más ni más, le plantó allí. La Feria. La Aduana. El Arco de Galieno, antigüedad romana. El de Vitruvio, de bellísimas proporciones. El foro judicial. La galería del conde Bevilacqua. Una Venus de Paolo, majestuosa, que se ve entre las pinturas. Y entre los mármoles, solemnemente dispuestos uno al lado de los otros, una Ceres, un Baco, un Augusto desnudo con sus atributos germinativos hermosamente tallados y no disimulados por la consabida hoja de vid, un busto de Caracalla y otro de Faustina, un busto de Sócrates, en bronce con todo el esplendor de su mayéutica e

inteligencia brillándole en la sesera, otro de Livia, otro de Sófocles y uno, aun, de Marco Tulio Cicerone. *Il Palazzo di Canosa. Il Castel Vecchio*, de donde se ve el famoso *Arco del Ponte* que se tiene por mejor que el del Rialto de Venecia. A ti no te lo pareció. La Escuela Militar, sólo para 34 jóvenes que se educan a expensas de la República. La *Cappella Pellegrini* en San Bernardino, obra de Sanmichelli, el pedazo de arquitectura más gracioso y mejor ejecutado que has visto jamás. *La Porta del Palio*, también de Sanmichelli, ¡qué pródigo ese Sanmichelli! Una obra militar nobilísima. El Palacio de la Gran Guardia, sobre la plaza de la Brá, inconcluso. El Museo Lapidario de Maffei, colección riquísima y curiosa. Entre otras curiosidades contiene un testamento de una dama griega, escrito todo sobre cuatro lápidas, y después el codicilo sobre una de pórfido; un Diomédes de metal de Corinto, soberbio, y varias columnas miliares con los números romanos como si fueran del día. *La Sala di Ballo*, cámara o academia *di ridotto*, entonces cerrada, porque la condesa Marini propuso, diez años atrás, el que las damas fuesen con gran tontillo. Otras señoras de igual alcurnia se opusieron y esto produjo un pleito, que llevado a Venecia y sentenciado por los «tontillos grandes», resultó (salomónicamente) que todos renunciasen a la asamblea, con tontillo o sin él. Nótese que por este mismo tiempo fue cuando los americanos del Norte se ocupaban de decidir con Inglaterra la gran cuestión sobre la libertad del género humano; ¡no es mal contraste, por cierto!; ¡sin duda, Europa tiene mucho que aprender de América, pese, a su longevidad y a nuestra juventud! *Il Palazzo Pompei*, impresionante arquitectura de Sanmichelli. *La Piazza dei Signori*, donde se ven las estatuas, sobre la Casa Consistorial, de Plinio, Catulo, Vitruvio, Cornelio Nepos, Maffei y Francastoro, el gran médico veronés que publicó uno de los primeros tratados sobre las enfermedades venéreas. En una librería de viejos consigues un ejemplar que adquieres sin vacilar. Mucho te entretuviste aprendiendo las más insólitas y prolíficas referencias sobre las sífilis y el *Treponema pallidum* o *Spirochaeta*, llamada también *lúes*. Según el sabio Francastoro, el nombre de la enfermedad viene de un cierto personaje griego, Sífilo, que fue el primero que la contrajo. No obstante, los europeos pérfidos, y el propio Francastoro recoge la especie, creen que la enfermedad vino de América, con el oro y la plata y el tabaco y las patatas y el cacao, importada por los marinos de Colón. ¡De infundios semejantes está hecha la historia de la humanidad! Más allá, los sepulcros de los *Scaligeri* o *Della Scala*, poderosa familia gibelina de la Verona medieval. Las tres tumbas son monumentos ojivales de su época. Pertenecen a Mastino II Della Scala, a Can Signorio y a Can Grande, el más célebre

personaje de la familia; amigo del Giotto y del Dante, este último le dedicó *Il Paradiso* de la *Divina Comedia.*

Para variar, también los veroneses, como los vénetos y los paduanos y toda la gente de Italia en general, son cagones. Hasta encima de los más empingorotados monumentos se van a cagar. Cagan como cochinos, como morrocoyes, como perros, como hienas o los más cagadores de entre todos los animales. La población es de 50.000 personas. Y hasta 50 y 100.000 plastas por día aparecen cada vez, en las calles y a las puertas de los *palazzos* y los templos. En el podio del *Palazzo Pompei*, contaste una sola mañana 183, fresquecitas y recién puestas. Tiene la ciudad 34 conventos de monjas y frailes, conectados unos y otros por túneles subterráneos, para el tránsito de los fornicadores. Es divertido escuchar los cuentos y consejas que se repiten a diario sobre tales fornicaciones. La más famosa entre todas las monjitas fornicadoras del lugar, al parecer, fue Sor Rosina de la Santísima Trinidad, de la Orden de las Carmelitas Descalzas, aunque nacida en Padua. Apareció muerta en su celda, ahogada con un inconmensurable miembro viril, cortado a dentelladas, entre la boca convulsa y chorreante de sangre. Nunca se supo quién fue el fraile emasculado. Dicen los veroneses, que fue el propio Diablo. Pues, ni rastro quedó de su existencia...

Con la señora Laschi y con el joven Zenobrio

Te vas de Verona, generalísimo. Mañana habrás de levantar tus bártulos. No obstante, un acontecimiento pesa en el aire. Tu amigo Zenobrio, el que conociste la noche que llegaste, en el teatro, ha ido por ti varias veces a la posada de *Le due torre*. Nunca te consigue. Quiere verte, hablar contigo, acompañarte a visitar la ciudad. Por fin, en su última visita, la del día anterior, te deja un billete. La señora Laschi, su amiga, desea conocerte. Mucho le ha hablado de ti, de tu genio y estampa de bien puesto caballero meridional, de tu don de gentes, de tu afabilidad y cortesía, de tu sapiencia de hombre muy viajado y filósofo cabal. Quiere recibirte en su hospedaje. Ella también se marcha de la ciudad. La última noche posible para que se vean es, justo, la de esta noche. Vendrá a las diecinueve horas por ti. Mientras te bañas y acicalas para concurrir a la cita, recitas de memoria el soneto dedicado a la señora y que en mil copias lanzaron aquella vez en el teatro. Lo recitas en perfecto italiano. A las diecinueve en punto, Zenobrio está por ti a la puerta de la posada. En la larga caminata para llegar hasta el alojamiento de la

señora, te cuenta de su efebomanía exacerbada; la suya de ella. Nunca se conforma con el amor de un hombre solo. En cada acto, necesita por lo menos de dos. Tres o cuatro, para ella, son el número ideal. Entre orgasmo y orgasmo, en el *entreacto* o en el *entrecoito* como mejor prefieras, cambia de atuendo y se caracteriza para hacer de los diferentes personajes que le ha tocado representar en la escena. Es, con voz híbrida de *soprano sfogato: Abigaille* en *Nabucco* y *Lucrecia* en *I due Foscari*; la *Norma* y *La sonnambula*; la *Anna Bolena* y la *Pomona*; la *Dafne* y la *Eurídice*; en tales caracterizaciones, diríase que produce las notas casi por acto de ventriloquia; *ventriloqueando* de aquí para allá, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como el bailarín que con el truco de los dos limones en los bolsillos de la calza logra que su pareja se coloque precisa en el *justo medio*. A menudo hace de *soprana dramática*. Es fácil para ella presentarse como *Gioconda* o como *Isolde*, como *Turandot* o como *Tosca*. A ratos es la *Aretusa* de Vitali. A ratos es la *Popea* de Monteverdi o *La serva padrona* de Giovanni Battista Pergolesi. ¿Quién no es?, se pregunta Zenobrio convincente...

Quienquiera que fuese, cierto fue que te provocó una de las noches más inolvidables de tu vida. ¡Qué noche! ¡Ella, la Melba inolvidable, no importa que se le recuerde asociada a un postre almibarado! ¡Ella, la Caterina Martinelli, la *Caterinuccia*! ¡Ella, la Falcon o la Galli-Marié! ¡Ella, la señora Laschi! ¡Desnuda, con sus ampulosas carnes al aire! ¡Transportando al plano musical el sufrimiento de cada uno de los personajes que representaba entre coito y coito! ¡Ella, triste! ¡Ella nostálgica! ¡Ella humorística! ¡Ella vehemente! ¡Ella haciendo el amor contigo y con Zenobrio a un mismo tiempo! ¡Ella, enmirandada! ¡Ella, enzenobriada! ¡Ella!... ¡Ella!... ¡Ella!... ¡Ella, *ebbreza e conflitto*!... ¡Ella, *il gran secolo della vita*!... ¡Ella, *colina notturna nel cielo chiaro*!... Y él, Zenobrio, ¡cuánta cantidad de músculos y perfección varonil en una y la misma persona!... ¡Él, *flagello degli spiriti morti*!... ¡Él, todos los *stimoli del sesso* de una sola vez!... ¡Él, amando a la Laschi!... ¡Él, dejándose amar por ella!... ¡Él, lanzando *le penultime esplosioni* de su sexo sobre la boca ávida de la afanada mujer! ¡Él...! ¡Él...! ¡Él...! ¡Él ingiriendo tus jugos, *la china eburnea fronte fulgente*!... ¡Tú, ingiriéndote los jugos de la Laschi!... ¡La Laschi, ingiriéndose los jugos suyos de él!...

Dos pendejos guardas esta vez para tu magnífica colección de vellos púbicos: el de la señora Laschi y el del joven Zenobrio.

Al mediodía, habiendo descansado de aquel inconcebible *ménage a trois*, emprendiste viaje con muy buen tiempo y un camino excelente. Pasaste por el lugar de Villafranca —una posta y media—, después Roverbella —una posta— y Mantua, una posta más. El camino, sumamente agradable, cubierto por una parte y otra de grandes árboles, aguas profusas y, a distancia, copiosas plantaciones de arroz. Este género de agricultura hace el país malsano. Se notan, antes de llegar a Revorbella, los límites del imperio con dos águilas de relieve sobre un pedazo de mármol.

A las cuatro llegas a Mantua. Su situación sobre un lago de bastante extensión te sobrecoge. Sólo la ciudad tiene siete millas de circunferencia. Te alojas en *Il Albergo Real*, propiedad del marqués de Canosa, el más suntuoso hospedaje que has visto en Italia. Con tu cicerone en mano sigues a la visita de la ciudad. La función de la Concepción, muy buena y solemne música. La Catedral, oscura y cargada. Un pedazo de sermón pedantesco en medio de la misa. La iglesia de Santa Andrea, de suma extensión y no mala arquitectura, con una campana hermosísima y muy grande. Tendrá cinco pies de altura y está abierta por los lados en ocho ventanas. Tiene bajos relieves de muy buen gusto y una inscripción gótica. El teatro y la sala de *Ridotto*. La embriaguez de todos los ítalos. Teatro y *Ridotto*. *Ridotto* y Teatro. Concurrencia de turistas. El Palacio Ducal, sin nada importante para ver. El Palacio llamado del Té, obra de Giulio Romano. Buenísima la arquitectura. Un encanto las pinturas y bajorrelieves. La Sala de los Gigantes, la de Psiquis —donde está la historia de Apuleyo, representada íntegra. Un cuadro con Júpiter representado en figura de drago, gozándose a Olimpia, la mujer de Felipo de Macedonia. El autor es Primaticio, discípulo de Giulio. El puente de San Giorgio tiene una milla de largo, de singular gusto y todo de ladrillo. La iglesia de San Francisco, por la tarde, llenísima de gentes. El señor Francesco María Fresi, para quien trajiste carta, estuvo a visitarte. Población, 28.000 personas con inclusión de judíos que alcanzan a 7.000. A las ocho de la mañana, después de reñir con posaderos, cargadores, criados, mozos de posta, etc., todos unos ladrones sin vergüenza, seguiste tu marcha para Parma, que son seis postas. La primera pasablemente, a Borgoforte. De aquí se pasa el Po por un puente volante de doce barcas, al modo del de Presburgo sobre el Danubio, pero malditamente manejado. El camino era tan fangoso que no creíste llegarle a cabo. Finalmente, a pura fatiga, se pasa por Suzzara. En horas de la noche llegaron a

Guastalla, que son dos postas. Mala posada y pobrísima ciudad. No obstante, aquella con un jardincito de cantero mezclado, el *mixed border* del que hablan los ingleses, que bien pudiste admirar, a la mañana siguiente, antes de tu partida en su conjunto abigarrado de flores, dispuestas en manchas de superficie, altura y color distintos, confundidas y desbordadas unas sobre las otras como si hubieran crecido espontáneamente en su ambiente campestre y natural.

Parma

Antes de las ocho y después de pasear profusamente por el *mixed border* de la posada, partes para hacer las tres postas que te faltaban para Parma, donde llegaste a las once de la mañana. El postillón te robó, sin rubor alguno, la cadena del baúl. Todos son aquí ladrones sin vergüenza.

Te alojas en *Il Bavone*, pobre, aunque el mejor *albergo* de la ciudad. Tu cicerone, y adelante. Primero, el gran Teatro Farnesio. Una grada inmensa corre por todo su rededor, como en el Olímpico del Palladio, y en el término de ésta se levantan dos órdenes de columnas, dórico y jónico, que forman los primeros y segundos aposentos. La Platea es por demás extensa, y mucho más el fondo de la escena. No obstante haber desde el ingreso al fondo 120 pasos (bien contados por ti), se oye distintamente todo cuanto se habla a baja voz. Mantienes conversación con el custodio a fin de comprobarlo. Hiciste que te hablara de todas partes y en distintos timbres. Siempre le escuchaste a perfección. Todo el teatro está construido de madera y con las más bellas proporciones. Puede contener 14.000 espectadores. Hacía 52 años que no se daba una representación en él. ¡Lástima de desperdicio!

Después el teatro Filarmónico, que es un teatrino contiguo, especie de academia de música para la nobleza. Admiten extranjeros de distinción por un boletín que poco cuesta.

La *Academia Reale di Pintura*. Entre los cuadros modernos se distingue uno del pasaje de Appio Claudio, y Virginia, de un francés. Deyanira que envenena la túnica de Hércules. Y *El Día*, así llamado, que es la Virgen con el Niño y San Jerónimo, del Correggio. ¡Monumental! ¡Increíble que alguien pueda pintar con semejante perfección! Ya en la Galería de Dresde habías tenido ocasión de contemplar *La Noche*. Unos cuantos mármoles antiguos de primorosa factura. Y otro monumento, superior a todos: una tabla de bronce cuadrilonga, de unos ocho pies de largo, y su moldura del mismo metal. Por todo el rededor, que contiene

una obligación del emperador Trajano para educar y mantener 500 niños huérfanos, de ambos sexos. La tabla fue encontrada en las ruinas de Veleia, a doce millas de Placencia. Un bonito joven irlandés copia con precisión el cuadro del Correggio. Un rato te quedas contemplando, más que los trazos del dibujo y los manchones de pintura, el perfil imborrable del muchacho, sus elegantes ademanes, su hermoso porte varonil...

Luego el Jardín Real, que es un palacio y un jardín de verano dentro de la ciudad, el último planeado de manera muy rigurosa, con el estilo de los *parques a la francesa*, compuesto de macizos, canteros y arriates dispuestos geométricamente. El palacio, por el contrario, no es gran cosa y sólo se nota en su interior una pieza pintada al fresco por Agustín Carracci, de bastante mérito. Das un paseo por el terraplén que domina una buena vista, y luego, a *il Duomo* o Catedral, antiguo, vasto y oscuro edificio. La cúpula está pintada por el Correggio, pero el humo, la distancia y la oscuridad, impiden al más pintado el que la juzgue por sus propios ojos. Los canónigos rezaban sus vísperas en el subterráneo, debajo de la capilla mayor. La iglesia de *San Giovanni Evangelista* tiene buena arquitectura y es hermosa. Una pintura del Correggio, *El Descendimiento*, allí expuesta, es tan buena a tu parecer como *El Día* y *La Noche*.

La Iglesia Bautismal es una rotonda gótica, con el exterior todo de mármol. El vaso de mármol rojo de Verona, que está en medio, es de una sola pieza y tiene 14 pies de diámetro. La *Madonna della Stoccata* (por dos que allí se mataron a estocadas) o *Chiesa del Re di Napoli*, tiene la planta en cruz y también es toda de mármol. La *Chiesa di San Antonio*, moderna y de buen gusto, tiene el techo transparente por lo que se asimila más a un teatro que a un templo. Tiene buenas pinturas. Algunas de Baloni. Otras de Parone y otras de Sinarolio. El arquitecto fue Bibiena, muy dado a las decoraciones fastuosas y a la arquitectura teatral.

El Paseo del Corso y del Real Castillo. Allí la gente se reúne a pasear y a hacer el chischibeo. La fortificación está arruinada casi toda. Los guardias *de Corps* van vestidos como los de la Compañía Española de Madrid. Luego, esa misma tarde, fuiste a batir la retreta en la Plaza Mayor. Buena música. La banda, con aire militar, muy bien vestida.

Al punto de la oración contratas una puta que, a la postre, te resultó huidiza y malhumorada. Te llevó a un cuartucho de un edificio cercano a la plaza. Penetraron en un pasillo de paredes sucias pintadas con cal. Unas desgastadas escaleras de piedra con la barandilla de hierro los condujo hasta el primer piso. Doblaron a la izquierda. La segunda puerta era la de

su habitación. Un único cuarto, dividido a unos dos metros de la puerta por una cortina, que creaba la triste sensación de una antesala en la que había una mesa desvencijada con una lámpara de aceite, una hornilla, restos de comida y un mar de chiripas. Tras la cortina, una cama desarreglada, un sillón, el perchero con unos cuantos vestidos muy usados, y más allá, frente al rectángulo vertical de una ventana, el aguamanil con una ponchera, un jarrón de agua y el balde que la mujer usaba como *bidé*... ya me entendéis. Y lo peor no era lo que estaba a la vista. Lo peor no era la pobreza y la suciedad del ambiente. Lo peor era la actitud de la mujerzuela. Hosca, indiferente, muy poco dada al amor. Le pusiste la mano en el hombro y le desabrochaste un botón de la blusa, dándole a entender que ella misma se desabrochara los demás. No respondió a la indicación. Se mantuvo, de pie, a tu frente, impávida, sin ofrecer la menor colaboración. ¿Qué pretendía la muy zángana? ¿Ganarse el dinero como una vestal? La empujaste hacia la cama. No se resistía pero tampoco te ayudaba. La desnudaste del todo, no sin dificultad. Y siguió, allí, impertérrita no sabes por cuánto tiempo. Cuando la besaste, los labios de ella no respondieron al contacto de los tuyos. Tampoco cuando le chupaste los pezones, arrebolados de un rosa espléndido. Parecía no querer darse por enterada, aunque de a poquito, muy de a poquito, fuiste sintiendo la humedad de su sexo. Luego le quitaste las bragas y quedó enteramente desnuda. Entonces, reunió saliva en la boca y la escupió a tu cara. ¡Vaya bribona! Te indignaste. Te indignaste, sí, y la abofeteaste al revés y al derecho. Con la indignación, creció tu avidez; pero, no la de ella que, llorosa, pareció conformarse con lo ocurrido y ya no mostró más agresión, aunque tampoco colaboración alguna. Fue una rara experiencia, generalísimo. Cuando se produjo tu descarga, muy quedamente y casi sin fuerza para hacerlo, musitó «no, no, no», como resistiéndose al placer suyo que, contra su voluntad, de seguro también le llegaba...

La receta del queso parmesano

El economista inglés Arthur Young, también especializado en agronomía y otras ciencias de la tierra, viajero incansable y quien unos años más tarde sería Secretario de Agricultura en el Gabinete de William Pitt, se aloja como tú, de paso por la ciudad, en *Il Bavone*. Con él mantienes una interesante conversación sobre el queso parmesano. Había ido a Lodi, en el distrito de Parma, para examinar la tierra y las viñas, e informarse del método empleado para hacer el queso. A su juicio, la superioridad de este producto proviene exclusivamente del modo como

lo elaboran. La leche se desnata una vez, se hierve y se deja cuajar de la manera corriente. Obtenida la cuajada, al cabo de unas tres horas según el tiempo, se rompe en pedazos con dos aparatos diferentes: una tabla plana de madera y un aparejo de alambre del mismo tamaño que la anterior. Al golpearla con estos instrumentos, la cuajada se rompe en pedacitos muy pequeños. Hecho esto hay que calentarla de nuevo y se le coloca enseguida dentro de la grasa. La única presión debe ser la de una piedra de tamaño mediano sobre la tabla y sólo por doce horas. El parmesano es un queso duro, seco y granuloso. Fácil de conservar y transportar. Su sabor y aroma mejoran con el tiempo. Rallado, es excelente para acompañar los platillos de arroz o pastas que tanto se comen en la región. A la boca se te viene el recuerdo de todos los grandes quesos italianos, que no sólo el de Parma: el *Grana Padano*, y el *Grana Lodigiano*, y el *Grana Lombardo* de parecidas características al anterior; el *Gorgonzola*, con moho verde azulado, de consistencia blanda, acompañado con un vaso de vino de Barolo o Valpolicella; el *Pannarone* (llamado también *Gorgonzola blanco*); el *Asiago*, que comiste en Vicenza, duro y picante; el *Pressato*, que es descendiente del anterior; el *Fontina*, medio dulzón; el *Ricotta tipo dolce*, y el *tipo moliterno*, y el *tipo forte*; y los *quesos amasados*. ¡Cómo olvidar los *quesos amasados*: el *Provolone*, y el *Casigiolo*, y el *Caciocavallo*! ¡Cómo olvidar el *Mozzarella*, ingrediente principal de la *pizza*! ¡Y el *Robiola*! ¡Y los quesos de leche de oveja, llamados *Pecorinos*!... ¡Ah, los quesos de leche de oveja!...

A falta de un buen muestrario de tales quesos, ¿cómo lograrlo en la desventura de cárcel semejante, donde a duras penas te sirven por única comida caldos de salmuera y trozos de pescado rancio?, te conformas con recordar los sabores y los olores y las texturas de los sabrosos quesos italianos: frutales, florales, resinosos, fétidos, quemados, dulces, ácidos, salados, amargos, con sabor a nueces, especiados, emulsificados, frescos, blandos, semiduros, duros del todo, sin corteza o con la corteza seca, blandos mohosos, con manchas rojo naranjas, naranjas del todo, acorineados, con venillas azules, con agujeros grandes, con agujeros medianos, con agujeros pequeños, sin agujeros, en una urdimbre de degustación mental, tentativa de evasión, renuncia humillada a la libertad, rémora de los días felices...

Pensando en los quesos de Italia y en sus vinos exquisitísimos, te quedas como un cuarto de hora más.

«A la hora de las cabras, se le retuerce a uno la pena por la chivada que no tiene escape al campo para su mascada, y ha de soportar resecos los lisos troncos del bebedero...», dices con tristeza e inequívoco acento gaucho recordando la parrafada de tu amigo, el ítalo-argentino Antonio Di Benedetto, de grata recordación. Ese recuerdo de los quesos italianos es, como decía tu amigo, *«la pena por la chivada»*, valga el argentinismo... A las diez de la mañana, sales de Parma, y pasando por San Hilario, Reggio y Rubiera, que son cuatro postas, llegas a Módena. Entre Rubiera y Módena se pasa por un mal puente de dos barcas, el río Secchia, no muy caudaloso. El camino es buenísimo y el país muy bien cultivado todo. La mezcla de moreras entrelazadas con las vides, con un fondo cubierto de granos y pastos, se extiende hasta donde alcanza a cubrir la vista. El pueblo, sin embargo, manifiesta pobreza y se ve mucha gente ociosa. Nótase que todos hacen uso de la sombrilla para protegerse de la lluvia. Se dice, festivamente, que «Módena es la bacinilla del cielo»... Y es verdad que en esa ciudad llovizna o parece que va a lloviznar las veinticuatro horas del día, en invierno como en verano... Allí, sin que puedas precisar su causa, la atmósfera está cargada de vapor de agua más que en cualquier otra zona del país.

Por la noche estuviste en el teatro que es bastante extenso. La pieza fue una burlesco-seria, llamémosla así, de *Il convitato di pietra*. ¡Válganos Dios! ¡Qué inmundicia! ¡Qué falta de respeto al pudor y a la decencia! ¡Qué atropello a la razón! Y el público aplaudiendo, aplaudiendo sin cesar, el Príncipe y la nobleza incluidos. Uno de los pasajes sirva de muestra. Don Juan, sentado en su puesto de la mesa, manda a su criado Arlequín a aderezar la ensalada. Y el arlequinillo, como una gracia, trajo el candil de la cocina y lo vació todo como aceite, y luego una bacinilla, en la que algún niño acababa de cagar y de mear, y lo puso también como vinagre. Eso, sin contar las veces que el Don Juan o la Doña Elvira, el Arlequín o cualquier otro de los personajes se pedorreaban en la escena, sacándose los pedos con las uñas de espaldas al público; miccionaban con sus partes al aire, excretaban o se embadurnaban con sus propias excrecencias para congratularse entre ellos... ¡Horror! ¡Nunca habías visto aberración semejante!...

A las once acabó el *espectá-culo* y, cansado de tanta mierda, te fuiste a dormir con sumo deseo.

A las ocho de la mañana, ahíto con toda la mierda de la noche anterior y, no obstante, de punto en blanco, sales cicerón en mano a recorrer la

ciudad. No sabes por qué te da por andar (de entrada) los barrios bajos, preguntando y mirando, tomándote un par de *grappa* en este bar, entrando en confianza con los vecinos, y regodeando la vista sobre el muchachaje bello que por doquier transitaba. Hembras fenomenales. *Amate, belle, gioveni e leggiadre*. Mozalbetes, dispuestos a entregarse por un par de monedas o una comida caliente. Jóvenes apuestos, con sus bíceps al aire, buscando pelea de cama o cama bien hecha para la pelea, sería mejor decir. A pesar, te abstienes. Alguien te había advertido en la posada que, allí, en esos barrios bajos, un requiebro amoroso podía convertirse, y no pocas veces se había convertido, en una causal de muerte. Allí, según frase popular, *«tiraban las puñaladas con liguitas»*, igual que en el *Callejón de la Puñalada* de tu Caracas natal... Por eso, todas las ganas a cuestas, prefieres optar por la abstención...

De seguidas, te diriges al palacio Ducal, que es obra magnífica y de muy buen gusto. Lástima que la escalera no haya sido terminada. ¡Que resucite el arquitecto Avanzini para que la termine! ¡Que resucite!, casi estás por gritar. La Biblioteca tiene más de 50.000 mil volúmenes impresos y 3.000 manuscritos, todos muy bien dispuestos. El bibliotecario, un señor de apellido Cuntrera, muy alto, de insolente nariz judaica y bezotes caídos, te enseña algunos libros raros: la primera *Biblia Maguntina*, del siglo XV, una primera edición del *Decamerón*, otra de *El Cancionero* de Petrarca, otra de la *Divina Comedia*, en el florentino primigenio que el propio Dante creara. En el cuarto siguiente, el busto de Ludovico Antonio Muratori, erudito sacerdote italiano, arqueólogo eminente, quien llevó a cabo una importante labor de clasificación de antiguos manuscritos y de la estatuaria antigua en esa misma Biblioteca. El nombrado Muratori nació en Vignola, a catorce millas de esta capital.

Después, paso lento, presa (quizás) de las ensoñaciones y deseos no satisfechos que viviste en los barrios bajos, vas a la Galería de las *Medaglies*. Monedas antiguas. Camafeos inimaginables. Exvotos. Medallas de recompensa. Medallas votivas. Medallas de guerra. Condecoraciones. Bronces antiguos y modernos. Recuerdas que todavía te están debiendo la medallita española de tu triunfo en Pensacola, de tu participación en el sitio de Melilla. ¡Menudos cicateros son esos españoles! Recuerdas tus medallas rusas, con las que tu nunca suficientemente bien ponderada amiga la Zarina cuajó el peto de tu uniforme de coronel de sus ejércitos. Recuerdas las otras tantas medallas que en tu vida militar perdiste, sobre todo las francesas. Por lo pronto, te entretienes viendo piezas antiquísimas. Una medalla de oro con *Zeus, el Brillante* en el anverso, y con *Poseidón o Neptuno, dios del mar...*, en el reverso. Otra,

con *Sileno, sobre su asno, profiriendo procacidades y bebiendo*, en el envés, y el *Busto de Silene*, en el revés. Una moneda de Bizancio, en la época de Constantino IV, toda de oro también. Otra de Teodorico, rey de los ostrogodos. Un tetradracma de plata, con un caballo galopando hacia la derecha. Una *Royaume d'Egypte, Ptolémée III Evergete*, un *octodrachme* increíble, *oui, la, lá, d'or au nom de la reine Berenice II. Avers: buste voilé de Berénice II a droite. Revers: corne d'abondance avec bandeau royal*. Medallas con la cara de Pamphylie. Con la de Filipo II, rey de Macedonia. Con las de Nerón y Lucius Verus. Con la de *Théodora, Empire de Byzance*. Medallas. Medallones. Medallitas. Entre los mármoles, dos bustos de niños: uno griego y otro romano. Excelentes, los dos. Los bustos de bronce de Adriano y Sabina, su mujer, buenísimos. El moderno de Francisco I, inmejorable. Algunos instrumentos de música, de imponderable factura. Un violín. Un violón. Una flauta antiquísima. En la Sala de Armería: 22.000 fusiles y algunas pistolillas secretas, ya en un libro, ya en una sombrilla, ya en un bastón, ya en un liguero de medias de mujer. Pistolas para cometer cualquier fechoría...

Algunas iglesias. San Giorgio. San Domenico. La del Voto. El campanario de la Catedral. La Rotonda, que llaman, una especie de templo con tres órdenes de arquitectura bien proporcionada. Por todas las calles principales de la ciudad hay pórticos que son de muy buena disposición, a lo largo de las *Cuatro Estaciones*. No se olvide que en Módena llueve de noche y de día...

Al día siguiente, sigues tu camino... El camino a...

Bolonia

Llegaste a Bolonia. Te estás alojando en *Il albergo di San Giorgio*; no muy «cinco estrellas» que se diga, pero, bien céntrico; al frente de la plaza *Maggiore*, donde está la famosa fontana pública con un Neptuno encima, de Laurenti, y adornos en bronce de Giovanni di Bologna, y cuatro Nereidas en los ángulos, exprimiéndose ellas agua de los pechos, aunque no la echen como debían. Situado, él, a la inmediata de la hermosa iglesia de San Petronio; y casi en diagonal, con el Palacio *Maggiore*, llamado de la Comuna; vasto edificio donde vive el Cardenal Legado y demás jefes primados; los primeros apartamentos oscuros y las escaleras tan cochinas que es menester subir con cuidado para no llenarse uno de mierda y orines, que se depositan por allí, *«urbi et orbi»*.

A ese lugar, *Il albergo di San Giorgio*, llegando, un chulo entretenido te trajo para que te la gozaras a una puta llamada Cleopatra. Con ella, pasaste esa primera noche boloñesa... Por supuesto que no tenía la nariz de la reina egipcia, ni su mirada de doble pupila... Pero, sabía *chapear*. *Chapeaba* en grado de excelencia y, con la mejor voluntad, después del *chapeo*, sentada al pie de la cama, te masajeó los pies.

Estás en Bolonia, pues, la capital del mejor trozo de la Emilia, en el mero corazón de la península, y de los mal llamados *Estados Pontificios*, que se llaman así, justo porque no existe *un Estado*. Bien lo decía el iuspublicista De Brosses, por ti leído hace muchos años. «La forma de gobierno que aquí impera, decía, es de lo peor que se puede imaginar: justo lo contrario que Tomás Moro y Nicolás Maquiavelo habían imaginado en sus utopías.» Figuraos qué puede ser una población compuesta en una tercera parte por clerizontes y clerizánganos, en un tercio por personas que trabajan poco y por otro tercio de personas que no trabajan nada. Un país sin agricultura, sin comercio, sin industrias. Situado en medio de una campiña fértil y a lo largo de un río navegable; pero cuyo soberano, el Papa, siempre es viejo, retrógrado y de escasa duración en el ejercicio de su mandato, por añadidura rodeado de parientes, amigotes y validos, el *entorno papal*, interesado únicamente en gozar de la dicha mientras dura, engordando a la sombra, ordeñando la vaca y exprimiéndole el juguito a la naranja y donde cada cambio significa la llegada de una nueva banda de ladrones hambrientos y mujeres mantenidas para ocupar el lugar de los ya saciados; un país que asegura la impunidad a cualquier delincuente con tal de que sea amigo de un poderoso o poderoso él mismo, y donde la renta nacional consiste en las contribuciones, dádivas y préstamos blandos de los países extranjeros en progresiva disminución.

No precisas, generalísimo, si es tu probado anticlericalismo lo que te lleva a pensar así. Quizás exageres, pero no mientes. Los mal llamados Estados Pontificios tenían o tienen únicamente consistentes las dimensiones territoriales y la posición. Por los días de tu periplo italiano, se extendían desde el Tirreno hasta el Adriático y abarcaban el Lacio, la Umbría, las Marcas, Romaña, y como quedó dicho, el mejor trozo de la Emilia, además del feudo de Aviñón en Francia y el de Benevento y Pontecorvo. Al igual que los demás principados laicos, también el de la Iglesia había crecido por sucesivas usurpaciones sobre los vecinos, cuyos usos y privilegios particulares habían tenido que reconocer en contrapartida. De las trece provincias en que se dividían, cuatro (Bolonia, Ferrara, Rávena y Urbino) se llamaban *Legaciones* y estaban gobernadas

por un cardenal legado; las demás por prelados de títulos diversos. Cada una conservaba sus propias leyes, fueros e instituciones. En los documentos oficiales, incluso pueblos y aldehuelas insignificantes como Castro y Ronciglione aparecían con el pomposo cognomento de *Estados* y se daban ese tono estatal. El caso límite lo representaba Bolonia, que, no contenta con haber conservado todas sus magistraturas y franquicias, reivindicaba el derecho de tener su propio embajador ante el pontífice como si se tratase de una potencia extranjera.

Por días te dedicas a visitar la ciudad de extremo a extremo. Diríase que nada se te quedó por ver. El Palacio Malvezzi, con un exterior que es de lo mejor que por allí se puede admirar; obra de Giacomo Barrozzi, llamado *il Vignola*, el mismo que escribió el célebre *Tratado de los Cinco Ordenes de Arquitectura*. El Palacio Malvasia, de horrible gusto. La celebrada Instituta, con su cajón de sastre, pedantísimo museo con un poco de cada cosa: ancianas lápidas, figuras anatómicas hechas en cera, papiros con escritura griega y egipcia, la Biblioteca de Benedicto XIV (ésa sí, muy buena con más de 122.000 volúmenes) y un retrato de ese papa, la más formidable obra en mosaico que hayas visto jamás. La iglesia de los Mendicanti, soberbia galería de pintura con cuadros excelentes. Los mejores, algunos de Van Dyck y otros del Guido. El Teatro Público, arquitectura de Bibiena. La iglesita de San Giovanni in Monti con el famoso cuadro de Santa Cecilia, obra de Rafael. La iglesia de San Pablo, donde se ve en el Altar Mayor la estatua que representa la decolación del santo hecha por el Algardi (Alessandro Algardi, no en vano considerado como el mejor escultor romano del siglo XVII, sólo comparable con el Bernini, quizás). Otras iglesias. Otros palacios. El Corpus Domini. El Colegio de España. El Palacio Zambeccari. El Palacio Caprara. El Palacio Aldrovandi. El paseo de la *Montagnola*. El convento de La Cartuja...

A dos millas fuera de la ciudad, sobre un monte adonde se va por una serie de pórticos, está la iglesia de la *Madonna de San Lucas*, que contiene el icono de la Virgen atribuido al Evangelista. Una piltrafa, que a no tenerla toda cubierta de joyas, excepto una parte de la cara de la Madonna y del Bambino, sólo movería a risa, y serviría para demostrar que el señor Evangelista como pintor no servía ni tan siquiera para sostenerle la paleta a ninguno que como tal se considerara. Dicen que la trajo consigo un eremita llamado Eutimio que fue en peregrinación a Constantinopla para visitar la Santa Sofía de Justiniano y de allí la sustrajo. Desde entonces la veneran los boloñeses como la mayor de todas sus reliquias, pese a ser una tablucha de dos pies de ancho y un poco menos de altura.

Renglón aparte te debe merecer la universidad. ¡Ah, la universidad de Bolonia, la más antigua de Europa! Su origen se remonta a una Escuela de Derecho fundada por el emperador Teodosio II. En la Edad Media y en el Renacimiento constituyó un centro intelectual de máxima importancia, sobre todo respecto a la enseñanza de la medicina. Por esos días tenía su sede en el Palacio del Archigimnasio. En su teatro anatómico se efectuó la primera disección humana en 1281.

De tales visitas, generalísimo, invariablemente regresabas en el colmo del cansancio. Por fortuna, en *il albergo*, noche por noche te esperaba Cleopatra, la siempre mimosa Cleo, tu Cleopa, tu Cleta, tu reina no importa que no lo fuese del Egipto milenario, tu amada, tu niña, tu *peoresnada*, tu princesa trocada en masajista, dispuesta a masajearte la verga y los pies deshechos; primero que más nada, los pies deshechos...

Hacia la Toscana, a lomo de mulas

Te marchas de Bolonia, generalísimo, en una *vettura*, en la que viajaste con otro, un francés, malditamente acomodados, cada uno por el pago de dos cequíes y cinco páolos hasta Florencia, que son nueve postas. El francés, por la gracia de Dios, resultó un buen compañero. Conversador impenitente, afable, con sentido del humor, e instruido en política, arte y literatura. El tiempo lluvioso y fuerte. Niebla cerrada hasta las seis de la tarde que llegaron a Loaino. Allí consiguieron cama con dificultad, una malísima cena y un par de muchachos de malas costumbres que el francés y tú se follaron a falta de mozas, y los cuales, según la historia del posadero, estaban institucionalizados en toda la región desde los ya lejanos tiempos de Cosme III y su disoluto hijo Juan Gastón. Se les conocía con el remoquete de *ruspantes*, igual que en aquellos días, porque entonces eran pagados con un *ruspo*, cada semana; aunque por ese solo *ruspo* se les *raspase* cualquier número de veces. A la mañana siguiente muy bien servidos por tales bribonciIlos y a lomo de mulas, continuaron la ruta por montes y más montes, los Apeninos. Un país amesetado, con suaves ondulaciones, se les abre a la vista. Bosques de robles centenarios. Campos de cereales y sus colinas de viñedos. Jardines naturales increíbles con toda la variedad florística de la región, silvestres ellos, creciendo al alcance de la mano. En las fronteras de la Toscana o aduana de Pietra-mala los detuvieron más de una hora para registrar del modo más impertinente cuanto llevaban y proveerlos de nuevos pasaportes. Casi de noche llegaron a *l'Osteria*. Acomodamiento

a como Dios proveyera, mala comida y ni tan siquiera los *ruspantes* de la noche anterior...

Florencia

Y llegas a Florencia, generalísimo. Pon en orden tus sentimientos para que puedas hablar de esa ciudad. ¡Qué ciudad! ¡Cuántas vivencias y sentimientos contradictorios! ¡Toma un poco de rapé! ¡Reanima tus fuerzas! ¡Bien lo merece lugar tan prodigioso! ¡Allí vivieron Dante y Petrarca! ¡Miguel Ángel y Maquiavelo! Ya a la venida, a la altura de Montimorello, alcanzaste a ver por vez primera su vista hermosísima, rodeada de montezuelos de olivares y viñas, sin un solo palmo inculto, e infinidad de casas de campo, y paisajes de postales por todas partes, con el Arno serpenteante sobre un fondo de viejas abadías benedictinas y camaldulences y las ciudades y pueblos más remotos: Pistoia, Lucca, Prato, Liorna. ¡Qué vista, señor, qué vista! En las puertas de la ciudad fueron requisados aun con más impertinencia que en la frontera. Al mediodía, tomaste tu alojamiento en el *Aquila Nera*, a razón de quince páolos por hospedaje, fuego y comida. No hay teatro ni diversión alguna. Aun las putas están prohibidas. Prohibidas, sí, de un todo. En un país como la Italia, donde la putería menudea, la ciudad de Florencia es la excepción.

La medida exagerada data de los días de Cósimo III, el más escrupuloso y ruinoso de los grandes duques Médicis. Un príncipe escuálido. Dos preocupaciones lo dominaron hasta el final de sus días. La fortuna de la familia y la salvación de su alma. Cuenta un cronista que: «Del alma, no sabemos lo que fue. De los bienes de la familia, fue el liquidador.»

Aún presumen los viejos florentinos que Cósimo fue víctima de ciertas situaciones domésticas. La atmósfera que respiró de infante en el seno de la familia no era la más adecuada. El padre, Fernando II, era un soberano ponderado, culto, amable y humanitario. Pero como marido, padre y educador al parecer era un fiasco. Su esposa Vittoria della Rovere, austera y autoritaria, tuvo el trauma, a raíz del nacimiento de su hijo Cósimo, de sorprenderlo dejándose follar por un paje. María Vittoria nunca se conformó con la idea a la vez que el marido jamás renunció a sus pajes. Sobre el niño seguramente privaron los humores de la madre humillada, a quien por lo demás se parecía en alto grado, tanto física como espiritualmente. Así, fue creciendo con un carácter cerrado, rece-

loso y formalista. No tuvo juventud. Sólo frecuentaba iglesias y curas. Casto, al parecer, permaneció hasta el momento de su matrimonio con la princesa de Orleáns, Margarita Luisa, nieta de Luis XIV. Con ella, pese a su unívoca belleza, no tuvo relaciones pródigas. Por el contrario, éstas siempre fueron escasas y presurosas. En lugar del amor, entrambos, nació el odio. Dice un cronista que: «Del odio, más que el amor, nacieron tres hijos —dos varones y una hembra—, que probablemente llevaban en la sangre la tara degenerativa de su origen.» Después de años de enfados intercalados con momentáneas y forzadas reconciliaciones, los dos cónyuges se separaron definitivamente, y ella regresó a París, sin preocuparse nunca más del marido ni de los hijos. Esta separación acentuó más la hipocondría y el celo beato de Cósimo. Misógino y sin los intereses artísticos y culturales de sus antecesores, se centró en sus afanes de soberano. Y, primero que contra ningún otro sector de la población, los enfiló sobre las pobres putas, contra las cuales instituyó una *Oficina de decoro público*, encargada de perseguirlas. Se les azotaba en la misma calle y se les obligaba a llevar un cartelito con la identificación: «*Meretriz*»; como si fuese poco, se les encerraba en la cárcel de la *Stinche*, de las más pavorosas que alguna vez hubo en Europa, donde se les recluía hasta que optaban por el beneficio de profesar en un convento si es que la muerte no se apiadaba de ellas primero.

No sabes por qué maldición toda la ciudad y la Toscana entera están inundadas de curas y frailes. En tu momento, viste más de diez mil. Demasiado, en una ciudad de escasos 60.000 habitantes. Allí todo estaba en manos de esos gandules. Las escuelas eran su monopolio. Las usaban para fabricar nuevos clérigos, y mantenían a la población bajo el terror de un espionaje descarado que se alimentaba desde los confesionarios. Los tribunales de la Inquisición tenían prioridad sobre la policía del Estado y manos libres sobre los desviacionistas. Esto hacía que un asesino dispuesto a recitar un salmo tuviese más crédito que un honrado librepensador. Toda la vida cívica, por tanto, estaba reducida a una monstruosa parodia de lo monástico. Acciones, pensamientos, opiniones, afectos, costumbres, todo estaba regulado por los métodos y edictos inquisitoriales...

Dable sería pensar, generalísimo, que te aburriste de lo lindo en semejante medio. Cero teatro. Cero divertimiento. Cero putas. Cero burdeles. Cero chapeo...

Pero, no. Nada más lejos de la verdad. Como era de suponer, te dio por visitar museos, galerías y sitios históricos, y disfrutaste los grandes

tesoros artísticos que los otrora magnificentes Médicis, Cosme el Viejo, Lorenzo el Magnífico, Francisco I, Fernando I y II, el Cardenal Leopoldo y la espléndida Ana María Ludovica, atesoraron para la ciudad...

La galería de los Uffizi

Once días que pasas en la ciudad te son insuficientes para visitar la Galería de los Uffizi. ¡Qué grande galería! ¡Qué magnífica colección! Desde que se abren sus puertas te introduces en ella y ya no sales hasta la hora de cierre. Amiguísimo te haces de su director, el muy erudito y gentil señor Gaetano Bastianelli. Científicamente, la examinan vez por vez los dos en compañía. Con ojo y juicio de experto, revisas la ejecución arquitectónica del edificio, la profusión decorativa, los frescos, los tapices, las estatuas, los bustos, los bajorrelieves, los sarcófagos, las piedras preciadas, las armas etruscas y, por encima de todo, las pinturas, las de los primitivos florentinos y sieneses, las obras maestras del siglo XV, las de la escuela véneta, las del gótico flameante, las francesas y alemanas, y las más modernas de autores que van del siglo XVI al XVIII. *La Virgen con el Niño* del beato Fra Angélico te sobrecoge por la serenidad de su fe humanizada y por el coherente sentido de dulzura que se desprende de toda la obra. *La Coronación de la Virgen* de Filippo Lippi. *La Anunciación* de Alesso Baldovinetti. *Las Virtudes* de los hermanos Piero y Antonio del Pollaiolo. La Sala de Botticelli, nada para perder. El *Tríptico Portinari*. *La Adoración de los Magos* de Leonardo de Vinci, no importa que se trate sólo de un boceto. ¡Qué líneas! ¡Qué perspectiva! ¡Qué forma inimaginable de amalgamar para crear masas y dar hondura al horizonte! *La Sagrada Familia* de Lucas Signorelli. Alberto Durero y los otros maestros alemanes. Miguel Ángel. Rafael Sanzio y Andrea del Sarto. Inmejorable el retrato que el primero hizo del papa León X con los cardenales Luigi dei Rossi y Giulio dei Médici, después papa Clemente VII. Tiziano. El Parmigianino. El Veronés. Tintoretto y Baroccio. Pedro Pablo Rubens y Antonio Van Dyck. Caravaggio y Rembrandt...

Para nada extrañabas a las putas, generalísimo. En estricta verdad, las putas te importaban un rábano, menos que un pepino. Sin incurrir en exageraciones, diríase que todos esos días viviste en un permanente obsesivo delicuescente estado de delirio espiritual. Al extremo de que por las noches, cuando regresabas a tu albergue del *Aquila Nera*, tenías inenarrables sueños húmedos con las formas y figuras que horas antes habías contemplado extático. Poseías o te poseía entonces la *Venus de los*

Médicis; dueño total te hacías de sus formas blandas y luminosas, de su vientre inconmensurable, de sus vedados senos. Incansable, te veías toda la santa noche, andante, deambulando por los pasillos y salones de la inmensa galería, subiendo y bajando las escaleras, refocilándote en los rincones y patios con *El Hermafrodita dormido*, palpando con las yemas de tus dedos rotundos cada mínimo espacio de su marmórea superficie alisada; más allá con los fornidos *Luchadores*; con *El Escita desollador*, tú Marsias a punto de ser atormentado por la bien amolada hoja de piedra del verdugo. Y, unos pasos más allá, un apasionado y sensualísimo encuentro con *El fauno del scabellum*; o, más allá aún, con los doce lacerados *Hijos de Níobe*, con los doce al unísono, si no con *El Apollino*; ¡hermosísimo ese *Apollino*!...

Eran noches frenéticas, generalísimo. Diríase que apenas podías descansar. ¿Quién habla de descanso? Una sola faena amorosa desde que caías en la cama y medio pellizcabas el sueño. Una sola faena, sí. Una faena indistinta con el *Adán* y la *Eva* de Lucas Cranach, charlando con ellos en plan de amigos, amándolos, gozando sus prístinas desnudeces, delirante, frenetizado, casi sin aliento; dejándote amar por ellos, dócil y alegre, aprisionado el cuerpo por *la insoportable levedad del ser* de ambos. Otra con *La Primavera* de Sandro Botticelli, en una enrarecida atmósfera de absoluto neoplatonismo; con *La Primavera* misma y con todas las otras fulgentes figuras femeninas que integran la pagana alegoría, sin excluir al personudo mancebo que, semidesnudo, a medio cubrir por una breve y cuasi gaseosa túnica roja muestra indiferente su aristocrática belleza envuelta en un halo de soberbia melancolía, al tiempo que, con aire intelectual, toma una fruta en su diestra; con ese personudo jayán, también...

En esas solitarias masturbaciones, generalísimo, no te dabas tregua. Tirado entre las sábanas humedecidas, seguías impertérrito imaginando y desimaginando fornicaciones interminables, con *Afrodita naciendo de las aguas* del mismo Botticelli, con su *Virgen del Magnificat*, con la *Santa Justina martirizada* de Pablo el Veronés, y con *La Venus de Urbino* del prolífico Tiziano, rozagante, enrojecida, penumbrosa e iluminada de reflejos. Descansabas apenas para tomar respiro y, al poco, reanudabas tu maníaco quehacer. Ahora con el *David* de Miguel Ángel que viste en el Patio de La Academia. Ahora con *La Noche y la Aurora*, del mismo genial escultor; a ratos, crees que vas a morir asfixiado entre las piernas de ambas mujeronas. Ahora con el alado *Mercurio* de Giambologna. Con el *Perseo* de Benvenuto Cellini, después...

Para nada hacían falta las putas, generalísimo, para nada. Y menos, los zarrapastrosos *ruspantes* que con tu acompañante francés conociste en Loaino.

Sólo después de tales faenas alcanzabas el sueño pleno. Hora de descansar, te decías, y te volvías hacia la pared, te ponías de lado, te tapabas con la manta hasta la barbilla, te arrebujabas, delicioso arrebujarse en una cama florentina. Descansabas, descansabas sí, orondo y feliz, hasta la mañana siguiente...

AL DESPUNTAR LA AURORA

Invariablemente, emergías del sueño. Te aseabas, te acicalabas, y de punto en blanco bajabas a tomar el desayuno fortificante, reparador de las energías gastadas en la bacanal anterior. Tostadas, mantequilla, confituras, café. Es de locura el gusto de los florentinos por el café. De seguidas, de nuevo, enrumbabas tus pasos hacia la Galería de los Uffizi. Salías del albergue, situado en la vía de Lamberti, alcanzabas la vía de Calzaiuoli, torcías a la derecha, y, a un par de trancos, te topabas con la *Piazza della Signoria*; un poco te detenías frente a la Lonja, más allá le dabas los buenos días a la réplica del David, le guiñabas un ojo y creías que te respondía el saludo con un bonito mohín, si hasta te parecía verle sonreír. Con fruición, solías acariciar unos minutos el pedestal de la estatua... Y ya, volteando hacia el Arno, encontrabas el venerado templo, donde con el señor Bastianelli o sin él te aplicabas a tu diario ritual. Una por una visitabas a tus consabidas adoraciones, *La Venus de los Médicis, La Primavera* y la *Afrodita* de Botticelli, *El Hermafrodita durmiente*, todo antes de empezar a descubrir nuevos y nuevos tesoros, fascinado, mudo, insaciable, como ventolina sin sosiego, hasta el propio momento del cierre. Entonces, tras una rápida *colazione* te ibas, calle arriba, calle abajo, cicerón en mano, a visitar otros monumentos, iglesias, palacios y sitios de interés. Con vehemencia fanatizada emprendías el *tour* de cada mediodía, hasta el anochecer, sin concederle importancia alguna al cansancio, al descanso que lo repara. Recuerdas que, desde tus años adolescentes de Caracas, tu gran ambición había sido conocer mundo, ilustrarte en el gran libro del universo, aprehenderlo todo con curiosidad desmedida. Desde el principio, cuando brincaste el charco por primera vez y llegaste a Madrid casi imberbe, fuiste un viajero dedicado, disciplinado, explorador y observante. Ese afán de verlo y alcanzar a saberlo todo, para ti, es una obsesión. Así, un día cualquiera, cuando sales de *Los Uffizi*, con vivo y

exquisito interés, te vas a la *Plaza del Duomo*, el centro religioso de la ciudad. Escalera por escalera, peldaño por peldaño, subes a la torre del *Campanario del Giotto*, y, absorto, te quedas buen tiempo admirando la corpulencia y perfección de la *Cúpula de Brunelleschi*, o la panorámica tierra de siena y amarillo tenue imponderable del rededor, y ese derroche de luz arropadora que parece brotar de los techos y las paredes. Con ayuda de tu largavista, vas descubriendo los pormenores de monasterios y abadías, iglesias y fastuosos campanarios; las imágenes sacras que se ven en las esquinas de las callejas como reminiscencias de viejos usos y creencias; las grandes obras arquitectónicas del románico con el sello inconfundible de Arnolfo Di Cambio; las góticas del propio Giotto, de Andrea Pisano y Francesco Talenti; las del Renacimiento, que no por casualidad allí en Florencia nació para extenderse luego por toda Europa, y cuyo topes máximos fueron el inefable Miguel Ángel y el no menos inefable Brunelleschi, sin dejar de admirar y distinguir con precisión de buen entendido las copiosas creaciones de Alberti y Rossellino, las de Michelozzo y las de Pollaiolo, las de Giuliano y Benedetto da Maiano; esas estructuras desbordadas del barroco y el manierismo recientes de Cigoli, Silvani y dal Rosso, no por recientes menos impresionantes; las paredes espesas, algunas de ellas, almohadilladas, los arcos de medio punto, el espacio concluso, los patios encuadrados apenas vislumbrables entre luces y penumbras, los portales y fachadas recubiertas de mármoles vénetos y mosaicos policromos; la imponderable *Santa María de Fiore*, al lado, espléndida, casi al alcance de un estirón de brazo; el *Palacio Strozzi*, el *Palacio Médicis-Ricardi*, el *Palacio Pitti*, la *Piazza de San Firenze*, tu tantas veces frecuentada *Piazza della Signoria*, la *Piazza de Santa María Novella*; la *Iglesia de San Lorenzo* con su *Sacristía Vieja*, no se sabe si de Brunelleschi o de Donatello o si de los dos a la vez, y su *Sacristía Nueva*, esa sí indubitablemente de Miguel Ángel; el *Palacio del Bargello*, la *Torre de la Castagna*, la iglesita de *Badía*, la *Basílica de la Santa Croce*. Y el Arno, a la altura de la ciudad, hermosísimo como ella, como ella antiquísimo y siempre joven, repitiéndose a cada vuelta como una parábola incesante; alongándose, con lentitud de reptil, para acariciarla a la socapa con sus murmurios, cuando no para anegarla con afán de amante posesivo y destructor. También te detienes, generalísimo, a ver y rever el Arno, el *Fiume* como le llaman los florentinos; sus aguas verdegrises o azulencas, a ratos; a ratos, cristalinas y reflejantes del paisaje citadino; sus meandros; el cinturón de ancianas murallas que lo circundan, y el *Castillo de Altafronte*, impertérrito, penetrando en el propio cauce como una muralla de avanzada; los playones de piedras; los

islotes aluvionales; la cabalgata estática de los botes multicolores; el sobrevuelo de las gaviotas y las pardelas y los alcaravanes, adensándose ellos como nubes aguaceras; los *lungarni*, repletos de paseantes; y los puentes, imposible extrañarlos de la rememoración, invitando siempre al peregrinaje río a través; invitando al tornaviaje; nadie que se estime a sí mismo y que haya estado en Florencia puede dejar de regresar a ella; el puente *Alle Grazia*, el *Santa Trínita*, el de *San Nicolo*, y, sobresaliente, el venerable *Ponte Vecchio*, eje de camino entre las dos Etrurias, la del Norte y la del Sur; todo de piedra modelada a mano, con sus puertas laterales y las tiendas de los orfebres y los joyeros y sus salidizos colgantes sobre el río, y el tantas veces por ti repasado corredor de Vasari, que une a *Los Uffizi* con el *Palacio Pitti*. En el Cuaderno de Viajes tomas anotaciones, tratando de precisar con palabras esa visión multidimensional, casi prismática o prismática del todo, que entonces tuviste de la ciudad, enclavado en lo más alto del *Campanario del Giotto* como si formases parte de él, olvidado de tu cuerpo y del miedo al vacío y de un cierto mareo que, pasado un rato, comenzaste a sentir al modo de un síndrome sibilino. No te preocupes por insignificancias. Lo importante es esta vista irreemplazable. Esa vista indeleble, lo único que cuenta...

Media hora más tarde, bajas de la torre. Te reconcomen las ganas de ver a *Santa María de Fiore* por dentro. Muchas iglesias visitaste en Italia; las más, oscuras, humificadas y repelentes, con su mefítico olor a incienso quemado y a sebo derretido; monótonas en su repetida arquitectura románica o gótica flameante, sus vastas extensiones, y su superfluidad de adornos y gastos injuiciosos del fanatismo de los creyentes y la proclividad de los clérigos de Roma al lujo exagerado y al malbaratamiento, que tanto criticara el grande Lutero y que, ciertamente, ¡juzgas con severidad!, ¡carece de sentido cristiano! Recuerda, si no, las 175 que visitaste en Venecia y, en especial, la hórrida *San Marco*. Pero, he aquí, que *Santa María de Fiore* es distinta. La singulariza, amén de su cúpula brunelleschiana de gigantescas dimensiones: la fachada revestida de mármoles verdes y rosas, que trasmite una fresca alegría e intensas ganas de vivir; el espacio armónico y sereno, ritmado por pilares en haz, dividido en tres naves; el cruce del transepto y la seguridad de los robustos muros, generadores de una precisa ordenación geométrica; el color blanco del revoque y el sentido del espacio desnudo, sin altares, y, sus murales y frescos de Andrea del Castagno, Paolo de Uccello, Vasari y Ghiberti, del cual último son también los dibujos de las vidrieras del interior de la fachada. ¡Una iglesia con suerte, *Santa María de Fiore*!

Después, una rápida ojeada al *Museo de la Ópera del Duomo*; ése sí recargado de estatuas de papas y cardenales, santos y vírgenes, paneles diversos, custodias, cálices y otros objetos del culto. Caben destacar en semejante barahúnda: *La Piedad* que Miguel Ángel esculpió para su tumba y donde se incluye la figura de Nicodemo que sostiene el cuerpo de Cristo, envuelto el rostro por las sombras del hondo capuz, y los coros empotrados de Donatello y de Luca della Robbia, de disímil ejecución pero idéntico efecto encantatorio...

Terminas la gira de esa tarde con una visita rápida al *Baptisterio* o basílica de *San Giovanni Batista* para admirar sus puertas de bronce, maravillosas de verdad. El nombre del artífice está escrito sobre la principal: Lorenzo Ghiberti, y se dice que, preguntado Miguel Ángel sobre el mérito de dicha obra, respondió que merecían ser aquellas del Paraíso... Bellísima expresión por cierto... En su interior tenía lugar el momento culminante de todas las grandes ceremonias urbanas... La bóveda de la cúpula está recubierta de hermosos mosaicos dorados que representan *El Juicio Universal* cuyo centro es la cabeza grandiosa de Cristo. Se trata de un mural magnífico pero horrible...

Simonetta Vespucci

Otro día, generalísimo, el cuarto o el quinto de estar en Florencia, vuelves a la *Galería de los Uffizi* para cumplir tu visita ordinaria. Como de costumbre, vas a la Sala Botticelli. Frente a *Afrodita naciendo de las aguas* no resistes la tentación de prosternarte, tal tu admiración por la mirífica mujer que hace de figura central en el cuadro. La noche anterior habías soñado que, haciendo el amor con ella (la diosa por antonomasia), morías ahorcado por la maraña medúsea de sus largos y rubios cabellos. Ahora, le rendías pleitesía, no sabes si para que te perdonara la vida o para que (en verdad) te dispensase esa dichosa muerte. Aguardabas paciente, entregado a tus divagaciones, bajando la vista para evitar aquella mirada que te hacía daño. En tal postura adorante y ensimismada te encontró el afable señor Bastianelli. ¿Admira mucho ese cuadro, verdad?, te preguntó. En respuesta, ensayaste un sobrio ademán de aquiescencia. ¿El cuadro o la modelo?, insistió al modo de repregunta. Temeroso de ser descubierto en evidencias, recuerdas haberle contestado con implacable seguridad que, en general, admirabas muchísimo la pintura de Botticelli y, de seguidas, empezaste una larguísima peroración sobre su esplendente juego lineal, su trazo neto al par que sutil, la suavidad por

él lograda en la tensión de los cuerpos, los límpidos planos de color, la vibración de la luz, y esa indefinible plenitud vital de las figuras, que si la patética inclinación de las cabezas gravadas por el peso insostenible de las masas de cabellos, que si la pensativa expresión de los rostros, que si las bocas que no sonríen, que si los ojos, que si las miradas, y cualquier otra cantidad de consideraciones estilísticas improvisadas con entusiasmo. Don Gaetano asintió comprensivo: Todo lo dicho por usted es verdad, amigo Miranda, no obstante, intuyo que en su admiración desbordada hay una base más profunda y quizás sea la fascinación que en usted ejerce la imagen de Simonetta... Igual nos ocurre a muchos hombres, continuó convencido. Esa fascinación es casi una enfermedad. Yo también la padezco. La padezco desde niño, confirmó. Me casé con una mujer llamada Simonetta, que si bien no se le parece del todo, en algo se le aproximaba cuando estaba moza. Mis tres hijas se llaman Simonetta en su honor, primero que en el de la propia madre. La agudeza del amigo en su apreciación te dio pie para sincerarte con él. Es cierto, le admitiste. Desde la primera vez que vi los cuadros de Botticelli, me enamoré de esa mujer; una y la misma mujer en *La Alegoría de la Primavera* y en *Afrodita...*, en *Palas y el Centauro* y en *Marte y Venus,* en *La Virgen del Magnificat* y en *La Virgen de la granada*; no sabía que hubiese sido real ni que se llamara Simonetta, reconociste. Sí, te ripostó. Simonetta. Simonetta Vespucci. Simonetta Vespucci Cattaneo, una bellísima dama de la sociedad florentina del siglo XV que, además, tuvo una vida interior plena de sensibilidad e inteligencia. Al parecer, murió muy joven. Fue modelo del maestro Sandro, y se dice que, también, su amante. Por su parte, Giuliano de Médicis, que bien podía casarse, por ascendencia y poder financiero, con cualquier princesa de las casas reinantes de Europa, la pretendió en matrimonio... Venga, venga y vea, te invitó de seguidas... Y sonriendo con parsimonia, te condujo, rechoncho, labios regordetes y nariz de cotorra, hasta su gabinete de flamante *Director de la Galería de los Uffizi*. Allí, llegando, haciéndole fondo a su escritorio, ves un retrato de la mismísima Simonetta, enmarcado en cañuelas doradas. La misma Simonetta. La misma Simonetta, modelo y amante del maestro Sandro Botticelli. La misma Simonetta, pretendida en matrimonio por el cuasipríncipe Giuliano de Médicis. La misma Simonetta Vespucci. La misma Simonetta Vespucci Cattaneo. La misma *Primavera*, la misma *Afrodita*, la misma *Palas*, la misma *Virgen del Magnificat*, la misma *Virgen de la granada*; pero, esta vez, no haciendo de *Virgen de la granada*, ni de *Virgen del Magnificat*, ni de *Palas*, ni de *Afrodita*, ni de *Primavera*, ni de *un cará...*, sino de Simonetta simplemente, simplemente

Simonetta, Simonetta la propia, Una y La misma... De perfil completo. Invariable el perfil. La barbilla rotunda. Los labios deliciosamente dibujados. Bien delineada la nariz, perfecta. Extática, fija y extraviada al mismo tiempo, la mirada. Limpia y un tanto pronunciada, la frente. Y el pelo rubio recogido en un rollete de moños y crinejas, entretejido y ornado con perlas y aljófares. Largo el cuello esplendente, y, en su base, un cordón de oro entretejido con un áspid vivo que quiere morderse la cola. El torso, desnudo; al aire, dos teticas primorosas, el hombro izquierdo y el ángulo axilar; un chal, ocre, a rayas de colores, entornado sobre la carne blanquísima con leves sombraduras verdíneas y amarillentas. Al fondo, un típico paisaje florentino con cielo de nubes acentuadas. Y al pie, como para que no quedasen dudas, la inscripción latina: *Simonetta Ianvensis Vespuccia...*

Siempre parsimonioso, don Gaetano te manda a tomar asiento, y sin solución de continuidad, visto tu estupor, pasa a hablarte del cuadro.

Se trata de la copia muy bien lograda de un retrato que le hizo su contemporáneo Piero di Cósimo, tomándola del natural. El autor debió ser algún discípulo de Cósimo. Girolamo di Bobili, creo que se llamaba. La adquirí de manos de un anticuario de Roma, hace veinte años aproximadamente. Desde entonces, la cargo conmigo. Es mi ángel tutelar, asegura convencido. El original parece estar en manos de un coleccionista francés, un señor Cendé o Condé, de Chantilly. Según informaciones, descendientes de la familia Vespucci. Infructuosamente, la Galería le ha seguido la pista para tratar de negociar con él la adquisición de la obra. ¿Se imagina? ¿Se imagina usted ese retrato bonicamente colocado en la Sala Botticelli? ¿Al lado de *Afrodita*? ¿Al lado de *La Primavera*? ¿Al lado de la *Palas*? ¿Se lo imagina?...

Después te cuenta que, siempre obsesionado por la imagen de la Simonetta, le ha dado a copiar ese retrato a todos los cursantes de Pintura que se asoman por la Galería para estudiar a Botticelli. Todas, o casi todas las réplicas, réplicas de la réplica (te advierte), se las han regalado en reciprocidad. Algunas son magníficas, asegura. Regresando a su casa, la mejor te la enviará al albergue, como obsequio...

—Por algo, los dos somos miembros del *Club de la Simonetta* —te asegura complacido al tiempo que, despidiéndote, te guiña un ojo y te da un estrechón de manos para confirmar la oferta.

De la reunión con don Gaetano, saliste casi enloquecido, generalísimo. A duras penas, cumpliste el *tour* que para esa tarde tenías programado. Recuerdas que a las volandas visitaste la casa natal del Dante; que, muy de pasada, viste el barrio de Santa Croce, donde vivió Miguel Ángel;

que, alígero, entraste al Palacio del Bargello y, más allá, al llamado Museo Nacional. No recuerdas más. Recuerdas sí, que antes del véspero ya estabas de regreso en el albergue y que, allí, con una amable tarjeta de envío de su remitente, estaba la Simonetta. Ella, una y la misma, de perfil completo e invariable; rotunda, la barbilla; deliciosamente dibujados, los labios; perfecta la nariz, bien delineada; al mismo tiempo, fija y con algo de extravío la mirada extática; la frente, limpia y un tantín prominente; y un rollete de pelo rubio recogido en moños y crinejas, ornado por perlas y aljófares, cayéndole, apenas, sobre el cuello largo y esplendente; rodeado él, en su base, por un collar entretejido, o confundido (valdría mejor decir), con un áspid vivo que morderse quería la cola; desnudo el torso de ella, con dos teticas primorosas, redondas y apenas levantadas, y con dos pezones rotundos, perfectamente diferenciados, el hombro sensual como puesto allí para ser mordido, y el ángulo de la axila a punto de darse como una vulva a medio abrir; y el mismo chal ocre, con rayas de colores, torneándole la piel blanquísima con leves manchas de sombras verdes y amarillas; el mismo paisaje florentino al fondo; las mismas nubes espesas; y al pie, como para que no quedasen dudas, la inscripción latina: *Simonetta Ianvensis Vespuccia*. Recuerdas que, reverente, la saludaste, besándola primero en uno de los desnudos pezones y luego en la frente. Recuerdas que, presuroso, la llevaste a la habitación y que lo demás..., lo demás...

Fue un cuento de locura

Simonetta salida del cuadro, ya no como la pintara Piero di Cósimo y la copiara el alumno Girolamo di Bobili, y todos los copistas del copista que después vinieron, sino tal como la inmortalizó el mismísimo Sandro de Botticelli, desnuda del todo, alborotado el cabello, alta y esbelta empinándose sobre la concha magnífica, para venir hasta ti, y empujarte hacia la cama, oprimiendo su pelvis contra la tuya, dándote a chupar sus senos levantándose apenas sobre la palma de sus manos para comprobar el efecto causado. Soy toda tuya, forastero encantador. Tuya, tuyita, te repetía con voz entrecortada. Y, fingiendo un conato de bostezo ahogado, volví, volví desde el fondo de la historia sólo para amarte, forastero. Me tendrás sólo mientras dure tu estada en Florencia. Al término de ella, volveré al cuadro. Disfrútame; disfrútame, amor, mientras la dicha dure. Y tú, que no, que no, que no se fuera. Que se quedara contigo por una eternidad, que te acompañara hasta siempre. Y

ella, que sí era imposible; que terminada tu estancia se marcharía, se marcharía sí, como *La Cenicienta* al toque de las doce campanadas. Que ella era una arrogante dama de sociedad y sabría cumplir su palabra. Que ella era Simonetta Vespucci Cattaneo, modelo de Botticelli, prima de Américo Vespucci, tenido como descubridor de América primero que el genovés Colón, y pretendida de Giuliano de Médicis; por si fuere poco, pretendida en matrimonio, nada más ni nada menos que por el príncipe Giuliano de Médicis... Sí, sí, respondiendo tú, quédese sólo el tiempo que quiera, pero, por favor, no se vaya, no se me vaya ahora; ustedeándola a causa de sus ínfulas aristocráticas; me conformo, ciertamente, con que se quede hasta el término de mi estancia en esta ciudad; pero, no se vaya. No se me vaya ahora, por favor...

Y ella, Simonetta, adoptando en la cama las posturas más insospechadas; diríase que poco compatibles con su dignidad de *Madonna* suprema; ella, la mismísima *Virgen del Magnificat*; la *Virgen de la granada*; como una putica de la peor ralea, como una perrita callejera, como una fámula hambrienta; levantándose, cual gimnasta experimentada, boca arriba, sobre las dos piernas, para poner su vulva a la altura de tu boca; desnuda y estremecida debajo de ti; a ratos, imperial y ordenadora, ponte así, hazlo así, más duro, más suave; a ratos, dulcemente gemebunda, con los ojos en blanco como santa en trance de arrobamiento, hazlo, hazlo como quieras, pero no dejes de hacerlo, por favor; a ratos, retozona y bullanguera, con fingimientos y comedias, lloriqueante, cantarina, haciéndose la dormida, vuelta un estropicio, no puedo más, no puedo más, amor; haciéndose la perdonavidas, indulgente, tolerante, comprensiva; una sola vez más, anda pues, ya tendré una eternidad para recomponerme de nuevo, pero que sea una sola vez...

Y por mucho que parezca un ensueño, ella ciertamente allí; corriente y moliente; dejándose repasar con la lengua todas las vértebras de su columna, las cervicales, las dorsales, las lumbares, las sacras, las coxígeas; sí, las coxígeas también, hasta el mero coxis, ese último vestigio del rabo o la cola de sus remotos antepasados Vespucci, los suyos de ella y los de su primo Américo, el navegante que dio el nombre a la *Pequeña Venecia*, y, por añadidura, a todo el continente americano; ella, púdica, dejándose desnudar quietecita; ella, pécora desvergonzada en trance de orgasmo, haciendo como quien no quiere la cosa todo lo que tú le pidieras; ella, salida de su tumba o de las pinturas que la inmortalizaron, sólo por follar contigo y dejarte a un tris del *knock-out* o noqueado por completo...

Comoquiera que fuese, ensueño o realidad, cierto fue que Simonetta Vespucci, Virgen pensativa, Venus melancólica, enigmática Primavera, Palas, Séfora, o Lucrecia Tornabuoni, toda donosura, se quedó contigo el resto del tiempo de tu estada en Florencia. Juntos, cogidos de las manos, salían a pasear por los *lungarni*, callejas y jardines, galerías y palacios. Alta ella, delgada y flexible, rubísima y pensativa, con su cuerpo adolescente y su aire intelectual de sublimado humanismo. Orondo y pechiparado tú, atragantado con el orgullo de poder sujetarla y conducirla, sonriendo por esa gloria. Nadie (lo que se dice nadie) parecía percatarse de que era ella, Simonetta la de Botticelli, Simonetta la de los *Uffizi*, una mujer del *Quattrocento*, salida de su tumba, revivida, rediviva, reavivada, sólo para ti, para ti nomás... Juntos, estuvieron en los alrededores de la ciudad: Cafaggio, Montughi, San Salvi, Fiésole. Juntos visitaron las villas veraniegas de los Médicis, la de Careggi, la de Petraia, la de Castello. Inolvidable la fuente del Tríbolo con una estatua de Giambologna que representa a *Florencia enjugándose el cabello*. Juntos, fueron un poco más lejos: Prato, Sesto Fiorentino Vicchio (el pueblo natal del Beato Angélico y del Giotto), Vinci (el pueblo de Leonardo), y Certaldo (el de Boccaccio). Y, más lejos aún: a Pisa, a Lucca, a Livorno. Felices, correteaban por entre las hileras de cipreses, vides y olivos. Hacían equitación los dos. Recogían, aquí y más allá, prímulas y campánulas. Coqueta, ella se esparcía las florecillas por la mata del pelo y por el apretado corpiño y los pliegues de su falda. En los Baños que llaman de Pisa, recuerdas que se bañaron ufanos. Principalmente, en el de la Regina, todo construido de mármol, y con el agua por demás caliente y sulfurada. Chapoteaban desnudos hasta que caía la tarde. Por un cequí al día, se alojaban en las posadas del camino. Hasta muy entrada la noche, tomaban increíble cantidad de vino *Chianti* en las cantinas lugareñas y en las sedes de los *consorzio* de productores. Un vino levemente abocado, con su punto de *frizante* olor a uvas y un delicioso matiz de aguja. Luego, de manera invariable, hacían el amor hasta el amanecer. Pero, enseguidita, la Simonetta, se levantaba de la cama, tomaba aire, respiraba profundo y, tan pronto despuntaba el alba, te obligaba a acompañarla a sus paseos matinales. Subía a lo más alto de las colinas. Se dejaba envolver por el viento, festiva con alegría infantil y desbordado entusiasmo. Al poco, rejuvenecida y compuesta, regresaba a tu lado. En Pisa subió a lo más alto de la torre famosa sin detenerse a descansar en ninguno de los peldaños, ¡qué vitalidad!, ¡qué contextura!...

En Livorno, las tres noches que allí pasaron, se iban a los famosos cafés de la ciudad. El «Greco». El «Giappone». El «Fortezza Vecchia».

El de «La Crocetta»... Se entretenían de lo lindo viendo la variedad de tipos y trajes europeos y orientales que allí se juntan. Conversaban mucho con los extranjeros sobre sus respectivos países. Se admiraban de los precios tan moderados a los que se vendían las cosas en esos lugares (un sorbete, 2 grats, una taza de café guayoyo, 1 grats, una de tinto bien cargado, dos, y con azúcar superfina, 2 y medio, y ello, servidos en vajillas de plata y tazas de China). Oían música cíngara, interpretada por una pequeña orquesta de cuerdas y un primer violinista cojo y tuerto, amén de viejas romanzas italianas y aires típicos de la región, al tiempo que tú le acariciabas los hombros y el cuello. ¡Cómo le gustaba que le acariciaras el cuello! Sentía cosquillas. La carne se le ponía como de gallina. Y comenzaba a reír y a reír desmesuradamente. Una noche, les dio por ir a visitar el barrio de la *Mala Vida*. En todo el Gran Ducado de Toscana, Livorno es la única ciudad donde se toleran las putas públicas; hay dos calles destinadas para que allí puedan vivir; en una están las más bajas y en la otra las tenidas por más decentes, que por esto llaman «*birraias*». Unas y otras para ser distinguidas de las demás mujeres llevan un paño o mantilla blanca por la cabeza, con bordaduras en lana o seda encarnada, en uno y otro caso, que les da un aire muy alegre y propio. Simonetta se empeñó en obtener uno. Celebrante, lo cargó puesto el resto de la noche, por lo que hubo de ser confundida y solicitada, en consecuencia, por no pocos ingleses del comercio. Ello te provocó grandes celos y algunos disgustos. A punto de liarte a puñetazos estuviste con uno de sus pretendientes, un mozalbete anglonormando de pésimos modales; irlandés del Ulster, te confirmó después...

Cuando regresaron a Florencia, después de la excursión a Livorno, no sabes por cuál banalidad discutieron. Ella se sintió muy mal. Es lástima. Sollozos todo el santo mediodía tirada boca arriba sobre la cama. ¡Todo aquel esfuerzo de revivificarse y de salirse del marco de sus cuadros famosos para nada, y el tiempo invertido, y las excursiones hechas, y lo bella que se había puesto aquella tarde para ti!, ¡bella!, ¡bellísima, como en los mejores tiempos de Botticelli y de Piero di Cósimo y del príncipe Giuliano! En verdad, tú estuviste por demás desconsiderado, generalísimo, nada caballero. No sabes cuántas barbaridades le dijiste. Que si ella era irreal, sólo un invento tuyo, un cuento de camino, una falacia, una loquera. Que si ella era puros *vapores de la fantasía, ficciones que a veces dan a lo inaccesible, una proximidad de lejanía*. Lo que fuese que hubieses dicho, cierto fue que se sintió muy mal, y juró, dedos en cruz sobre los labios puestos, cruz y raya o por éstas que son cruces, juró que nunca nunquita más sabría de ti. Y dijo que eras *un barriga verde y un tripas*

azules, que eras un patán, que eras un tipejo, un indio americano de los que todavía vivían encaramados sobre los árboles, nómades y antropófagos ellos; uno de esos inditos que, para desgracia de la historia, había descubierto otrora el necio de su primo...

Indignada, se levantó de repente y se arrancó el maravilloso traje de gasa, lo hizo trizas, lo escupió, lo pisoteó, dio patadas a la cama y puños a las paredes... Ceremoniosa después, entornados los ojos y, toda ella, como de estampa jamás antes corporeizada, volvió a su cuadro-retrato y allí se quedó del mismo modo que alguna vez la pintara Piero di Cósimo y la reprodujeran los copistas posteriores...

La fuga de Simonetta, generalísimo, debes admitir que te produjo una grande y profunda crisis depresiva, tan grande y profunda como la que viviste a raíz de tu fracasada expedición de Ocumare; como la que viviste llegando a Coro, sin amigos con los cuales celebrar, sin enemigos contra los cuales pelear; como la que vives ahora en esta pútrida cárcel de Cádiz, por orden del tirano Monteverde; traicionado por Bolívar, Ribas, Montilla, Las Casas, Soublette y los otros seudopatriotas venezolanos...

Días y noches enteros te pasaste en cama con fuertes jaquecas y dolores reumáticos. A cada nada, llorabas como un niño, jimiqueando sobre la almohada, flagelándote con los pensamientos de ella, esperando que se saliese del cuadro otra vez. Y el cuadro ahí, a tu frente, con su figura terriblemente inamovible. Vuelco en el corazón cuando creías percibir en ella un leve movimiento, el esbozo de una sonrisa o un simple parpadeo. Pero no, por nada Simonetta se salía, inmutable y eterna, como las ideas fijas de Platón, recónditas en el *topos urano*, permanente en su mudez de siglos. Y tú, queriendo arrojarte sobre ella, queriendo sus pechos, queriendo su boca. Por momentos, la mirabas con odio. Por momentos, la volvías a querer...

Después, cuando ya te encontrabas a punto de muerte, en un mundo irreal sin gravidez donde toda fuerza parecía languidecer, sin saber qué hacer en el futuro, la patrona del *Aquila Nera* te buscó al muy noble y sabio doctor Antonio Pisanelli, profesor que había sido de la Universidad de Bolonia. Dijo, al verte, que lo tuyo era un caso de *mal de amores*, vulgo: *melancolía*, que literalmente significa (del griego) *humor negro*. Para hacer el diagnóstico, le bastó verte la fisonomía acongojada, el laconismo de tu comunicación, y el disgusto que manifestabas por la vida, tanto que hasta hablabas de suicidio. Terminó recetándote unas píldoras de su propia composición, y te aliviaste, al fin...

A lo hombre libre, decidido, determinado a romper, terminaste por liberarte del fantasma de la Simonetta. El retrato lo guardaste y, por todos

los medios, evitaste pensar de nuevo en la mortífera modelo. Cuatro días más te quedaste en Florencia, bien guardado él en el fondo de tus baúles. No obstante, recuerdas que sin llegarlo a ver nunca más, siempre anduvo contigo, en tu periplo por Turquía, por Rusia y la Escandinavia. Contigo, estuvo en Venezuela, en Ocumare, en Caracas, en Maracay, en tu Cuartel General de La Victoria. Y, ahora, ahora debe andar perdido en los bártulos que, a raíz de la capitulación, embarcaste en La Guaira. ¡Pobre equipaje! ¿Qué habrá sido de él?...

Decidido a salir de Florencia y a librarte del embrujo de la Simonetta, al sereno del alba y entre festejos de pajarillos despiertos, te dijiste, la mirada en alto, henchido el pecho y abrochándote la chaqueta:

Todos los caminos conducen a Roma

Y a Roma conducen, de verdad. Nomás entrando a ella, por la *Porta d'il Popolo* o la llamada «*Flaminia*» de la antigüedad, la misma por donde entraban los ejércitos que regresaban vencedores de sus conquistas, y los más remotos súbditos del Imperio venidos de los lugares más insospechados de la Magna Grecia, del Egipto, de la Siria, de la Judea, de la Germania, de las Galias y la Iberia; todavía con una sonrisa de desdicha en el rostro, resto de la *melancolía* que te diagnosticó el doctor Pisanelli; pudiste percibir el intenso movimiento turístico que en la Urbe se produce. Y no sólo por las ruinas monumentales que allí pueden admirarse, sino también por el aire nobiliario y, no obstante, inmensamente populachero que allí se respira. «De esta ciudad —escribió un contemporáneo tuyo, el cronista Fantuzzi— emana la indolente fascinación de un policromo y melancólico ocaso.» Indolente, fascinante, policroma, melancólica y decadente en su ocaso interminable fue la Roma que entonces te recibió. A diario, por esa misma *Porta* munificente que a ti te dio entrada, llegaban artistas sin un ochavo, músicos, poetas, pintores, aventureros de toda laya, mercachifles, reyes, príncipes, y los grandes burgueses del Norte. Una estada en Roma era obligatoria para la formación de una persona culta y cívica. Bien que francamente en decadencia y cerrada a todas las influencias culturales, Roma todavía generaba una irresistible atracción para los espíritus cultivados. Goethe, Schiller, Winckelmann, Mengs, y tú mismo, generalísimo, quizás el primer amerindio entre esos *ilustrados* ilustres del siglo XVIII, se contaron entre los visitantes de la ciudad por esos días...

Estás en Roma, generalísimo. Estás en Roma. Desde la *Porta d'il Popolo*, y por toda la *Strada del Corso*, un guardia te conduce hasta la *Dogana de Tierra*, construida sobre el antiguo templo de Antonino Pio, conservado aún con sus once grandes columnas de mármol canaladas que adornan la fachada, sus arquitrabes, su friso, todo de un buenísimo gusto. Llegando, ves las de Caín para que te dejen pasar tus baúles. En ellos traías unos cuantos libros que no eran más que la descripción de varias ciudades de Italia y que habías comprado al paso; pero, he aquí que la Iglesia de Roma le teme a todo impreso por inocuo que luzca y que no sea el de las encíclicas papales. No hubo remedio. Era menester el permiso del comisario de la Inquisición para dejarlos pasar. En fin, un billete escrito por el aduanero al dicho comisario, que por fortuna estaba en su casa, salvó la dificultad aunque teniendo que pagarle al aduanero una propina de tres páolos para su chocolate... ¡En Roma hay que pagar hasta el saludo!... ¡Es la costumbre curialesca impuesta por los clerizánganos!

No sin dificultad, y después de pasar una noche pésima en un posadín cuyo recuerdo todavía te duele en los huesos, te fuiste a buscar otra posada más pasable. La conseguiste, al fin, muy buena y por ocho páolos al día, en la casa de la *signora* Anna Manzoli, en la *strada Papale*, muy cerca de la iglesia de *Santa Maria in Vallicella*. Allí, generalísimo, haciéndote pasar por el coronel norteamericano *Francis M. de Mariland*, en ese injustificado juego heteronímico que siempre fue tan de tu agrado, coincidiste con un grupo de huéspedes distinguidísimos y no pocos familiares de la buena señora: una hija vivaracha y muy bien parecida, con dieciséis añitos apenas, y dueña de la risa más natural y franca que nunca habías oído antes, la *signorina* Mariuccia; otra de doce, angelical, la *signorina* Elena, de nariz regular y perfectamente modelada, sus ojos de un azul celeste intenso, la piel satinada y envellecida; y a las cuales dos hermanitas, aprendiste a amar, con una ternura mental exacerbada; un hijo de 26 años, canónigo regular de *San Pietro in Vincoli*; otro, de 25 años, Frater Michelle, de bellísima índole, alto, fornido, barbilimpio, con un énfasis conmovedor en la manera de hablar y una fuerza indecible en la mirada, también canónigo en *San Felipe de Neri*; otros dos, aun, que siguen el comercio y, los cuales, igual que los sacerdotes, para nada ayudaban a la pobre madre viuda, sino que, por el contrario, le quitaban dinero para el *rapé* y las otras normales consumiciones. Entre los huéspedes: don Juan Andrés Temes, español de Zamora, muy estudioso; don Luigi Paderi, canónigo de Oristano, en Cerdeña; el Caballero de la Planargia, tu compañero de viaje desde Florencia, etnólogo consumado

y hablante de varias lenguas; el señor canónigo don Rafaello Ruelle, crítico de arte, y don Tomás Belón, ex jesuita español, que te suplió muy útil información sobre el descontento de los integrantes de la otrora *Compañía de Jesús* en contra de las autoridades españolas.

Cada mañana, después del desayuno, te ibas por el dédalo de callejuelas romanas, monumento tras monumento, ruina tras ruina, iglesia tras iglesia. De la *Piazza Navona*, el antiguo *Circo Agonalis*, pasas a la *Rotonda* o antiguo *Panteón*, y de aquí a la *Basílica de San Pedro* y a su inenarrable *Capilla Sixtina*. No seguías un itinerario fijo, el de los *cicerones* consabidos. Preferías vagavagar a tu antojo. Tomando una *botticella*, la clásica carroza romana, pidiéndole al conductor que se detuviese donde primero se te antojara, ahí, en la *Porta Pinciana*, al final de la *Via Véneto*, más allá, en la magnífica *Villa Borghese*; caminando, más tarde, como el judío errante, lentamente, sin parar, exaltado, ardiendo de manera tenue por dentro ante tanto maravillamiento; sorprendiéndote ante cada piedra, ante cada resto de friso bien conservado, ante las columnas y los arquitrabes añosos; sorprendido; aunque, curtido y sazonado en eso de visitar ciudades, con cierta capacidad de infantil sorpresa todavía; retrotrayéndote al tiempo de los primeros reyes, los primeros cónsules y los últimos emperadores augustos, a esas civilizaciones pretéritas que ya están integradas al cosmos como el polvo de la atmósfera y que, no obstante, subsisten todavía en el recuerdo de los hombres por los vestigios de aquellos templos paganos y paleocristianos tercamente conservados, aquellos inmensos anfiteatros enclavados en las faldas de las colinas, aquellos arcos, aquellas fuentes, aquellas estatuas, que atravesaron siglos y milenios enteros...

A ratos, dejabas la monumentalidad de la Roma antigua, el *Foro* y el *Coliseo*, el antiquísimo *Puente Sublicius* en la proximidad de la *Isla Tiberina* o el hermosísimo *Claustro Cosmatesco* del Vassaletto en la *Basílica de San Pablo*, para meterte en los tugurios y observar de cerca a la plebe ignorante, la única clase social realmente viva que en Roma existe. Turbulenta, supersticiosa, flojísima para el trabajo, a menudo violenta y sanguinaria, pero jocosa, festiva, dicharachera y con un humor mezclado de un escepticismo y de un sarcasmo paradojales. Cierto es que los pobres de Roma saben aceptar su propia miseria, pero no suelen mostrarse serviles ante quienes se la imponen. El cochero o el verdulero hablan de tú al Príncipe, y aun, siendo devotos del Papa, hacen chistes en su contra y le rechiflan. No creen en Dios, pero sí en los santos y más en los monseñores de los que son clientes y a quienes tratan con tanta familiaridad que hasta pueden jorungarles los fondillos. ¡Así de libres e

igualados! Bien puede afirmarse que, en la Roma de tus días, tan rica en conventos e iglesias como pobre en escuelas, y donde los contrastes sociales son tan estridentes y visibles hasta en el mismo aspecto urbanístico, con sus palacios entre los más fastuosos del mundo y sus rancherías insanas, las relaciones sociales de las clases más altas y las más bajas estaban suavizadas por todo un sistema de bonachonería y *«un permanente intercambio de buenos oficios y de concesiones recíprocas»*, al decir de un cronista de esos años. Recomendaciones, propinitas, tráfico de influencias, compadrazgos, celestinajes, indulgencias, corrían de troche a moche desde las más altas cumbres a los más sórdidos callejones.

En esos barrios ínfimos, descubres la vida. Entre los fuegos incesantemente renovados y las pilas de madera que contrarrestan el frío otoñal. En el fluir del río, color ladrillo como toda la ciudad. En la mirada triste de esos niños que se chupan los dedos a falta de mejor comida y que, no obstante, le sonríen al transeúnte cuando pasa. Un rato más te quedas vagando en uno de esos barrios míseros, entre sus chozas en ruinas, en ruinas como los antiguos palacios de los césares; entre sus calles empedradas, empedradas con piedras leprosas y resbaladizas por causa de la curtiembre, y sus tendidos de ropas desvaídas puestas a secar a la vista de todos, sobre las ventanas y azoteas en los patios y hasta en la propia calle sobre pértigas tendidas, a la espera de un rayo del sol o tan siquiera de un soplo del viento trashumante...

Sigues caminando, generalísimo, por aquel tremedal. Patos y gansos que graznan y chapotean buceadores en los charcos de aguas renegridas, y los perros sarnientos que se disputan los restos de comidas, permanecen indiferentes a tu paso. Sólo los humanos, parlanchines y jocundos entre ellos, parecen mirarte con el rabillo del ojo. Crees que hacen comentarios y chistes a tus expensas. No están acostumbrados a ver turistas en tales lugares miserables. Los turistas, por lo regular, suelen quedarse frente a las grandes ruinas, apersogados en las basílicas e iglesias, prendiendo cirios frente a los altares, oyendo los sermones de los frailes, recibiendo la bendición *Urbi et Orbi* del Santo Papa, chachareando en los cafés de la *Via Véneto* y en las cantinas de *Trastévere*... En un banco ves sentada a una pareja de lugareños. Raída la chaqueta de lana del hombre, colgante el pelo de la mujer en una desvaída, larga y gruesa, trenza gris... Los saludaste amable. A medio susurrar, te contestaron el saludo... Más allá, una puerta de tablas se entreabrió y dejó ver en el interior ropa tendida, leña apilada y algunos muebles maltrechos. Por la entreabertura sale una trigueña hermosa que, con el mayor desparpajo, lanza a la calle un balde de inmundicias. Al paso, casi que te arruina la

fina vestimenta. Avergonzada te pide perdón... Y, a un poco rato de diálogo, te hace confianza de sus amores, y tomó tal aire de soltura que no dejaba de prometerte buen suceso si te quedabas con ella, allí, en su cuchitril, a hacer la noche... Mas, al poco, te percataste de que algunos vecinos empezaban a arremolinarse a no pocos metros de distancia, y que muchos de ellos estaban armados de maderos con clavos (el arma por excelencia de los romanos de hoy). Un herido ensangrentado, con las piernas y los brazos colgantes, restos de una borrachera furiosa, y cubierto él con los restos de una negra capa procesional, parecía servirte de advertencia. Por momentos, extrañamente, se te vino a la memoria la historia de la vieja capa de tu padre. Discreto, con cierto miedo dentro del cuerpo, preferiste regresar sobre tus pasos, no sin antes regalarle unos cuantos páolos a la muchacha y dejarle la dirección de tu posada para que te buscara en los próximos días. Mas, tendría que ser muy recatada al solicitarte, le advertiste con voz queda, pues se trataba de una posada decente, regentada por la madre de unos clérigos... Te sientes anonadado... Son muchos años de historia, y...

Dos mil quinientos años de historia crean una mentalidad

Seguro que la crean. Atropelladamente, al tiempo que regresas a la posada de la *signora* Manzoli, vas recordando esa historia de Roma que aprendiste en tus años de la Universidad de Caracas y en los tantos libros leídos sobre la materia. Precisas que, no por casualidad, Roma fue fundada 753 años antes del nacimiento de Cristo. ¡Dos mil quinientos treinta y seis años!, repites para ti. Un silencio sobrenatural en medio del gárrulo bullicio de la multitud que anda en tu entorno, te sobrecoge. De seguidas, pasas al gobierno de los Reyes. Rómulo, el fundador, amamantado de niño por una loba silvestre, Numa Pompilio, Tulio Hostilio, Anco Marcio, Tarquino Prisco, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio. A la República con sus Cónsules. Al Imperio con sus Emperadores augustos. Rápido, das un vistazo a La Decadencia. A los Estados Pontificios. A la deleznable Corte Papal que es la Roma de hoy. Como sin querer, queriéndolo no obstante, te detienes en los grandes sucesos. Ahora, con más detalles. Los Romanos y los Albanos en lucha por la primacía. Aquella lucha de novela entre los tres Horacios y los tres Curiacios. Alba unida a Roma. La muerte de Lucrezia. La expulsión del rey Tarquino. El primer período de la República desde la expulsión de Tarquino

hasta la dictadura de Sila (*Lomelli Rosario dixit*). El segundo período, desde Sila hasta Augusto. Los Latinos y los Tarquinos declarándole la guerra a la Nueva República. El dictador Postumio, derrotándoles en el lago de Regilio. Las guerras contra Veio y los Etruscos. Veio ocupada por Camillo después de diez años de asedio. Los Galos, con Brenno, infligiéndoles a los romanos la memorable derrota de Allia. La consiguiente devastación de Roma. La lenta reconstrucción. Las guerras saníticas. El censor Apio Claudio construyendo la *Via Appia* y el primer acueducto que trajo el agua a la ciudad. Las Guerras Púnicas (*Secco y Baridón, son mejores que Lomelli*, asegura el Negro Bolívar, *«más vale que usen a Secco y Baridón»*). Cartago, señora de Sicilia, primera potencia naval del Mediterráneo es destruida. La conjuración de Catilina. Las campañas de César en Galia y Bretaña. La derrota de Pompeyo en Farsalia. El asesinato de César (los *idus de marzo*). La batalla de Filippi en Macedonia. La muerte de Bruto y de Casio. El fin de la República. Y el Imperio. ¡Ah, el *Impero*! Octaviano, emperador, autonombrándose *César Augusto*. Roma en paz con todo el mundo. El nacimiento de Jesucristo. La Gran Literatura Latina. Virgilio. Horacio. Tibulo. Propercio. Ovidio. Livio. Tácito. ¡Y cuántos más! Tiberio. Calígula. Claudio. El infame Nerón. El matricidio de Agripina. Agripina, desvistiéndose el vientre, y diciéndoles a sus verdugos: «Hieran aquí para que me castiguen por haber dado a luz a ese tirano.» San Pablo llegando a Roma por primera vez, entrando a la ciudad por la vieja *Porta Capena*; muriendo después, bajo la tiranía de Nerón, descuartizado como San Pedro. Nerón y el incendio de la ciudad. La inculpación de los cristianos por el siniestro. Galba. Otón. Vitelio. Las Catacumbas y la hórrida persecución de los cristianos. Vespasiano. Jerusalén arrasada por Tito. Vespasiano iniciando la construcción del Coliseo. Tito. Domiciano. Nerva. Trajano. Adriano (de origen español, sí, pero no nativo de Santiago el Burrero del Trujillo venezolano; ése, allí nacido, es otro Adriano). El apogeo arquitectónico de la ciudad. Esa increíble *Villa Adriana* que viste fascinado, antier o trasantier, con su *Canopo* y su *Teatro Marítimo*, entre otras bellezas imposibles de describir. Antonino Pío, en cuyo antiguo templo funciona la *Dogana*, donde estuviste a punto de perder tus cicerones de las ciudades italianas. Marco Aurelio. Cómodo. Pertinace. Septimio Severo. Caracalla. Aureliano y sus formidables *Murallas Aurelianas*. El otro incendio que se produjo en el tiempo de Carinio. Diocleciano y Maximiliano. Constantino el Grande y su conversión al Cristianismo. La Sede del Imperio trasladada de Roma a Bizancio. Julián el Apóstata abjurando de la fe cristiana y reabriendo los templos paganos.

Teodosio. Honorio. La capital, trasladada a Rávena. El saqueo de Roma por los Godos. Rómulo Augustolo. Odoacre, rey de los Erulos, poniéndole fin al Imperio de Occidente. Los Godos estableciendo su reino en Italia. Los Bizantinos venciendo a los Godos. La venida de los Longobardos. Esteban II dándole inicio al poder temporal de los papas. León III coronando a Carlomagno como emperador de Occidente. Gregorio VII (Hildebrando) en la Guerra de las Investiduras contra Enrique IV. Roberto el Guiscardo destruyendo la ciudad desde el Foro hasta el Letrán. Bonifacio VIII proclamando el primer Jubileo. Clemente V trasladando la Sede Papal de Roma a Aviñón. El llamado *Cautiverio de la Iglesia*. Cola de Rienzo, el último de los Tribunos, fundando de nuevo la República. Su muerte, en 1354. Gregorio XI reponiendo la Sede Papal en Roma. Julio II iniciando la construcción de la Basílica de San Pedro. El despliegue del Renacimiento. Leonardo. Rafael. Miguel Ángel. Roma, el centro máximo de la cultura del mundo, bajo el papado de León X, hijo de Lorenzo el Magnífico. La Reforma Luterana. La Invasión Imperial y otro saqueo sobre Roma. Sixto V, innovando el plano de la ciudad. El Parlamento Italiano, unas décadas antes de tu llegada, proclamando a Roma «*Capital natural e indispensable del Nuevo Estado*». Tú llegando a Roma, generalísimo, un remoto amerindio de la Capitanía General de Venezuela, entrando por la *Porta d'il Popolo* como un *turista ilustrado*, visitando (como todo «*buen turista ilustrado*») al «*popolo*» en su medio natural, casi arruinada tu vestimenta (el pantalón de gutapercha, tu chaqueta de ante, tus medias y tu camisa de seda, la corbata de terciopelo, tus zapatillas de charol) por el lanzamiento de la mierda y los orines de una trigueña romana, enamorándote de esa trigueña minutos después (a pesar de la mierda y los orines), temeroso de ser muerto por el celo de los vecinos de la trigueña, regresando, ahora, apurado y miedoso, a la pensión de la *signora* Anna Manzoli...

—¡Has llegado!... ¡Gracias, que llegaste!... —te dices.

—¡Has llegado!... ¡Gracias, que llegaste!... —te vuelves a decir, al tocar el linde de la casa, con el pálpito vago de un peligro dejado atrás...

Alegatos contra el gobierno de los papas

Ahora, generalísimo, participas en una gran cena familiar preparada por la *signora* Anna, una de esas cenas que tu madre solía servir en tu casa caraqueña de Padre Sierra. ¡Qué encanto de cena! La *signora* Anna se había esmerado al máximo. ¡Qué buena patrona, la *signora* Anna!

El primer plato, una entradilla sólo para probar, *pimentones a la turinesa*, bien adobados ellos con anchoas desaladas, ajo, vinagre y sal. El segundo, unos *macarrones larguitos*, con frijoles, cebolla, alcaparras en aceite, romero desmenuzado, pimienta espolvoreada, y sal. El tercero, un *pastel de merluza*, como para chuparse los dedos, acompañado él con puré de patatas. Y, aun más, el postre: una *tarta de queso* que tú, generalísimo, no comías desde tus días caraqueños, aquella que hacía la Chaba Restrepo, la mujer del zapatero Juan Quintero, vecinos de tu familia; unos *pastelitos de miel* con harina bien cribada, y, un trozo de *torta de maní* del cual todavía guardas el sabor. Todo rociado con un vino de la región, un *Frascati* si no te equivocas, blanco por supuesto, áureo, fresco, inmejorable, vigoroso y fragante, con un dulce aroma de bellejos maduros y dorados, y, sin embargo, al final, a la hora de los postres, decididamente seco; el consabido café bien tinto, y, después, una copa de *Centerba*, ese licor que sólo en Italia, en Tocco Casauria, se sabe producir, y cuya fórmula debió ser concebida por un alquimista yerbatero del medievo...

Justo, a partir de esa primera copa de *Centerba* y en torno a todas las que demás vinieron, se produjo la conversación que, tomada la distancia y advirtiendo que no tienes la memoria en su mejor momento, tratas de reproducir no obstante. Recuerdas que en la mesa estaban todos los familiares y huéspedes de la *signora* Anna, y la propia *signora* Anna. También la *signora* Anna.

Todos, canónigos incluidos, estuvieron de acuerdo en que Roma estaba muerta por culpa de los papas. Arrastrados por el ejemplo de las monarquías absolutas, también los papas trataron de afirmar el poder central. Fue especialmente Alberoni, el omnipotente ministro de Felipe V e Isabel Farnesio, y Cardenal Legado en Rávena, quien bosquejó algunas enérgicas reformas en esa dirección; pero, más que con las resistencias locales, topó con las de su propio Gobierno, totalmente alejado de cualquier concepción del Estado, en el que el Papado había visto siempre a su enemigo (eso lo dijo el Canónigo de *San Pietri in Vincoli*). Mil setecientos años de historia crean una mentalidad, dijiste, generalísimo. Claro que la crean (confirmó, con su voz enfática y su infalibilidad en la mirada, el fornido y barbilimpio canónigo de *San Felipe de Neri*). Esto se veía en aquella mezcolanza de poderes, en la ineficacia y en la incompetencia que caracterizaban al régimen papal, arguyó el canónigo de Oristano. ¿Qué lo caracterizaba?, preguntó la *signora* Anna. Que lo caracteriza, confirmó de seguidas. Que lo caracteriza, aceptó el oristanense y, sin inmutarse, continuó: todo estaba o está en manos de una burocracia compuesta por más de 53.000 sacerdo-

tes entre centrales y periféricos; pues, el elemento laico no cuenta, sino cuando alcanza a entrar en la clientela de algún alto prelado. Toda la población laica de Roma pretende ser cliente de algún prelado, comentó con sorna el ex jesuita Balón. Y de hecho lo es, y de hecho lo es, enfatizó el Caballero de la Planargia. Sin inmutarse, don Luigi Paderi continuó: la llamada *estancia de los botones* está representada por las *congregaciones*, especie de ministerio presidido por cardenales, es decir por hombres que, según regla general, no proceden de la práctica administrativa, y que a menudo, cuando les conviene, confunden la administración con la caridad. Pero lo más grave de todo, terció Frater Michelle, es que estos organismos acumulan cometidos civiles y religiosos sin línea de demarcación, lo que autoriza las más extravagantes injerencias. Así, por ejemplo, la *Congregación de la Consulta*, encargada a la vez de la jurisdicción criminal y de la civil, aparte de los recursos contra los funcionarios, lo que representa ya un *pandemonium* de confusión, tiene también que vigilar por la salud de las provincias y disponer las necesarias medidas para mantener alejados los contagiosos males que pudieran amenazarlas. Estamos hablando, en consecuencia, de un superministerio que al tiempo que hace de tribunal penal, civil y administrativo, ojo, también tiene que ver con la Salud Pública, tanto en el aspecto preventivo como en el curativo... Con razón hay tantas endemias y epidemias en todo el territorio, comentó tímidamente el señor Ruelle... Todas, desde el paludismo y la anquilostomiasis, hasta la viruela negra, sostuvo el canónigo de *San Pedro in Vincoli*... Te atreves a anotar que para nada vale, al parecer, el principio de la división de los poderes del señor Montesquieu... ¡Para nada!, confirma Balón, pero ¿es que podría pensarse un Papa leyendo a Montesquieu?, agrega con estridente carcajada. Ni qué decir. Así también, prosiguió con esa especial *«arrogancia luciferina»* que los libelos en su contra solían atribuir a los de la Compañía de Jesús, la *Propaganda Fide*, que, según su nombre, tendría que ocuparse sólo de la propaganda de la fe y el apostolado, pero que, además, realiza funciones administrativas y de policía, investigación ciudadana y, por si fuere poco, hace de Oficina de Protocolo, el besamanos y todo eso. Chist, que no me oigan. Yo, en mi condición de perseguido por el Rey de España y los papas de Roma, soy el menos llamado a criticar sus buenas o malas potestades. Podría pensarse que hablo con reconcomio, advirtió con una sonrisa hábil e indulgente antes de proseguir. El encargado de distribuir las diversas competencias debería ser el Secretario de Estado, especie de primer ministro omnipresente en cuyas manos se concentran todos los asuntos eclesiásticos, políticos y económicos. Pero, como es natural, se

ve obligado a delegar facultades y la distribución en cuestión deviene un marasmo de funcionarios arbitrarios y sin atribuciones precisas, escogidos por preferencias y caprichos personales, en virtud de lo cual todo marcha a trancas y barrancas, sin política de Dios ni gobierno de Cristo, a merced de los cuchicheos de pasillo y recámaras, las influencias, los parentescos y el amiguismo...

Balón, como buen español y buen jesuita, ¡joder!, resultó un conversador impenitente, dispuesto a cagarse de ser necesario en la mismísima hostia. ¿Quieren otro ejemplo de absurda concentración de poderes?, preguntó. No vean más que el caso cómico del cardenal Camarlengo, quien además de ser jefe de la reverenda Cámara Apostólica, y como tal tener que ayudar al Santo Padre a vestirse y a desvestirse, a miccionar y a hacer las otras necesidades del cuerpo y hasta a sacarle la bacinica del aposento, llegado el caso, se desempeña también, ¡más enredo, más zurriburri!, ¡más barahúnda y menos eficacia!, como ministro de Hacienda...

Con toda la rabia que todavía abrigaba en su pecho por la firma del breve «*Dominus ac Redemptor noster*» que hiciera el papa Clemente XIV trece años atrás, Balón continuó perorando el resto de la sobremesa:

Resulta absolutamente imposible inventariar las tantas y tantas oficinas existentes en los estados pontificales y a las que cada día se añaden otras nuevas para colocar a algún protegido. El poder absoluto del Papa es lo único que no cambia. Bien, que su absolutismo sea un tanto distinto al de los reyes. Por una parte es más completo, pues acumula los títulos de Jefe del Estado y Jefe de la Iglesia, asumiendo en su persona los dos poderes. Por otro, lo es menos por cuanto el poder no es hereditario, sino electivo. En otro tiempo, antes del Concilio de Trento, esto era un factor de debilidad, ya que por lo menos al inicio de su mandato dependía del Colegio de Cardenales, pero, después de Trento, ratificada su infalibilidad, ya no pudo ser más censurado...

Con cierto dolor en el rostro, como si lo estuvieses viendo de nuevo (raya al medio, pelo largo y ondulado, nariz muy recta, barba cuadrada, dientes magníficos), Balón recordó, en torno al tópico de la infalibilidad de los papas, cómo cuando Ricci, general de los jesuitas, que durante quince años había dirigido la orden, oyó la lectura del breve que ordenaba la disolución de la Compañía, el arresto domiciliario de todos los ex miembros, la confiscación de los conventos y propiedades en Roma y en toda Italia, etcétera, se limitó a decir: «Lo que el Papa resuelve, debe ser santo para todos»...

Esa infalibilidad —continuó—, aunque sólo referida a los asuntos espirituales, dada la confusión de los dos poderes, se extiende automá-

ticamente al campo temporal, traduciéndose en una absoluta discrecionalidad. En una palabra se trata de un craso totalitarismo, como el de todas las teocracias, y, al igual que todos los totalitarismos, refractario a las leyes e instituciones que procuran limitar su ejercicio. No sólo la descentralización, sino también el centralismo exacerbado, provoca el caos. Tal es el caso del Gobierno pontificio, opinó de manera precisa y cortante: *una tiranía corregida por el desorden...*

Nada contradijeron el clérigo de *San Pietro in Vincolo*, ni el Frater Marcello, ni el orintanense. Al fin y al cabo, habían sido ellos, los iniciadores de la plática, y todo lo dicho por el ex jesuita era de una contundencia manifiesta. Inútil, pretender rebatirle.

Otros comentarios notables del ex jesuita Balón

No cesó la sobremesa allí. A medida que la *Centerba* surtía sus efectos, las opiniones se fueron haciendo más pronunciadas y divertidas, sobre todo las del ex jesuita Balón quien no tenía cabeza muy fuerte para beber. Sin dejar de atacar al papado, y siempre centrándose en el desorden social que imperaba en Roma, comenzó a despotricar de la nobleza. Estrechamente ligado al desgobierno de los obispos, continuó, está el único sector laico que cuenta algo, justo por estar ligado al clero: la aristocracia. Se dice que los antiguos romanos pretendían descender de Júpiter. Y los modernos, por supuesto, de los antiguos, aunque todo rastro de estos últimos se haya perdido con las invasiones. El primer patriciado romano que se reconstruyó después de Atila se formó, ¡déjenme reír!, se formó, decía, por los vulgares cabezas rojas alemanes que habían venido a la península siguiendo a sus reyes y emperadores, los jefes bárbaros. Fueron los Frangipanes, los Gottifredi, los Cenci, que desde sus castillos mantuvieron en continuo terror a la ciudad, saqueándola, haciendo prisioneros hasta a los papas y, no pocas veces, instalándose ellos mismos bajo el solio pontificio... Esa primera aristocracia, así reconstruida, fue desapareciendo. Y surgió entonces la llamada *«aristocracia negra»*, formada por los familiares suyos que los propios papas se encargaron de ennoblecer: los Farnesio, los Aldobrandini, los Borghese, los Barberini, los Chigi, los Sforza, los Odescalchi... Tal es la razón por la cual, entre clero y nobleza no existe, ni puede existir, oposición alguna, y ni siquiera competición. Unos y otros están ligados por vínculos consanguíneos. El cardenal es tío (si no padre) del príncipe, y el príncipe sobrino (si no hijo) del cardenal. Cada vez que se elige un Papa,

sus familiares quedan automáticamente inscritos en el Libro dorado del *Quién es Quién* romano y de entre ellos se reclutan los Asistentes al Solio, los Mariscales del Cónclave, los Gonfaloneros de la Santa Iglesia, los Condes Palatinos de Letrán, los Senadores y todo cuanto dignatario laico haga falta...

Toma un sorbo de *Centerba*, se relame, y continúa:

En Roma no hay burguesía que pueda llamarse tal. A menos que tengamos por burgueses a los *generone*, ese escuálido grupo de familias que se trasmiten de padres a hijos algunas profesiones como las de notario, abogado, preceptor. También esta clase, por supuesto, se encuentra al servicio de la Iglesia, en la que, además, tócale enrolar un hijo por cada generación. El *generone* romano no es toscano, ni parisino, ni piamontés. Es romano, exento de cualquier preocupación intelectual o artística; incapaz de mezclarse en política (la política no es su oficio); viviendo, siempre, en casas oscuras, frías y silenciosas, con ventanas entrecerradas o cerradas del todo, llenas de reclinatorios, crucifijos y altares de santos. Su familia gira en torno a la autoridad absoluta e intocable del *pater familiae*, al que hasta su mujer trata de «señor Petro» o «señor Giovanni», y al que todos tienen que besar la mano. La jornada diaria se reduce a un dimequetedigo recurrente de padrenuestros y avemarías, *ora pro nobis* y *glorias a Dios*. La educación de los varones, tanto en la casa como en la escuela, sólo se confía al látigo. La de las hembras se detiene en el abecedario y en los oficios del hogar. Luego, si no encuentra marido, se le manda a un convento. Hasta el estilo de vestir se asemeja al de la sotana. El color de moda sigue siendo el negro. Y un traje es tanto más elegante cuanto más se parezca al talar. Hasta quien no lo es, trata de pasar al menos por abate, y hace que su hijo luzca como monaguillo. Las ropas civiles son señal de bajo rango.

—Buen Dios —exclamó la *signora* Anna—, no hable tanto Balón. Bien sabe que cuando usted habla más de la cuenta yo me azoro mucho.

—Déjelo que hable, déjelo que hable —le advierten, al unísono, los dos hijos clérigos.

Balón no tiene paz con la justicia. De nuevo la coge con los papas. ¡Ah, si los conoce él!... ¡Si los conoce!... ¡Cómo los conoce!...

Además de la *signora* Anna, sólo tú, generalísimo, y un poco también el caballero de la Planargia, al fin y al cabo, son ustedes dos los únicos nuevos en la tertulia, parecen alarmarse con los feroces comentarios antipapales y antirromanos de Balón. Los otros le oyen con la mayor naturalidad y hasta cierta solidaria comprensión. Saben que a Balón le duele su condición de ex jesuita, el fin de su carrera, su exilio, su venida

a menos, la suerte suya y de sus compañeros de Orden. Quiere proporcionarse un poco de desahogo. Los vicios innegables del sistema papal le ofrecen un pretexto como anillo al dedo para mejor lograrlo. Un poco en serio y un poco para armar ruido ha dicho cuanto se le ha venido a la mente. Pero, nada de lo hasta ahí pronunciado (así lo afirma convencido el muy ponderado canónico don Rafaello Ruele), mancha su fe católica. Es más, agrega el oristanense, su prédica casi que parece una cruzada evangélica en defensa de la religión, ardiente, angustiada, melancólica, como la de los primeros cristianos por mejor decir. Animado por ese espaldarazo, y sabiéndose en confianza, Balón resuelve llevar su perorata más allá. Habla del libro que siempre ha querido escribir sobre el problema jesuita... Balón no comprenderá jamás la tan mentada e improbable *infalibilidad* del Papa... Recuerda que el problema comenzó más de 100 años atrás con el libraco *Pensamiento sobre la verdad de la religión* y las no menos deleznables *Cartas provinciales* del infame Blaise Pascal, ese francés que fungía de filósofo y hombre de ciencia y cuya cabeza no era más que una inmensa fábrica productora de excrementos. Intoxicado por su mierda cerebral vivió la mayor parte de sus días, y por eso se volvió loco y murió antes de los 40 años. ¡Puah! Intervino en la disputa entre jansenistas y jesuitas. Atacó a la Orden, sin ser obispo ni sacerdote, con represión y maltrato, cuando no con burla. «¿Son monjes o sacerdotes los que hablan?», se preguntaba el muy cretino, «¿son cristianos?, ¿son turcos?, ¿son hombres?, ¿son diablos?», seguía repreguntándose. «Son unos desalmados», contestaba a renglón seguido, «se dan tan buenas mañas que, si quisieran, podrían hacer herejes a las *Sagradas Escrituras*». «¿Hasta qué punto conozco a ese esquizofrénico infeliz?» «La *Compañía de Jesús* y la *Inquisición* significaban para él *los dos azotes de la verdad*.» Sobre aquella disputa, comentaba Voltaire: «Les sucede a los jesuitas, lo que al cardenal Mazarino: toda Francia apostrofaba de él, pero él se había hecho dueño de toda Francia»...

A medida que iba hablando, Balón se transformaba: el color de la faz se le tornaba de un rojo sangre enmorecido, las venas del cuello se le hinchaban como una magulladura, los ojos se le inyectaban como si fueran a reventársele las venitas del globo ocular, los pelos se le ponían de punta. Temblaba como un azogado. Soplaba, resoplaba. De pronto, se replegaba sobre sí mismo, hacía una pausa, parecía que cavilaba, y seguía adelante:

«Es curioso —se lamenta— que los jesuitas no se decidieran en aquella ocasión a oponerle a Pascal un escritor de su misma talla»...«¡Ah, si yo hubiese vivido entonces!, ¡si hubiese vivido!»... «¡Fue el error de mi vida, no haber nacido a tiempo!»...

—«¡Cuánta porquería le hubiese echado encima de su cara de cacatúa amaestrada! —asegura con los ojos enrojecidos como al comienzo de la conjuntivitis—... ¡Si lo hubiese tenido a mi frente! ¡Si lo hubiese tenido!»...

«Desde el cónclave de mayo de 1769, el papa Clemente XIV, el zafio y zángano de Ganganelli, otrora fraile minorista (recalca con soberano desprecio), se hallaba bajo la presión de este asunto de los jesuitas. España, bajo el régimen oprobioso del amarionado Carlos III, y Portugal al unísono presentaron ultimátum para que se suprimiera la Orden. El juego político en el Vaticano se había vuelto más oscuro que el Monte Albano cuando sobre él se cierne una tempestad. Usual era el caso de cardenales nombrados embajadores de sus respectivos países, a pesar de que Urbano VIII, en la primera mitad del siglo XVII, ya había prohibido la práctica. El cardenal de Bernis, embajador de Francia, convenció al Papa para que le pidiera a Carlos III, rey de España, un nuevo plazo con tal de, más tarde, suprimir la Orden. Nada peor, el compromiso político ya se había establecido. Al otro lado de la puerta, se sabía que la Orden tenía sus días contados. El cardenal Bernis, crónico enfermo de meningitis, se había salido con las suyas...»

Balón toma otro sorbo de *Centerba*. Hace una pausa para calibrar el peso de sus palabras ante los oyentes. De frente, te mira a ti, generalísimo. Mira a don Rafaello. Mira a la *signora* Anna. Mira al Frater Michelle. Impertérrito, continúa:

El mismo cardenal-embajador-meningítico crónico informó al Rey de Francia en abril de 1770: «La cuestión ya no es ahora si el Papa desea evitar la disolución, sino si podrá sustraerse a ella después de la promesa formal que ha dado por escrito al Rey de España»...

Y eso, sin contar que el pérfido de Ganganelli había pasado en Milán por amigo nuestro. Y eso que nos había dedicado no pocos escritos teológicos. Y eso que nuestro general Ricci había intercedido por él ante Clemente XIII. En algunos de sus escritos consideró «unilaterales e injustos los ataques de Pascal en nuestra contra». «Había olvidado los méritos de la Orden para resaltar sólo sus sombras y sus abusos», dijo convencido cuando todavía no se había convertido en la marioneta del embajador-cardenal Bernis en la que se convirtió después. Apenas entronizado, fue la andanada fortísima del emperador José. Decía el necrofílico emperadorzuelo «conocernos como a quien más». Juraba que nuestros «planes y propósitos» eran «propagar las tinieblas por el globo y dominar y confundir a Europa desde el Cabo Finisterre hasta el Mar del Norte»... Ganganelli, ¡insoportable su ambigüedad, su vocación acomodaticia, esa impresión de estar siempre de acuerdo con quien

hablaba, su inconsistencia ideológica, su retórica enchavetada o desenchavetada, deschavetada o deschavada, que, para el caso, es lo mismo! ¡Insoportable su vacilación deshojadora de margaritas, su no saber tomar decisiones, su no querer confiar en nadie, ni tan siquiera en su favorito, secretario privado y confesor Bontamp! Se encerró, girando como una hélice loca, en su palacete de Castelgandolfo. Se encerró hasta la noche del 21 de julio de 1773, cuando firmó el breve disolutorio...

En el rostro de Balón se dibuja una sonrisa de condescendencia. La *signora* Anna llama la atención sobre lo avanzado de la noche. Desde la sobremesa hasta ahora, que ya es alta madrugada, no han dejado de hablar, y sobre todo usted, señor Balón, que, *flatus vocis*, habla más que un pregonero, dice dirigiéndose al ex jesuita en tono de amistoso reproche. Frater Michelle aprovecha para retirarse a sus habitaciones. También el canónigo de *San Pietro*, y el orinastense, y el caballero de la Planargia. Claro, tú, generalísimo, también sientes ganas de retirarte. Desde un rato atrás, venías siguiendo con dificultades los detalles de la conversación, adormecidos los músculos de la cara, indefinida la mirada, sin parpadear siquiera, tal tu cansancio. Un tanto contrariado, afablemente, te retiras. Consideras que has recibido bastantes informes sobre la constitución social y política de los estados pontificios, las costumbres de Roma, y los enredos de la cuestión jesuítica...

No obstante, Balón siguió perorando, con los pocos que decidieron quedarse aún, un rato más... Ya en tu cuarto, solo, tendido en tu cama, y reanimado de pronto, no puedes menos que recordar las pavorosas noticias de la muerte del papa Ganganelli. De súbito, le sobrevino una rarísima enfermedad. Primero fueron vómitos y mareos ligeros, luego terribles convulsiones y dolores abdominales difíciles de soportar, y al final un oscuro y obsesivo terror a la muerte que alcanzó manifestaciones demenciales. De noche, lágrimas en los ojos sin consuelo posible (ni siquiera el de su amado Bontamp), se le oía gritar, suplicando piedad. En la cara, repentinamente destrozada por profundas grietas, le aparecieron manchas amarillas. Se cuenta que la agonía fue atroz y le duró más de un mes. Los médicos llamados para embalsamar el cadáver lo encontraron con los labios ennegrecidos, la piel escamada, los huesos astillados, sin uñas ni cabellos, y la sangre podrida. Fueron los jesuitas quienes lo envenenaron, te atreves a pensar. Luego, inquieto frente a tu propio pensamiento, te preguntas si lo ves tan claro como, en efecto, fue. Rehúyes la respuesta, y prefieres ver si alcanzas a recuperar el sueño...

A decir verdad, dormiste poco. Casi al cerrar los ojos ya era de mañana. Y estaba en el cuarto, la señora Anna, sirviéndote el desayuno.

Se acostumbró a hacerlo así, día por día, durante toda tu estada en su albergue. ¡Qué amable la señora Anna! Una típica matrona romana, aunque con el cuerpo esbelto todavía. Un retrato al óleo suyo que viste más adelante mostraba que había sido notablemente bonita. Había perdido la juventud, pero no el poder de seducción. Tenía un rostro bronceado bajo una espesa cabellera apenas entrecana; mejillas firmes y redondas; mirada vivaz; y los rasgos finísimos del Frater Michelle y las dos hijas *signorinas*. El canónigo de *San Pietro* y los hijos comerciantes se le parecían menos. Eran más toscos, ellos.

Siempre ducho para descubrir los amoríos posibles, esa primera mañana, generalísimo, no alcanzaste a sospechar que el servicio del desayuno en la cama era una treta, invención deliciosa, artimaña genial de la inefable señora Anna, ¡tan noble, tan recatada, tan vital, viva de pies a cabeza!, ¡tan parecida a tu madre!, pensaste no sin cierto temor; sí, ¡tan parecida a tu madre!, bien que seguramente más joven y deseable todavía, distinguida y un tantín coqueta, para satisfacer sus gustos o sus vicios con los huéspedes buenosmozos como tú, generalísimo, sin despertar las sospechas de los hijos clérigos ni la murmuración de los otros pensionistas.

... Por eso, aquella mañana, te limitaste a cambiar unas cuantas frases amables con la buena señora, a tomar tu chocolate con pan fresco y mantequilla, y a seguir arrebujado entre las sábanas un rato más...

La verdadera muerte del papa Clemente XIV

—¿De manera que usted presume, distinguido amigo De Mariland, que fuimos los jesuitas quienes envenenamos al nefando papa Clemente?

—Sí, amigo Balón, lo presumí en lógica inferencia.

—Aunque no debería admitírselo y podría replicarle, a secas, que se trata de una presunción peregrina; en reconocimiento a la amistad que me inspira y a sus dotes intelectuales de filósofo, analista, hombre de mundo y pensador acucioso, debo reconocer que acertó. Es una historia casi increíble.

—Cuéntemela usted.

—No debería hacerlo, porque es la confesión de un delito no personal; pero sí de la Orden.

—Ande, Balón, cuéntemela carajo. Somos amigos. No defraudaré su confianza. Además, ya han pasado trece o más años...

—Se la contaré, se la contaré...

El diálogo transcurre entre tú y Balón después del desayuno matinal que te sirvió la señora Anna, en la iglesia *Il Gesú*, que perteneció a la Casa Profesa de los jesuitas, donde están enterrados San Ignacio de Loyola, Francesco Borgia (tercer general de la congregación), el jesuita cardenal Belarmino, y el general Ricci (cuando pronuncia el nombre del general Ricci, Balón, invariablemente se persigna); justo frente a la capilla de San Ignacio, que ocupa el fondo del crucero; quizás, la más rica y soberbia del universo en su especie; con la estatua del santo, ahí, impresionante, de casi 13 palmos de altura, agrupada con tres ángeles, toda de plata maciza, y obra logradísima de *monsieur* Legros, francés él, de los mejores escultores habidos en la historia.

—Usted recordará, sin duda, amigo De Mariland, los amores del papa Ganganelli con su secretario privado, barragano y confesor exclusivo, el profesor Bontamp.

—Los recuerdo, claro que los recuerdo.

—Pues bien. Fácil le será admitir que la mariconería del procaz secretario no era sólo con el Papa. De lo más puto él, reclutaba jóvenes seminaristas en los cenobios, y hasta vulgares muchachos callejeros en las esquinas de toda Roma. Los recibía en sus aposentos palatinos; les organizaba fiestas colectivas, les repartía dinero, les mimaba y entretenía de muchos modos.

Era muy puto y pervertido el mentado Bontamp, pero de una putería nada bizarra y una perversión más bien pasiva, sumisa a las presiones y requerimientos de sus elegidos.

—Los novelistas, que inventan tantas historias, no son capaces de concebir cómo un ilustrísimo y reverendísimo secretario papal, su confesor por añadidura, podría prestarse para envenenar a su pontífice; porque desconocen la imaginación jesuítica; pero, yo, jesuita de primera fila, declaro que sí puede hacerlo, si como en el caso de nuestro personaje, además de maricón, mariconísimo, era un ciego instrumento de sus propias debilidades y (como tal) dúctil y obediente ante sus maridos y favorecedores de ocasión.

Conociendo, como conocíamos la poquedad y el servilismo del prelado Bontamp, los jesuitas (mejores que nadie en eso de los temas eclesiológicos), con paréntesis o sin paréntesis, nos trazamos un plan definitivo. Escogimos siete de nuestros mejores hombres, uno para cada noche de la semana, jóvenes, astutos, bellos, apuestos, bien formados, siete jayanes espartanos, siete místeres América de concurso, sexualmente dispuestos y sin escrúpulos, elegantizados hasta en sus más nimias actitudes y, a un tiempo, dispuestos para cualquier fechoría por

brutal que fuera; incapaces de desviar la bota o el látigo, el pomo de veneno, el plomo o la bala. ¡Unos hombrazos, pues!...

A esos cofrades, así elegidos, se los soltamos a Bontamp (sin bridas y sin estribos) en sus aposentos. Pronto, se adueñaron de él. Accedían a sus costumbres íntimas más aberradas, lo complacían en todo. Practicaron con él la *fellatio*, la *masturbationenn mutuam*, el *coitum per angostam viam*. Entraron en el juego de las flagelaciones y hórridos castigos corporales. Pero, cuando ya la absoluta dependencia estaba establecida y no quedaba duda del enamoramiento que sentía el augusto prelado por cada uno de ellos, comenzaron a hacerle exigencias cada vez más temerarias a riesgo de no complacerle más en sus caprichos y aberraciones.

—¿Y con esos dameiquitas fue que le ordenaron el envenenamiento del pontífice?

—Fue así, con esos dameiquitas, querido señor De Mariland... Con esos dameiquitas... Rodolfo X, el más aventajado de todos ellos, el de más correctas facciones y mayor resistencia viril, llevó el acondicionamiento a tal extremo que, al cabo o en medio de sus increíbles y cada vez más desvergonzados encuentros, lo obligaba a servir él mismo el veneno en las pócimas y alimentos que el pontífice había de consumir. Sólo después que Bontamp cumplía el terrible designio, enervado, tembloroso, indeciso, desvencijado y hecho una ñinga, atado por un terror horribilísimo y la culpa o la complicidad manifiestas, sólo después de entonces, nuestro impávido e insustituible Rodolfo X consentía en seguirle aplicando sus furores y aplacando los suyos de él.

Esa y muchas otras noticias secretas de la vida pontificia y la historia eclesiástica en general te fue revelando el ex jesuita Balón en el curso de aquellas visitas y excursiones interminables que solían hacer por la ciudad.

—Para pasar por la vida en condiciones razonablemente buenas es necesario conocer la historia menuda —te decía—. La historia grande está en los libros y anales, siempre deformada por la visión oficial o el interés del triunfador que es quien la escribe. Sólo la historia menuda le permite a uno dominar con la lengua. No hacerse versado en ella, lo único que indica es ingenuidad, como si inconscientemente estuviésemos esperando justicia o humanidad de quienes ignoran tales valores.

Por lo que a él tocaba, era un jodido y se cuidaba bien de saberlo todo y propiciar las confidencias y enterarse cuanto más pudiese sobre las personas que a él se acercaban. Incisivo, sarcástico, aparentemente ingenuo, a menudo se entusiasmaba por cuanto veía y era capaz de pasarse horas tratando de interpretar un gesto, una mirada o una inflexión de voz.

Ese mismo día de la confesión sobre la verdadera muerte del papa Clemente XIV, recuerdas que en la célebre basílica de San Juan de Letrán, sede del Sumo Pontífice (barahúnda sin gusto ni sentido: con su interior pleno de columnas, estatuas, dorados, pinturas, estucos, capillas, altares y monumentos funerarios de los más diversos), descubren dos sillas de piedra encarnada, perforadas en el medio como una silla de excusado.

—¿Sabes para qué sirven? —te preguntó. Y, con chusco desparpajo, te fue explicando que en ellas se examinan las partes bajas del Papa recién electo, para evitar con tal confirmación el nombramiento de papisas, como la tristemente célebre y recordada Juana que, se cuenta, parió en una procesión.

El temple y la filosofía del emperador Marco Aurelio

De todo parecía saber tu amigo Balón. Por momentos te recordaba al sabio Mirabeau que conociste en Dresde, disertando igual sobre caballos salvajes que sobre *los inmortales corceles del áureo carro de Hades*. O mejor, quizás al viejo y también sabio La Planche, tu noble maestro de francés en Madrid. Como ellos, podía hablar, dejando a uno perplejo, sobre lo humano y lo divino. A veces, peroraba y peroraba, en plan meramente formal, diciendo por decir, ¿de qué hablan para oponerme?, haciendo de abogado del diablo, con frases desarregladas, ingeniosas cuchufletas de malignidad, dichos extraviados y confusas apostillas. Otras, se volvía un doctor sapientísimo, *angélico* o *sutil* según quisiera parecerse a Tomás de Aquino o a Agustín de Hipona; un filósofo; un filósofo, sí, discípulo de Sócrates en Atenas o de Olimpiodoro, en Alejandría. Los agudos dardos contenidos en sus peroraciones apuntaban a menudo sobre el poder papal, el absolutismo monárquico, la decadencia e ineficacia de la clase dirigente, la corrupción por ella impuesta como forma de vida, las diferencias sociales, ¡qué hórridas las diferencias sociales!, la mala distribución de las riquezas, cada vez peormente distribuidas, el colonialismo, la intolerancia política y religiosa y las minorías nacionales sembrando el mundo de guerras por doquier, o, primero que más nada, la oprobiosa lucha antijesuítica. O igual, imbuido en una especie de histérica masturbación, se perdía en el marasmo de la belleza como exceso y las enfermedades de la memoria, los criterios para establecer cuándo una broma está fuera de lugar y los que valen para discriminar las palabras que huelen a moralina... Nada le parecía insigni-

ficante. Nada pasaba en silencio. Todo para él era elucidable como el más precioso de los conceptos.

Mucho disfrutabas, generalísimo, tus paseos romanos con el ex jesuita Balón. Un mundo te diviertes con él. A ratos, ríe. A ratos, llora. A ratos, se queda ensimismado viendo el paso de un pajarito o el de una nube. Tendría entonces unos sesenta o sesenta y un años de edad, una cabeza bien hecha de busto de emperador romano, de pelo negro duro, largo, partido por el medio, y unos ojos vivísimos, con una expresión desafiante que, a pesar, no era deliberada.

En el mismo Palacio de Letrán, un poco más allá de las sillas horadadas que sirven para probarle el sexo a los papas, desbordando erudición, pasó más de una hora hablándote de las ocho columnas de pórfido que sostienen la cúpula bajo la cual hallábase la fuente bautismal. La altura exacta de cada una. El grosor. La consistencia. La fecha en la cual fueron levantadas. Todas las causas aristotélicas a ellas relativas, perfectamente fijadas. Y los detalles de la fuente misma cual si fuere ella un caleidoscopio inimaginable. De inmediato, en la plaza del frente, abriendo la calle que conduce a *Santa Maria Maggiore*, te muestra el famoso obelisco llamado de San Juan de Letrán, todo de granito rojo, con jeroglíficos egipcios en las cuatro faces y con una altura (desde el nivel de la plaza) de 204 palmos.

—Originalmente, el emperador Constantino lo hizo traer de Tebas y lo colocó en el Circo Máximo. En época de Sixto V lo trasladaron a este sitio —te dice.

A cierta distancia ves otro magnífico obelisco de la misma especie, yacente en tierra, y con un gran pedazo cortado a pico como para formar un banco en el cual sentarse. Se lo muestras como inquiriendo una explicación. Te miró quieto hasta colocarse frente a una pared de su gusto. Y empezó a reír. Y siguió riendo, apoyado en su pared, casi como si sufriera un ataque de locura, riendo, riendo, riendo, hasta que alcanzó a contestarte:

—¿Habráse visto barbaridad igual?

Más allá, sobre la propia plaza está la *Scala Santa*, célebre santuario. En él, Sixto V hizo poner 28 escalones de mármol blanco; los mismos que estaban en la casa jerosolimitana de Pilato; los mismos que Jesucristo subió en tiempo de su pasión.

—No se puede escalar sino de rodillas —te advirtió, riendo todavía —. Mejor, pasemos por la escalera del lado, de madera. Por ella, subiremos y bajaremos como mejor queramos.

—¡Oh!, sí; los riñones duelen —le confirmas tú.

En el *Sanctasanctórum*, que está encima, se venera una imagen del Salvador, hecha o comenzada por San Lucas...

—¿Quién dijo que ese señor apóstol fue pintor? —te requiere.

—Véase, a mayor prueba, su horrible icono de la *Madonna* en Bolonia —le confirmas.

—Lo conozco, lo conozco —te interrumpe con autosuficiencia—. Dicen que este cuadrucho de ahora fue terminado por los ángeles. ¡Tampoco son buenos pintores los señores angelitos!

Salidos del santuario, unos pasos más allá, Balón se instala frente a un solar entonces vacío y donde supuestamente estuvo situada la casa del emperador Marco Aurelio.

—La célebre estatua ecuestre suya, que está ahora en el *Campidoglio*, se encontraba aquí, frente a este lugar —te informa con un poco de nostalgia.

Sin solución de continuidad, se larga con una relación pormenorizada de la vida y el pensamiento del emperador filósofo. La protección que le brindó Adriano. De cómo lo adoptó y lo hizo heredero del trono. Los estudios que siguió con el retórico Frontón, a quien el joven filósofo escribió sus muy famosas *Siete cartas*. Algo refiere también sobre los estudios que hizo con el peripatético Claudio y el jurista Volusio Mesiano.

Balón sentía un culto apasionado por el emperador Marco Aurelio. Ahora trata de imaginar cómo fue su poesía. Una lástima que no la publicara nunca. La echó al fuego sin mostrársela a nadie. Más adelante, te cuenta de su casamiento con la bella y joven Ladia, hija de Cómodo, a quien abandonó más tarde por Annia Galeria Faustina, la propia mujer de Cómodo, con la que procreó trece hijos, casi todos muertos en edad temprana. Igual, cuenta de sus guerras de conquista contra los armenios y los partos, los medos y los britanos, los caudos y los sármatas, y de la formidable derrota que infligió a Casio, y el perdón que, a pesar, dispensó a la familia del derrotado. Annia Faustina murió a los pies del monte Tauro, y el emperador (en homenaje suyo) fundó cátedras estoicas, platónicas, aristotélicas y epicúreas en la ciudad de Atenas, con una subvención anual de diez mil dracmas para cada una.

Evidentemente Balón sentía por la figura histórica de Marco Aurelio una fascinación mayor. Decía compartir en todo la metafísica de su escuela según la cual el cosmos es una totalidad sintética y, de memoria, recitaba versículos y sentencias suyas, el más grande representante de la moral estoica, a su decir; más grande que Séneca; más grande que Epicteto, el filósofo esclavo del *resiste y abstente*; más grande que Zenón

de Citio y que Aristión de Quíos; más grande que Clemente de Assos y que el muy ilustrado Cresipo; más grande que Herilo de Cartago y Dionisio de Heraclia; más grande que Persaiao de Citio y Esfero de Bósforo; más grande que Antipastro de Tarso y Boezo de Sidón y Apolodoro de Silecia. Iba desgranando semejantes nombres exóticos y olvidados aun por el más erudito de los estudiosos, con vagidos, rugidos e insólitas elevaciones de voz.

El resto del trayecto de regreso al albergue lo llenó Balón recitando máximas de Marco Aurelio.

—El hombre es carne, espíritu vital y un yo que se gobierna a sí mismo.

—Hay que obrar de acuerdo a la Naturaleza, pues los cambios del hombre son similares a los de la Naturaleza Universal.

—La razón posee su propia naturaleza que, además, no contiene ningún mal.

—Las rotaciones del Universo son siempre las mismas, hacia arriba y hacia abajo.

—El Universo es como una Gran Sociedad.

El entusiasmo de Balón se hizo mayor cuando resaltó ese sentimentalismo del filósofo tan cercano a la piedad; un sentimentalismo distinto a la dureza de Séneca y a la estúpida resistencia pacífica del manso Epicteto. Ese saber darse a los otros. Ese cosmopolitismo tan característico. La comunicación y el amor mutuo entre los humanos como primera satisfacción de la especie.

—El que no sabe que el Universo existe, no sabe dónde está.

—El que no conoce el propósito del Universo, no sabe quién es ni qué es el Universo.

—El que fracasa en cualquiera de esos respectos no sabe ni siquiera decir por qué ha nacido.

Y la más hermosa de todas:

—Vive constantemente la más alta (excelente, bella) vida.

Al cabo de semejante peroración estoica, llegaron al albergue. Después de una cena frugal (polenta bien surtida de *quartirolo*, una *pizza* rápida, y dulce casero de membrillo como postre) y de una rápida y muy pícara conversación con la señorita Mariuccia, fuiste a tu cuarto a descansar.

Los encantos de la mujer madura

No más durmiéndote, diríase que ya el alba estaba de nuevo sobre ti. El olor a chocolate te despertó. Al abrir los ojos, ya la *signora* Anna

estuvo de nuevo sirviéndote el consabido desayuno. En bata de dormir, con una sobrecapa de lana parda, dejando a la vista sus vastos senos y las venas azulencas que resaltan por debajo de la piel translúcida, se sienta a orilla de la cama, mimosa y complaciente, para observar cómo vas sorbiendo de a poquito la espesa colación. De entrada, eludes el contacto con la buena señora. ¿Quién lo diría? Tú, generalísimo, acostumbrado a todo en materia de faldas, eludiendo el contacto de una mujer. No debía ser por su mayor edad. No debía ser. A decir verdad, un mundo habías gozado con mujeres viejas. Como el maestro Benjamín Franklin, el húngaro Stephen Vizinczey y tu paisano Rubén Monasterios, siempre apostaste a *los encantos de la mujer madura*. Dígalo, si no, tu estada lisbonense con Marianina, la Reina Viuda de Portugal y hermana preferida de Carlos III, un decrépito carapacho acartonado, una bruja de *Los Caprichos* de Goya; y no sólo con ella, sino con todas las carcamales que le hacían de séquito en el *Hospicio de las Viudas Reales*. Díganlo tus amores ardorosos con Catalina II, zarina de todas las Rusias, no importa que matusalénica. Dígalo la fiesta íntima en los aposentos reales de Sans-Souci con la reina Isabel Cristina de Prusia, bien jamona y pasada de años, aunque bastante más joven que el rey Federico y blanquísima ella, rubia de una rubiez encendida y con los labios carnosos; con ella, y con todas sus damas, incluidas la longevísima condesa Anno-Duzamal, cuyo nombre hacía honor a su edad inmemorable. Dígalo el encuentro veneciano con la *contessa* Marini, aunque hermosa y provocativa, con una vida de más de 500 años, casi a la par de la del Judío Errante. No, no, generalísimo. No era por la edad. Era, quizás, por madre de Frater Michelle y del Canónigo de *San Pietro in Vincolo*, ¡dos amigos!, ¡dos amigos, como para no andar puyándoles la sangre!, y de las *signorinas* Mariuccia y Elena, de cuyas confianzas sí estabas dispuesto a abusar llegado que fuere el caso. Como quiera que fuese, cierto es que te aturdía su proximidad. Sus miradas provocadoras casi que te avergonzaban y, presa de esos rubores, enseguida dejaste el tazón. De la mesita de noche, tomaste un libro de poemas del boloñés Guinizelli. Lo hojeaste y lo ojeaste como una diez veces, de atrás adelante, de adelante atrás, esperando a que se marchara. No se marchaba. No se marchó. ¡Cáspita, cuán contumaz! Por el contrario, percatada de que conocías a Guinizelli, comenzó a parlotear muy bien entrada en razón sobre el poeta y su poesía. Uno de los jefes de la escuela del *Dolce stil nuovo*, afirmó con medida exaltación. De joven, te cuenta, aprendió de memoria todas sus canciones. Febril, las manuscribía en un cuadernillo de hojas perfumadas especialmente dispuesto, y las recitaba luego, embelesada, una y otra

vez, tendida sobre la hierba del jardín de su casa, debajo de un enorme plátano que la cubría. De todas aún recordaba entera *Al cor gentil ripara sempre amore*. Melancólica, empezó a murmujearla mordicante, verso por verso, parada frente a ti, y desprovista ahora de la sobrecapa. La bata de dormir se le plegaba sobre las redondeces del cuerpo. Bizqueando, tímido o haciéndote el indiferente viste su rostro de *bella donna* encendida, sus ojos que parecían disparar morcellas, su mirada de brillo inextinguible, sus brazos y manos de ampulosos gestos, y la mórbida explanada de su vientre, moviéndose furiosamente, sin morigeración alguna, y la motuda sombra de su monte de Venus; ¡ah, la motuda sombra de su monte de Venus!...

Te inquieta hallarte solo frente a ella. Piensas en la *signorina* Mariuccia. ¿Si acaso, fuese ella? ¿Qué pasaría si fuese ella la que ocupara el lugar de la madre? Piensas en la *signorina* Elena. Por momentos, te ves desprendiendo de su pubis adolescentario un bellísimo vello primigenio, con todo el ritual del caso. Piensas en el Frater Michelle y su magnífica índole. Piensas en el canónigo de *San Pietro in Vincolo*. Piensas en ella y piensas en tu madre. Desde el principio, la presencia de la *signora* Anna te había traído el recuerdo de tu madre. ¡Bella, tu madre! A decir verdad, te sentías un miembro más de aquella noble familia; casi un hijo de la casa, por eso, el súbito cortejeo que la señora te dispensaba, más que placer, te provocaba miedo; el miedo del incesto; el miedo del rompimiento de un tabú; el miedo de la ira de Dios...

Cierras los ojos. Das vueltas en la cama. Vacilas. Abres los ojos.

Habiendo terminado de recitar, la señora sigue ahí. Perora ahora sobre la nobleza. Sólo es noble quien tiene un corazón gentil. Dice que tú, bello Francesco, tienes el tuyo más allá del pundonor de cualquier blasón. Impecable, a su juicio, triunfa el sentimiento trovadoresco sobre los conceptos escolásticos. Como una *donna angelicata*, te dice que si no quieres poseerla, igual se sentirá contenta si le permites servirte de mediadora con Dios. Se conforma ella, insiste, en ser para ti una de esas damas sublimizadas de Guinizelli, Calvacanti y los otros poetas del *Dolce stil nuovo*. Hace como si fuera a retirarse, convencida de que tú no quieres poseerla, o al menos poseerla de inmediato. Con la sobrecapa puesta de nuevo, se dirige hacia la puerta de salida. No permites que se vaya. La llamas quedamente, por su nombre, Anna, Annita, dicho así en diminutivo, sin el acostumbrado tratamiento de *signora*, y ella, sumisa, obediente, silenciosa, con los ojos humedecidos y colientrepernada como una perrita ávida de cariño a la que se acaba de regañar, vuelve sobre sus pasos y viene a tumbarse a tu lado, te besa dulcemente, muy

dulcemente, y tú le acaricias, con las yemas de los dedos y mucha suavidad, los senos amplios, frondosos, desparramados; unos senos vivos y fluidos; los mismos senos que alimentaron de niños al Frater Michelle y el canónigo de *San Pietro in Vincolo* y a la *signorina* Mariuccia y a la *signorina* Elena, y a los dos hijos mercaderes, también a los dos hijos mercaderes; sus ojos, su boca, sus cabellos apenas encanecidos, la explanada del vientre, el vello del sexo, sus cuadriles viripotentes, el comienzo de sus nalgas nada fláccidas a pesar de la edad, casi jóvenes y pugnaces (diríase mejor), ese espacio húmedo y ardoroso del entremuslo. Cerca, muy cerca de la vulva, y la vulva misma jugosa, matricial, esponjada, latente, como el cuerpo de una almeja viva y, no obstante, cuasi petrificada, una almeja de las islas Galápagos o de los mares precámbricos; y la mano de ella pasando despacio, como hipnotizada, por encima tuyo, hipnotizado también; aposentándose en tu miembro; masturbándote ella, al tiempo que sus ojos verdigrises se turban y reblanquecen, cada vez más, y sus besos se hacen más cálidos, más húmedos, más ensalivados, pidiendo la muerte, y sientes que te vas escindiendo, como si la vida se te escapara de a poquito, como si el que se estuviera muriendo de verdad fueras tú, balbuciendo frases incoherentes, o muerto, muertico del todo, entre los gritos y chasquidos de una nubarrada de aves de presa prolongados por un eco infinito, salido del centro de la tierra misma, una tierra en plena ebullición, y ella, la *signora* Anna, Anna, Annita, al final, un final de éxtasis pleno, sólo masturbara a un ser inerte, inanimado, cloroformado, la momia de Ramsés valdría decir...

Después, penetración mediante, sabes que provocaste en la buena *signora* la fascinación de varios orgasmos seguidos con subsiguientes reacciones de ira, de llanto, de alegría, hundida ella en el marasmo de una súbita desesperación, a juzgar por las fervientes expresiones de *¡Oh, Mamma mía, Santa Vérgine!*, que profería con rigurosa periodicidad, y tú, generalísimo, alcanzaste, sin sacarlo, por lo menos un par de eyaculaciones adicionales, sonriendo con viril orgullo, ¡tanta energía eras capaz de rebosar entonces!...

Tal vez media hora, tal vez una hora más tarde, la *signora* Anna, contenta y feliz, gorgoriteando nuevos versos del poeta Guinizelli, salió de tu cuarto a atender sus obligaciones culinarias. Por semejante desayuno se le habían retrasado los preparativos del almuerzo. Y tú, generalísimo, te entregaste al aseo matutino para emprender con el ex jesuita Balón el acostumbrado paseo por la ciudad, liviano, feliz, enfundado en tu glamoroso traje de mañana, como un personaje de comedia musical,

libre de cualquier remordimiento o sentimiento de culpa, y consciente de que, burlaburlando, en lo adelante el menú de tus desayunos en la cama ya no sería (sólo) de chocolate, pan fresco y mantequilla.

CONSPIRACIONES, PLANES POLÍTICOS Y PROYECTOS CONSTITUCIONALES

¡Inolvidables, generalísimo, aquellos paseos romanos con el ex jesuita Balón! ¡Qué alegría el paso de cada cuadra! ¡Una fiesta seguir el vagavagar sin orden ni concierto, o improvisando sobre la marcha, caprichosos itinerarios! Monumentos aquí, basílicas e iglesias de remotísimas construcciones, estatuas de mármoles increíbles, ruinas yacentes o a medio caer. Más allá, los subterráneos de las Termas de Tito; adentrándose ustedes en ellas, iluminados por hachones de cera, dando traspiés en aquel laberinto, venciendo dificultades indecibles. Y, más allá aún, el muy famoso *Colosseo*, el más soberbio y bien entendido edificio del que conozcamos las ruinas; más de la mitad, semidestruido o destruido del todo, y produciendo (no obstante) una indeclinable sensación de entereza y el efecto más admirable y gustoso de cuantas edificaciones se pueden ver en Roma o en el mundo entero. ¡Cómo describir su figura elíptica, impresionante a la distancia que se quiera! ¡Cómo, su decoración externa con cuatro órdenes de arquitectura: el dórico, el jónico, el corintio y el compuesto! ¡Cómo, su sinfín de ventanas cuadradas y sus 80 arcos antiguamente adornados con estatuas!... A veces caminaban bajo la lluvia, mojados hasta las médulas de los huesos; otras, bajo los rayos de un sol ardiente. La curiosidad no les daba respiro. Partían del albergue inmediatamente después del desayuno y no regresaban hasta el ocaso, casi al borde de la cena. Almorzaban donde primero les pillara el hambre; una *porchetta* en la plaza del Panteón; unas frutas, un trozo de sandía o de melón, algunos tomates, entre los arcos del Foro de Trajano; un paquete de galletitas y una tableta de chocolate, al borde de cualquier glorieta; un pedazo de torta de ciruelas, en la entrevista de una exposición de arte etrusco u otra de arte flamenco; unos raviolones y unas presas de pollo frío en restaurancitos ínfimos y umbrosos del Trastévere; pasteles barnizados en la gran pastelería del convento de los Olivetani, o un simple helado, sin bajarse de la carroza, en una de las múltiples *gelatterias* de los alrededores de la iglesita de los santos Cosme y Damián. A menudo, después del brevísimo almuerzo, se iban caminando, calle arriba, deteniéndose ante la belleza de cada pedazo de pared, no hay

en Roma un pedazo de pared que no tenga su belleza, y alcanzaban una de las puertas de la *Villa Borghese*, la *Porta Pinciana* que está al final de la *Via Véneto*, digamos; y se internaban en aquel vergel, suerte de paraíso terrenal; un jardín-bosque, por mejor decir; y caminaban por senderos bordeados de laureles, rosas y setos inconmensurables de dalias y glicinas; y se detenían frente a las flores silvestres, las hierbas y los arbustos, los cistos resinosos, los enebros, los robles verdes, las asfodelas blancas y amarillas, las prímulas y las campánulas. Frente a cada plantita, por ínfima que fuera, el sabio Balón improvisaba una clase magistral. El sabio Balón sabía de botánica tanto como del emperador Marco Aurelio o del papa Clemente XIV y su confesor Bontamp. A perfección distinguía lo que era una planta *dextrórsum* voluble o una flor *dialipétala*, un hongo *himenogastráceo* o una hoja rectinervia o una trifoliada o una vesiculosa; todo parecía saberlo en materia de hojas y de plantas. Embriagados, tú y él, por el olor de los hinestos, se echaban a dormir un rato de siesta, la siesta del fauno, la siesta de los bisontes cansados, ahí, al pie de los pinos. ¡Los pinos de Roma! ¡Los pinos de Ottorino Respighi! Como si estuvieses, tú, generalísimo, otra vez al pie de *la fontana*. ¡*La fontana di Valle Giulia all'alba*! ¡*La fontana dell Tritone al mattino*! ¡*La fontana di Trevi al meriggio*! ¡*La fontana della Villa Medici al tramonto*! En un ambiente pastoral, tú, generalísimo, al tono del alba; arrullado por un coro matutino de náyades y tritones; siguiendo a Neptuno en su viaje del mediodía; melancólico, generalísimo, a la puesta del sol, entre sonidos de campanas y cantos de pajaritos; o mejor, tú, uno más en un corro de niños, o jugando a la guerra; jugando a la guerra, generalísimo; excitado con tus propios gritos, cual golondrinas viajeras, tomando rumbo al final de la tarde; tú, vuelto pino, a la entrada de una catacumba, cantando un himno solemne, y muriéndote al final; tú, pino del *Gianicolo*, agitando tus ramas bajo la luz lechosa de la luna; tú un pino de la *Via Appia*, cubierto por la bruma matinal, montando guardia en el añorante paisaje; tú, cónsul, rey, emperador, que se aproxima a la cabeza de sus tropas; tú, de quien no se puede negar la existencia; tú, definitivamente triunfante, el único, ¡el único triunfador!...

Y de tus triunfos le hablas, ahora, al ex jesuita Balón, al tiempo que consumen una botella de vino en la terraza del *Café dei Tribunali*. Te le presentas como *El Libertador*, el Libertador de las Colonias Españolas de América, ¡*El Libertador* por excelencia! Independizarás a los países americanos. ¡Seguro, que los independizarás!

—Tres siglos ha que los españoles se apoderaron por fuerza del continente americano. Los horrores que cometieron en su conquista son

conocidos de todo el mundo, mas la tiranía que han ejercitado después, y que continúan ejerciendo hasta hoy, no es conocida ni sentida sino de nosotros.

—Nuestros derechos como nativos de América, o como descendientes de los conquistadores, como indios o como españoles, han sido violados de mil maneras.

—Las violencias son tan comunes que no hay uno de nosotros que no las experimente todos los días.

—Olvidados para todo lo que nos puede ser útil, la España sólo se acuerda de nosotros para imponernos tributos, para enviarnos un enjambre de tiranos que nos insulten y despojen de nuestros bienes, para ahogar nuestras industrias, para prohibir nuestro comercio, para embarazar nuestra instrucción, y para perseguir todos los talentos del país.

—Es un crimen para ella el nacer en América.

—A los ojos de su gobierno todo americano es sospechoso e incapaz de obtener ningún empleo, hecho sólo para sufrir.

—Con una tierra fertilísima, con metales de toda especie, con todas las producciones del mundo, somos miserables porque el monstruo de la tiranía nos impide aprovechar esas riquezas.

—El gobierno español no quiere que seamos ricos, ni que nos comuniquemos con las demás naciones para que no conozcamos el peso de su opresión, ésta no puede ejercerse sino sobre gentes ignorantes y miserables.

—Tres siglos de tiranía son una lección sobrada para enseñarnos a conocer nuestros derechos. Éstos son: la seguridad personal, la libertad, la propiedad, tan esenciales a la organización social.

—Pero, ¿qué libertad, qué seguridad podemos tener nosotros, en nuestras personas ni en nuestros bienes cuando el déspota se dice dueño de vidas y haciendas, y cuando sus delegados y amanuenses nos privan de una y otras el día que les da la gana? ¿Cuando la menor instrucción, la palabra más indiferente, una queja vaga en la boca de uno de nosotros, es crimen de Estado que nos conduce de una manera irremediable a la tortura, al presidio o a la muerte?

Balón es como tú, un amante decidido de la libertad. Dice que en ese amor también ha adoptado la filosofía de los antiguos estoicos. No admite ningún tipo de subyugación o enseñoramiento. Los condena con energía invulnerable. Por eso, sigue el hilo de tu discurso con interés manifiesto:

—El mundo está ya muy ilustrado para que suframos tantos ultrajes, somos demasiado grandes para vivir en una tutela tan ignominiosa. Más temprano que tarde debemos *romper las cadenas* de esa esclavitud infame. Debemos hacerle ver al mundo que no somos tan degradados como

España piensa, tan *sudacas* como nos llaman peyorativamente, ellos vulgares africanos de más acá de los Pirineos, con no se sabe cuántos siglos de atraso cultural respecto al resto de Europa. Obligados estamos a seguir las huellas de nuestros hermanos los americanos del Norte. Estableciendo como ellos un gobierno libre y juicioso, obtendremos los mismos bienes que ellos obtienen y gozan al presente.

Balón confirma tu presunción y alega en favor de la tesis:

—Digno ejemplo es ese de los americanos del Norte. No hace más de 20 años que son libres; sin embargo ¿qué ciudades e industrias no han logrado edificar después de entonces, qué comercio no han establecido, qué prosperidad y contento no se ve entre ellos?

—¿Y nosotros más numerosos, habitando un suelo más rico, sufriendo lo que ellos nunca sufrieron, quedaremos siempre en la miseria, en la miseria y en el avasallamiento? —te preguntas.

—¿Los Apalaches verán sus faldas cultivadas por manos libres e industriosas, y los Andes, mucho más altos, mucho más majestuosos, los Andes que dominan el planeta, serán cumbres desiertas sin cultivo? ¿El Delaware y el Potomac serán abiertos a la navegación de todos los pueblos del mundo, mientras que el Amazonas y el Orinoco permanecen olvidados de los hombres?

—¿Las Artes y las Ciencias serán extranjeras en América Meridional?

—No, amigo Balón, seremos libres, seremos hombres, seremos nación. Entre esa posibilidad y la esclavitud no hay medio. Deliberar o dudar al respecto sería una infamia.

—Los buenos españoles como usted ven con simpatía nuestra libertad.

—No tardará la hora cuando nuestros pueblos despierten. Los criollos y mulatos tomarán conciencia de su estado. Los campesinos *saldrán de sus chozas a pedir libertad*, con las armas que a bien consigan. De las trojes y graneros sacarán sus viejos fusiles, sus trabucos, sus chopos, sus hondas de David, sus machetes de medio filo, sus machetes cola'e gallo, sus rastrillos y azadones. Tenemos armas y generales de nuestro país, amigo Balón. Tenemos guáramo y fervor patriótico. Y tenemos, tendremos, amigos extranjeros que nos protegerán y ayudarán poderosamente. Tenemos, tendremos, sobre todo razón y justicia y ello nos dará el vigor necesario.

—De entre nosotros desaparecerán las odiosas distinciones de chapetones, criollos, mulatos, pardos, mestizos. Éstas sólo sirven a la tiranía, cuyo objeto es dividir los intereses de los esclavos para dominarlos unos por otros.

—Un gobierno libre mira a todos los hombres con igualdad.

—Cuando las leyes gobiernan, las únicas distinciones son el mérito y la virtud.

—Sobre las ruinas de un gobierno pérfido, estamos obligados a establecer un orden sabio y creador.

—¡Sobre la tiranía, la libertad!

—¡Sobre el despotismo, la igualdad de derechos!

—¡Sobre la explotación, la organización republicana y un cuerpo de buenas leyes!

—¡Nuestras miserias cesarán con el vasallaje!

—¡Nuestros puertos abiertos al comercio de todas las naciones nos procurarán la abundancia de lo que necesitamos, y la salida de lo que nos es superfluo o sobrancero!

—¡Nuestras tierras recibirán toda especie de cultivos!

—¡No habrá más estancos, amigos Balón!

—¡No habrá más tributos personales!

—¡Más alcabalas!

—¡Más guardas!

—¡Más impuestos de la sal o del tabaco!

—¡No habrá ninguna otra traba impeditiva del comercio!

—¡Cultivaremos y traficaremos para nosotros, Balón!

—¡Para nosotros solos!, ¿lo entiende usted?

—¡Para nosotros, y no para unos extranjeros codiciosos e injustos!

—¡Todo lo que contribuimos hoy a la España para que nos oprima, lo emplearemos en limpiar nuestros caminos!

—¡En hacer navegables nuestros ríos!

—¡En abrir nuevos canales!

—¡En cultivar nuestras tierras!

—¡En mejorar nuestra ganadería!

—¡En dominar nuestros bosques!

—¡En explotar nuestras minas!

—¡En fundar más y mejores establecimientos para la ciencia, el arte y la beneficencia pública!

—¡En fundar más y mejores escuelas, liceos y universidades, institutos politécnicos, museos, bibliotecas, hospitales y hospicios!

En el colmo de la euforia, informas a Balón sobre tus proyectos constitucionales para la América Meridional, una vez conseguida su libertad. Por supuesto que toda autoridad emanada del gobierno español quedará abolida *ipso facto*. Los *Comicios* estarán formados por todos los habitantes nacidos o establecidos en el país, de cualesquiera castas que

éstos puedan ser, siempre que hayan cumplido los 21 años; que hayan prestado juramento de fidelidad a la nueva reforma del gobierno y a la independencia americana; que perciban una renta anual equivalente a 36 piastras; que hayan nacido de padres y madres libres y que no ejerzan el servicio doméstico ni hayan sufrido pena difamante. Las antiguas autoridades serán sustituidas por los Cabildos o Ayuntamientos de las diferentes ciudades, los que agregarán al número de sus miembros un tercio escogido entre los *indios* y la *gente de color* de cada provincia, y todos serán confirmados por los *comicios municipales*; y ningún miembro podrá tener menos de 25 años ni una propiedad menor de 10 arpendes de tierra; aunque los *indios* y la *gente de color* serán dispensados al principio de esta circunstancia...

Un rato más peroras sobre la constitución de las asambleas, las milicias, el clero, la ciudadanía americana, los poderes públicos, el *Concilio Colombiano*, los dos *Incas* que ejercerán el Poder Ejecutivo, el Poder Judicial elegido en comicios provinciales, el culto, y la capital federal (tal vez, situada en el istmo de Panamá) y que llevara el nombre de *Colombo*, en homenaje al descubridor.

Por momentos Balón te reprocha el carácter censitario de algunas de las normas por ti propuestas. No le haces caso. Estás urgido inconteniblemente de hablar sólo por ti, *consensus omnium*, y no oír consejos ajenos; diríase que estás hecho un energúmeno.

No oyes. Hablas. Das carta de ciudadanía consciente a los duendes que te agobiaron desde que, mozo, vivías en tu casona de la caraqueña esquina de Padre Sierra. Diríase que la *guerra de la capa de tu padre* se te vuelve a encabritar en el pecho; que cargas ese trapo sobre los hombros y la ignominia en el corazón.

—¡Nunca más seremos extranjeros en nuestro país!

—¡Tendremos una patria grande que aprecie y recompense nuestros servicios!

—¡La palabra patria ya no será un término vacío!

—¡Ella animará nuestros corazones de aquel entusiasmo divino con el que animó a tantos pueblos célebres, antiguos y modernos!

—¡Por ella, el vivir se hará agradable, y el morir será glorioso!

—¡*Dulce et decorum est pro patria mori*! —dijiste en perfecto latín.

—¡*Dulce et decorum est pro patria mori*! —repitió, *plaudentes manibus*, el ex jesuita Balón.

Pero, no sólo de paseos turísticos, conversaciones políticas y filosóficas, y afanes libertadores y constitucionalistas, estaban hechos tus días de Roma, generalísimo. Tus relaciones con la *signora* Anna cada vez se tornaban más difíciles y confusas. Tal era el desencadenamiento de las mismas que, por momentos, te acobardaste. Trata de recordarlo todo ahora, tal como sucedió; sin coartadas psicológicas ni morales. Ella, la *signora* Anna sirviéndote el desayuno en la cama cada mañana, y por aquello de que *il dolce stil nuovo* le había dado buenos resultados, exagerando hasta las náuseas sus recitaciones de Guinizelli y Cavalcanti, al modo de una inaguantable Berta Singerman cualquiera en el Municipal de Caracas, en el Teatro Nacional, en la salita «María Teresa Castillo», en el Ateneo de Guatire o en el Guardatinajas; Berta Singerman, siempre dispuesta a vivir su lírica, rodeada de blancas y perfumadas flores y vestida con su imprescindible túnica griega; Berta, la sin par Berta, recitando *La Marcha Triunfal de Darío, ya viene el cortejo ya se oyen los claros clarines*, y *La Amada Inmóvil* de Nervo; ella, grandilocuente, gesticulante, de manos abiertas y brazos extendidos; ella, desmesurada, profética, murmullando contrita; ella, sin cortapisas de ningún género, dispuesta a entregarse de nuevo; frenética, enloquecida, y porque actuando así creía que (de algún modo) tú la recibirías mejor. Tú, más tarde, cuando temías que tales relaciones se estaban volviendo demasiado consuetudinarias y creyendo —como creías— que ya eran conocidas por el Frater Michelle y por el Canónigo y por la señorita Mariuccia y por la señorita Elena y por todos los pensionistas, diciéndole que mejor era ponerles fin, que aquella locura por nada debía continuar, que no te llevara más el desayuno a la cama, que tú bajarías a tomarlo en el comedor; y ella, que no, que no, que no; que por nada lo consentiría; que primero muerta, entre cuatro cirios; y tú, en el acabóse de la pudibundez, diciéndole, pretexto definitivo, que no la podías seguir queriendo a ella porque te habías enamorado perdidamente de la señorita Mariuccia, su hija; y ella, que lo sabía todo, que ya se había acordado con ella, la Mariuccia, sobre semejante particular, y que habían decidido las dos, de mutua y noble voluntad, compartirte; compartirte, sí; compartirte como una tarta de manzanas; y tú, que eso no podía ser; que eso era intolerable; que eso era la mayor de las aberraciones; que eso sería un acto *contra natura*; y ella, que sí, que sí, que sí; que no, que no, que no; que en materia de amor verdadero, nada estaba prohibido; que mañana mismo, para demostrártelo, a la hora de servirte el consabido desayuno, se haría

acompañar por la Mariuccia, y que juntas, madre e hija, hija y madre, convictas y confesas, se dejarían gozar por ti y te gozarían al unísono; ¡como para no creerlo!; ¡como para no creerlo, generalísimo! ¡como para que se les pusieran los pelos de punta a cualquier persona consciente con su dosis de moral racionalista!...

Como el titiritero que dirige los actos de sus muñecos, cierto fue que la *signora* Anna logró, a la hora del desayuno siguiente, que la Mariuccia, ella y tú, indistintos, confundidos, fornicaran los tres, mentira como verdad y verdad como mentira. Y lo peor, que aquel encuentro no fue único, sino el primero de una serie...

Tales condescendencias de gusto de la madre y la hija a tu respecto, generalísimo, terminaron por causarte una dura terrible enfermedad moral, como una suerte de impaciencia febril, un agobiante complejo de culpa, un trauma psicológico de los peores. Te sentiste estuprador, un violador insano, un profanador de la familia y el orden constituido, un indigno, loco de pesar, un crápula. Por momentos, aterrorizado, sentías que habías abusado sexualmente de tu madre, de tu hermana Rosa, de tu padre y hasta del mismo Dios. Ya no sabías cómo contestarle los saludos al Frater Michelle ni al *Canónigo de San Pietro in Vincolo.* ¿Cómo contestárselos, coño, si les follabas a la madre y a la menor hermana a un mismo tiempo? ¿Cómo contestárselos? ¿Cómo contestárselos? Mejor morir de vergüenza antes de encontrarse, cara a cara, con cualquiera de ellos. Y pensar que (inquieto, atormentado) habías de topártelos día por día. Creías que en cualquier momento advertirían tus defectuosidades nerviosas y las causas que las determinaban. Y que los dos, manos a una, te matarían, te harían añicos, te volverían fleco. Sus razones tenían para hacerlo. Sus razones tenían...

Consciente de que aquella situación tenía que terminar, decidiste irte de Roma. El ex jesuita Balón subió en tu estima cuando decidió acompañarte en tu viaje a Nápoles.

—Adiós, querido —te dijo la *signora* Anna, dándote a entender que no te quedaba más que marcharte.

—Adiós, señor De Mariland —dijo tiernamente la *signorina* Mariuccia, aunque en su voz sí creíste oír un tono de quejumbre, al tiempo que te miraba con el rabillo del ojo. Dos días antes te había confesado (ella) que le faltaba el menstruo desde una semana atrás. Presumía que estaba preñada de ti. Si a ser sincero vas, seguro tienes que no había conocido otro varón.

—Adiós —les contestaste a secas, no sin cierto sobresalto en el corazón.

—Vaya usted con bien —contestaron las dos naturalmente.

—El señor Balón le espera desde hace rato en el carruaje —dijo el empleado que llevaba las maletas.

—No hay apuro —crees que le ripostaste.

—Bueno, lo digo por usted —añadió como disculpándose.

En el Reino de Nápoles

Acompañado de tu buen amigo el ex jesuita Balón llegas al Reino de Nápoles, generalísimo. Antes, pasaron por Velletri y las marismas pontinas. Poco después, por el muelle de Gaeta. Recuerdas que en Capua se comieron una *porchetta* al pie de la fortificación. Llegando a Nápoles, la desilusión no pudo ser mayor. La suciedad campea a derecha e izquierda. No obstante, el Largo del Castello y el Paseo de la Strada di Toledo, te deslumbran. Allí, se concentran los festejos del Carnaval. Te gusta el ruido de las carnestolendas, las máscaras, los *confetti*, la zumbante colmena humana, las carrozas, las comparsas y los bailes. Por la red de minúsculas callejas se van, Balón y tú, frenetizados por el jolgorio y sin que les importara mayormente la mugre circundante. A decir verdad, Nápoles es una ciudad mugrienta, apestosa, una cloaca fermentada podría decirse. La gente come, duerme, fornica y defeca en las calles. En las calles lavan y tienden sus trapos. Diríase que, allí, la intimidad de la vida transcurre en las calzadas. En las calzadas, las mujeres les espulgan las liendres a sus hijos, les reclaman a los maridos sus infidelidades, rezan las oraciones a San Genaro para que siga con el milagro de la licuefacción de su sangre, cuecen la comida, y hacen sin rubor alguno las necesidades propias sobre los orinales que luego vacían a mitad de calle. Los chicos desnudos y escrofulosos les siguen de cerca limosneando un mendrugo, una moneda, cualquier nadería; las puticas callejeras se abalanzan sobre ustedes a las puertas del Teatro Nuovo, donde asiste el Rey y ofrecen una opereta bufa; en el *festino* del teatro *di San Carlo*, y hasta en el hermosísimo paseo de la *Villa Reale*, por la parte de Pausílipo, donde se ve que no vive sino la gente de bien, la nobleza normanda y angevina, los hidalgos españoles, los altos funcionarios y los hombres de leyes, abogados o *pagliette* como se les llama, los médicos y embajadores extranjeros. Aquí y más allá suenan las tarantelas con su ritmo rapidísimo en compás de 3/8. Los tambores, las panderetas y los pífanos arman una bulla infernal. Nadie parece conmoverse frente a los viejos *lazzarilli*, hombres y mujeres ancianos que se mueren de a poquito, tirados en el

umbral de las tiendas y en el altozano de las iglesias. A grandes rasgos, ésa es Nápoles. Nadie puede engañarse con ella.

Vivían en un hotel de la *Via dei Tribunali*, alrededor de la puerta Capuana. Al romper el día se despertaban con los pregones de los mercaderes ofreciendo los cerros multicolores de sandías y melones, tomates, higos, berenjenas, los pescados centelleantes, los mejillones y otras variedades de conchillas, puestos allí, en el suelo cochambroso, para desespero de los pasantes famélicos, los gatos y perros callejeros, y el nuberío de moscas. De día visitaban los palacios, templos, museos y monumentos. La *Margellina*, donde está el sepulcro de Iacopo Sannazzaro, el poeta y humanista napolitano por excelencia, llamado «el Virgilio Cristiano». La Catedral de San Genaro, antiguo edificio sin gusto alguno, y donde puede verse la estatua del santo con la sangre cerca de la cabeza que se licua dos veces al año. La Cartuja, que es la iglesia más rica en mármoles y pinturas de todo Nápoles. El Palacio de Capo di Monti. El Castillo de Sant'Elmo...

De noche, merodeaban cerca del hotel, por los lados de la puerta Capuana, y se entretenían con los cantos, gesticulaciones, malabarismos y payasadas de una fauna variopinta de títeres, equilibristas y charlatanes. A veces escuchaban *canzonette* en cualquier cafetucho de los derredores, o se iban al Teatro de San Carlo, aunque de una proporción grandiosa, sin orden alguno en su arquitectura y ornado de espejos y más espejos, como si hubiese sido decorado por los inditos americanos después de la llegada de Colón. En estricta justicia, ninguno de los espectáculos allí montados valía un comino. Ese teatro tiene el gran defecto de que en él se pierde por completo la voz de los actores, y así parece más apto para bailes y mojigangas que para representaciones. Sólo prestaste atención a la primera bailarina, Madame Balentin, cuyo vello púbico conseguiste en una noche de desbordado placer por la nadería de 12 carlines. Una nadería, sí, si consideras que el cequí romano valía entonces 25 carlines napolitanos y el peso fuerte español, 12. Fue en ese Teatro de San Carlo donde, la última noche de carnaval, te topaste con el infame Teniente General Juan Manual Roca, tu otrora jefe de Melilla y que luego te acusó por supuesto ladrón de calzas, cuando prodújose el odioso robo por el musiquito napolitano de los diez mil reales de vellón que te habían asignado para la hechura de los calzones de la tropa. Afortunadamente no te reconoció, aunque tú sí a él. ¡Ah!, si las miradas mataran, difunteado hubiese quedado el miserable lameculo en el propio lugar. Por momentos, abrigaste el absurdo proyecto de abofetearlo frente a todo el mundo. Es así como se cometen las mayores torpezas.

Luego descargaste tu furia contándole a Balón el memorial de agravios que te infligió en Madrid como Jefe del Regimiento de la Princesa y, más antiguamente, en Melilla, cuando apenas ostentaba el simple rango de coronel. El típico perseguidor inquisitorial. Un comemierda puñetero. Un coñón envidioso y tumefacto. Eso, ¡un coñón tumefacto!

Balón era como tú, generalísimo, un turista observador e inquieto. No se perdía detalle. Todo le atraía. Todo lo admiraba con fruición. Igual la biblioteca de más de 24.000 volúmenes que está en el Palacio de Capo di Monti que los animales, no muchos ni mayormente notables, que el Rey guarda en el llamado Anfiteatro de las Fieras. Un mundo se divirtieron con el hermosísimo elefante allí recluido desde trece años atrás, cuando aún era pequeño. Singularísimo era el instinto de ese animal y el manejo prodigioso que hacía de la trompa. Con ella, comía, bebía, tomaba cualquier cosa para arrojarla. A ti te botó un poco de paja, con tanto acierto, que de no haber sido por el sombrero que portabas, te hubiera sacado un ojo. Integro se comió un pan con mermelada que Balón le dio por pedacitos, y se bebió, con la misma destreza, una botella de aguardiente azucarada ofrecida por otro de los presentes, habiéndola destapado él mismo con la trompa, y sin perder una gota, recogido el licor en ella y puéstolo en la boca en tres tiempos diversos. Igual abría su bocaza al mandársele para mostrar los dientes, levantaba las patas delanteras o las traseras según se le instruyera, y se acostaba en el suelo para que lo montasen.

Una buena mañana de marzo, van a Puozzoli. Temprano toman el calesino para atravesar la Gruta de Pausílipo. Maravillados quedan ante el portento de las fumarolas. Las estufas de San Germano, en las riberas del lago de Agnano; los llamados Baños de Pisserelle; tan caliente el agua que bulle constantemente y ni siquiera se le puede tocar con la mano; la Solfarata, una montaña de fuego, cuyo escalamiento cumplieron con muchísima dificultad hasta el propio cráter del volcán. El lago Averno, el Averno mismo, tales sus emanaciones sulfídricas, y la gruta de la Sibila de Cumas. Les gustaba siempre dominar los paisajes por inaccesibles que fueran. En una cantina de Baia toman una botella de vino de Falerno, bastante resinoso y en nada parecido al que describe Horacio con máxima facundia.

Otro día, en Capri, después de recorrer en una barquichuela, las aguas esplendentes de la Gruta Azul, trepan la antigua escalera que conduce de la Marina a Anacapri, seguidos de cerca por las vendedoras de prendas y trabajos artesanos de coral, maderas marqueteadas, conchillas de nácar, y cordeles entretejidos. Almuerzan arriba, boquerones ahumados y una profusa ensalada capresa, en una terraza solitaria bordeada por unos

cuantos árboles espinosos, rosas de Berbería y poéticos narcisos trompones. Una visión de ensueño, bien podría decirse. El mar como un inmenso zafiro azul índico, reflejando la luz de mil antorchas encendidas y banderolas de júbilo y oropeles miríficos. Un sol luminoso, aunque no sofocante. Una brisa suave, dispersando el rocío cual si fuese él gotas de agua bendita. Nápoles a lo lejos, anfiteátrica, hospitalaria, afectuosa y cómplice, aunque insondable a pesar; hormigueante de torres leprosas, estrechas callejas y fachadas barrocas. El litoral sorrentino con su rotunda belleza helénica de la Edad de Oro, desde Amalfi hasta Sorrento. El Vesubio al fondo, gigantón dormido pero siempre amenazante sobre las viñas de tierra negra y la comarca entera, y, más allá, al otro lado del golfo, las islas de Ischia y Prócida, cual las proas esculpidas de dos barcos vetustos, los que transportaron acaso a los fieros argonautas y a los guerreros de Troya.

Otro día, finalmente, hacen la ruta insoslayable de las ciudades sepultadas: Herculano, Estabias y Pompeya. Con ínfulas de experimentados arqueólogos se dedican a curiosear las partes descubiertas de la última de las nombradas. Un cuartel de soldados con pórtico o claustro alrededor y columnas acanaladas. Las cámaras pequeñísimas, como para alojar a dos o tres personas solamente. En una de ellas se encontró un cepo de hierro con las canillas de dos prisioneros. En otra, un molino manual de aceite de piedra. Unos pasos más allá, un teatro, y a alguna distancia, un *gymnasium* de forma semicircular. A poco de allí, el templo de la diosa Isis, algo preservado, principalmente el estuco. Balón te comenta con mucha sorpresa que no alcanza a imaginarse cómo los pompeyanos vivían en espacios tan reducidos. Una casa de familia que visitan ahora, en la cual se observan todos los ambientes necesarios, cocina, cuartos excusados y baños incluidos, viene a abonar su tesis. Los apartamentos son pequeñísimos y encerrados. Para ampliarlos ficticiamente, los pintores se encargaban de decorar las paredes con falsas perspectivas, columnas imaginarias y paisajes difusos. Esas justísimas críticas de Balón fueron ratificadas dos siglos más tarde por un viajero tan ilustrado, perspicaz y difícil de agradar como el francés Jean Paul Sartre. Se refería Sartre, según el testimonio de la entendida Simone de Beauvoir, a tales trucos decorativos como aquel «*tipo de dibujos fastidiosos de los que uno no puede apartar los ojos cuando está con fiebre*». Pero iba más lejos el hipercrítico y revirocho jefe del existencialismo ateo, querido generalísimo. Decía, además, que se sentía bastante decepcionado por los frescos llamados «*de la buena época*», que representan sólo personajes y escenas mitológicas. Él esperaba un poco encontrar en Pompeya una

especie de revelación de la verdadera vida de la Antigüedad, una vida más bizarra, más joven, más brutal, que la que nos enseñaron en la escuela primaria por culpa de la trivialidad grecorromana de los tratadistas neoclásicos y los tediosos viajeros ilustrados del siglo XVIII. Pensaba, por tanto, redescubrir la verdadera Roma en esas ruinas de Pompeya. Pero..., los mentados frescos, a decir verdad, lo defraudaron. A simple vista, la trivialidad grecorromana ya estaba en Pompeya. Sintió que los mentados pompeyanos no creían desde hacía rato en todos esos dioses, semidioses y héroes que hacían pintar en sus paredes. *Las escenas míticas ya eran sólo pretextos y, sin embargo, no se libraban de ellas*. Por eso, el rebelde Jean Paul se sintió aterrado en Pompeya: «*una ciudad cuyos habitantes no tenían sino eso sobre sus paredes, eso que ya les hacía una civilización muerta, que estaba tan lejos de sus preocupaciones de banqueros, de comerciantes y de armadores*», y de «*proxenetas y administradores de burdeles*», te atreverías a agregar tú, generalísimo, en respaldo de la tesis sartreana, y en recuerdo de la única casa privada de la calle principal, cuyas ruinas de verdad te emocionaron al igual que a tu amigo Balón. Un tanto mayor y bien adornada que las demás, con pinturas al fresco y escenas de marcado tinte sexual, mosaicos alusivos a los placeres de la vida, y un Príapo de fornido miembro en erección sobre la puerta principal, a modo de emblema identificatorio y hecho del mismo material de la fachada que es toda de ladrillo; con vista a lo cual y la forma de la casa misma, su mostrador, una olla o caldero de hierro encima, su fogón bien dispuesto, vasos, platos, jarros y pimpinas pintados sobre las murallas y estanterías, amén de pequeños cubículos, ornados ellos con pinturas galantes, sus múltiples salas de baño anexas, y un sinfín de instrumentos para rasparse el cutis, los *strigile* que llamaban, y para hacerse la *pedicure* y la *manicure* y, en general, para ungirse y acicalarse las mujeres y los eunucos, los cuales instrumentos fueron encontrados allí por decenas, bien hace suponer que tal casa fuera al mismo tiempo la sede de un burdel y una hostería. Salvando esos ínfimos rasgos de vida auténticamente vivida y vívida, válganse el pleonasmo y la redundancia, diríase que cabe coincidir con Sartre, cuando ya en franco plan de mofa, dice que los pompeyanos, igual que los romanos y todos los otros ciudadanos del Lacio, ya eran la Antigüedad o estaban adosados a ella como una ventosa, de manera que hubieran podido decir con sus caras muy afeitadas: «*Nosotros, los romanos de la antigüedad*», parafraseando a aquellos caballeros de no recuerda cuál comedia bufa, pero que, burlaburlando y a su modo, se presentaban diciendo: «*Nosotros, los caballeros de la Edad Media que ahora partimos para la Guerra de las Cruzadas*»...

Días después, generalísimo, de manera por demás imprevista, tu estada napolitana tuvo que llegar a su fin. Una epidemia de cólera apareció de pronto, en virtud de las unánimes condiciones de insalubridad y desaseo en las que vive normalmente el país. Despavorido, el ex jesuita Balón regresó a Roma, y tú, a mediados de marzo, un lunes más un martes menos, presa del mismo pavor, sintiendo ya o creyendo sentir los primeros síntomas de la enfermedad y los vibriones coléricos dando cuenta de tu humanidad entera, enterito a pesar, enterítico, diarreico, emitiendo heces muy líquidas y nauseabundas, con aspecto de carne muy lavada, ellas, y los grumos de agua de arroz confirmando la presencia del morbo como para que no quedaran dudas, amén de las ganas de vomitar a punto de volverse vomitadera incontrolable, vómito tras vómito, una diarrea de vómitos diríase, sales para Barletta, en el golfo de Manfredonia, con el ánimo de embarcarte hacia Ragusa, y seguir tu rumbo a Constantinopla, dispuesto a meterte a *gazomètre* o *vendedor de aire*, llegado que fuere el caso, con tal de no interrumpir tu periplo ecuménico, y tomando en cuenta que no terminaban de llegar las libranzas que el coronel Smith, tu amigo Smith, habíate prometido enviar desde Londres. Sí, dispuesto estabas a convertirte en *gazomètre*, ¡en *gazomètre* joder!, y a *desconstantinopolizar* al Obispo de Constantinopla si quisiera *desconstantinopolizarse* él, y a convertirte tú, consecuencialmente en el más grande fructífero y aprovechado *desconstantinopolizador* de todos los *desconstantinopolizadores* de la tierra o, cuando menos (chuscada incluida), en un aventajado vecino de la siria ciudad de Gaza (*une gazelle, un gazouillis, un gazouilleur, un gaziferc*, valdría decir) que al efecto, *a Dios rogando y con el mazo dando*, te resultaba igual.

Y SI DE DESCONSTANTINOPOLIZAR AL OBISPO SE TRATA, PUES, DESCONSTANTINOPOLICÉMOSLO...

Viendo vibriones coléricos o *vibriones en coma* como también los llamó el sabio Koch cuando los descubrió con unos dos o tres años de anterioridad, ,
, ,
, todos los que los vecinos amotinados en los derredores de la puerta Capuana, más de diez mil, quince mil quizás, vomitaban y defecaban, a mitad de calle, al pie mismo de tu ventana del hotel, generalísimo, arremolinados ahora, acalambrados, casi sin saliva, con las bocas secas no sabes si por la

enfermedad o por el tanto vociferar, reclamándoles a las autoridades sanitarias, con pancartas desplegadas, megáfonos altisonantes, antorchas encendidas, puños en alto y voces casi desfallecientes, calambres en los músculos de las extremidades, rostros afilados, con líneas estiradas, como insertas a cincel en las carnes magras, vistas desvaídas a pesar por la rabia, pieles frías y máximos descensos de la temperatura corporal, la falta de higiene, ¡ah, la falta de higiene!, la falta de cloacas y depósitos de aguas negras, la falta de suficientes cuartos excusados, la no tenencia de agua potable, la no tenencia de energía para cocer los alimentos, el nuberío de moscas contaminantes, la no recolección de la basura, y (algo muy importante) la falta de hospitales y centros de emergencia para atender a las decenas de cientos de enfermos moribundos por causa del flagelo; todos ellos, todos esos vibriones malditos, generalísimo, metiéndosete en el cuerpo de una sola vez. A ratos, sientes ganas de romper las amarras del miedo, y salir de tu cuarto del hotel, y sumarte a la manifestación, y gritar con ellos en demanda de más agua potable, más cuartos excusados, ¡ah, la *letrinocracia* en la que decía el Che Guevara habría de convertirse la *Alianza para el Progreso* que JFK se había inventado para América Latina frente a los ministros de economía del área reunidos en Punta del Este!, más alimentos sanamente digeribles, menos moscas, menos gusanos, menos podredumbre, y menos contaminación fecal esparcida por el aire. Pero, te abstienes, generalísimo. Te abstienes, a pesar. Es muy extraño lo que sientes. No sabemos nosotros, ¡coño!, cuánto te emociona y perturba oír esos reclamos, tan semejante a los de todos los hombres en cualquier punto de la tierra; pero, no puedes. ¡No puedes de verdad! El miedo te sobrecoge de nuevo. Piensas que las millaradas de vibriones que los propios manifestantes expelen en su incontenida vociferación, en sus respiros, en sus lágrimas, en cada una de las palabras que dicen, en sus miradas y en sus gestos de redención, se arremolinan sobre ti, se te meten en el cuerpo todo, en cada uno de los órganos del tracto digestivo, en los intestinos para inflamarte sus paredes, y hasta en el culo, en el culo mismo, floriabierto y lleno de bastoncitos, -

Al final, generalísimo, no te mueres, y logras salir de la desdichada comarca.

Sí, aunque parezca mentira, sales de la desdichada comarca.

Llega la libranza de Smith.

Tomas asiento en una buena calesa, pagando tres y medios cequíes, con comida, cama y fuego incluidos.

Por casualidad, encontraste un buen *vetturino*.

¡Cosa bien rara, joder! ¡Pero, lo encontraste!

Con un convoy de siete calesas juntas, logran formar una pasable caravana.

¡De lo contrario, no se podría viajar en este país de mierda!

¡No se podría viajar, generalísimo!

¡Muchos son los ladrones, señor!

¡Muchos, los atracadores a mano armada!

¡Muchos, los asaltantes de carreteras!

¡Por quitarte un prendedor de corbata y cinco cequíes que cargas en la bolsa; por quitarte un par de lustrosas zapatillas y unas medias de seda; por quitarte un reloj de faltriquera y cualquier otra baratija; te matan, te apuñalan, te pegan tres tiros entre pecho y espalda, te deschicopalan los sesos!

¡Con todo, loado Dios, lograste salir de ese territorio, generalísimo!

¡Lograste salir!

¡Estás camino de Barletta!

¡Estás camino de la Salvación!

A mediodía paran a refrescar en un lugarejo llamado «Il Cardinale». ¡Joder! ¡Como para no pasar un solo bocado dada la suciedad! Una señora de papada colgante y un delantal bastante grasiento, sirviendo los pedidos al tiempo que se secaba el sudor y se soplaba las narices con la propia mano servidora. Al anochecer, llegaron a Avellino, ciudad de unas 14.000 mil almas poco más o menos, pobre y puerca, distante de Nápoles unas 27 millas. Diríase, generalísimo, que a medida que te alejas de Nápoles, el cólera parece desarrollársete con mayores bríos. El cólera propiamente dicho o tu hipocondría disfrazada de cólera. Además de la diarrea que sigue impertérrita, haciéndote andar a salto de monte a cada vuelta del camino, la sed intensa, las orinas escasas, la piel fría y pálida, eso que los médicos llaman *hipotermia*, la temperatura por debajo de los 36°. No sabes, en verdad, cuándo vas a traspasar los límites de ese maldito Reino de Nápoles, para sentirte a salvo del todo. ¡Qué país, Señor, qué país! El país de la mierda y del cólera, por mucho que los napolitanos se jacten de su ascenso económico, político y social; de su personalidad moderna, ¡vaya modernidad!; del crecimiento de su industria; del desenvolvimiento de su banca; del impulso desarrollista de la

ciudad y de todo el litoral sorrentino; del crecimiento de su PTB y de su *ingreso per cápita*; ¿para qué sirve el desarrollo macroeconómico, Señor, para qué sirve, cuando el pueblo se muere de hambre e inmundicias?

Antes del día, emprenden de nuevo la ruta por subidas y bajadas. Tramontan los Apeninos. Se refrescan un tanto en la hostería de Mariabela. Antes de anochecer, llegan a Ariano, en la Puglia, más puerca e infeliz que todas las ciudades, villas y villorrios que habían dejado atrás. Muchos de sus infelices habitantes viven en cuevas cavadas en la montaña sobre la cual el centro de la ciudad se empina. Y sin embargo, un médico lugareño al que tuviste que consultar por tu cólera avanzante, se ofendió porque dijiste que el país era infeliz. Atragantado de ira, te echó de su consultorio. Por momentos, creíste ver con el rabillo del ojo que de la gaveta de su escritorio sacaba un pistolón, para despacharte de un todo. ¡*Ah, merde alors*!, terminó diciéndote en correcto francés. ¡Agradezca que le perdono la vida! Nunca habías visto antes un caso de regionalismo tan patético como el de ese mediquito arianés.

Luego, el camino peliagudo hacia Ordona. El miedo generalizado por los riesgos que allí se corrían. Las andanzas del *Procacio* en boca de los viajeros. Un personaje como para ingresar en *La Historia Universal de la Infamia*. Que si mató a diecisiete viandantes en una misma noche. Que si violó a una pasajera de ochenta y tantos años y la despojó, ya cadáver, de todas sus prendas y hasta de los dientes postizos con orificaciones. Que si, que si, que si, y así durante cinco horas. Te consternaba la idea de llegar a una posada limpia, decentemente mantenida, y poder descansar, descansar sí sobre una cama bien tendida. Tratabas de dormir recostando la cabeza sobre la cubierta interior de la calesa. En vano, nada que hacer, los baches te despertaban a cada salto. Pararon a refrescar en una hostería del Puente de Bobille. Allí, a falta de otro divertimento, te diste a observar la índole general de la nación. ¡Qué índole, Señor, qué índole! Pese a que la posada era tan mísera que no tendría ocasión para ganar un escudo válido al día; estaban allí, sentados, unos al lado de los otros, no se sabe cuántos *cameriere* y el tren de servicio como de un palacio. Trece criados contaste arracimados en una sola mesa, adormitados unos, echando chistes los más, y otros tantos sacándose los pedos del culo a fuerza de rasguñazos. Era divertido y horrible, al mismo tiempo, generalísimo, semejante espectáculo.

Antes de anochecer llegaron a Ordona. Para pasar la noche buscaron acomodo en una miserable hostería. Por unos cuantos carlines, contratas a una de las muchachas del servicio para pasar la noche. Quizás no fuera la más bonita de las tres que allí trabajaban, pero sí la más limpita.

Divina se veía con su uniforme blanco, impoluto y aplanchadito. Toda la santa noche se amaron en cuerpo y alma. La elección no podía haber resultado mejor. Era una mujer cuya sexualidad se hacía presente en cada uno de sus actos, en sus emociones, en sus palabras, en su forma de mirar. Te contó de su vida. Había nacido en Ordona, y a los veintitrés años, seguía allí trabajando como mesonera en la hostería porque aún vivía su madre, inválida y demente. Pero, tan pronto se le muriera, se iría a Nápoles para dedicarse por entero a la prostitución. Pensaba que la putería era su única y verdadera posibilidad de vida. En Nápoles, las putas ganan el oro a paladas, aseguró convencida. Es una suposición mía, aclaró después. Por no hacer de moralista, preferiste dejarla con su creencia y su ambición de llegar a ser, alguna vez, una pelandusca napolitana, asediada por clientes y amantes ricos, vestida con ricos trajes de gasas y brocados, recubierta toda ella de alhajas costosísimas; y anegada por un mar de gonococos intrépidos.

A la mañana siguiente, satisfecho de tu noche con la ardorosa mesonerita ordonesa, retoman el camino hacia Barletta, por parajes donde según los lugareños no podía transitarse sin la escolta de varios hombres armados; eran los comederos preferidos de Procacio y su banda para cometer sus descomunales fechorías; y, ya en Barletta, el encuentro con la enorme dificultad de no conseguir alojamiento en la única posada del lugar. Estaba abarrotada con motivo de la feria lugareña que comenzaba al día siguiente. Casi por favor, te fue preciso tomarlo en la gruta que servía de botiga o almacén a un pobre buen marinero llamado Nicola, pagando por él tres carlines al día y tres otros por la comida. Un sufrido falucho pescador, sirviéndote de improvisada cama; las pesadas artes de pescas, remos y aparejos, rodeándote hasta la sofocación; y la forzosa intimidad con el paisaje marítimo que invariablemente te tocaba ver, a la puerta de la gruta, sentado en una silla de anea, desde el atardecer hasta la medianoche; las olas batiéndose contra los rompientes, o más allá, el agua, escurriéndose por la sentina abierta; un *kaiki* de dos velas transportando un rebaño de infinitas ovejas sobre la escorada; el cielo múltiplemente estrellado, la media luna turca campeando como reina aureolada por una luz tenue, cuando no por un nublamiento dramático y viscoso; y el abigarrado pasapasar de los trirremes, los cuatrirremes, y demás embarcaciones para la pesca de la caballa con arte de deriva o enmalle; todo lo cual te entretenía por horas en un despliegue fascinante de sucesivos detalles visuales, uno tras otro, con acumulación de emociones las más diversas.

Nueve días con sus noches, generalísimo, te toca parar en Barletta por falta de embarcación para pasar a Ragusa. Todo ese tiempo esperando, metido en tu cueva, sentado a la puerta viendo el paisaje marinero, como quedó dicho, o leyendo los libros que llevabas a mano. Una bendición los libros a la mano, a la hora de un viaje como aquél. No sabes qué hubiese sido de ti de no llevar, entonces, las *Memorias* del Barón de Tott, antiguo cónsul de Francia en la Crimea, sobre los turcos y los tártaros, o el muy erudito *Viaje Literario de la Grecia* del también francés Pierre Augustin Guys. Al tiempo que deliciosamente escritos, prolijos, sabios, llenos de curiosidades; y por demás instructivos sobre los países y pueblos que te disponías a conocer, con abundancia de historias antiguas, informaciones actualizadas y noticias las más recientes.

Fin de las «Crónicas italianas»

El 30 de marzo, por fin, logras acomodación en una pequeña barca de un marino mercante que salía para Ragusa, pagando cuatro cequíes por el pasaje. Al anochecer se hicieron a la vela y con poquísimo viento navegaron toda la noche. Te abruma la idea de la incomodidad del viaje. La vigilia y el ocio se te vuelven paralizantes. Prefieres saltarte las anotaciones de navegación que aún guardas en el cuaderno de bitácora que es tu memoria de inventariador disciplinado, las variaciones del tiempo, la pequeña ventolina que sopló al inicio de la madrugada; y evocar, mejor, las imágenes italianas que se te agolpan indelebles desde el momento mismo en el cual arribaste a Venecia. El archipiélago de las islas del Rialto y el trofeo suspendido de aristocráticos palacios véneto-bizantinos. El olor infesto, casi irrespirable, del agua de la laguna y los canales. Un trago de *Pinot Grigio*, tu favorita entre todas las bebidas italianas. Las fastidiosísimas elecciones en *Il Palazzo Ducale.* Tus sueños eróticos con las grandes damas del pasado, la *donna Laura*, la Lucrezia Borgia, la Medea de Carpi. La inverosímil juventud y los desquiciantes anacronismos de la *contessa* Marini. Tú y ella, arropados de nuevo en la felicidad del amor cumplido. La insolente prostitución de las muchachas del Hospital *Dei Mendicanti.* Un espectáculo de pésima calidad en el teatro de San Samuele. Los cuatro caballos de oro en la hórrida basílica de San Marco. La infidelidad de las italianas. En Italia *tutti gli uomini sono cornutti.* Las magníficas obras arquitectónicas de Andrea Palladio. La *signora* Marina foquifoquiando sin desvestirse del todo y mostrando sus pendejos entretejidos con ramitas de lavanda. Una visita al taller de

Francesco Guardi, al final de la *fondamenta Sanudo*, muy cerca del formidable *palazzo Soranzo Van Axel*. Padua. Vicenza. *Il Castello San Pietro* en Verona. Mantua. Parma. Módena. Bolonia. Firenze. La estada en Roma. Las declamaciones histéricas e histriónicas de la *signora* Anna. La deliciosa mirada de la *signorina* Mariuccia. Su cuerpo, sus movimientos, su hablar pausado y sugerente, su corazón límpido. La breve apoteosis de su amor...

De tus evocaciones italianas sólo te sacan, generalísimo, las rocosas costas de Dalmacia, calvas, áridas, crispadas, y el horizonte expandido hasta perderse de vista, purpúreo e incandescente, bajo la última luz del atardecer.

EN RAGUSA, CON EL SEÑOR CONDE BASSEGLI

LLEGAS A RAGUSA como sonámbulo, tal el cansancio de la vigilia mantenida en el viaje por mar, durmiendo sólo a ratos en el transcurso de dos días con sus noches. Y, para colmo, los engorrosísimos trámites de aduana, exámenes sanitarios, revisión de pasaportes, preguntas y repreguntas policiales; y el desasosiego de que tampoco en esta ciudad, como en Barletta, lograste conseguir posada. Te salva de dormir en la calle, la bonhomía de un alemán, gordo y rubicundo, de aspecto alegre y pacífico, que, por recomendación del comerciante transportista, decidió darte albergue en su oficina de importador de víveres y géneros. Vencida esa dificultad, al día siguiente, recuperada un tanto la energía, te precipitaste a la calle para visitar al conde Jacobo Bassegli, de primera influencia en el país, y para quien traías carta de recomendación desde Roma. Con él tuviste una bellísima e instructiva velada matinal, plena de citas literarias, entusiásticos comentarios de lecturas afines, asuntos filosóficos y políticos, referencias de viajes, las rememoraciones de rigor sobre los amigos comunes (el Caballero de la Planargia, primero entre todos ellos), noticias sobre el paisaje y la historia del país, y en particular el pavoroso terremoto de abril de 1667, el clima, los cultivos principales, las salinas de Stagno, las librerías mejor surtidas, los títulos más vendidos esa temporada, las galerías de arte, las mercerías, las tiendas de los anticuarios, las manifestaciones llamadas comúnmente culturales, algún comentario insidioso, picantes recuerdos de infancia, no pocas salidas o entradas chuscas; y un opíparo almuerzo bien surtido en lo tocante a suculencias y copas. ¡Un encanto ese conde Bassegli! Lo primero que hizo fue ordenarle a su cochero que fuera donde el importador alemán, en la zona del puerto, a la búsqueda de tus pertenencias, y alojarte, a cuerpo de rey, en el mejor cuarto de su imponderable mansión, la cual recuerdas con placer como un paraíso encumbrado sobre una aturdida concentración de rocas, en lo más alto de la cuesta de la llamada Ragusa Vecchia, y a cuyo pie pueden observarse las ruinas del antiguo Epidauro, incluido el anfiteatro con capacidad para 15.000 espectadores; el puerto

de Gravosa, donde está el arsenal de naves mercantes y varios casinos de la nobleza; y una muy completa vista del mar Adriático y los parajes de las cinco islas adyacentes, todas habitadas y fértiles...

Dotado de un talento verbal nada corriente en por lo menos cuatro lenguas distintas, y de una anfitrionía siempre gratificadora, en esas cinco jornadas que allí pasaste, te colmó de halagos y atenciones inmerecidas, como para dejar estupefacto al más exigente de los huéspedes; te mostró la ciudad entera y los lugares circunvecinos; éste es el acueducto que conduce las aguas de la ciudad, está tallado todo en piedras y es de construcción romana; éste es el Lazareto; ésta es la puerta que llaman de «le Pile»; más allá está la iglesita de San Francisco; éste es el hospital, una verdadera vergüenza; ahí está el convento de los Benedictinos; poseen ellos una pequeña pero buena colección de autores griegos; y, por si fuere poco, te presentó, además, a los vecinos y residentes más ilustres: el señor doctor Michelángelo Roini, una eminencia en jurisprudencia y legislación; el cónsul de Rusia, señor Stefano Jampolsky; el señor párroco de la Catedral de San Biaggio; el senador Francesco, conde de Ragnino; y el señor Pietro, conde de Sorgo, jefe de la más antigua y noble familia de la ciudad, con quien último también pudiste establecer una amplia y satisfactoria relación; al extremo de mantener un intercambio epistolar más duradero, incluso, que el tenido con el mismo Bassegli, poco dado a contestar su correspondencia y más bien inclinado a la conversación directa.

FRAGMENTOS DE GRECIA

EN RAGUSA VECCHIA, acompañado hasta el propio muelle por el conde Bassegli, ¡ningún anfitrión como él!, y en compañía del viejo cónsul general de Morea, señor Cristophoro Basich, te embarcas en una nave nombrada *San Vicente Ferrer*, puesta a tu disposición por la generosidad del señor conde de Ragnino, su propietario, para que te condujera ella hasta Zante, la más meridional de las islas del mar Jónico y, para ese momento, colonia veneciana. Nada fácil la travesía. El arribo forzoso a una islota deshabitada nombrada Saseno, por causa de un *sirocco* fortísimo. Males de cabeza que te provocaron no pocos tormentos. La llamada «*escafonausia*» o «*nausea navigantium*». El vago malestar general indefinible, una especie de vértigo rotatorio, la palidez, los sudores fríos, la cefalea, una indominable sensación de ansiedad y de depresión psíquica; y un día, finalmente, el segundo o tercero de navegación, el vómito desesperado e invencible, hasta vaciarte el estómago de un todo y hacerse puramente biliar, dejándote en la boca un sintomático sabor amargo retamoso, cuando no fecaloide del todo. Tales padecimientos, generalísimo, mermaron tus fuerzas, te minimizaron al extremo de no poder salir del camarote, y por poco no desvalorizaron tu buena voluntad de seguir adentrándote en la Hélade, que a punto estuviste de suspender el periplo y ordenar el regreso a tierra.

A Zante, no pudieron llegar sino veintidós días después, tales las dificultades de navegación. Allí, el Cónsul y tú se despidieron de la «*San Vicente Ferrer*» y de su muy atento capitán, el señor José Picolvich. Fueron a tierra, para cumplir los trámites sanitarios, y por venir de Ragusa, les recibieron como a verdaderos apestados. Casi que los ponían en cuarentena, por los temores al cólera napolitano, según decían. Las molestias sufridas sólo son compensadas por la conversación que logras establecer con el venerable John Howard, allí presente, un sabio y filántropo inglés que había visitado todas las cárceles de Europa para mejorar el régimen penitenciario establecido, y que, entonces, se dedicaba también a visitar los hospitales y lazaretos. Por lo demás, inenarra-

bles resultaron las afrentas a las que se vieron sometidos por los funcionarios de Sanidad, vanos e injustos venecianos, miserables, ignorantes, viciosos al punto de presentarse ebrios en sus oficinas de trabajo, y que desde Venecia llevaban su mierda y sus vicios para unirlos a los del lugar, ya de por sí corrompido. Allí, unas semanas atrás, a las propias puertas de la Aduana, asesinaron al conde Carburg de Cefalonia, que había venido a enseñarles a plantar la caña de azúcar, sólo por robarle algunos dracmas y un bastón con empuñadura de plata.

Con todo, tras los sobornos acostumbrados y el reparto de unas cuantas piastras, pudieron embarcarse, pasada la tarde, en un caique que habría de conducirles a Patrás, quizás la más importante de las ciudades de la Morea, el antiguo Peloponeso griego y ahora bajalato turco.

A la punta del día se hicieron a la vela, y navegando con buen viento, llegaron al anochecer a doblar el cabo Papa, distante unas 60 millas de Zante. Aquí sopló una *«fortuna»*, esto es, un viento fuerte, que les obligó a arribar a la sonda opuesta a dicho cabo, llamada ella Puerto de Misolonghi, donde pasaron la noche al ancla, y pudieron mirar desde la cubierta la desembocadura del Acheloos, el célebre dios-río, que según los mitólogos antiguos era hijo del Océano y la ninfa Tetis, guardiana de la fecundidad de las aguas. En honor al dios-río y a sus memorables padres, recuerdas, generalísimo, que desembalaste tu vieja flauta travesera y te diste a improvisar en ella bellas melodías pánicas buena parte del resto de la noche.

En Patrás desembarcaron sin que nadie les dijese esta boca es mía. De inmediato se dirigieron a casa del señor Guido Paul, cónsul general de Holanda, para quien traías carta de presentación del señor conde Bassegli. Les recibió con máxima hospitalidad y los alojó en su propia casa.

Esta ciudad, como tienes dicho, es la más considerable de toda la Morea, tanto por su población como por su comercio; aunque la decadencia, como la del resto del país, se deja sentir después de la revolución de 1770, pues de 400.000 habitantes que tuvo, le quedarán unos 200.000, y de 300 embarcaciones que en su puerto se cargaban con los productos de la región y especialmente las llamadas uvas-pasas de Corinto, hoy sólo serán 30. Además de las uvas pasas, allí se produce sorgo blanco y negro, maíz, millo grueso y fino, centeno, pienso del que comen los bueyes, piña de Levante, alquitrán, resina, trementina, tintura roja, seda, cochinilla, alquitira o goma tragacanto, cera, miel, lana de oveja y de cabra, pieles de cordero y de liebre, lino, salitre y otros cuantos productos que, de no ser por la explotación turca, significarían en mucho la felicidad de estos pueblos.

Gobiérnase la ciudad por un comandante turco, con la asistencia de un *Cadí* o juez, que atiende los asuntos de justicia. Hay también una Junta de dos o tres personas griegas que llaman *Primados*, los cuales distribuyen entre las gentes de su nación la cuota respectiva al pago de las contribuciones que el pueblo debe pagar a la *Corte de Constantinopla*.

Una tarde, con el cónsul Paul fuiste a visitar al comandante turco o *Dis dar-agá*, así llamado en su lengua, que es el mismo que quince años atrás había aplastado sin piedad el levantamiento griego inspirado por los rusos. Te recibió amablemente en su jardín, sentados a la turca sobre ricas y bien entramadas alfombras y esponjosos almohadones. Te sirvió café, *raki*, una pipa que llaman *chibuquía*, flores; y una cena compuesta por pan de sésamo, carne bien asada y *pilaf* con canela, mantequilla y pimienta encarnada. Para amenizar la cena, algunas muchachas del harem, cantaron el *amané*, ¡*Dunnia tabir, ruya tabir, aman, aman*!, y otras bailaron la danza del vientre. El nombre del comandante es o era Mehemet-Agá. Entonces tenía como 60 años de edad. Llevaba unos mostachos negros, gruesos, recién pintados; y en la cabeza, un alto gorro de astracán. Los ojos, de un mirar gris, enfurecido aún en los momentos de mayor cordialidad, le lucían cataratosos.

Nada más lujurioso y entusiástico que ver a esas muchachas mover sus caderas, sus vulvas y sus nalgas, de atrás adelante, de adelante atrás. ¡Qué negrito Juan Garandé, ni qué negrito Juan Garandé, de *Labana*, bailando la rumba en el solar! ¡En nada les alcanza! Usan castañetas de metal para acompañarse, además de tres o cuatro violines y un pandero al fondo.

Otro de los sucesos interesantes que viste en Patrás fue la celebración de una boda griega entre dos personas de calidad. Crees que pensaste en ella y la rememoraste al detalle unas horas hace.

Cabe recordar, sí, por añadidura, que en esa boda griega de Patrás, tomaste la mayor cantidad de vino moscatel que nunca tomaste en la vida. Beodo, regresaste a la casa abrazado con el cónsul Paul, tan beodo como tú, cantando estrofas del Himno Nacional griego ¡*Y valiente como siempre, salud, salud, oh Libertad*!; lo que bien pudo ser tomado como un acto de afrenta por las autoridades turcas, sin que para suerte de ustedes recibieran por semejante causa ni una simple recriminación tan siquiera.

Al día siguiente, sin reponerte aún de la mala embeodada anterior, te embarcaste en un caique griego, que por tu cuenta fletaste para que te condujera a ti solo, criado y equipaje, hasta Corinto. Costó 12 piastras.

Renglón aparte merece la noticia de tu criado Jorgo o Jorge. Un muchacho bellísimo. El rostro de un óvalo perfecto, estrecho en las

sienes y un poco más ancho en los pómulos. La barbilla pronunciada. Los ojos largos, almendrados, grandes y dulces. La nariz recta en una sola línea con la frente. La boca grande, perfectamente delineada, roja y carnosa. Al reírse, mostraba dientes parejos, blanquísimos y bien formados. ¿Y qué decir de su cuello, de venas brotadas, firme y recio? ¿Qué de su espalda estrecha y sus anchos hombros como los de *El Doríforo* de Policleto? ¿Qué de sus pectorales? Musculosos, como cincelados en mármol o bronce del mejor por el cincel de Fidias o el de sus alumnos Alcamenes y Agoracrito; por el de Fradmón y Gorgias; por el de Mirón, el autor del imponderable *Discóbolo*; por el de Parelio y Pitágoras de Reggio; por el de Alexis de Sicione y Asopódoro de Argos; por el de Atenodoro y Damias; por el de Licio, hijo de Mirón, y el de Arcagates, su sobrino. ¿Qué de sus abdominales, lisos, sin un solo milímetro de grasa sobrancera, sin un solo vello superfluo, escultóricos ellos, enteros, austeros? Con el ombligo ahí, hundido, casi sin vérsele. ¿Qué de su motudo pubis, ¡ah, su pubis!, un pubis con vellón de corderillo al primer mes de nacido? Un vellocino de oro como el que Orfeo y los otros Argonautas procuraron. ¿Qué, de sus flancos redondos? ¿Qué de sus muslos derechos y fuertes, bien sostenidos?

Diríase que era todo un jayán espartano. Un soldado personudo que alguna vez debió pelear en las guerras de los escitas con Darío, en las de Ciro y Tomiris, en las mesénicas, en las medas, en la de Troya, en las del Peloponeso, o en todas las que el historiador alemán J. G. Scheibel cuenta en su libro *Las mil y una guerras de la Antigüedad*. Un atleta. Un atleta, sí, ganador de todas las competiciones de los juegos Pitios, y de los que en honor a Zeus se hacían en la vieja Macedonia, y de los que en honor a Baco se hacían en las orgías de la Beocia, y de los que llamaban Olimpíadas, instituidos ellos por el propio Hércules, según la tradición; él, Jorgo o Jorge, tu Jorgito, coronado de acebuches, laureles y acantos; él, el mismísimo Hércules; él, Corebo de Élide, triunfador absoluto de las primeras Olimpíadas que se recuerdan, celebradas en el solsticio de verano del año 776 a.C., veintitrés años antes de la fundación de Roma; él, el único e indiscutible vencedor del *pentatlo*; él, campeón del salto desde los acantilados; él, campeón de la carrera, de la lucha, del boxeo, del tiro del disco y del tiro del dardo y del tiro de la jabalina; él, primero en el arte del remo y en el de la travesía del Helesponto a nado; él, vencedor del estadio, de los mil metros planos, y del maratón. Él, dominador del toro de Creta y del león micénico.

Bastaría decir, quizás, que era un efebo. El más bello entre todos los bellos efebos de la Magna Grecia. Un efebo tan bello, tan bello, tan bello

como Platón (en sus años mozos, y no viejo, de nariz carcomida y rasgos desmejorados en general, como lo presentan en los bustos consabidos), o como Gorgias, Filebo, Cratilo, Hiparco, Fedón, Hipias Protágoras, Menón, Eutidemo, Menexeno, Teetetes, Timeo, Critias, Fedro, el depravado Alcibíades, y cualesquiera otros de los bellos mancebos que el viejo Sócrates tuvo por discípulos y a los que enseñaba sus máximas: *«Sólo sé que no sé nada»*, *«Conócete a ti mismo»* y *«Saber es acordarse»*; iah, viejo zorro vagabundo, astuto y gozón, ese maestro llamado Sócrates!; icómo sabía el bribón!; más bello que Euristeo, el amante de Hércules y en cuyo honor el mítico héroe realizó sus fantásticas hazañas; más bello que Batilo, el mancebo de Anacreonte y al que éste dedicara sus mejores versos; más bello que el muy hermoso Estésileo de Ceos, por quien (según Plutarco) comenzó la rivalidad de los bravos generales Arístides y Temístocles; más bello que Harmorio, el favorito de todos los banquetes de Atenas, y concubinario de Aristogitón, quien por causa suya, según Tucídides, mató a Hiparcos, hijo de Pisístrato, que también lo pretendía; más bello que el muchacho persa al que amó Alejandro; más bello que el Ganimedes que Júpiter, disfrazado de águila, llevó al Olimpo como copero mayor; más bello que Narciso, enamorado de su propia belleza, admirando su reflejo en el fondo de la fuente; más bello que Epaminondas, Agesilao, Cabrias, Timoteo, Ifícrates, Jenofonte y todos los bellos efebos que a su orden tuvo Pericles, el sabio e imponderable Pericles; más bello, en fin, que el mismísimo Apolo de Delos...

Cierto fue, generalísimo, que conseguiste tu criado patrasiano, Jorgo, Jorge, Jorgito, o como quiera que se llamara. Con él viajaste por toda la Hélade. Y orgulloso te sentías de poder exhibirlo en público, puesto que tal exhibición te confería carácter de gran caballero o de *agozos anir* (hombre virtuoso), como todavía entonces solía decirse, con el lenguaje de los antiguos. No sólo por la belleza física del muchacho, que ya quedó del todo establecida, al punto de constituir objeto de admiración, igual para las mujeres (nobles damas y doncellas, dicteríadas, aulétridas y las heteras más disímiles) que para los más eminentes señores, embajadores extranjeros y augustos magistrados, vale decir, para los varones más cabales, tanto si mayor su varonía; sino, también, por su aticismo incólume, el refinamiento de su lenguaje y sus usos, su estetismo acendrado, la variedad de sus destrezas, la perspicacia de su inteligencia, la lealtad y firmeza de su corazón, libres de toda sospecha, su magnífico don de gente y la pasión que ponía en todo cuanto fuera servirte.

Como un bardo de los tiempos homéricos, acompañándose de una cítara o de su bandolina, repetía canciones y aventuras verdaderas o

inventadas, llenas de interés y de brillantes imágenes, para alegrarte la mesa a la hora de las comidas. Te fascinaba la perfección con la que hacía de cubiculario. A la hora del baño o para dormir, te desnudaba prenda por prenda, te enjugaba con el agua de lavanda que previamente había atemperado para ti, te enjabonaba, te enjugaba de nuevo, te secaba con finos paños de lino, te perfumaba y te ungía delicadamente con aceite de oliva y sustancias aromáticas que él mismo se encargaba de mezclar en las dosis adecuadas para mantenerte flexible la piel y agradado el espíritu, mejor, mucho mejor a buen seguro, de lo que Homero cuenta en la *Odisea* hacíale Policasta, la hija menor de Néstor, a su amado Telémaco.

Con la misma dedicación, te conducía al lecho, te acolchaba, te cubría con gruesas mantas, y te servía el té, un delicioso té de flores de jazmín. Sólo después, al menor requerimiento tuyo, se metía contigo debajo de las sábanas para entregársete sin reservas al instante.

Nada de qué asombrarse, generalísimo. En Grecia, desde los años más remotos hasta los días que corren, la homosexualidad más que un vicio es una virtud. No porque, como tiene dicho el escritor y viajero L. Durrell, que vivió en las islas griegas muchos años, fuera dable suponer que los griegos fuesen más o menos homosexuales que sus vecinos los persas, por ejemplo, sino por la manera singularísima como lograron institucionalizar y hasta sacralizar tales tendencias. En Esparta, Atenas, Creta, Tebas, el entrenamiento para la *areté* («el ejercicio de la virtud») pasaba imprescindiblemente por la sodomía. Por ello, parece estar claro que hubo una larga tradición homosexual en el país, con aumento gradual durante el período dórico hasta, digamos, Homero, por poner un hito. No sólo existió la predilección, sino que era socialmente aceptada y para nada se le sancionaba cívicamente. Aristóteles explica el fenómeno sobre la base de razones socioeconómicas; una manera de controlar la natalidad al parecer. A la vista del Estagirita, ese afán contralor de la demografía explica también la segregación de la que fue víctima la mujer como esposa y como madre. Los ejemplos abundan, generalísimo. Solón, el sabio Solón, dictó providencias legales para fomentar la existencia de las meretrices y las concubinas, que hacían vana la validez de las nupcias. «*Tenemos cortesanas para el placer, concubinas para el cuidado diario de las personas, y esposas sólo para que nos den hijos y vigilen el interior de la casa*»: son palabras de Demóstenes contra Neera, joven pública que dos se disputaban, por lo cual decidieron los árbitros que perteneciese un día sí y un día no a cada competidor.

El deseo de limitar la población, argüía el propio Aristóteles, no es nada intrínsecamente irracional: «*la población ha sido siempre el azote de la civilizaciones en desarrollo*»...

Todo viene a cuento para explicar cómo la pederastia se adueñó de manera irreversible de la cultura griega como rasgo necesario a una ciudadanía superior. Dice un historiador tardío que ella «*era una forma de caballería y santificaba la virtud*». De ahí que poco o nada pudiera hacer el judeocristianismo para erradicarla, ni siquiera imponiendo en su contra sanciones penales, como en efecto logró imponerlas después del siglo IV, cuando ya temporalizado el poder de la iglesia, el monoteísmo trató de convertirse en mono-hetero-sexualidad.

Cuéntase que en Santorín y Creta las uniones homosexuales contaban incluso con la bendición religiosa y normalmente hacíanse bajo la advocación de un dios o un héroe dados. En Tebas las inscripciones del siglo VII que llegaste a ver lo dejan muy claro. Recuerdas en particular, un túmulo cincelado en letras muy grandes, vista sobre el Promontorio Santo, a unos 70 metros del templo de *Apolo Kerneies* y en lo que debió ser un recinto dedicado a Zeus: «En este santo lugar consagrado al mayor de los dioses, Krion de Eginia ha consumado su unión con Hecateo, hijo de Bathycles y, al proclamarlo con orgullo ante el mundo, le dedica este monumento imperecedero.»

Por eso, generalísimo, explicable resulta que tú, ávido de «*leer en el gran libro del Universo*», y ganado por la idea de «*hacer lo que viere, doquiera que fuere*», creyendo con Platón que el alma humana tiene el movimiento en sí misma y es principio del movimiento, y que su esencia, esa actividad perpetua e inagotable, tiene su forma más elevada y más noble en la locura amorosa, el delirio divino por la belleza; explicable resulta, te decías, tu enamoramiento de Jorgo, Jorge o Jorgito, de su cuerpo y de su alma, de su alma entendida ella como substancia completa y no como forma separada del cuerpo; ella, ardiente, ardida, desbocada como Alcibíades beodo entrando al vestíbulo de Sócrates; ella, en su parte irascible y concupiscible, indisolublemente unida al cuerpo, su cuerpo de jayán espartano, y de su alma racional, preexistente y eterna, también; pensada en su prolongación carnal, en términos absolutamente voluptuosos, claro está...

En esos términos absolutamente voluptuosos, lo quieres recordar de nuevo. Joven, jovencísimo. Vestido con su *escómide*, el traje popular; aunque de lino menos fino, de lino al fin; calzado con sus sandalias de hombre del pueblo, unas veces, y sus sandalias altas que tú le regalaste, otras; engorrado de trompetero o con el gorro de pieles usadas, lo mismo da; siempre hermoso, complaciente y jovial...

Por momentos te sobreviene la duda, la horrible duda cartesiana. ¿Existirá Jorgo todavía?, te preguntas. ¿Será el mismo? ¿No habrá variado en su aspecto físico, costumbres y modales? De seguro que sí, te contestas. Al cabo de 20 años largos, por mucho que se diga *«que veinte años no es nada»*, no puede ser el mismo. De seguro, ha variado. Quizás, ahora sólo sea un notable señor griego, maduro de edad, corpulento, de aspecto patriarcal, vestido con calzones de fino paño, chaquetilla bordada en oro, y, en el índice, una gruesa sortija de oro también, con sus iniciales entrelazadas; dilatado buche, amplias ancas; mejor decir: un trasero de jumento; tres pisos de papada y dos o tres dientes de menos; o no, quizás, tal vez, otro notable señor por supuesto el más acaudalado de su lugar; flaco, mugriento, de cabeza descarnada, ojos legañosos, manazas encallecidas, humilde y eclipsado...

¡No! ¡No por favor!, te reprochas. ¡Ése no es tu Jorgo! ¡No puede ser tu Jorge! O, por lo menos, no es el que tú quisieras tener ahora a tu lado, encerrado contigo en esta celda infesta de La Carraca donde sólo esperas la muerte. ¡Ah, si pudieras tenerlo de nuevo contigo! ¡Tal como entonces era! ¡Con su rostro de óvalo perfecto, con su nariz recta en una sola línea desde la frente, con sus dientes parejos y blanquísimos! ¡Con su juventud entera y su fuerza de jayán! ¡Si pudieras!...

Sabes que tu pretensión es vana. Por eso, prefieres retraer el pensamiento al momento del viaje hacia Corinto. Juntos, los dos en la cubierta del caique, admirando de cerca la costa norte del Peloponeso, recibiendo el viento fresco de los primeros días de junio con su carga de aromas florales que Jorgo va distinguiéndote con pericia natural, igual que las grandes manchas de floración multicolores y las colonias de árboles propios. Las flores blancas de la clemátide flámula, que los campesinos llaman también *chelidonia* (flor de golondrina). El llamado árbol del amor, en su mejor momento. Barrancones completos cubiertos de lirios amarillos. La gayomba y el erguen, en pleno apogeo. El tomillo andaluz floreciente para delicia de las abejas que producen la *miel de Hymettus*, famosa en todo el mundo. Las adelfas. Las flores amarillo pálido del pepinillo del diablo, cuyo polen es dañino para los ojos (te advierte, Jorgo, previsivo). Las delicadas flores color azul pálido de la arañuela con sus inconfundibles hojas entre rojas y naranja. El poleo o la menta pulegia y la salvia triloba amarilla. El narciso de los pantanos. La alcaparra, con sus grandes flores blancas y sus largos tallos púrpuras, recubriendo las rocas de los acantilados. El bonito azul metálico de los eryngium. El bermellón intenso de los granados y el purpúreo flamear del sauzgatilo. Un inmenso paisaje colorístico, donde un color pareciera

estar pintado sobre otro color sin solución de continuidad ni contrastes mayormente definidos.

Para llegar a Corinto tuvieron que remontar un durísimo levante y tú, generalísimo, volviste a sufrir tus descorazonadores ataques de *escafonausia* o *nausea navigantium*. Solícito, te atendió Jorgo en semejante percance, acompañándote en el sollado y dispensándote toda clase de cuidos hasta que pasó la calamidad. No obstante, el patrón, marinero avizorador, decidió proseguir, ciñendo el viento hasta donde se pudiera. Y así fue como pudieron alcanzar puerto.

La vida social en Corinto te resultó escasa. Aparte de una visita al *Bey* y otra al Comandante de la Plaza, para quienes traías cartas del cónsul Paul; una breve visita al templo de Neptuno, del cual sólo quedan once columnas de orden dórico, de corta o mediana altura, todas acanaladas, algunas de ellas con su arquitrabe y friso; y otra a la famosa fortaleza o castillo, cuya subida es larga y penosa, pero desde cuya cumbre se divisa la más hermosa vista que ojos humanos puedan ver en la vida, sin que la hipérbole llegue a lucir desmesurada. El Helicón y el Olimpo (el monte de los Dioses) y el Parnaso (el monte de las Musas), con sus cuernos elevados, clarísimos, y más con un largavista como el que tú portabas; el mar de Lepanto; el archipiélago Egeo, y los montes de Atenas; todo al alcance de un solo golpe de ojos.

Por las noches, merodeaban un rato por las cantinas del puerto, repletas de marineros y mujeres griegas y turcas a la espera de aventuras. El erudito P. Dufour, en su muy famosa *Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde*, afirma paladinamente que en Corinto abundaban aún más las cortesanas que en la propia Atenas. Aristófanes, por su parte, afirmaba sarcásticamente que *no todos están para ir a Corinto*. Cierto es que las corintias son mujeres muy exigentes tanto en la resistencia sexual como en los estipendios que demandan al consorte. También es cierto que en esas cantinas del puerto, todavía por esos días en los que tú estuviste en la ciudad, podían verse féminas de todos los países. Cuando tú y Jorgo entraban a cualquiera de tales prostíbulos, se les arracimaban encima, dadivosas y provocativas, tintineando sus panderetas y cascabeles, por docenas y gruesas... Descubrían sus senos, alzábanse las faldas para mostrar los muslos y hasta el monte de Venus, se ofrecían por unas pocas piastras: ¡Soy Alba!, ¡soy Ascania!, ¡soy Póstuma!, ¡soy Epista!, ¡soy Arquipa!, ¡soy Arémula!, les decían. ¡Ven conmigo!, ¡ven conmigo!, repetían como auténticas sacerdotisas de cualquier templo de Venus.

Mas, si a ser franco vas, generalísimo, con ninguna de esas putas corintias te aficionaste demasiado. Que recuerdes, probaste tres. Una,

llamada Candia. Otra, Tesalia. Y la última, Vinca. De las tres, por supuesto, guardas los respectivos vellos púbicos. En sustitución, preferentemente, por menos dinero, tenías a Jorgo. ¡Mejor que todas ellas! O, para decirlo con sus palabras. ¡Mejor que todo el opio que venden los turcos! ¡Soy *un sueño de opio*!, ¡*un sueño de opio*!, alardeaba con razón de sí mismo...

Al romper de un día de mediados de junio, por fin, consigues un pequeño caique hydriota (de la pequeña isla de Hydra, vale decir) que los lleve a Atenas. Al punto, te pones en marcha con Jorgo, a lomo de mula, para atravesar el istmo que tendrá unas cinco millas de ancho. Nótanse en este camino varios restos de edificios antiguos, tal, entre ellos, el famoso anfiteatro de los *Juegos Ístmicos*. Aquí y más allá, observas, distintas marcas de las obras comenzadas para abrir un canal de comunicación entre los dos mares, que a la vista, parece obra facilísima. No resistes la tentación de comparar este istmo magnífico con el no menos magnífico que separa por un tris, en tu América remota, los dos grandes océanos: el Atlántico y el Pacífico. El istmo de Panamá será para nosotros, algún día, lo que el de Corinto fue para los griegos: la sede máxima de la *Gran Anfictionía*, te repites convencido. Y desde entonces, empiezas a abrigar en tu mente la posibilidad de celebrar allí, en el istmo de Panamá, un *Congreso Anfictiónico* que constituya y legitime el *Gran Imperio Libre*, la *Unión de Repúblicas Confederadas, El Incanato, Colombeia*, o como quiera llamársele, que, en el futuro, habrán de configurar las provincias españolas de América.

¡Ah, América! ¡América, unida en una grande e indisoluble Anfictionía!...

Llegan al embarcadero. Puerto Krenki, crees que se llama. El patrono, con su gorra de galones, pantalón arremangado, la camisa abierta y los pies descalzos, da gritos enérgicos para que los pasajeros terminen de embarcar. Jorgo y tú son los últimos en hacerlo. El tiempo se había puesto nuevamente feo. No obstante, al poco pudieron zarpar y navegar toda la noche con un franco mar de proa. Al alboreo, la arribada a Salamina no pudo ser mejor...

Entran en el estrecho o canal que esta isla forma con la costa de Leusina y tú, generalísimo, militar a toda prueba, no puedes impedir que la imaginación se te exalte. De una mañana de junio de 1786 saltas, irremisiblemente, a una de septiembre de 480 a.C., como si pudieses manipular el tiempo a voluntad. Las bellas y aromáticas flores del pancracio (el *Pancratium maritimum* del que hablaba Plinio) empieza a cundir en las arenas costeras. La alcaparra está todavía en flor. La escila

muestra su tallo alto de flores blancas, erecto y sin ramificar, por entre los olivares. Según el canto de los lugareños que llega de las campiñas más remotas, Jorgo te confirma lo que ya tú presumías: comienza la vendimia. Pero, no son semejantes detalles naturales y costumbristas los que mayormente te sobrecogen, generalísimo. No. No son ésos. Es la recurrencia de la batalla celebérrima, de nuevo frente a tus ojos, como una gran puesta en escena. Es la recurrencia de la antigua batalla lo que más te conmueve...

Ocurrido el desastre de las Termópilas, donde murió hasta el último de los espartanos en manos de los persas; sólo la flota podía salvar a Grecia, siempre y cuando los griegos lograran atraer la flota persa hasta aguas que les fueran favorables. Cuenta la tradición que el oráculo de Delfos lo había predicho: «Los atenienses deben construir, para salvarse, muros de madera.» Los muros de madera eran las naves. Por eso Temístocles, con ojo avizor, construye la flota. Por eso, escoge como tales aguas salvadoras las de la boca de la bahía de Eleusis, frente a la isla de Salamina. Esas aguas y esa isla, sobre y frente a las cuales tú estás ahora, generalísimo. Es una bahía estratégica. A ella puede accederse desde dos direcciones, desde el Oeste, entre Megara y Salamina, y desde el Este, entre El Pireo y el Promontorio de Cinosura en Salamina. En tan angostas aguas, la numerosa flota persa se hallaría terriblemente agarrotada, y, con sus mejores dotes marineras y el mejor conocimiento del lugar, los griegos derivarían mayor provecho de la pelea, por mucho que su moral fuera baja desde que Jerjes asolase el Ática. Pero, he aquí que la genialidad de Temístocles concibe una estratagema hasta ahora no superada en los anales de la guerra naval. Deja sin protección el canal entre Salamina y Megara, y envía un mensaje a Jerjes, haciéndole saber que los griegos, presas del temor, proyectan una precipitada huida. Jerjes cayó en la trampa...

Es así, generalísimo, como tú y tu criado Jorgo, encaramados en la cubierta superior, ven cómo la flota persa va bloqueando los dos estrechos de Salamina. Cómo parte de sus tropas desembarca en Psyttaleia. Cómo se despliegan sus barcos en una triple línea desde Cinosura hasta El Pireo. Y cómo, indescriptiblemente, los griegos logran desplegar su flota de 366 trirremes y siete *pentecontores*, parte de ella oponiéndose a las naves invasoras en el canal occidental, y el resto, formado en línea desde Salamina hasta el Heracleion en tierra firme. Euribíades, con sus 16 naves espartanas, hállase a la derecha. El genial Temístocles, con más de la mitad de los trirremes, a la izquierda; el resto, en el centro.

Sobrecogidos de emoción, generalísimo, Jorgo y tú, ven cómo los persas inician la batalla. Debido a la angostura del canal, sus tres líneas

se descomponen en dos columnas, bien porque estuviesen demasiado congestionadas, bien porque la mar se había embravecido. Cierto es que las naves griegas acometen y origínase, entonces, lo que se llama en el lenguaje militar una *melée*. Todo desenvuélvese de seguidas con una velocidad vertiginosa. El estrecho entero es un vasto escenario revuelto donde centenas de naves aglomeradas sostienen no se sabe cuántos combates parciales. Los espolones de bronce abren rumbos innúmeros por entre las líneas enemigas. Los remos son arrancados de raíz. Los remeros, tirados de sus bancas. Las embarcaciones van hundiéndose, una tras otra. Los guerreros tratan de salvarse a nado o asidos a los maderos que flotan. En su mayoría, los maltrechos buques persas son abordados entonces por los griegos y la lucha síguese cuerpo a cuerpo en los castilletes y cubiertas superiores. Y es aquí donde los atletas griegos logran sacar el mejor partido frente a los pesados asiáticos entorpecidos por sus armaduras. Al poco, los persas deciden retirarse, con sólo 300 barcos que regresan inválidos a Falerón.

Dice un comentarista moderno que quizás la batalla de Salamina desde el punto de vista estrictamente táctico no tuviera nada de notable, pero su importancia estratégica fue enorme. Sin una flota que le proporcionase medios de transporte y asegurase sus comunicaciones, Jerjes se atrevió a dejar solo un pequeño ejército en tierra firme que, apenas un año más tarde, fue derrotado en Platea. Así, Grecia no volvió a ser invadida desde Asia hasta el siglo XV d.C.

¡Hala avante! La llegada a El Pireo no se hizo esperar. Después de Salamina, diríase que, antes del desembarco en el puerto, apenas tuviste tiempo de divisar sobre las costas del continente las ruinas del famoso templo de Deméter y también los campos en que esta diosa de la fecundidad y la agricultura, hija de Cronos y de Rea, enseñó a los primeros griegos a cultivar el trigo.

Es Jorgo quien se encarga de todos los trámites de aduana y del desembarque del equipaje a tierra. Es él quien cuida la requisa de los bártulos por parte de los oficiales turcos, quien se las entiende con las autoridades sanitarias, quien busca el alojamiento donde habrían de pasar la noche; quien contrata las cabalgaduras que, al día siguiente, les transportarían a Atenas.

Nunca pasó por tu cabeza entonces que alguna vez pudieras perder un criado tan activo, bello y servicial. Cuando, terminada la excursión por Creta, te dijo que no podría acompañarte el resto de la ruta y que por sus propios medios regresaría a Patrás, sentiste un desgarrón, una carencia dolorosa, una especie de despecho inconmensurable, que te duró por

días y semanas. Fue una inevitable y súbita despedida que te afectó hasta lo indecible, aunque a la postre terminaste por entender sus razones. Era el mayor de seis hermanos y debía velar por ellos y por su madre viuda. Se sentía responsable de la viudez de su madre. Su padre, Nikolio Brahimaki, cinco años atrás, había muerto en un lance personal por defender su integridad de niño cuasi impúber (la suya de él, su primogénito), frente a un turco miserable de Corfú que había tratado de seducirle primero, y de violarlo, después. Un turco miserable, señor, un marinero astroso, beodo, una bestia feroz. No un caballero. Algo muy diferente del abierto y poético ideal griego...

La imagen del padre muerto, yacente en medio de un gran charco de sangre, roturado por las mil heridas de una navaja barbera, nunca más se le quitó de la mente y le creó para el resto de sus días un inhumano, inconfesable, complejo de culpa. Por eso no te acompañaría más allá, ni se alejaría demasiado del lar nativo. Por eso, regresaría a Patrás, a seguir atendiendo a su madre viuda y a sus cinco hermanos menores. Ya vendría otro caballero dadivoso y distinguido que le contratara de nuevo como criado. En Grecia, ese tipo de trabajo para los muchachos jóvenes y bien parecidos nunca falta. Es una colocación abundante y bien remunerada, señor. En los últimos cinco años él había vivido de su ejercicio. De ese ejercicio había derivado con creces los proventos necesarios para mantener a la familia...

Siempre trabajando para caballeros extranjeros. Nunca para griegos, y, mucho menos, para turcos, aunque el propio *Dis das-agá* lo estuvo solicitando por semanas y meses, y tentándolo con las más generosas ofertas.

Entre sus patronos más distinguidos recordaba a un conde polaco, un barón alemán, un rico mercader sorrentino, y por encima de todos ellos, mejorando lo presente señor, un pintor inglés de Exeter, Edwin Hilliard, descendiente del muy renombrado Nicholas Hilliard, al parecer el más grande de los miniaturistas ingleses. En 1783 llegó de visita a Grecia por unos días, se enamoró de las islas del Egeo, y se quedó dos años, pintando, siempre pintando, pintando y navegando de isla en isla, sí señor. Tenía un velero muy hermoso que llamaba «Capitán Raleigh», en honor al célebre pirata que fue amante de la reina Elizabeth I y que terminó sus días decapitado en la Torre de Londres. Era una barca de velas latinas, con una estampa bastante curiosa. Tenía un puentecillo curvo entre amuras, levantando un escotillón destinado a la maniobra de la vela de martillo, y una proa airosamente respingada; estaba en principio destinada a la pesca de altura; pero, para el pintor Hilliard terminó

convirtiéndose en un vehículo de paseos marinos; de Skiathos a Skópelos, de Skópelos a Skiro; más allá o más acá; por las Cícladas, por el llamado grupo de las islas Vernáculas, por el mar de Creta, por las Espóradas del Norte y las del Sur, casi llegando a Turquía, y hasta por las islas del mar Jónico, en las propias costas de Albania.

Pasando por Patrás, a su llegada, Hilliard contrató a Jorgo como criado y ya no lo soltó hasta el último momento que pasó en el territorio griego...

Después de merodear por todas las costas de la península y de las dos mil islas hasta el último de los peñascos, Hilliard optó por instalarse en la islita de Skíathos, la misma donde pasó sus días finales el héroe Teseo. La escogió por su verdor cuasi tropical o tropical del todo. Se hizo construir, allí, una casita preciosa en la estrecha lengua de tierra que se extendía entre el fondeadero y el mar abierto. En el jardín, crecían un par de limoneros frondosísimos, aparte de muchas plantas florales. Y, en el traspatio, un olivar. Veinte o treinta olivos, de los más hermosos ellos, que por entre sus ramas filtraban una luz arcoirisada, que el señor procuraba cada vez capturar en sus cuadros. En esa casa de Skíathos, decía Jorgo haber pasado los mejores años de todos los que hasta entonces llevaba vividos. Allí, en un inmenso estudio abierto al mar, posaba para su señor desnudo del todo; le lavaba los pinceles, le ordenaba los colores, le tensaba y preparaba las telas; igual, le preparaba sus magros almuerzos: un trozo de pescado a las brasas, ensalada, un poco de queso y un par de melocotones; y sus tragos, todos los tragos que se tomaba durante el día y buena parte de cada noche: *ouzo* con jugo de limón y un tantín de azúcar....

Al parecer, el tal Hilliard era *un caballero con bastantes vueltas. Un caballero con bastantes vueltas*, refería de él Jorgo cada vez que lo recordaba.

Hilliard solía pintar a Jorgo, desnudo del todo, tendido sobre un lecho de asfódelos o de doncellas mayores recién brotadas en la arena de la playa a comienzos de enero; levitando él sobre una barca transportadora de burros; subiendo las escaleras de Náxos; sirviéndole una copa de vino a Zeus, cual Ganimedes, en el Olimpo. Me pintó un sinfín de veces; pero, nunca me puso un dedo encima, señor; se ufanaba muy orondo, sin disimular su orgullo, y con cierta picardía; nunca me lo puso; se quedaba, eso sí —agregaba después— mirándome extasiado, horas de horas; se tomaba entre tanto no sé cuántos tragos de *ouzo* con jugo de limón; mordía su *chibuquía* (fumaba también *chibuquía*), y al final de la jornada me decía invariablemente, en correctísimo inglés:

«George, you are an opium dream. Your value surpasses that of the entire opium sold by the turks.»

Entendiste entonces, generalísimo, la razón por la cual Jorgo repetía, como una cacatúa amaestrada, en los más disímiles momentos, *antes del parto-en el parto-y después del parto*; de mañana, tarde y noche, o por *quítame esta paja del hombro*: *Yo soy un sueño de opio señor; un sueño de opio. ¡Mejor que todo el opio que venden los turcos!...*

Soy un sueño de opio, señor; un sueño de opio; ¡mejor que todo el opio que venden los turcos!, te dice plácido, sobresaltado, casi al borde del atolondramiento, con una mueca indecisa entre la risa y el llanto, justo en el momento cuando te informó que no te acompañaría a Esmirna. Finalmente, generalísimo, quien de verdad lloró fuiste tú, cuando, la voz quebrada, los ojos humedecidos, un nudo en la garganta, un dolor inaguantable en el pecho, le dijiste, crees que alcanzaste a decirle: ¡gracias, amado Jorgo!, ¡gracias te sean dadas, por todas las bondades que me dispensaste!...

Pero, no te adelantes a los acontecimientos, generalísimo; no te adelantes; disfruta de la luz del sol mientras dure. El sol es como la vida, ningún soñador lo ignora. Disfruta esa imagen revitalizadora y prestigiosa de Jorgito Brahimaki, acompañándote, lasciva, feliz, siempre tentadora, a todo lo largo y ancho de la Grecia; por el continente, y por las islas...

Disfrútalo esa noche pasada en El Pireo. Sirviéndote, él, de cicerone, por entre las callejas del puerto y las hileras de barracones alegremente pintados. Él delante de ti. Tú, detrás de él; siguiendo de cerca sus nalgas ajustadas, sus piernas musculosas, esa figura de muchacho-muchacha un poco demasiado esbelto o esbelta; él, deteniéndose ante los asadores de chinchulines de cordero y escogiendo para ti el más apetitoso de todos, dándotelo a probar en la boca ahora; él quitándote de encima, a bastonazos, los mugrientos pedigüeños piojosos, la escoria, metecos, ciegos e inválidos de la peor ralea; él, conduciéndote, a la luz de una linterna de aceite, por entre los bares de putas, con sus mujerucas culonas, ventrudas y desgalichadas, y su clientela de marineros, satisfecha o desatada, eruptantes, estentóreos; apenas detenidos, ustedes, en los umbrales, y viendo, como si sí como si no, hacia el interior de las covachas, alumbradas (a su vez) con hachones de cera; aquella noche; ¡ah, aquella noche!; *toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas*; cuando como dos muchachos vagabundos, optaron por irse al final de la playa, para gozarse entrambos, a la luz de las estrellas, en el espigón de afuera del puerto.

Disfrútalo, generalísimo, en el camino de El Pireo a Atenas, a lomo de mula los dos; él, su silueta magnífica recortada sobre los restos de antiquísimos muros, los olivares, las viñas, los trigos, las huertas, la hermosísima e imponderable llanura, y el cielo azul, desnublado, incandescente...

Disfrútalo en Atenas misma. ¿Cómo imaginar Atenas sin la presencia de Jorgo? Bien podrías decir, generalísimo, que Jorgo es Atenas. Jorgo a la puerta de la Ciudadela. Jorgo en el frontispicio del templo de Minerva. Jorgo en el Erectón. Jorgo, disfrazado de Cariátide, marmóreo, sustentante, una mujer completa...

Jorgo, en el Teatro de Baco; Baco, él mismo; Dionisio, naciendo del mismísimo muslo de Zeus; nacido del fuego, y criado por la lluvia; el calor ardiente que madura el racimo; Jorgo, el agua que impide la muerte de las plantas; tú, generalísimo, la más tierna y última de las plantas posibles; Jorgo errante, contigo, por los territorios más lejanos: la Lidia, la Frigia, los llanos de Persia, las poderosas murallas de Bactriana, y el territorio de los Medos, y la Arabia remotísima también, también la Arabia remotísima; Jorgo enseñándoles a los habitantes de todas esas tierras el cultivo de la vid; él, bondadoso y amable las más de las veces; pero, otras, despiadado y cruel cual el más perverso de los dioses; enloqueciendo a las Bacantes, emborrachándolas hasta el furor...

Jorgo, las Bacantes y tú, generalísimo, como salvajes correteando por los bosques, lanzándose colinas abajo y subiéndolas entre gritos agudos y agitando los tirsos, las varas adornadas con piñas. Nada les arredra. Descuartizan los animales salvajes que encuentran al paso. Los conejos silvestres. La marta común. La comadreja. Las cabras monteses. Las gacelas. Las agamas esteliones. Devoran sus carnes sangrantes. Y cantan. Cantaban:

¡Oh, cuán dulces son los cantos / y las danzas sobre la montaña, / y la desaforada carrera! / ¡Oh, cuán dulce es caer / agotado en tierra. / Cuando la cabra salvaje / Ha sido perseguida y alcanzada! / ¡Oh, la alegría de esta sangre / Y de esta carne roja y cruda!...

¡Ah, la carne roja y cruda de Jorgo, generalísimo! ¡Ah, tu propia carne de entonces! ¡No la de ahora, en esta infesta celda de La Carraca! ¡Estéril! ¡Deshecha! ¡Seca y envejecida! ¡Acartonada, pegada a los huesos! ¡No esta carne, por favor! ¡Esta carne, exangüe y hosca, como la de las ovejas exhibidas en los mercados de Atenas! ¡No, por favor! ¡Esta carne, esa carne, no!...

Mejor, sigue disfrutando la dulce compañía de Jorgo por la Magna Grecia. ¡Será un consuelo para ti! ¡Un consuelo!...

Ahora, Dios manda a los dos, están en el famoso templo de Teseo, el edificio más entero de su especie. Nada le falta. Y si no fuera por un par de columnas que se han salido de su centro, tal vez por algún temblor de tierra o esfuerzo de la barbarie, y algún ligero desfalco en las piezas de mármol que cubren los pórticos alrededor, en imitación al maderaje que ellos usaban, podría decirse que está ileso.

Su figura es cuadrilonga y de bellísima proporción. Jorgo afirma que ella sirvió de modelo al de Minerva. En verdad, se puede dar como posible. Te comenta, también, que sus bajorrelieves sobre metopas y frontones son alusivos a las expediciones de Teseo, el príncipe ateniense por excelencia, cantado por Ovidio y por Apolodoro, por Plutarco, por Eurípides y Sófocles. Un rato largo te habla de las hazañas de ese héroe. Jorgo, amén de bello y exquisito varón, se había bien preparado para ser un cicerone excelente, y sabía todo lo que había que saber sobre los *dioses, héroes y leyendas de Grecia*, para bien contárselo a los caballeros que lo contrataban como criado. Y sobre Teseo estaba particularmente informado. No en balde, los dos vivieron en Skíathos; uno, sus días finales, y el otro, los más felices (al parecer) de su incipiente juventud.

Razón de sobra tienes, generalísimo, para pensar que Grecia era Jorgo y que tu Jorgo de esos días es Grecia.

En Atenas, tomaron posada en un hotelito más bien astroso de la plaza Syntagma. El único que consiguieron. Tal su incomodidad, que muchas veces prefirieron pasar la noche merodeando, sin pegar los ojos, por las tabernas de la plaza Omonia, o tirados sobre la grama, bajo las encinas, pinos y madroños del patio del Palacio del Comandante. Allí, una de esas noches, presenciaron y hasta participaron achispados en la fiesta que se celebraba con motivo de la conversión de un joven griego —Ganimedes del Capitán Pachá— a la religión mahometana. Por lo regular, a todo joven griego bien parecido de esos días lo tomaba un turco, lo fornicaba y lo ponía bajo su mandato y cuido. Es así como, en ese país colonial, se comienza la carrera política. Así se forman los burócratas y principales dirigentes del Imperio de la Sublime Puerta. Y si un padre tiene hijos en edad de merecer, él mismo hace de proxeneta y se encarga de celestinearle a cada uno su turco respectivo.

Por fortuna, Jorgo logró salvarse de esa ignominia. El primer turco que se le acercó fue un mísero marino beodo, no un pachá, ni un agar, ni tan siquiera un dragomán. Lo celebra, con su forma de decir aguda y melodiosa, en un tono casi lapidario, de sonidos puramente dentales, fulmíneos, como el entrechocar de dos piedras.

Pasaron esas noches y esos días de Atenas sin dormir, generalísimo. En las calles, en los mercados, en las tabernas, en los museos, en el Licabeto, en las colinas aledañas, en el pórtico de los templos, en los estadios y anfiteatros. En el Pnyx, se echaban horas de horas a contemplar la Acrópolis, a distancia. Rememoraban entonces los tiempos heroicos, antes de Homero, después de Homero. Los tiempos antiquísimos. Los de Solón. Los de Pisístrato. Las guerras medas y la primacía de Atenas. La de Esparta. La literatura. El teatro. Las bellas artes. La filosofía. La ciencia. Aristóteles estableciendo las leyes de la lógica. Arquímedes pidiendo un punto de apoyo para mover el universo...

Aquí y más allá, al cabo de cualquier esquina, en cualquier entrecuadra, a la puerta de la primera taberna que encontraban, a pico de botella, tomaban un trago de *ouzo*; el más áspero de los licores que has tomado en tu vida; más salvaje y más áspero que el *zebid* egipcio, que el *arak* libanés, que el *patis* francés, que el *mezcal* mexicano, la *pinga* del Brasil y el *cocuy* de Barquisimeto que, alguna vez, recuerdas de niño haber probado en tu casa caraqueña.

Por puro entretenimiento se detenían frente a los escaparates de las grandes panaderías y sus exhibiciones de panes antropomorfos. Panes como grandes falos erectos. Panes, rociados de miel, como jugosas vulvas. Panes como inmensas trompas de Falopio. Panes como testículos arrugados. En ningún otro país de la tierra, generalísimo, viste nunca, como en Grecia, tal fijación mental por los órganos sexuales. Diríase que cada griego carga impresos entre ceja y ceja, una verga al punto, una vulva despernancada, un orto floriabierto, cuando no un órgano múltiple y hermafrodítico, mitad verga, mitad vulva y, en parte, culo también; también, culo.

Al cabo, optaban por entrar y ordenaban unos *lukums* que comían sabrosamente acompañados de un chocolate con leche cremosa y espesado aún más por una amarilla de huevo.

Un día escogieron hacer una excursión al campo de Maratón, a ocho horas de Atenas. A la punta del alba, tomaron los caballos y echaron a andar. Jorgo había contratado un guía de lo más chusco, conversador, cantante, y contador de chistes graciosos, muchos de ellos para no ser contados frente a señoras, con lo que la travesía, pese a las dificultades del camino, resultó un encanto. Ya en Maratón, ocho horas más tarde, y después de no pocas acampadas con frutas y vinos en cualquier recodo del camino, Jorgo se encargó de revivirte la batalla.

Desde la explanada de un montículo aledaño se divisa la llanura toda. Allí estaban las tropas de Darío, mandadas por Mardonio, te señala

Jorgo. Allá, sigue señalando, las griegas. A su frente estaba el grande Milcíades. Inferiores en efectivos, y temerosos de la Caballería persa, los griegos habían dispuesto, durante la noche precedente, defensas innúmeras con troncos, ramas, piedras y toda clase de obstáculos. La iniciativa fue tomada por los atenienses, que se estrellaron durante horas ante la resistencia enemiga, hasta lograr imponerse el ala derecha primero, y luego la izquierda gracias a los obstáculos preparados, volviéndose ambas sobre el centro persa, para rematar el aniquilamiento. Los derrotados que pudieron huir, se refugiaron en las naves, fondeadas en la cercana orilla; mientras más de 6.000 cadáveres persas inundaban con su sangre todo el espacio. Los atenienses apenas tuvimos 192 muertos, dice Jorgo ostentoso. En su homenaje, levantamos, señor, aquella pequeña montaña o túmulo de 9 metros de alto por 183 de contorno en la base. Según la tradición, te sigue contando, los vencedores enviamos (Jorgo hablaba como si fuese uno de los vencedores que allí estuvieron) a un soldado pedestre, que corriendo debió trasladarse desde el campo de batalla hasta Atenas para participar la victoria; llegando a la plaza Syntagma, apenas exclamó: ¡*Hemos vencido*!, y, al punto, murió por el esfuerzo y la emoción.

Otro día cualquiera, generalísimo, deciden hacer la excursión de las islas del Egeo: Míkonos... Delos, centro del que irradian las Cícladas... Rinia, Sira, Tínos... Andros, y el antiguo recinto de Paleópolis, y la extensa planicie de Messaria, y las nevadas cumbres del monte Kovari... Creta... Roda, Patmos, Stampalia... Lesbos, Lemnos, Thásos... Citerea y Cerigoto... Náxos y Páros... Samos y Chíos... Santorín... ¡Cuántas islas, señor! ¡Cuántas islas!...

Vuelven a El Pireo. Se embarcan en una nave de cabotaje que para en todas y cada una de esas islas. Bien que viajando entre jaulas de gallinas, toneles de aceite, fardos de mercerías y un sinfín de cachivaches indefinidos, Jorgo te explica que es la manera más práctica y barata de hacer el periplo. Restallantes, en la memoria se te suceden los paisajes, y Jorgo, siempre Jorgo, siniestro y divino a la vez, obsceno, procaz, perentorio, cual el *Doríféro* de Policleto o el *Antinoo* de Fidias, con sonrisas y arrumacos, en medio de todos ellos. ¡Qué de satisfacciones!...

En Míkonos se detienen dos días con sus noches. En playas apartadas nadan y toman el sol desnudos; atrapan cangrejos, bogavantes y morenas; suben al mercadito donde las lugareñas exhiben: chales, alfombras, bonetes, joyas de baratijas, y un mundo de pacotillas; toman *ouzo* con los marinos en las tabernas del puerto y ven de cerca los molinos de viento, blancos, con sus velas grises.

En Delos la estancia fue bastante más movida, pues Jorgo se empeñó en hacerte subir hasta el más empinado punto del monte Cintos, para mostrarte el sitio preciso donde, según la tradición, Leto, fecundada de morochos por Zeus, huyendo de la furia de Hera, buscó refugio y alumbró, abrazada del tronco de una palmera y haciendo presión con sus rodillas sobre la tierra, a Apolo (Febo, el Dios Sol por excelencia) y a Artemisa, o la Diana Cazadora que también llaman, soberana de los animales salvajes y tenida por la Diosa Luna. Jorgo se empeñó en localizar la palmera en cuestión, según él todavía existente un año o año y medio atrás, cuando decía haberla visto en compañía de Hilliard, quien, de paso alcanzó a dibujar no sabe cuántos bocetos del rarísimo espécimen; hecho de todo impensable en sano juicio de razón, pero que Jorgo, con ese poder encantatorio que le era característico, te hizo admitir como posible. No recuerdas, generalísimo, cuántas vueltas laberínticas dieron en la cumbre del Cintos a la búsqueda de la quimérica datilera, ¿era acaso una datilera? Cierto fue que tampoco hallaron el lago de agua dulce, límpida y pura, donde las Musas lavaron a los divinos recién nacidos, y, mucho menos, los cisnes sagrados que con sus revoloteos y graznidos celebraron el magno acontecimiento, y los cuales (lago y cisnes) decía Jorgo haber visto en la misma oportunidad anterior, jurando y perjurando, por supuesto, que Hilliard, el magnífico Hilliard también los había bocetado hasta el infinito. Un guardabosque con el que se toparon dice que el lago en cuestión, de haber existido, mucho hacía que debió secarse, pero con todo, después de las escasas lluvias del invierno, algunas charcas de agua empozadas se forman en la altura. Tal vez, admitió, una de esas charcas haya sido la vista por el iluso Jorgo y su no menos utopista pintor. Lo que sí recuerdas haber visto, tú, generalísimo, fueron montones de ranas verdes y lagartijas del mismo color que saltaban y se paseaban por entre las piedras como si por siglos y milenios hubiesen sido los únicos dueños del lugar...

Por supuesto que no le agradeces a Jorgo el que, amén del esfuerzo del empinado ascenso y el descenso no menos complicado, te hubiese hecho dar tantas vueltas en pos de vagueación tan descabezada. Con un cansancio indecible y las plantas escaldadas, casi en la carne viva, llegaste a la posada a tomar medicamentosos baños de pies que el propio Jorgo se encargó de dispensarte.

Por lo demás, el antiguo esplendor de Delos te deslumbró. Aunque su puerto te lució minúsculo, cierto es según las lecturas de los historiadores y geógrafos de los primeros tiempos por ti hechas que Delos era el punto focal del comercio entre Europa y Asia. Allí fondeaban todos

los barcos que venían de los Dardanelos y Creta. Por ese ínfimo y, no obstante, importantísimo puerto pasaban la seda de Persia y los tapices de Babilonia, los linos y cáñamos de la India y el marfil de la Etiopía y de la Troglodítida, el ébano y los cedros de Arabia y el carey dorado de las tortugas áureas de la isla Oceanítida, sita ella en las bocas del Ganges.

Ese esplendor queda denotado gracias a los detalles de las ruinas de los almacenes, graneros y muelles; lo que queda del templo de Apolo, el *Ágora de los Competaliastes* (muy cerca del puerto viejo) y la cual debió tener un aspecto imponente cuando todas las estatuas estaban en pie; entre todas, la gigantesca de Apolo, al decir de Jorgo, regalo de los marinos y banqueros de Náxos, y que debía estar considerada como una maravilla de técnica y arte, a juzgar por la inscripción de su base, la cual llegaste a ver: *«Soy del mismo mármol, estatua y base.»* Por desgracia la ruina se ha apoderado de ella. Está hecha pedazos. Un trozo descansa cerca del templo de Artemisa, un pie había sido visto por ti en el Museo Británico de Londres, y el otro, no tardarías en verlo más tarde en París. Una mano está en el museo de Delos, otra en el de Atenas. De la palmera broncínea que daba sombra a la gran figura, no queda ni un resto de tronco...

De todas esas maravillas délicas, sólo parecen haberse medio salvado, que no salvado del todo, los cinco leones micénicos (eran nueve), rugientes, y en trance de saltar bajo el sol deslumbrante. Por su estilo arcaico, parecían haber sido cruzados con jaguares persas. En estricta verdad, más parecen jaguares que leones...

De Rinia recuerdas poco, generalísimo. Diríase que allí casi no pararon; apenas, el tiempo suficiente para desembarcar unos sacos de lentisco, unas damajuanas de *ouzo* y unas cestas de melones, y darle un vistazo al puerto nada significativo. Recuerdas sí, lo estrecho del canal que separa a esta isla de Delos, peligrosísimo él, y cómo sus aguas se vuelven enteramente blancas, casi como espuma de leche por efecto del viento llamado *Meltemi*. En su travesía, a punto estuviste otra vez de sufrir tu *escafonausia*...

Distinto el caso de Tínos. Allí te admiró la mezcla variopinta de gentes enfermas, algunos *in extremis* venidas de todos los Balcanes, a bañarse y a curarse en sus fuentes medicinales, dedicadas a Poseidón, a Esculapio y a Anfitrite. Con los enfermos, pulula igual una fauna de vendedores ambulantes, malabaristas y prostitutas, ansiosos por medrar en el ambiente de la superchería. Incluso en la oscuridad, la ciudad era de un blanco resplandeciente. Sobre las escarpas del castillo veneciano detectaste unas manchas más oscuras, las de los cipreses que allí, y en

todas las islas griegas por lo general, se ambientaron de lo mejor desde cuando los fenicios los trajeron desde el Himalaya.

Y al frente de Tínos, Andros; aunque con aspecto más abrupto y menos variado. Allí, por los negocios del patrono de la barca, tuvieron que quedarse tres días. Recorrieron íntegra, a pie, la planicie de Messaria. Un buen rato, escalaron sin mayor fortuna el monte Kovari, y casi un día entero se pasaron visando y revisando el antiguo recinto de Paleópolis. El resto del tiempo se mantuvieron en la playa, nadando y jugando bolos. O pescando con antiparras. También pescaban con antiparras...

Una delicia era ver nadar a Jorgo, desnudo del todo, en ese mar limpísimo de Andro; adentrándose él en el agua entre verdínea y azulenca, mientras el cuerpo, su cuerpo de atleta olímpico, su cuerpo de jayán espartano, iba proyectándosele, titilante, estirándose y encogiéndose, multiforme, arisco, levantados los brazos, echada un poco a un lado la cabeza para respirar mejor, pataleantes las piernas, sobre el blanco luminar de la arena del fondo. Un rato te entretuviste queriendo ser pintor como el mentado Hilliard para dibujarlo en pleno movimiento natatorio; sería muy difícil de seguro; pero, valdría la pena recoger en unos cuantos trazos de lápiz o carboncillo esa euritmia maravillosa.

En el trayecto de Sira, volviste a sentir la hórrida *escafonausia*. A la postre, te repusiste por los cuidos de Jorgo. Una vez en tierra, la isla no tiene mucho que ver. Recuerdas que se pasaron el día subiendo y bajando escaleras entre casas blancas muy viejas. Con todo, esa pequeña isla tuvo y sigue teniendo su importancia. El puerto es bueno. Y de él parten casi todos los barcos que van a Esmirna y a Alejandría. Allí, te cuenta Jorgo, Hilliard hizo más de treinta dibujos en tiza, tinta y carboncillo sobre lienzos, con el tema de barcos sobre el mar. Algunos de ellos estaban al ancla y se les podía ver a perfección sus aparejos. Otros estaban ciñendo, navegando lo más cerca posible del viento, y casi que se sentía el fragor del viento encima de ellos. Otros se representaban arribando, es decir, alejando la proa de la dirección del viento cambiando el ajuste de sus velas. Todos eran unas maravillas. ¡Unas maravillas!, repetía delirante, casi al borde de la estupefacción. Y, tú, a punto de reventar de celos, como queriendo decirle que nada más querías saber del tal Hilliard, ni de sus cuadros, ni de sus gustos, ni de sus costumbres; que se guardara sus cuentos; que se los comiera; queriendo, mejor, hablar de la pesca de tiburones o de la siembra del lentisco; pero, absteniéndote; absteniéndote, porque de proponérselo, a buen seguro el mejor pescador de tiburones, o el mejor sembrador de lentisco, habría terminado siendo el odioso pintorcito.

No había nada que hacer. Para Jorgo, Hilliard había sido y seguiría siendo el ser más importante y admirable de la tierra. A su lado todo le había resultado grato y feliz. Nada que lamentar. La más nimia de las horas que había pasado a su lado le parecían, y eran de hecho, horas inolvidables. Por lo menos, eso era lo que te hacía sentir cada vez que te contaba (y te lo contaba muy a menudo), cómo limpiaba la casita de Skíathos para él, y cómo le preparaba su comida de pescado a las brasas y un tanto de ensalada, y cómo le tensaba y preparaba las telas, y de cómo le posaba desnudo, para terminar pregonándote, en correcto inglés londinense:

—*I'm an opium dream. I am better than all the opium sold by the turks.*

Imposible, generalísimo, seguir al pie de la letra todas las peripecias de ese periplo insular. Imposible expresar tantas emociones encontradas, tantos paisajes desconcertantes, tantas situaciones de vida, historias, costumbres, personajes fabulosos, consejas, mitos y tradiciones. Ni el novelista de mayor talento podría hilvanar con éxito tal cúmulo de acontecimientos, tales cosas del mundo, tal *rueda de la fortuna*; la concurrencia de tantas y tantas circunstancias, la simultaneidad, la casualidad, la eventualidad, lo contingente y lo necesario...

Nunca podrá un novelista de talento abarcar la vida toda en una novela, por mucho que su obra recoja fragmentos de esa misma vida con la apariencia de una totalidad.

Limítate, por tanto, generalísimo, a recordar tus andancias por aquellos paraísos, a modo de chispazos, como luces que se te encendieran a ventura. Un episodio memorable que te emerge de repente, la novedad de un encuentro o un desencuentro fortuitos, un chiste de ocasión, la suerte de este o aquel episodio, el desenlace imprevisto de este drama o aquella comedia. No te angusties por el sufrimiento de tener que recordarlo todo. Tómalo con calma. No pierdas de vista que ya los antiguos griegos enseñaban que la *anamnesis* o recuerdo es un acto puramente espiritual; el acto por medio del cual, decía Platón, el alma ve en lo sensible lo inteligible de acuerdo con los arquetipos o modelos por ella contemplados cuando vagaba libre en el mundo de las puras ideas, sin las ataduras corpóreas.

Recuerda. Recuerda como te venga en gana, como la evocación o la presencia se te vayan dando. No es que ahora tengo que hablar de mi papá, de mi mamá, de mi hermanita y Serafín. No. No es que tengas que relacionar cronológica y pormenorizadamente cada uno de los cientos de islas, islotes, cayos, escollos, peñascos y peñasquitos del Egeo en los que paraste alguna vez; a los que bojeaste por sus contornos o divisaste a la distancia.

Alguien, viajero como tú aunque de tiempos posteriores a los tuyos, dijo con mucha propiedad, generalísimo, que los viajes son siempre como un *rito de purificación* y que *«lo que permanece después de la distancia es lo definitivo»*...

Nada tienes que recordar de Kéos, ni de Sérifos, ni de Sífnos. Nada de Kimolos, ni de Sikinos. Nada de Milos, salvo que fue allí donde encontraron la celebérrima estatua de la Venus desbrazada. Nada de Amorgós, ni de Folégandros. Mucho, sí de Níos, la diminuta Níos, por la tranquilidad y verdor de sus cañadas y viñedos; por el candor de su brisa marina, apenas perceptible; y porque allí, Jorgo y tú, hicieron parar al patrono con su lanchita de cabotaje, sólo para peregrinar hasta la tumba de Homero, en la ladera norte del monte Pirgos. Siete ciudades griegas se disputan la gloria de ser cuna del inmortal poeta; sólo Níos puede jactarse de ser, inequívocamente, su tumba. Allí pasó el bardo sus días últimos. Siendo ciego, como era, escogió el lugar no porque quisiera admirar la belleza del paisaje, que a buen seguro no veía aunque pudiera intuirla, sino por la placidez de la brisa que allí sopla. Reza la tradición que Homero solía comparar la brisa de Níos con el sueño profundo y acariciador de la primera infancia.

De la pequeña Níos pasaron directamente a Creta, la más grande de las islas griegas, tan grande en lo físico como en lo histórico, de modo que la parte del Egeo que la circunda se llama autónomamente mar de Creta. Un mar de aguas tan claras y transparentes que hasta a treinta o cuarenta brazas se puede ver con diafanidad suprema el fondo y las gorgonias que se mecen al vaivén de la marea. Creta más que una isla es un continente. Así, pareciera determinarlo la presencia obsesiva de sus cuatro macizos montañosos que, más o menos, metáfora incluida, la convierten en cuatro países distintos. No por casualidad, Homero la saluda en la *Odisea* como «tierra famosa por sus cien ciudades»...

Tal es la variedad y grandeza de Creta que, enseguida, te diste cuenta de que no podías abarcarla en los solos dos días que el patrono de la barca había decidido pararse en ella para cumplir su comercio de cabotaje. Fue por eso que, Jorgo y tú, decidieron quedarse a riesgo propio; con vista a conseguir otra barca de cabotaje, o a esperar la que entonces dejaban un mes o mes y medio después. Tres semanas se quedaron en Creta, Jorgo y tú, generalísimo, y diríase que fueron ésas las tres semanas más intensas, hermosas e irrepetibles de cuantas pasaron juntos, por *«la sensualidad espléndida de la luz y el múltiple desnudo»* y *«la agria, venenosa tristeza en el paisaje de almas y costumbres»*, diría un buen poeta; tres semanas para recordar por los siglos de los siglos...

La llegada la celebraron en una cantina de Canea, tomando *tsikudi*, una especie de *marc* o *grappa* típico. Tal fue la borrachera que esa noche no lograron dar con la posada que previamente habían contratado. Durmieron, por tanto, en una de las playas cercanas al puerto, hasta cuando los despertó el sol, inclemente, despiadado; y no obstante, siguieron durmiendo, como lirones, a pierna ancha y tendida, hasta el punto de una insolación o *golpe de sol* como también se le llama, con su inevitable secuela de cefalea violenta, congestión del rostro, algunos vómitos, un cierto dolor en la nuca casi hasta la pérdida de la conciencia, una cierta excitación neuropsíquica, y hasta un tanto de fiebre alta. Para reponerse de semejante dolencia, habiendo encontrado por fin la posada, optaron por darse respiración boca a boca con fines terapéuticos, y ponerse compresas de agua fría en el cuerpo desnudo, él a ti, tú a él...

Unas horas después, diríase que ya estaban restablecidos del todo; pero conscientes los dos de que ya no podrían tomarse una embeodada tan fuerte como la que entonces se tomaron y de que, tampoco, podrían exponerse tan largo tiempo al sol.

«No tomar *tsikudi* en proporción tan desmedida y no exponerse por demasiado tiempo al sol», en lo adelante, se les volvió una consigna.

También Creta es un territorio donde se siente la mala mano dominante de los turcos. Cuando se produjo su conquista en 1669, según el libro *Creta, Rhodus, Cyprus* de Meursii que adquiriste entonces en una de las librerías de Candía, la isla contaba con un millón de habitantes; en 1700 Tournefort encontraba apenas cien mil; doscientos mil cristianos se dice habían perecido bajo el alfanje musulmán, y otros tantos habían escapado del yugo, y entre éstos casi todas las familias venecianas. No obstante algunos restos del antiguo esplendor; monumentos, palacios, carreteras, acueductos, todo ha ido cayendo hecho ruinas, sin que nadie se ocupe de reconstruirlos o restaurarlos.

Para el momento de tu estada, la población quizás llegaba a unos 300 mil habitantes, en su mayoría griegos, con una minoría turca de 45 o 50 mil personas residentes, casi todas, en las ciudades de Canea, Candía y Retymo. Los griegos, por su parte, viven diseminados en las aldeas. Cuando han segado el trigo y vendido su aceite (el principal producto de exportación y con el que se fabrica todo el jabón del Levante), se insurreccionan; se niegan a pagar los impuestos, tasas y contribuciones; se internan en lo más alto de las montañas; encienden fogatas; devoran carneros; beben aguardiente como unos búlgaros, o como verdaderos cretenses que para el caso es lo mismo; bailan la *souzza*; tiran al blanco, y fornican entre ellos en forma por demás promiscua.

Si el gobernador envía en su contra a un grupo de gendarmes, los secuestran, se los quedan como rehenes y a no pocos les dan muerte. Entonces el gobernador pide tropas y dinero a Constantinopla; le mandan un par de regimientos, y se le promete dinero. Por lo regular ese par de regimientos no es suficiente para contener la insurrección. El gobernador demanda más soldados y más dinero. Una nueva fragata trae desde la capital turca a un *bajá* o a un *bey*, encargado de negociar; se inician las discusiones; los griegos piden la eliminación de tal o cual impuesto, el *Iva* o *Impuesto del Valor Agregado* pongamos por caso, y la destitución del gobernador que, en presencia del emisario real, ha sido interpelado por los insurrectos en la plaza pública o *ágora*, como también la llaman; por regla general, se les concede cuanto quieren; se hace la paz, y los griegos, con argumentos falaces, se dan por satisfechos, y regresan a sus casas, diciéndose: *Hasta el año que viene*.

Otro gobernador viene con el encargo de tomar a la quieta lo que había sido derogado a la fuerza; reimpone el *Iva* y los otros impuestos suspendidos; reprodúcense las tribulaciones, agravadas ahora por la frustración del esfuerzo perdido; y, al cabo de la nueva siega y la nueva venta de aceite, otra insurrección, otro enfrentamiento, otras negociaciones, y por último: los mismos resultados.

Y en verdad, pasa que los cretenses, pese a su conformidad y aparente timidez; por el ancestro cureta, pelasgo, helénico o vaya usted a saber; o porque han vivido mil situaciones de oprobio, las férreas leyes de Minos en las que al parecer se inspiró Licurgo para hacer las terribles que impuso a los espartanos, el derrumbamiento del imperio minoico, la dominación véneta, la venta de esclavos cretenses en Turquía, tal cual como si fueran ellos negros de África vendidos en América; por todo eso, o por lo que fuere, son bravos de verdad. De ordinario se visten como si fuesen vaqueros arizonianos, hombres del duro oeste de Norteamérica, con sus altas botas a mitad de pierna, una pistola cargada a la mano, una chaquetilla de cuero a ras de cintura, si no un chaleco ostentosamente bordado; y en la cadera, sobre la gruesa faltriquera a medio caer, un par de dagas relucientes, dispuestas a matar, a hundirse en el vientre o el costado de cualquier impostor, a vengar cualquier agravio, o a inferir, de pronto, cualquier ofensa...

Recuerdas, hablando de bravatas, la que les tocó pasar en un bar de Candía. Jorgo había tomado por lo menos media damajuana de vino *commanderia*, tinto y espeso, y achispado él la cogió por hacer chistes de mal gusto contra algunos de los circunstantes y la cabezonería y el orgullo regional típicos del cretense. Y, por supuesto, no tardó en

formarse la gresca. Un marinero de toscos modales y recia contextura se paró frente a Jorgo:

—¿Quién eres, hijo de perra, para que hables así de nosotros?

Jorgo no hizo más que mirarlo con aire sorprendido.

Pero, el marinero insistió:

—Eres un hijo de perra, ¿sabes?, un hijo de perra inmunda que ningún derecho tienes a hacer chistes sobre los cretenses.

Jorgo se sintió obligado a responderle:

—¿Me lo dice a mí? ¡Hablo porque me da la gana!

—A ti, a ti, hijo de perra. A ti, mariquita. Cobarde. Hijo de perra. Hijo de perra inmunda. Y ningún derecho tienes a decir tantas babosadas.

—¿Qué es lo que me dice ahora?, ¿qué dice? —te preguntó Jorgo, como no queriendo darse por aludido, sin que se le notara mayormente afectado, aunque sí bastante menos borracho, como si el achispamiento se le hubiese pasado por obra de los insultos. Y, ya, dirigiéndose al hombre, en forma razonable y paciente, como si quisiera que él lo entendiese y se callara.

—Pienso que exagera la nota, señor. Un chiste más, un chiste menos, no le rompe un hueso a nadie.

—Marica, mariquita, hijo de perra inmunda —volvió a gritar el hombre presa de una histeria irrefrenable...

Fue entonces cuando Jorgo se dispuso a responderle con los puños.

Y todos los presentes, los otros marineros que estaban con el retador y los lugareños que colmaban el bar se acercaron y cerraron sobre los dos hombres, haciendo el espacio de un *ring* de boxeo.

Nadie dijo una palabra más. El hombre intentó golpear a Jorgo, tomando la ofensiva. Jorgo esquivó el golpe en forma por demás habilidosa y le devolvió un contundente golpe de izquierda en la boca, que de inmediato empezó a sangrarle. El hombre, enardecido por la presencia de la sangre en su quijada borboteante, siguió amagando, y Jorgo, crecido, agigantado a la altura de un titán, le acertó de seguidas dos golpes en el ojo derecho. El marinero se aferró con toda su fuerza al cuerpo de Jorgo y logró desgarrarle la camisa, pero, sin solución de continuidad, Jorgo hundió violentamente su derecha en el abdomen del hombre y después lo empujó y lo abofeteó en la cara sangrante y amoratada con el dorso de la mano izquierda.

Ninguno de los presentes se atrevía a proferir palabra. Presenciaban la pelea como si asistiesen a un ritual sagrado.

Jorgo arremetió enseguida contra el hombre, dispuesto a dar cuenta final de él. Le asestó con rapidez fulmínea tres ganchos seguidos en lo

alto de la testa. El hombre lo aferró de nuevo y a Jorgo volvió a rasgársele la camisa, al punto cuando se lo sacaba de encima y le aplicaba dos golpes bárbaros en la boca, convertida ya en un incontenible desbaratado malsufrido manadero de sangre.

—¿Tienes algo que decirme ahora, mula de mierda? —le preguntó Jorgo antes de propinarle otro golpe en la boca al hombre que, además, ya tenía hinchado el lado derecho de la cara y el ojo a un tris de cerrársele del todo.

El hombre volvió a asirse a Jorgo y Jorgo lo sujetó y lo inmovilizó.

—No me sangres encima, hijo de puta —le recriminó antes de darle un empellón suficiente para que el hombre se tambaleara sobre sus propios pies, e inclemente, le alcanzara la cabeza con otro rápido golpe de izquierda, y volviera, sin paz con la miseria, a cruzarle la cara con el dorso de la mano.

Indómito, invencible, lucía el Jorgo que, ensoberbecido por la victoria innegable, pechereó al hombre atribulado, lo levantó a pulso encima de sus pies, y le increpó:

—¡Dime algo! ¿Quieres decirme algo?

El hombre que apenas sabía de sí y respiraba con dificultad como si sufriese de un súbito ataque de asma, asustado, malherido, no obstante, tuvo fuerzas para espitarle:

—Sí, que eres un hijo de perra; un hijo de perra inmunda.

Fue la gota que derramó el cántaro.

—Piltrafa, maldito —le ripostó Jorgo—. ¿Quién demonios te dijo que eras capaz de pelear?

Y de un solo nuevo derechazo a la sien izquierda, lo lanzó cuan largo al suelo para dejarlo noqueado del todo.

Los amigos recogieron el despojo del hombrachón y lo sacaron en parihuela.

—Llévenlo al hospital de los francos —dijo una voz desde el fondo—. Sólo allí podrán salvarle la vida —agregó, entre burlona y compasiva.

Los restantes observadores fuéronse progresivamente retirando a sus respectivos puestos. Todos con mayores o menores expresiones de beneplácito se hacían lenguas de la pelea y destacaban las magníficas dotes de peleador que exhibió Jorgo.

Lo que pudo haber sido una hecatombe y un mar de cráneos rotos se había convertido, al parecer, en un magnífico espectáculo.

Después de tratar de pagar la consumición, de lo cual les exoneró el patrono del bar con exageradas zalemas y muestras de cortesía, se fueron a la posada.

—Eres un campeón —le dijiste a Jorgo—. Razón tuve cuando pensé alguna vez que eras un campeón olímpico. El único ganador de todas las competiciones de atletismo, boxeo, lucha, carreras pedestres y de carro, y lanzamiento del disco; un campeón completo —agregaste.

—Sólo soy un domador de toros —contradíjote, con cierta displicencia—. Un domador de toros y de mulas —agregó después, con risa celebrante.

Al parecer, los cretenses son muy amigos de ese tipo de pelea. Dados al boxeo, más que los neoyorquinos, buscan el encontronazo por el encontronazo mismo; para gozarlo por el puro goce de los puños bien aplicados, los moretones, y la sangre llegada que fuere. Se cuenta con gracia en la isla que hasta a San Pablo, al inefable Paulo o Saulo, le ofrecieron el suyo. Al parecer, el santo que se metía en líos allí donde iba, entró a un bar de Canea para tomar un *ouzo*, con un montón de epístolas bajo el brazo y, pasado de tragos, empezó a decir que los cretenses eran *«unos mentirosos, bestias malvadas y unos panzas lentas»*. Por supuesto que, en respuesta, le dieron no se sabe cuántas patadas por el trasero; pero el santo, que era de armas tomar, también repartió sus patadas y unos cuantos puñetazos. En la isla las opiniones están divididas. Hay quienes dicen que el santo dejó a la mayoría de los lugareños con las costillas y las narices rotas. Hay quienes, por el contrario, afirman que el que tuvo que salir medio muerto para el hospital de los francos fue él; él, con su excerta de epístolas debajo del brazo, por supuesto.

El resto de la estada en Creta, generalísimo, diríase que fue deliciosa. Se iban de excursión a las aldeas y a las playas más remotas. Aquí y más allá se echaban en la arena a contemplar el cielo. ¡No hay cielo más bello ni más límpido que el cielo de Creta! ¡Desnublado! ¡La bóveda azul abierta como un solo grande abanico! ¡Casi como un mar, el mar mismo diríase! Henry Miller afirmó alguna vez que en el cielo de Creta a uno le provocaba bañarse, *«librarse de la ropa, correr y, de un salto, sumergirse en el azul»*.

Las más de las veces, de regreso de los baños de mar en esas playas celestes, a lomo de mula o de menguados borricos, se detenían en las posadas de camino a degustar las comidas del lugar. ¡Qué comidas, generalísimo! ¡Qué comidas! ¡No sabes cómo se despotrica tanto de la comida griega! ¡Que si el exceso de ajo! ¡Que si el exceso de especias! ¡Suecos y escandinavos deben ser los que así se expresan!

Hace falta numen de poeta para exaltar la comida cretense en frases perfectas y contadas. Los pollos refritos. Los conejos. Los camarones. El eperlano salteado. Las berenjenas cocidas a fuego lento. Las empana-

ditas de huevas de pescado. Los sesos de cordero a la marinera. *Okra*. Garbanzos. *Avgolemono* de endibias. Alcauciles con manteca. *Zucchini*. Buñuelos de calabaza. Las arvejas. El *shish kebab*. Las judías gigantes acompañadas de mejillones frescos, o a la viceversa. Y los rollos de un metro de largo de *koukouretzi* y trozos de cordero. Y las ensaladas. ¿Qué decir de las ensaladas? Una fuente inmensa de achicoria silvestre, lechuga y diente de león, con el eneldo y la menta y la escarola para darles fragancia, y el agregado de trocitos de queso *feta* y las consabidas aceitunas negras, con mucha pimienta, y mucho aceite de oliva, y mucho jugo de limón. Y los postres. ¡Voto a Zeus y a todos los dioses del Olimpo, por los postres de Creta! Los damascos bañados en chocolate, de crema, de merengue dorado; el *ravani*; el pastel de *yogurt*; las galletitas con miel; las tabletas de pecana; las peras con almendra; el *baklava*; y la *trigona* con hojas de pasta *phyllo* molidas...

Un día, Jorgo decide; no sabes por qué, siendo Jorgo el criado y tú el señor, siempre era él quien decidía; decide, dijiste, ir a visitar el Laberinto de Minos, a la búsqueda del celebérrimo Minotauro, no sabes si con la punta del hilo de Ariadna (o sin ella) a la mano. Cierto fue que emprendieron la faena, y que subieron una colina empinadísima, y que llegaron a una abertura muy pequeña, abierta sobre las rocas vivas; unas rocas de cal arcillosa, formante de capas horizontales. Y que, una vez dentro, encontraron algo muy parecido a un tejado plano y cámara y pasadizos a cuyos lados se habían amontonado cerros de piedras desprendidas. Incontables fueron los pasadizos con los que se toparon. Partían del principal, como ramas del tronco de un árbol, y cualquiera que entrara sin luz en ellos se perdería sin remedio. El guía, llamado Vimpos, contó cómo en las pasadas insurrecciones contra la dominación turca, los habitantes cristianos de los pueblos próximos, él entre ellos, se guarecieron allí por semanas y meses para huir de la terrible represión...

Puedes atestiguar, generalísimo, la veracidad de la descripción del lugar y que ciertamente es denominado *«el laberinto»* en el habla local; mas, no puedes dar fe de que sea el mismo construido por Dédalo a instancia del rey Minos, y donde estuviese encerrado el monstruo hijo de Pasífae y el toro enviado por Poseidón al rey cretense, y al cual, según la tradición, cada determinado número de años (uno, tres o nueve) había que sacrificársele siete efebos y siete doncellas. Que se sepa semejante cueva nunca se ha explorado por completo, aunque los lugareños aseguran que la red interna de corredores abarca un área de diez kilómetros. A tu vista de hombre moderno el lugar no es más que una de las tantas

cuevas naturales que pueden verse en las islas griegas. Toda la superficie de estas islas es un mero casquete de caliza metamórfica profusamente perforada por las sucesivas explosiones volcánicas. Así tratas de hacérselo entender a Jorgo, pero éste, obsedido por las viejas creencias mitológicas de su pueblo, no aceptaba ninguna otra explicación que no fuere la de la leyenda tradicional.

Fue en Creta donde Jorgo tomó la decisión de regresar a Patrás y de no seguir haciéndote de criado. Ya contaste el pasaje de la muerte de su padre y el complejo de culpa que él sentía frente a su madre viuda y a sus menores hermanos huérfanos por la ocurrencia de tal suceso. Fue ésa la excusa que dio como motivo de su decisión. Más tarde, te enteraste por carta de tu amigo el cónsul Paul que, regresado a Patrás, Jorgo se había vuelto a encontrar con su pintor Hilliard. Juntos, al parecer, regresaron a la casita de Skíathos u otro recóndito lugar del archipiélago. Allí los raros amantes debieron vivir otra nueva etapa de su platónico idilio, posando Jorgo para Hilliard, pintando Hilliard a Jorgo. Muchos años después, en una galería de Londres, tuviste oportunidad de ver una exposición del entonces ya muy acreditado pintor, formada ella por una serie de desnudos masculinos que si bien no contenían ninguna referencia expresa a Jorgo ni guardaban parecido alguno con él, te llevaron a pensar, conocidos los antecedentes, que eran retratos suyos. A decir verdad, el pintor mostraba entonces un arte muy adelantado al de la época, donde la desnuda figura humana era un simple pretexto para explorar nuevos ámbitos de expresión pictórica. Eran cuerpos mutilados, transfigurados, no pocas veces, reducidos a un simple torso o a unas puras piernas crispadas en extrañísimos movimientos acrobáticos, con el miembro viril y los testículos, puestos ahí, en el tope, de manera artificial, sin ninguna relación compositiva; cuerpos rotos, con llamativas señales cromáticas y las anchas pinceladas confrontadas de forma brusca, como queriendo representar con ellas las energías vitales que salen hacia el exterior; cuerpos rodeados por una clase o especie de aura astral; cuerpos espiritualizados del todo y, no obstante, marcados por una subyugante carga de sexualidad, donde el modelo desnudo es presentado primero que más nada como un ser sexual; no importa que con los genitales apenas insinuados, desfigurados, disminuidos, supresos, descarnados y lábiles en muchos casos, pero que, justo por eso, producían un placer exquisito y parecían conjurar secretos demonios eróticos, aposentados en la intimidad más profunda del artista, que imaginariamente satisfacía así los deseos reales sentidos por su modelo y que, al decir del propio Jorgo, nunca, a diferencia tuya, se atrevió a satisfacer en la práctica.

UN GARUFA NOMBRADO GARUFALIO

LLEGADO EL FIN de tu estada en Creta, y producido el lamentable rompimiento, mucho te costó restablecerte, generalísimo. Cierto fue que antes de partir hacia Esmirna, anduviste a la búsqueda de un nuevo muchacho, pero ninguno, lo que se dice ninguno de los jóvenes cretenses encontrados, admitía la más remota comparación con el perdido e irrecuperable Jorgo.

Sin criado y presa de esa suerte de melancolía morbosa que te sobreviene cada vez que sufres una ruptura o perdida amorosa, te embarcas rumbo a Esmirna en una buenísima barca de pasajeros. Para contrarrestar la desolación, tratas de entretenerte con la lectura de la muy erudita obra del francés Jean David Le Roy *Ruines de plus beaux monuments de la Grece*.

Llegando a Esmirna, lo primero que haces, obsedido por la idea de suplir la vacante de Jorgo, es darte a la búsqueda de un nuevo efebo. Pasada la Aduana Turca, te alojaste en una posada nombrada del «Maltés» y, de seguidas, te fuiste a trajinar por las estrechísimas y muy puercas calles de la ciudad, infestadas de mosquitos e insoportables por el calor. En el Barrio Turco, consigues un mancebo llamado Garufalio. Bastante parecido a Jorgo en lo físico, que no en la moral, ni en los gestos refinados, ni en la pulcritud. No terminaba de gustarte ese aire de ratero que se le salía en la mirada ni su aspecto hosco de joven macho salvaje. Por todo gritaba, echaba pestes, tenía caprichos y refunfuñaba frente a las órdenes. No sabía cantar como Jorgo, ni tocaba instrumento alguno. Pero, te gustaban sí su cara, contextura, y extrema juventud (apenas contaba quince años). Además, tenía unos labios carnosos, rojos como cerezas, y sombreados por un espeso bozo.

Lo habías descubierto en una de las callejuelas más estrechas y de peor fama del Barrio Turco, donde cada casa parecía ser un burdel y, de hecho, lo era. Vendía, revuelto todo, semillas de girasol tostadas, cigarros de hachís, cangrejos asados, ostras frescas y flores de jazmín. Desde que lo divisaste, te agradó. Te le acercaste, trataron el negocio durante un buen

rato y al fin llegaron a un acuerdo, no muy ventajoso para ti, puesto que, entre otras cláusulas poco favorecedoras de tu interés, te obligaste a comprarle la existencia entera de sus mercancías. En el almacén más elegante de la calle de los francos, como llaman en Turquía por extensión a todos los europeos, le compraste un vestido nuevo de paño fino para sustituirle la chaqueta hecha un guiñapo que llevaba por única prenda sobre unos pantaloncitos cortos y mugrientos. De ahí lo llevaste al baño turco, donde hiciste que se bañara, haciéndolo pasar por todas las salas para que se despercudiera y quitara la cochambre que llevaba encima, a buen seguro, desde el momento mismo de su nacimiento. Y, por último, lo condujiste al barbero, que le cortó el cabello y se lo perfumó con agua de lavanda.

Fue así como tú, generalísimo, tomaste posesión de un Garufalio limpio, perfumado, presentable. Con él regresaste a la posada del Maltés para encerrarse (los dos) con llave en la habitación y desquitarte con creces de los días que por malaventura habías pasado sin efebo.

Aunque no la pasaron del todo mal, desde el principio comprendiste que nunca terminaría siendo como con el Jorgo. Hoscamente accedía a recibir tus instrucciones y, con mayor hosquedad, las cumplía. También te exasperaba de él sus modales bruscos, la rudeza de sus movimientos, los escupitajos que lanzaba por doquier, y la poca o ninguna delectación con la que se prestaba al acto sexual; al parecer no le importaba mucho la *fotution*. Cada vez que se la proponías, se engrinchaba como un erizo. Se daba maña para descubrir por adelantado tu rijosidad y cuando la presumía, se apresuraba a simular súbitas indisposiciones con expresiones de solterona ofendida, miradas de rechazo, gesto de indiferencia, y cualquier cantidad de maniobras evasivas. Días hubo en los que hasta llegaba a desaparecerse de tu presencia por horas, tardes y noches completas. Diríase que era la negatividad en persona, pero ¿qué hacer?, ¡mucho te seguía atrayendo el muy animal!

En Esmirna, por lo demás, generalísimo, hiciste intensa vida social. Visitas consulares. Comidas y recepciones en casa del señor Amoreaux y en la del señor Hochepied. Visitas guiadas a la ciudad. Una muy rumbosa recepción en tu honor, para más de cincuenta personas, en casa del señor Fremaux, riquísimo comerciante holandés allí residente. Idas al Casino, por las noches, para jugar naipes y leer las Gacetas de Europa. En una de ellas, llegada de Madrid, te enteras con verdadero júbilo de la estrepitosa caída del infame O'Reilly, tu enemigo sempiterno, en su inmerecida cuanto escandalosa carrera política. Paseos a caballo por las afueras, con los hermanos Lee, Richard y Edward, jóvenes de mérito y

fortuna, hijos de un antiguo conocido tuyo de Inglaterra. Uno de esos paseos, el que hicieron al castillo, mucho lo disfrutaste. Desde las murallas, pudiste observar perfectamente toda la campiña del derredor, las llanuras fertilísimas con las casas y haciendas de las principales familias, llamadas De Buyá, De Burnabat, De Cordetló, y sobre la derecha del puerto, el río Miles, del que hace mención Homero. Al anochecer, descendieron del castillo a pie con los caballos al diestro, porque la bajada era bastante perpendicular y penosa. Iluminaban en ese entonces todos los minaretes de la ciudad, por ser tiempo de Ramadán, el noveno mes del año lunar mahometano, y tal iluminación producía de afuera un efecto bellísimo.

Por mediación de los Lee, conociste en Esmirna a un tal doctor Negrín, que te recomendó un tratamiento metódico y mixto para aliviarte los dolores de cabeza de los que venías padeciendo desde un año atrás, sobre la parte lateral izquierda de la frente, como sobre la sien del mismo lado, y los cuales, a su diagnóstico, eran motivados por el espesamiento en general de los humores y del *acre delictere* que circula en ellos, así como por la irritabilidad de los nervios y el curso irregular del fluido nervioso. Al efecto, te prescribió unas píldoras de su propia composición y una tisana purgante que debías tomar cada día en sustitución del agua y compuesta por una infusión de goma *Gute*, *mostic de Chíos*, tres manzanas cortadas en pedazos, el jugo de tres limones y dos onzas de azúcar blanco. El seguimiento de tal receta al pie de la letra no pudo tener mejores resultados. Por años dejaste de sufrir los malhadados dolores.

A la hora de partir de Esmirna, el Garufalio también se negó a embarcarse. Para nada le interesaba salir de su ciudad. Además, ese trabajo de criado, con la obligación de dejarse sodomizar cada vez que a ti se te antojara, le era absolutamente desagradable. Prefería volver a su mercadito del Barrio Turco y seguir vendiendo sus semillas de girasol tostadas, sus cigarros de hachís y sus cangrejos asados, aunque tuviera que bregar un mes para ganarse lo que tú le pagabas en sólo una semana. Además, él era un varón, ¿sabe usted?, un varón venido al mundo para follarse a las mujeres y no para que otro varón se lo follara a él, te supo asegurar con voz y mirada que, juntas, chirriaban siniestras, salpicando chispas, relámpagos negros, rabia incontenida y gotas de sangre.

REMINISCENCIAS MÍTICAS DE LESBOS

DESGARUFALIADO DE nuevo te embarcas en un caique turco, pagando el exorbitante precio de cincuenta piastras o diez cequíes, sólo por el interés de hacer la navegación más pronto. El barco va llenísimo de gente y, entre ella, 32 negras jóvenes y en camisa, que llevan para vender a Constantinopla. ¡Pobres mujeres! Mas, pese al infortunio, cantan o ululan toda la travesía y parecen más contentas que el resto de los pasajeros, cimbreantes las caderas al caminar, desplegados los brazos como aspas de molino, levantando ligeramente un hombro más que el otro; como si más que caminar bailasen escuchando el tam-tam de los tambores traídos por la brisa desde sus patrias lejanas... El precio corriente de estas mujeres en Constantinopla es de 200 y hasta 500 piastras turcas, las mejores piezas. Conforme llegaron al puerto, ocurrió un gran número de compradores.

Antes de anclar en Constantinopla, tras dieciocho días de atormentante navegación, pararon en Mitelene, la capital de la antigua Lesbos. Y el encuentro de esa isla, espaciosa y gentil, te maravilló. Vibrátil, invadido por voces y rostros ancestrales, perplejo y decididamente enmaravillado, desembarcaste en ella. Como si la propia diosa Mnemosyne y sus hijas las musas, hubiesen acudido a recibirte en el muelle del puerto para ofrecerte el bastón de la sabiduría, el *skeptron*, cortado de un laurel, y con él alumbrarte el entendimiento y ponerte presente en el pasado sin salir de tu propio tiempo, cierto fue que un mundo de asociaciones se te volcó entonces en la mente. Diríase que el paisaje entero de la isla lo conocías ya por las reiteradas lecturas que en tu adolescencia y primera juventud hiciste de *Dafnis y Cloe*, la deliciosa novelita pastoril de Longo, a la que sirvió de escenario en el siglo III.

Por momentos creíste que en cualquier vuelta de esquina te ibas a tropezar con Safo y sus discípulas Erinna, Miro, Mirtide y Eurídice, Corina y Nosside, Anita, Cleobulina y Edila, Teosebia e Irene, todas a un tiempo; que podrías emprender una fuga o aventura romántica con ellas; que, de viva voz, les oirías recitar sus odas amorosas; que, de viva

vista, las verías compartir sus festines sáficos o lésbicos; que, hasta el final, podrías descubrir el misterio de sus familiaridades y caprichos, tal el sentido de aquella oda amorosa que la propia Safo dedicara a una de ellas y que aún puedes recitar en su traducción española hecha por el preceptista Ignacio de Luzán, la cual aprendiste de memoria en tus días madrileños: *A los celestes dioses me parece / Igual aquel que junto a ti sentado / De cerca escucha como dulcemente / hablas, y como / Dulce te ríes; lo que a mí del todo / Dentro del pecho el corazón me abrasa. / Mas ¡ay! que al verte, en la garganta un nudo / de habla me priva: / Siento la lengua entorpecerse: un fuego / Rápido cunde por mi ser; las sombras / Obscurecen mi vista; los oídos / dentro me zumban. / Toda yo tiemblo: de sudor helado / Toda me cubro, respirando apenas. / Y sin aliento, pálida, rendida, / tiemblo, me muero.*

Diríase que, llegando a Lesbos, se adueñó de ti un cuasi infinito poder de rememoración, y una especie de *entusiasmo* en el estricto sentido etimológico. Bastaba que pensaras en la posibilidad de toparte con algunos de los grandes antiguos filósofos que en la isla nacieron o profesaron venidos de sus diferentes lugares de origen; Aristóteles, que enseñó en Mitelene por el lapso de dos años consecutivos; Pitaco, tirano que fue de la isla, considerado como uno de los *Siete Sabios de Grecia* y autor de las dos breves máximas inscritas en el pórtico del templo de Delfos; Teofrasto, allí nacido y muerto a la longevísima edad de 107 años, de los cuales 35 pasó al frente de la *Academia* ateniense; o el desprestigiado Epicuro, no por sus mal interpretadas enseñanzas, menos sabio e interesante; bastaba, decías, que quisieras encontrarte con cualquiera de ellos; gozar el privilegio de mantener con ellos una conversación *tête-à-tête*; oír sus enseñanzas, o hacerles súbitas preguntas sobre las cuestiones más disímiles, ellos mismos, sus vidas, sus familias, sus gustos, sus costumbres, los secretos del cosmos, los dioses, el arte, la belleza, el conocimiento, la ética, la religión, el Estado; para que esos deseos que privaban en tu mente, de seguidas tendieran a convertirse en realidad, gracias a una como *omnisciencia* de tipo adivinatorio, tal cual si tratárase de una experiencia inmediata.

Fue así como lograste pasear con Aristóteles por uno de los tantos jardines públicos de Mitelene; un jardín con senderos bordeados de glicinas y azafranes, lirios cretenses de color azul púrpura y perfumados narcisos, almendros y nísperos, naranjos y limoneros en plena floración. El maestro, vestido a la usanza de su época, no parecía inmutarse por la modernidad del atuendo que tú llevabas a la moda inglesa del momento. Era como si ambos estuviesen acostumbrados a verse y reconocerse

dentro de sus respectivos contextos. La escena y la conversación toda se elevaban, no obstante, como una nube de vapor que los envolvía a ambos con el entorno circundante. Peripatéticamente, recorriendo impasibles los floridos senderos, del naciente al poniente y a la viceversa, trataron temas los más variados e interesantes. Recuerdas que, impresionado por la presencia lastimosa de las 32 negras que llevaban en tu barca de pasajeros para ser vendidas como esclavas en el mercado de Constantinopla, algo le comentaste sobre lo injusto y atentatorio contra los derechos humanos que resultaba a tu vista la anacrónica institución de la esclavitud; y, sin inmutarse, te respondió que nada había más lógico que la división natural entre libertad y servidumbre; que los esclavos constituían lo que él había llamado con precisión *«propiedad animada»*, que constituían ellos instrumentos de trabajo más perfectos que los otros, y que eran diferentes en lo demás del ciudadano cuanto el cuerpo del alma, y el hombre del bruto. Enciclopedista cabal, tal como se entiende el término en nuestros días al punto de que bien podría decirse que fue él el fundador de la enciclopedia, con propiedad te habló de la elocuencia como «aplicación metódica de observaciones sobre el corazón humano» y te analizó las virtudes y los vicios para indagar qué parte había que asignar a la culpa, cuál a la casualidad o a las costumbres, y cuál al carácter o a las pasiones. Igual te habló de la Lógica y la Metafísica; del esfuerzo que había hecho para sacar a las Matemáticas del desprecio en que yacían y para determinar sus límites con los de la Filosofía; de la Física como ciencia de las causas primeras en la naturaleza y del movimiento en general; y de sus observaciones sobre la óptica, la estática y la mecánica de los fluidos, explanadas en los cuatro libros del *Sistema del mundo*. No sin jactancia, te recordó que había sido él quien infirió la redondez de la tierra de la simple observación de que algunos eclipses lunares y solares se ven en Egipto y, en cambio, no se ven en Grecia. Y, el primero también, en valuar la periferia terrestre en unos 400.000 estadios, término poco distante de la verdad. Aún, un rato más, te siguió hablando del peso absoluto y del peso específico; de la anatomía comparada, como disciplina por él descubierta; de sus conocimientos geográficos, acrecentados por la cercanía que siempre tuvo con su discípulo Alejandro de Macedonia, que abrió para él los archivos de los fenicios y de los caldeos; de su Historia Natural y de la idea del orden y el gobierno del universo...

Esa experiencia inmediata del pasado, como si estuvieses instalado presente dentro de él; ese *acordarse, saber y ver* como un único acto parejo y simultáneo; esa especie de inspiración poética, que siempre

habías presentido en ti, desde los años de tu infancia caraqueña, cierto es que nunca la sentiste tan palmariamente como en los días que pasaste en Lesbos, generalísimo.

Tierra de músicos y de poetas, al decir de Plutarco de cuyas lecturas recuerdas las loas que dedicó a la Lesbos de la Antigüedad también llamada *Pentápolis*, por sus grandes cincos ciudades (amén de Mitelene, Eressos, Methymma, Antissa y Pyrrha); allí apareció la cabeza cantora de Orfeo, recuperada después de que las bacantes la hubiesen arrojado al río Hebros; allí, en Methymma, nació Arión, discípulo de Orfeo y famoso encantador de delfines; allí, nació Terpander de Lesbos, el primero que inventó la lira de siete cuerdas; la parte poética y musical de tu espíritu, allí, pudo expandirse naturalmente. Con tu flauta travesera desenfundada, te diste a recorrer los derredores de Mitelene, y no es exagerado decir que a cada melodía que interpretabas en tu instrumento, respondía un coro de voces, a modo de eco; las voces de los pastores compañeros de *Dafnis* y *Cloe*, debían de ser; susurrantes muchachos y muchachas ante el altar de Pan, celebrando sus cantos y danzas religiosas, perfectamente orquestadas; versos eróticos de los que se atribuyen a la propia Safo y a Catulo; las dulcísimas metáforas y rimas pastorales que solemos asociar con Teócrito; dedicatorias y lamentaciones amorosas; versos obscenos imputables a la musa pederástica de Estratón; por doquier el aire se llena de trémulos acordes; y tú, siempre presente en el pasado, terminas confundido con la multitud de pastorcillos, ninfas y sátiros, bacantes que golpean sus tamboriles, ménades en el colmo del desenfreno, y pequeños demonios, silfos y delfos, y entre todos, refulgentes, tus amados *Dafnis* y *Cloe*, y el propio dios Pan y su ninfa Syrinx; arrastrados todos por el frenesí y la belleza de una mañana de la edad heroica o, más allá aún, la edad primordial, el tiempo de los orígenes.

Con gusto, generalísimo, te hubieses quedado en Lesbos una temporada larga. Nunca habías visto lugar tan hospitalario y propicio para que el hombre pudiera elevarse en la escala de los seres, purificarse mediante la expiación de sus viejas faltas, sublimar su existencia, y alcanzar la ansiada condición de *hombre divino*. Bien podría decirse que, a esos fines supremos, Lesbos tiene una magia suya propia. Muy agradable te hubiese resultado poder quedarte allí un cierto tiempo más. Esperar el otoño. Pasar el invierno. Pero, del todo te resultaba inconducente la intención. El dinero comenzaba a escaseársete y, a la brevedad, debías llegar a Constantinopla en cuya *Lista de Correo* habrías de encontrar una libranza girada desde Londres por tu amigo Smith.

Con todo, el par de días con sus noches que pasaste en ese lugar sagrado fue suficiente para que se produjera en ti el encantamiento de una revelación, como si hubieses alcanzando la inteligencia del todo; como si hubieses aprendido el verdadero alcance de tu finitud, la conciencia de que no existe en verdad para las criaturas mortales ni comienzo, ni fin, sino solamente ciclos de metamorfosis. Al modo de Empédocles, te bastó esa breve estada en Lesbos para retener el recuerdo de todo tu pasado, ese que los otros olvidan en cada renacimiento. «*Vagabundo exiliado de la divina morada...*», supiste que ya habías sido en otro tiempo, *«un muchacho y una joven, un matorral y un pájaro, y un pez mudo en el mar...»*

TROYA, DESDE UNA LEJANA CERCANÍA

DE LESBOS SALES, generalísimo, cargado de imágenes remotas venidas de una edad primigenia, como si hubieses podido aprehender dentro de ti tu pasado propio y el de tus más remotos antecesores y el de toda la humanidad. Una profusión de visiones luminosas y abismales parece haberte divinizado la memoria. Presencia directa en el pasado, revelación inmediata, don divino, todos esos rasgos que definen la inspiración musácea, sabes que no te eliminan en forma alguna la necesidad de una dura preparación y la de *darte cuenta*, un *darse cuenta* permanente en estado de videncia. Por eso, siempre dispuesto a seguir leyendo en el *Gran Libro del Universo*, tal como te propusiste cuando años ha saliste de tu Caracas pueblerina, sigues tu viaje hacia adelante; por eso, tan pronto el capitán llamó a bordo, te embarcaste para continuar la navegación. Sigues hacia Constantinopla, generalísimo. Sigues hacia Constantinopla...

Por la tarde doblan el cabo de Baba Burnu, y al ponerse el sol, viran el ancla sobre la costa. Temprano, casi al alba, siguen el rumbo con viento flojo del O., pasando el canal de Tenedos, pegado a la costa de Troya, cuyas ruinas te afanas en buscar con tu largarvista, sin que nada puedas encontrar. Ves, sí, el monte Ida y más al fondo, el Olimpo, la mismísima morada de los dioses, que imponente se levanta sobre todos los demás. A instancias tuyas, y a cambio de una gratificación de piastras suficientes, te desembarca el capitán con un marinero que conocía el terreno, para tratar de localizar el sitio de Troya. Nada más incentivante para ti en ese momento. Sin dificultad, por un camino llano que bordea los Dardanelos, llegaron a una pequeña venta, y allí alquilaron un par de cabalgaduras para emprender el camino de las montañas harto peligroso y con incesantes curvas en forma de herradura. Mucho te gustó el verde profundo de los bosques que lo rodeaban, con las copas de los árboles entrabándose unas con las otras como para formar un hermoso túnel vegetal o una bien protegida caverna.

Se detuvieron apenas, para tomar café, en la villa de Renkoi; y tras otra breve marcha, en Gölcali, abandonaron la ruta principal y se adentraron en otra, muy angosta, llena de baches y charcas. Al poco, llegaron a la pequeña villa de Ciplak, reducida comunidad de viejas y pobres construcciones de piedra, surcada por callejas tan angostas que apenas permiten el paso de una carreta de bueyes. Cerca de esa villa, en un monte o cerro natural, aunque más ancho y alto que muchos otros, se dice estuvo la ciudad de Troya. Una cierta desilusión te embarga cuando te percatas que en todo el lugar no hay ni tan siquiera un túmulo o un trozo de muro derruido que pueda asimilarse a una ruina antigua, ninguna inscripción, ningún rastro arqueológico.

No obstante, al punto pones en juego el don de *anamnesis* que sabes poseer y que, con creces, habías demostrado en este tu viaje por el mundo grecolatino y bizantino; recitas la imprecación homérica «*Y ahora dime, oh musa...*», y como por arte de birlibirloque o de la *metempsicosis* griega si queremos ser más precisos, ante la fórmula abracadabrante, se expande a tu vista, simultánea, luminosa, y multicoloreada, cual una de esas colosales puestas en escena de Cecil B. De Mille en sus célebres mascaradas seudorreligiosas, inigualables por la amplitud de sus comparserías y sus escenografías de escayola y cartón, y sus vestuarios, y sus efectos sonoros y lumínicos, y el toque de lujoso exotismo de todas ellas, el *Sitio y la Guerra de Troya*, ¡ah, el Sitio y la Guerra de Troya!, en todo su mítico esplendor...

Mas, generalísimo, esta visión no se te dio, como las anteriores, a plena conciencia y a la luz del sol, como si fueses tú el personaje Etálida, hijo de Hermes, al que su padre para transformarle en inmortal concedió una *memoria inalterable*, y que al decir de Apolonio de Rodas: «*incluso cuando atravesó el Aquerón, logró mantener su alma libre del olvido, pudiendo igual conservar el recuerdo de lo visto tanto en el reino de las sombras como en el luminar del mediodía*». No, no fue con ese privilegio de no muerte, cual en Salamina o en Maratón, como se te presentó la visión del Sitio y la Guerra de Troya. Fue distinto. Al parecer, caíste en una suerte de catalepsia, el éxtasis rememorador del que hablaba Epiménides...

Fue como si el alma se te liberara del cuerpo a través del soplo respiratorio; como si, libre, se echara a volar por los aires hacia el Más Allá. Cierta debe ser la creencia según la cual el alma es una especie de *pneuma* que puede circular libremente por los tubos de las arterias, de las venas y de los nervios, y que, a gusto propio, se reconcentra en el cuerpo, o se va al Otro Mundo para reactualizar sus saberes proféticos, regresando luego

al cuerpo, su cárcel, a voluntad y cuando mejor le place. Posible o no, cierto fue que en Troya, generalísimo, con el alma en el cuerpo o fuera de él, tú caíste en un estado de sueño cataléptico del cual fue testigo el marinero, guía y acompañante, quien en el futuro ya no pudo verte sino como a un chamán; un mago sí, capaz de vaticinarle todo, igual las relaciones con su mujer que su suerte en la lotería de animalitos, la orientación de los vientos que la ocurrencia del próximo eclipse lunar. Creía, del mismo modo, que con la destreza de un derviche de Refiya, caído en trance, podías caminar sin problemas sobre las brasas o beber vidrio fundido o echar por la boca llamaradas de candela o comer escorpiones vivos. Te lo comentó, convencido, cuando saliste del absorto.

Fue así, generalísimo, a la sola imprecación iliádica de *¡Dime, oh musa...!*, como la *Guerra de Troya* comenzó a desarrollarse a tu vista, mientras la voz de Homero, ¿era la voz de Homero?, una voz espesa y casi gorgoteante, iba recitándote las interminables enumeraciones de nombres de hombres, de comarcas, de pueblos, las naves, un verdadero inventario del ejército aqueo, los jefes, los contingentes de tropas colocadas bajo sus órdenes, sus lugares de origen, el avituallamiento del cual disponían; todo un *catálogo*, en fin; un *catálogo* como el expuesto en el Canto II de la *Ilíada*...

Viste así, generalísimo, bajo un esplendor luminiscente y siempre con la voz de Homero enumerando, de cuerpo entero y soberbios, a los grandes guerreros: Áyax, Néstor, Agamenón, Diomedes, Ulises, Héctor, y quien fue el más grande de todos: Aquiles: *sobre aquella escena de muerte, / todo cubierto de polvo, de sangre todo cubierto.*

Viste al anciano Príamo, rey de Troya, y a todos y cada uno de sus aliados.

Viste a la bellísima Elena, mujer de Menelao, el rey espartano, con veleidades de cortesana ella y, a simple vista, muy cariñosa; raptada, con no descartable asentimiento personal, por París, el bellísimo príncipe troyano.

Viste al nombrado Paris, cual otro Apolo de Belvedere, en éxtasis copulativo frente al cuerpo también desnudo de la misma Elena.

Viste la colosal expedición marítima de los aqueos desplazándose sobre los muros de Troya.

Viste cómo los helenos instalaron sus máquinas y levantaron sus tiendas en las tierras aledañas.

Viste cómo se estableció el cerco, aunque en verdad no llegó a ser un cerco completo; situados los griegos, allí, entre la orilla donde estaban sus naves, prestas a la eventual retirada, y los muros que miraban al mar; pero sin privar a la ciudad del socorro por la espalda.

Viste los combates diarios y las tentativas frecuentes de asalto, justo, por donde la muralla parecía más accesible o el enemigo más descuidado.

Viste cómo miles y miles de soldados de un bando y otro cayeron en las frecuentes escaramuzas; entre ellos, el valeroso Aquiles herido de flecha en un talón, el único punto vulnerable de su cuerpo.

Viste el valor de los troyanos sitiados, diríase que más meritorio y glorioso que el de los propios sitiadores.

Viste cómo el sitio se prolongó consecutivamente al cabo de diez años.

Viste cómo entró en escena el inconmensurable *Caballo de Troya*, a no dudar una de las armas más prodigiosas de la historia, precursor quizás de los modernos tanques de guerra o carros de combate, blindados y artillados, capaces de moverse en cualquier terreno sobre una llanta flexible o cadena giratoria; primero que los elefantes africanos jineteados por sus *mohants*, tales los que usó el rey Poros en su defensa desesperada del reino de la India frente a las tropas invasoras del magno Alejandro; ¡ah, qué elefantes!; cada uno de ellos llevando sobre su lomo una torre almenada, en la cual iban el *mohant* y los arqueros; una imagen de esas que sólo habitan en los sueños, no en balde recreada heteróclitamente por ese invencionero fabricante de grandes locuras que se llamó Hieronymus Bosch...

También viste, por supuesto, el furibundo desembarco de los aqueos, salidos del vientre del caballo, y el calculado regreso de la flota desde la isla de Tenedos para asolar la ciudad, y cómo sus habitantes fueron casi todos acuchillados y vencidos en la lucha cuerpo a cuerpo, y cómo rescatada fue la voluble y bella Elena; sólo su cuerpo, de seguro; sólo su cuerpo; que su corazón y su pensamiento debieron quedar sepultados con los despojos de su amado París...

Pero, no terminó allí tu visión, generalísimo.

En el subsuelo, debajo de aquel monte calvo, peladero de ovejas y cabras, y sitio ideal para que las brujas *mussorgskianas*, entre gritos y habladurías, se reunieran a celebrar su *Sabbat*; no sabes por causa de cuál desconocida causa cataclísmica permanecían sepultados los restos de la antigua *ciudad inmortal*. Gracias al éxtasis rememorador de Epiménides o al tuyo propio, cual si fuera él el *aleph* de Borges, ves, primero, intersticiados en las progresivas capas geológicas, copiosos amontonamientos de armas, carros, armaduras y provisiones, ves monedas de las que en Troya circularon con la imagen de Atenea en el anverso y un Apolo vestido de larga túnica y sosteniendo una lira en el reverso, ves un trípode de oro similar al que Aquiles entregó al ganador de las

competencias de atletismo celebradas para conmemorar los funerales de su amigo Patroclo, ves una crátera de plata, una copa de dos asas, una armazón de hierro oscuro, diez hachas simples y diez dobles, ves un sinfín de lanzas de piedra hechas en diorita, martillos de piedra, pesas de granito, ves molinillos de mano construidos con roca de lava, innumerables cuchillos y sierras de sílex, ves agujas y punzones de hueso y primitivas artesas de terracota, que parecen receptáculos para sal y pimienta, ves piedras de amolar, de pizarra gris y negra, ves algunas vasijas completas aunque de tosca factura, ves una hilera de *pithoi* usados como tinajas de almacenamiento de aceite, agua, trigo, cebada, ves una jofaina de mármol blanco de Samotracia donde de seguro debía bañarse alguna mujer hermosa, ves las rotundas formas de la mujer, su desnudez plena, su violenta cabellera, ves una metopa tallada en mármol de la isla de Paros que por sus dimensiones debía formar parte de un templo principal, ves más allá otra metopa con un trabajo en altorrelieve que representa a Apolo, el dios del sol, conduciendo sus cuatro caballos por entre las nubes, ves sobre la cabeza de Apolo el disco del sol, ves la acrópolis de la ciudad, ves el palacio del rey y las torres de vigilancia más altas, ves las sólidas murallas de piedras ciclópeas, construidas por Apolo y Poseidón, algunas parcialmente intactas, ves la puerta Escea en toda su grandiosa magnitud, ves un laberinto de callejuelas rotas, ves la cámara del tesoro del rey Príamo y cada una de sus incontables gemas preciosas, pulseras de plata, pendientes, collares, brazaletes y broches de oro, ves dos arroyos, bien que subterráneos, fluyentes, uno caliente y el otro frío, los arroyos donde de seguro las mujeres troyanas lavaban sus ropas, ves una casa a medio derruir construida sobre roca nativa, con el esqueleto de una mujer en su interior, ves el cráneo bien diferenciado, en un estado de conservación particularmente bueno, ves bloques de mármol tallados en estilo dórico que podrían ser parte del templo de Lisímaco, ves una estatuaria inconmensurable, cientos y miles de estatuas, ves los sepulcros, todo un catálogo, en fin, un catálogo al mejor estilo homérico, el catálogo de una ciudad muy completa que efectivamente alguna vez existió...

Cuando tu alma volvió a encerrarse en tu adormecido cuerpo y buscó su acomodo hasta en los más recónditos tubos de tus arterias, venas y vasos capilares, saliste definitivamente del perplejo. La catalepsia no debía haberte durado mucho, a juzgar por la altura del sol. Además, el marinero te confirmó la presunción.

—La Troya de Homero, existió de verdad, no fue pura ficción de poeta —le dices.

—Acabo de verla, allí están enterrados sus restos —confirmas.

El regreso al embarcadero lo hicieron en tiempo aun menor que el que invirtieron para llegar al lugar. Siempre las venidas son más cortas que las idas, te dijiste.

Con cierto estrago de amargura rumias el lamento de no tener conocimientos arqueológicos y capital de trabajo suficientes para emprender de inmediato las excavaciones y ofrecer a la vista del mundo ese portento de maravillas.

—¡Bah! —te contradices de seguidas—. Ya aparecerá por allí un gringo, un inglés, un ruso o un alemán, con los conocimientos y recursos suficientes para, corredor de relevo, llegar a la meta.

—Tu meta, tu única meta, tal como te lo vaticinara hace años tu amigo Turnbull en la cavernaria noche de Gibraltar, es independizar las colonias españolas de América. Ésa tiene que ser tu única meta definitiva en la vida —te dices sin pizca de irresolución, justo, cuando tú y tu compañero han completado el regreso.

—Por ahora —piensas a modo de consuelo— confórmate con haber establecido la indescifrable lejana cercanía que hay entre esa ciudad sepultada hace dos o tres mil y tantos años y el mantenido afán de libertar a todo un continente; es una relación establecida por el sueño sin ninguna posibilidad de que el mismo sueño pueda destruirla...

HERO Y LEANDRO

CANSADO DE TU ascenso-descenso a la Troya de Homero, generalísimo, regresas a bordo. Quieres descansar, pero no vas a tu camarote como habría de suponerse. No. Y aunque las imágenes de la memoria se te vuelvan difíciles de ordenar, recuerdas, no obstante, que viste una muchacha casi adolescente, rubia, ingenua, virgen al parecer, recostada sobre la barandilla izquierda de babor; por momentos, irreal pero con una fuerza de cariátide. Su mirada parecía contemplar un mar doméstico, que le pertenecía desde siempre como un denso sueño azul. Esa intuición magnífica que siempre tuviste para vislumbrar lo excepcional, te llevó, primero, a asediarla con los reojos de una vigilancia pertinaz sobre su serenidad graciosa, y, luego, a entrar en rápida conversación con ella, no sin tener que vencer el airecillo de una cierta desconfianza. Al principio, pareció no inmutarse por tu presencia. Ninguna atención te dispensó. Luego, accedió a contestar, con monosílabos insípidos y frases de una elástica brevedad, un indescifrable mutismo apenas interrumpido por alguna interjección casi imperceptible o un levísimo rubor en sus lindas mejillas, tus preguntas y requerimientos reiterados. ¿De dónde viene? ¿Cuándo y dónde se embarcó? ¿Adónde se dirige? ¿Cómo era que no la habías visto antes? ¿Viajaba con su familia o, acaso, viajaba sola? ¿Cuál era la razón de su viaje?

Por cuentagotas te fue informando que se había embarcado en Focea la Vieja, que se llamaba Corónide Renkoi, que viajaba hasta Gallipoli. Que profesaba como enfermera en el hospital marino de ese puerto y regresaba de visitar a su familia. Al rato, señalándose mutuamente algunos puntos de interés en el paisaje de ambas orillas, varios lugarejos de vista amena con sus jardines por derredor, las llanuras con su agricultura y sus arboledas, los restos de una vieja fortaleza, este castillo nuevo, aquel vestigio de ciudadela, figuras de pescadores en la playa, una playa de guijarros con barcas, las rocas chorreantes de anémonas y moluscos y negros erizos, o el sobrevuelo de una bandada de gaviotas, prestándole tú tu largavista para que pudiese admirar mejor los diferentes puntos de

referencia; ya desinhibida de un todo, en plena posesión de una personalidad dulce y nada superficial, ganada para la conversación y la amistad, y hasta para el amor unitivo, comenzó a regalarte el privilegio de sus miradas y de sus sonrisas sin ningún menoscabo, llegando a compartir contigo algunos fiambres que llevaba como bastimento, unas empanadas, otros tantos pastelillos, una botija de aceitunas negras, quesos y frutas, y un litro del buen vino *rezina* dorado de Tenedos.

Viajaban con el favor de un viento S., a lo largo del estrecho, para alcanzar el mar de Mármara. Con tu catalejo pueden descubrir las ruinas de Sestos y las de Abidos. Y a la mente de Corónide viene el recuerdo de los amores de Hero y Leandro. Con velada socarronería sensual, entre fingidas exaltaciones, sonrisas ambivalentes, y un dejo de amable fervor comprensivo por la pasión de los amantes y el riesgo que por ella corrían, te va desgranando la historia. Leandro era un joven de Abidos que se enamoró perdidamente de Hero, sacerdotisa de Afrodita que profesaba en Sestos, a la ribera opuesta. Para gozar de los favores de su adorada, Leandro atravesaba a nado el estrecho cada noche; dicen unos que guiado por el resplandor del faro de Sestos, otros, que por una lámpara que Hero encendía en la cúpula más alta de su templo. Una noche de tempestad, la llama del faro fue apagada por el viento, o Hero se olvidó de prender la suya, según fuere la versión que se adopte, y Leandro no pudo alcanzar la orilla, por lo que, en un instante maltrecho, se ahogó. Su cuerpo fue arrojado por las olas en una larga playa sucia cercana al templo. Allí lo encontró Hero, unos días después, cubierto por una red de algas secas sinuosamente acumuladas, maderos y residuos orgánicos de esponjas, peces muertos, tentáculos moluscoidales, y todo el miasma que el mar suele arrojar. Desesperada, Hero optó por entregarse a la muerte también, lanzándose, desde el punto más alto de un farallón cercano, al vórtice de un remolino de aguas negras.

Con desenvuelta naturalidad, al tiempo que la barca navegaba hacia el Mármara franco empujada por el viento del S., ustedes, generalísimo, Corónide y tú, tú y Corónide, pasaron la noche en la intimidad de tu camarote amándose como si del mundo hubiera sido borrada la especie humana, adosados como anémonas, como pulpos que entraban sus tentáculos en la estación de celo, sumergidos en el aliento de una brisa marina imponderable, en el umbral de la muerte, la propia muerte de Leandro y de Hero, diciéndote ella que ella era tu Hero, diciéndole tú que tú eras su Leandro, como en un solo continuo de transparencias y tempestades, luces apagadas, brillos estelares, largas playas desiertas pobladas de algas y desechos marinos, y el oleaje incansable haciendo

cada vez de la vida y la muerte un hecho indistinto indisoluble inconmensurable, ¡ah, la muerte!, ¡ah, la vida!, sumidas ambas en el fondo traslúcido de un inmenso tenebrario; *«una nada sin reverso de totalidad»*, *«una nada sin sucesión para la transparencia»*, habría dicho con sus metáforas encendidas el viejo gordo y noble poeta Lezama Lima, invocando la *Golcia* y la *Parusía*, las ciencias de los fervorines de los muertos y la resurrección, andando ambas con las cruces a cuestas.

Después, generalísimo, a buen seguro te quedaste dormido, presa de no sabes cuántas pesadillas. Recuerdas, sí, que resurgías de una ciudad sepultada, siempre de una ciudad sepultada; una ciudad lapidada que bien podía ser una sola ciudad o dos, tres, cuatro, cinco, nueve ciudades yacentes, tierra sobre tierra, en el mismo lugar; de allí partías cual un resurrecto salido de una muerte de tres mil y más años; corrías; corrías; corrías hasta alcanzar la playa de Abisos, y de ahí, nadaquetenada, cruzabas incansable el Helesponto para amar en Sestos, otra vez, una vez más, a la sacerdotisa Hero; Hero que era la misma Corónide; ahí, apretada contra tu cuerpo, dejándose pasar la mano por el pelo, tocándote ella, a su vez, la cara, el pecho, las ingles, el miembro, los testículos, los muslos y las rodillas, reclamando el reconocimiento y la aceptación; mírame, tómame, soy Corónide, soy tu Hero, ¡oh, mi Leandro!, inasible y ofreciéndose, ofreciéndose por sinfinésima vez.

Dentro del sueño, por horas y horas, junto al mugemugir del oleaje, oías confusamente la voz de la muchacha, corriéndose ansiosa sobre la colchoneta y encimándose sobre ti, montándose humedecida sobre tu cuerpo de nuevo, cual un Pantocrator obseso demandante de nuevas y nuevas ofrendas, sobre tu boca, sobre tus verijas, dejándose casi ahogar o como ahogada del todo en el piélago de aguas negras. Cuando despertaste no pudiste precisar si en verdad se había ahogado. Cierto era que solo, gravitando en la ingrimitud del camarote y como enloquecido por una densísima polución de imágenes proliferantes, estabas tú y ya no estaba ella...

Después te enteraste, por boca del capitán, que dos horas antes habían atracado en Gallipoli y, habiendo llegado a su destino, ella desembarcó. Ningún mensaje había dejado para ti, ninguna referencia, ninguna señal. Simplemente, se había marchado. Tentado estuviste a desempacar tu flauta plañidera para echar al viento los lamentos de tu nostalgia amorosa. Por encima de las techumbres añejas, el mediodía se levantaba con violencia.

Onírico, presa de un lirismo candoroso, un rato te quedas viendo desde el barandal del barco la panorámica del puerto, pese a la luz

desenfrenada o quizás por su misma causa, cubierto por una bruma de cenizas. Una bruma de cenizas parece arroparte la mente y el pecho todos. Al cabo, sientes el agrado de la reconfortación, como si dentro de ti ardiera un trozo de alcanfor, cuya llama no deja cenizas. Nada de entregarse a la majadería del despecho, te dices. El medio principal de la liberación es el desapego...

—Lo vivido, vivido está —te dices como si repitieras una fórmula de resignación cristiana.

—El deseo es el demonio en casi todas las religiones —cavilas presuroso...

Y al punto, el barco comenzó a zarpar...

Y, antes de que zarpara del todo, con la vista del puerto todavía al frente, puesta allí como un decorado irrisorio, quimérica y teatral, te prometes, en homenaje a Hero y a Corónide, que el primer hijo que tengas alguna vez, con cualquier mujer que fuere, habrá de llamarse Leandro.

—Se llamará Leandro —resuelto te vuelves a decir.

UNA CIUDAD DE FÁBULA

ABSOLUTAMENTE IRREAL, generalísimo, te pareció Constantinopla, *la madre del universo*, como la llaman los turcos. Toda ella, podría pensarse que está envuelta por un halo de irrealidad. Irreales son sus dársenas y muelles rebosantes de embarcaciones las más diversas, irreales también; desde los diminutos caiques y góndolas de los pescadores, las yolas y las balandras, queches y goletas de velacho, hasta los coloridos bergantines y barcos de carga llegados de todos los puertos del mundo, arracimados en el fondeadero como un bosque de cascos, mástiles y espiras que pareciera de pronto disolverse o disiparse por obra de la misma confusión. Irreales sus callejas angostas empedradas con guijarros, y sus arcadas de piedras, los minaretes de ahigadas cumbreras y los domos de cebollas de las viejas iglesias; unas calles pertenecientes al reino de la fábula y la preterición; inervadas trepidantemente por el bullebullir audicional de legiones de turcos y turcomanos, griegos, árabes, tártaros, tártaros de Caracorum, tártaros de la Horda de Oro, tártaros de Nogai, tártaros de Crimea, los temibles *gengiskánidas*, persas, armenios, georgianos, egipcios, orientales, guridas de la India, africanos de la costa norte, africanos del ecuador, africanos del extremo sur, popes coptos y bandoleros de la Mongolia, maldita de Dios la cosa; una fauna variopinta ni piante ni mamante, ni rey ni roque; una babélica tropelía, indiferente y banal, reiterada y tintineadora, deviniente en sí misma, inagotada y plena; todos ellos con sus ropas autóctonas. Un verdadero caos, ese castillo de las Siete Torres y las historias y leyendas de sus principales moradores al paso de los tiempos; el increíble Mahomet II, avasallador en Europa de la Arcadia y la Morea, el Epiro, la Arcanania, la Servia, la Valaquia, la Bosnia y el Negroponto, y en Asia, del Kastermuni, último Estado selyúcida, el Imperio de Trebisonda y las posesiones últimas que a los genoveses quedaban en el Asia Menor y a orillas del mar Negro; el no menos increíble Bayaceto II, apodado *El Sufí*; el sanguinario Selim; Solimán I (o II), ductor máximo de trece invasiones, con ayuda de las cuales extendió su imperio por el Oriente hasta el Wan,

por el Occidente hasta el Gran, y por el Mediodía hasta la Nubia, desplegando al viento sus colas hasta Diu, Viena, Marsella y Roma, y fijando sus fronteras en Rodas y Belgrado; la sultana Roxelana ¡terrible esa sultana Roxelana!; y Selim II, y Amurates III, y Mahomet III, y Acmet, y Uskokos, y Otmán II, y Amurates IV, y tantos más y más sultanes de la *Gran Puerta*. Inimaginable el palacio, los jardines y serrallos del Sultán, y sus kioscos a la orilla del mar. De alucinación, la amplia vista del Bósforo, a cuya otra ribera, a sólo dos kilómetros de distancia, está el Asia Menor. Espacios imaginarios debían ser esos barrios constantinopolenses: Escutari, Calcedonia, Cuerno de Oro, Gálata y Pera, con sus mezquitas de brillantes cúpulas, sus jardines familiares protegidos por altos cercos, los bazares de los artesanos trabajando en cuclillas, encerrados ellos en legamosos nichos oscuros como la noche. Y cosas de ensueños y amadises, ese mundo de fascinantes detalles; la insolencia del colorido; el griterío de los muecines llamando a los fieles para la oración; la promiscua miseria; la hórrida podredumbre de perros y gatos muertos tirados al borde de las calzadas; los cafés repletos de ociosos vagos y maleantes adormitados sobre las mesas y en los quicios de las porterías, jugadores de naipes, musiquillos y bailarines que danzan en el interior para divertir a quienes les pagan y que, además, ejercen públicamente como pederastas; las abigarradas tiendas donde suele venderse desde halcones amaestrados o codornices vivas hasta el cuerno de Almatea, la espada de Belona, la manzana de oro del Jardín de las Hespérides y el caduceo de Mercurio, pasando por cortes de muselina de la India y paños de Holanda y el *dibat* de Venecia o un utensilio de cocina. ¿Y qué decir de los tenderetes de frutas y el ahumado destello de las cuevas de los caldereros en los derredores de la Torre de Palata? ¿Qué de las ristras de camellos en caravana con sus enormes cargamentos de especias y algodón; a veces, reposantes en tierra, puestos en filas como soldados? ¿Y qué de las mujeres turcas? El colmo de la irrealidad. Nulas. Negativas. Vanas. Diríase que del todo inexistentes, bajo el paso del incontable traperío que les toca llevar encima. Ellas, las pobres, con las caras veladas por los *yashmaks*; esos bolsudos pantalones ajustados en el tobillo, que llaman *shalvars*, y encima, las largas faldas y, encima de esas faldas aun, los *yeleks* de brillantes colores estampados, unos pesados atuendos en forma de saco, ceñidos en la cintura y abotonados desde el pecho hacia abajo; y encima del *yelek*, otro casacón de mangas largas; y sobre la cabeza, el *feredjé*, un velo que les cubre también los hombros y llega hasta la cintura. Razón tienen quienes afirman que *«sólo Dios y el marido saben cómo es una mujer turca debajo de esos bultos que parecen carpas»*.

Tras buscar acomodo en la posada del señor Antonio Novacovich, para quien traías recomendaciones desde Ragusa, fuiste a la Lista de Correo a retirar las cartas de Smith y su libranza de pago. Sobre las cartas, preferirías detenerte más tarde. La libranza la haces efectiva de seguidas contra la Agencia *Cook Gálata, Sucs., de Londres*, ¡así de menguada andaba tu bolsa!

En Constantinopla, generalísimo, cierto fue que viviste intensamente. Fuiste dichoso y te diste al mundo de la alta sociedad. ¡Nada más placentero, para ti, que moverte cómodo en el mundo de la Alta Sociedad! ¡Por las carencias de tu infancia caraqueña y la *Guerra de la Capa* de tu padre debió de ser! Desde Roma, Nápoles, Ragusa y Patrás, portabas tarjetas de presentación para todos los embajadores de la Cristiandad ante la *Gran Puerta*. El encantador y amabilísimo señor conde de Choiseul-Gouffier, embajador de Francia; el señor don Roberto Ainsley, embajador de Inglaterra, nadie mejor que él para comprender un cuadro, una sonata, una composición arquitectónica. El señor barón de Dedem, embajador de Holanda, algo frívolo aunque de una curiosidad desbordada. El señor caballero de Zuliani, embajador de Venecia. El señor barón d'Herbert de Rathkeal, internuncio imperial y enviado extraordinario de Alemania, amantísimo de la música de Haydn; no podía creer que hubieses sido su huésped en Esterházy y que, igual, hubieses compartido con él los arenques de su comedor; invariablemente, te presentaba a sus relacionados, sobándose las satinadas solapas del chaquetón, como «El señor conde De Miranda, íntimo de mi muy admirado maestro Joseph Haydn». El muy digno señor de Boulgakoff, enviado extraordinario de Rusia y favorito que, alguna vez, había sido de la Zarina. El señor conde de Ludolf, enviado extraordinario del Reino de Nápoles. El señor don Juan de Bouligny, enviado extraordinario de España, quizás el menos interesante de todos los personajes del mundo diplomático que allí se movían; un tonto envanecido, por mejor decir; esperaba su inmediata sustitución como tal enviado extraordinario, y había tomado la idea de que el sustituto eras tú, ¡así de tonto era! El señor don Gerardo de Heidenstam, ministro de Suecia. El señor de Diez, encargado de negocios de Prusia. El muy honorable señor de Humpsfrys, de una iluminación privilegiada, agente de Dinamarca. El señor Vierico, cónsul de Ragusa. El señor de Chrznanowsky en calidad de encargado de negocios de Polonia. Y el muy gentil señor barón de Hubsch, con la misma última representación por la Corte de Sajonia...

¡Ah, qué días! ¡Qué días, Señor! ¡Tú, entre tantos ilustrados caballeros y representantes de las más excelsas Cortes! ¡Tú, uno más entre

todos ellos! ¡Tú, sin salir de los aristocratisísimos barrios de Gálata y Pera, el primero a orillas del mar, el segundo sobre la meseta de una pequeña colina; obligados sitios de residencia de los diplomáticos desde que el sultán Ibrahim, en 1646, prohibió la habitación de éstos en Estambul! ¡Tú! ¡Tú, moviéndote como pez en el agua, en aquellos ambientes de refinado esplendor! ¡Ah, aquellos jóvenes y finos secretarios de legación, deshaciéndose en zalemas y besamanos! ¡Aquellas casonas con jardines sembrados de plátanos centenarios y espinales de cañas lanciformes sobre una red de taludes y lagos munificentes poblados de nenúfares y peces de colores! ¡Ah, aquellas noches constantinopolenses, insospechada reducción de todos los objetos a bajorrelieves sobre un biombo de oro y violeta, y la tierra puesta densa como un tapiz de reflejos crepusculares, color lila, temblando aquí y allá, con espejismos de agua producidos por la humedad que subía, bajo el reflejo de la media luna turca, expandiendo y contrayendo horizontes, hasta que el ambiente, el mundo todo, para decirlo con el símil que Lawrence Durrell dedica a la noche alejandrina, *«le parecía a uno reflejado en una trémula pompa de jabón, próxima a desaparecer»*.

Era en verdad un gozo celestial poder compartir la vida regalada de aquellos excelentísimos señores; participar en sus tenidas y grandes comilonas, en sus conversaciones y paseos; sentarse a sus mesas; ser convidado a sus bailes, reuniones íntimas y grandes recepciones. ¡Tantas fiestas, banquetes, kermeses, torneos, ambigúes, domingadas y correduras de cañas! Todo, de una felicidad suprema. Un mundo para disfrutar, simplemente, estando allí. ¡Nada como la vida diplomática, Señor! ¡Nada como la *vie diplomatique*!...

¿Cómo describir aquellos paseos o *picnics* a los cementerios de Pera, que llaman, la principal diversión por esta parte de la ciudad, de última moda entre la gente *snob*? Iban, se sentaban sobre los túmulos, en las venerables lápidas sepulcrales, algunas de ellas más antiguas que el mismo cementerio, a la sombra de añosos cipreses, entre grupos los más varios de turcos, armenios, griegos, francos, mujeres y jóvenes que, convidados por la situación y vista hermosísima sobre el Canal, soberbia cual ninguna, Escutari, el mar de Mármara, la desembocadura del Bósforo, las llanuras del Asia Menor, etcétera, pasaban allí la tarde; desplegaban sus manteles y disponían para merendar: el exquisito *soufflé de zucchini* y la *kapama* de gallina, servida en tazas de barro, y preparada con canela, tomates, cebollas, ajoporros, macarrones y queso abundante; un manjar; un manjar de rechupín...

¿Cómo hablar de aquellas sesiones de lectura comentadas en el palacio de Francia?

En horas vespertinas, sobre el borde de las 4 de la tarde, hasta las 10 u 11 de la noche. Lecturas de los grandes viajeros europeos que por la Turquía habían pasado. Lecturas comentadas y rociadas por los mejores vinos de Borgoña y Beaujolais, de Burdeos y el Médoc; no por los rústicos y resinosos vinos de la Grecia o la Turquía. Las *Memorias* del rey Carlos XII de Suecia que, después de ser derrotado en Poltava por el zar Pedro el Grande (1709), se refugió en la ciudad turca de Bender bajo la protección del sultán Ahmed III y permaneció allí tres años. Los *Episodios de la victoria otomana de Argel (1541) sitiada por las fuerzas del Emperador Carlos V y liberada por la flota otomana, mandada por el célebre pirata Khair-Eddin Barbarroja, Capitán Pachá de Solimán el Magnífico*, recogidos por el célebre escriba francés André de Quental que vivió en Estambul entre 1547 y 1552. Los *Recuerdos de Viajes* del abogado parisino Charles de Peysonnel, funcionario de la embajada de Francia en Constantinopla (1737) y luego cónsul en Esmirna (1747). Las *Reminiscencias Turcas* del marqués de Chastellux, que participó en la guerra de Independencia de los Estados Unidos, a quien recuerdas haber conocido no sabes si en Pensacola o en Pensilvania, que también escribió un *Viaje en la América Septentrional*, y que finalmente anduvo por Grecia y Turquía. Las *Cartas* de lady Mary Wortley Montagu, quien habiendo acompañado a su marido, sir Edward Montagu, a Constantinopla cuando éste fue nombrado embajador de Inglaterra ante el Gran Señor, después de aprender el turco y estudiar las costumbres otomanas, escribió esas epístolas deliciosas a sus corresponsales inglesas, en las cuales dibujaba, con veracidad cotidiana, diversos aspectos de Turquía, país entonces casi desconocido en Europa. Tales lecturas, normalmente, las hacía el embajador señor conde de Choiseul-Gouffier, engolando la voz, un tono más alta que su natural y un poco fibrosa por la fatiga de los tantos vinos, levantándose por encima del murmurio de los circunstantes que deban muestras de gran aceptación, pero que, no obstante, chisbibiseaban entre ellos, con la copa del brindis entre las manos.

¿Cómo olvidar las cenas fastuosas del Palacio de Suecia?

Tú, generalísimo, hecho una melcocha, un merengue, un badulaque, una capiruleta, dando por sentada tu nobleza de sangre, viéndotela de cuerpo entero y haciéndosela ver a los demás; envuelto en la pomposa capa negra de tu padre, sumergido, aturdido, cegado, por el brillabrillar de la cristalería de fino *bacarat*, la cubiertería de destellante plata *sterling*, las vajillas de Sajonia o de Baviera; sentado ahí, al frente del ministro

don Gerardo de Heidenstam y de su muy distinguida esposa, la ministra Greta; oyendo ahora, en la sobremesa, el *bel canto* al mejor gusto italiano de la señorita Sofía Michel, acompañada al clave por su hermana Constanza, esposa a su vez del muy honorable señor Tommy Ezra Tort, primer secretario de la embajada de Holanda; o cortejando, más tarde, a la misma señorita Michel, de rostro virgíneo y hermoso cabello rubio peinado con amplios bucles y *rouleaux* sobre la coronilla, a la luz de una luna menguante y casi desvanecida, en el jardín de la mansión.

¿Y qué decir de las excursiones y visitas turísticas al centro de la ciudad vieja, a sus barrios populares, a sus postinudas urbanizaciones circundantes y a los campos de los derredores, siempre a la búsqueda de hallazgos emocionantes y en compañía de uno o varios de los excelentísimos embajadores cristianos, seguidos de cerca por un grupo de jenízaros, los personudos soldados de la guardia del Sultán que la Puerta asignaba a las embajadas para la protección de sus funcionarios?

¡Oh, cuán encantadores aquellos paseos!

La obligada visita a Santa Sofía, la Gran Iglesia de la Santa Sabiduría, uno de los símbolos de la voluntad y el arte bizantinos. «Salomón, te he superado», dijo el emperador Justiniano, el día de Navidad del 537, cuando la consagraba, arrebatándole el mérito a sus constructores Isidoro de Mileto y Antemio de Tralles. Incluso, ignorando el esplendor del mármol policromo y la fastuosa decoración de los mosaicos —de los que por desgracia, ya en tus días se conservaban pocos—, no se puede dejar de encarecer la frondosidad, poder y belleza del propio edificio. Es el Excmo. señor don Roberto Ainsley, embajador de Inglaterra, versado en todas las bellas artes y muy especialmente en la arquitectura, quien se encarga de irte explicando la infinitud y riqueza de los detalles. La planta baja es casi cuadrada, con las paredes perforadas por naves laterales, columnatas de verde-antico y galerías múltiples que sugieren un espacio onírico, suerte de firmamento inasequible que va elevándose sobre la escalada de medias cúpulas y cuatro gigantescas pechinas hasta la cúpula final, una cúpula mágica y flotante, perforada ella por cuarenta ventanas que, según el comentario de tu amigo Ainsley, le dan ese aire levitante, como si no se apoyara en cimientos sólidos, sino que «estuviese colgando del cielo por medio de una cadena de oro». Con la caída de Constantinopla en manos de los turcos, el año 1453, Santa Sofía, como la mayoría de las iglesias de la ciudad, fue convertida en mezquita. Por el tiempo de tu visita, tristemente secularizada, era un museo sin vida cuya custodia corría a cargo de un imán malhumorado y viscoso, presa él de un sueño recurrente. Aunque el monumento había perdido el esplendor de la era

de Justiniano, pésimamente mantenidos los mármoles, varias columnas fuera de su aplomo y otras rotas y sostenidas con anillos de hierro, y la mayoría de los mosaicos escondidos bajo humillantes capas de encalado turco, no puedes dejar de reconocer que, a su vista, sentiste una hondísima turbación, mayor que la experimentada cuando estuviste en San Pedro de Roma o en la no menos majestuosa San Pablo de Londres. Al cabo de dos o tres horas de visita, te dice Ainsley que en cualquier época, y bajo cualquier condición, «este edificio siempre habrá de proclamar su grandeza, máxime si recordamos que se construyó en menos de seis años y hace ya más de doce siglos».

Paseos y visitas igualmente conmovedores e interesantes hicieron a la *Casa de las Fieras*, aunque en un subterráneo oscuro y mal mantenido, impresionante por la cuantiosa cantidad de leones africanos, tigres de Bengala, martas cebellinas, gatos de algalia, zorras, osos, lobos, perros siberianos que allí existían, amén de varios tipos de culebras, sobre todo, cobras, la temible cobra de anteojos (la *Naja tripudian*), el ofiófago real y el áspid de Egipto; al venerable Hipódromo de Constantino, de donde los venecianos sustrajeron los cuatro caballos de bronce que encumbraron sobre el frontispicio de San Marco; a la torre de Gálata, al Arsenal, a la mezquita de Escutari donde suele cumplir sus deberes religiosos el Gran Señor; a los acueductos de Burga (realización de Justiniano, al parecer reparada por Solimán), con sus cisternas y obras de riego que son modelos de la ingeniería hidráulica de todos los tiempos; al Gran Bend, que llaman, una esclusa descomunal; y al fastuoso bosque de Belgrado, hermosísimo por su feracidad y el verdor y gigantismo de sus árboles, algunos de ellos milenarios; y, por supuesto, a la Pradera de Buyuk-Deré, el lugar de *rendez-vous* más solicitado por toda la gente franca.

Párrafo aparte merecen los *Baños Públicos*, los más suntuosos que nunca antes habías visto en lugar alguno. Las mañanas de Constantinopla, generalísimo, siempre empezaban bien porque primero que más nada te ibas a los flamantes baños de aire caliente; los *baños romanos* que llaman los turcos, o los *baños turcos* que llaman los francos; siempre en compañía de uno o varios diplomáticos amigos, rodeados de sus respectivos jenízaros: el señor de Chrznanowsky, el señor de Boulgakoff, el señor barón de Dedem, y más seguidamente, el señor Heidenstam o el señor Tort, primer secretario de la embajada de Holanda, un devoto de los baños porque, a su decir, nada era mejor para favorecer la circulación sanguínea y estimular beneficiosamente las diversas funciones de la piel, para regular la hipertensión y favorecer la desintoxicación de los venenos internos del metabolismo y los residuos alcohólicos de los

frecuentes *cocktails*. ¡Cuánta felicidad, generalísimo, cuánta felicidad! Como adanes primigenios antes del encuentro con la serpiente, desnudos todos, tus barrigudos o cuasi caquépticos amigos diplomáticos, excepción hecha del sueco Heidenstam, un atleta de perfectas formas, los jenízaros apuestísimos con la inconfundible entereza vital de los turcos jóvenes, y tú, generalísimo, pasaban una a una por las tres salas distintas: el *tepidarium*, el *calidarium* y el *frigidarium*; parecidas a grandes salones de baile, todas de mármol blanco e inmaculadamente limpias, olorosas a fragancias de pino y eucaliptus entradas a través de aberturas por el cielo raso. En el *tepidarium*, que tiene una temperatura promedio de 60°, permanecían paseando, deteniéndose aquí o allá con ojos sonrientes para contemplar de soslayo algunas de las particularidades corporales de los distintos circunstantes, conversando banalidades y tomando mientras tanto una bebida refrescante, un jugo de melón o de sandía pongamos por caso, o un café turco bien cargado y caliente. En el *calidarium*, con 80° de temperatura promedio, permanecían sólo unos minutos, los suficientes como para no empezar a cocerse de seguidas cual trozo de carnero. Y, luego, en el *frigidarium*, ¡oh!, ¡el *frigidarium*!, a una temperatura ambiental corriente, ¡oh!, ¡la temperatura ambiental del septiembre constantinopolense, con una ligera brisa que viene del Mármara, llevando con ella la salada promesa de un otoño moderado por el benéfico sol que calienta sin quemar! ¡Oh, los masajes a que eran sometidos los usuarios, dispensados por dos forzudos negros de la Mauritania, que llevaban por único vestido sus bigotes y perillas, y el consabido turbante con plumitas de colibrí, rojo encendido o azul petunia, el emblema distintivo del gremio! ¡Oh, los ungüentos y fragancias nicerobinos que les expandían por doquier! ¡Las vaharadas de éter que les daban a oler, absorbiéndolas de a poquito, aspirando por la nariz, sintiendo la gélida sensación quirúrgica subir por la pituitaria hasta recodarse en las más íntimas oquedades del organismo todo, las hojas de bairrún y vétiver que les daban a masticar! ¡Oh, el *summum* del goce, sería mejor decir, el asomo de una erección incipiente, el gemido de un vuelco, el ritmo peristáltico del corazón, y el sudor copioso que terminaba por producírseles; a tiempo, que los masajistas los enjuagaban por todo el cuerpo con agua atemperada, y los enjabonaban bajo el efecto del agua caliente, y los sometían después a una ducha fría, la más fría que el cuerpo pudiera resistir!

Secados con una fina sábana de hilo, los pasaban, de inmediato, a la habitación contigua, tan limpia, hermosa y fresca como la anterior, el *Cuarto de los Eunucos*, donde en hileras de catres muy confortables, los usuarios podían echarse a descansar, a dormir, a leer, o a lo que bien

quisieran; atendidos por jóvenes esclavos griegos, que los turcos secuestraban por medio de levas forzosas en las islas del Egeo y en las ciudades, pueblos y remotas aldeas del Peloponeso, y a los que sometían a la infamia de emascularlos, de vaciarles, ¡sí!, sus bolsas escrotales, aunque dejándoles el miembro de la virilidad que, por obra de la mutilación sufrida, no tardaba en convertírseles, fruncidos y esmirriados, en el vulgar remedo de un apéndice fálico. Así emasculados, los desgraciados muchachos, eran destinados por sus terribles secuestradores a ser vendidos en los mercados de esclavos, a los dueños de serrallos, burdeles de pederastas y salas de baño.

En estos últimos lugares, apenas cubiertos por un taparrabo, fláccidos, amanerados, indemnes, servían de ayudantes a los masajistas mauritanos y atendían solícitamente a los clientes; haciéndoles la *pedicure* o la *manicure*; tiñéndoles el cabello, la barba, los bigotes; llevándoles hasta sus puestos los cafés y refrigerios que ordenaban; ayudándoles a vestirse; vigilándoles el sueño o arrullándoselos con tristes melismas pastoriles, composiciones festivas de bodas y bautizos, poemas de amor y las lúgubres, largas y dolientes *xenitias*, que entonaban para llorar el exilio al que se veían sometidos, y las *amanedes* o canciones de lamento, adaptación de modelos turcos, y que servían para proferir todas las decepciones y todos los desengaños, el de la emasculación incluida por supuesto. Y, no pocas veces, haciendo de ilusionistas con cartas de naipes, bolos y cintas, o mostrando la habilidad del increíble temblor que lograban generarse debajo de la piel por la fluctuación y el desplazamiento de los músculos pectorales, abdominales y dorsales, *fugaces como relámpagos en un cielo de verano* al decir de uno de ellos en sus referidas *amanades*. A cambio de tales servicios y demostraciones, lograban reunir sus buenas piastras.

Con mayor frecuencia estos muchachos eran contratados también para que cumplieran la pederastia pasiva, en cubículos dispuestos bajo llave alrededor del Salón. Sus mayores clientes eran los jenízaros. Nada hay que guste más a un jenízaro turco que las nalgas de un eunuco griego. Alguna vez, una sola vez, generalísimo, tú y el ministro sueco señor Heidenstam, instados por el libidinoso secretario señor Tort, desde hacía mucho ganado para ese obsceno juego fornicatorio, aceptaron ir con unos de tales eunucos a los mentados cubículos. Por supuesto que Tort, a la sazón, también fue con el suyo. Kislar, así nombrado en lengua turca, fue con Heidenstam. Anahtar, con Tort. Y Khaznidar, el más hermoso de todos, secuestrado en Nauplión cuando contaba apenas nueve años y desde entonces no regresado a su patria, contigo.

Nunca más, a lo largo de tu estada en Constantinopla, quisiste repetir la experiencia con un eunuco, generalísimo. A decir verdad, te provocó un gran desagrado; un desagrado que te llegó a la médula; no por la práctica sexual en sí que, como quedó visto, ya habías tenido escuela con efebos, actuando ellos en posición pasiva, ¡siempre en posiciones pasivas!, sino por la tristeza que un eunuco transmite, asqueado por la emasculación y demás perversiones a las que son sometidos, lejos de sus lares, de sus recuerdos de infancia, y de sus familias, sin tener a qué aferrarse.

Mucho seguiste conversando con Khaznidar y algunos de sus compañeros más cercanos en esas tus casi diarias visitas a los *Baños de Vapor* o *Baños de Aire Caliente*, como también se les llama. Diríase que hasta te hiciste amigo de ellos, más por piedad cristiana que por cualquier otra motivación. Mucho te mortificaba ver el progresivo acabamiento de ellos. Te parecía que la única impresión que los miserables podían sentir era la de un final inminente, una conclusión irrevocable. Por horas te les quedabas viendo en la suerte de duermevela sobrevenida después del baño. Pasaban de un lado a otro, cumpliendo sus actividades, ganándose sus piastras, sí, lánguidos, melancólicos, como dejando tras de sí una sensación de vacío, de amargura; que se desmadraba en una especie de alucinación sonambúlica. No obstante, todavía parecían tener un *minimum* de fuerza vital; aún se asomaban alguna vez a las ventanas y balcones del Salón, miraban el patio y los pequeños jardines, la escila de flores blancas, la *sternbergia lutea* y la *sternbergia sícula*, parecidas ambas al azafrán, la mandrágora con sus flores púrpuras y el ciclamino de otoño con su desbordamiento lila, escuchaban el canto de los pájaros y el paso furtivo de las embarcaciones que iban a sus tierras o regresaban de ellas. Otros clientes, otros bañistas habían venido a higienizarse, a mejorar la nutrición de sus tejidos y a combatir, por medio del baño, sus parálisis y atrofias musculares, sus erupciones y pruritos cutáneos, sus procesos crónicos inflamatorios superficiales o profundos, su urea, su ácido úrico, sus toxinas las más varias. El trabajo seguía siendo el mismo: recortaban las uñas de las manos y los pies: ¿le retiro las cutículas?, ¿le gustan largas o cortas?, ¿se las pulimos o se las barnizamos?, ¿cómo se afeita usted?, ¿desea un jugo de frutas?, ¿desea algunos higos secos, pasas de uvas, nueces, *baklava* con miel?, ¿desea alguna *trigona* con almendras peladas? Los jenízaros birriondos y algún que otro cliente, rijoso también, los llevaban a los cubículos, apremiados por la urgencia, para gozar sus formas y pieles quinceabrileñas, pero sin que en los rostros de ellos, los muchachos pacientes, se pudiese apreciar la más nimia señal de erotización.

Cada día que pasaba se les veía más cansados y hasta envejecidos, sí. Otros días, lucían tan jóvenes e infantiles, como si apenas empezasen a vivir. Pero, enseguida recordabas que, mutilados como tenían sus testículos, no podían ellos ser más que escorias humanas, inestables, frágiles, mobles e inseguros ripios a merced de aquella penuria, esa vida desgastada e insatisfecha, ese irremediable *temps perdu*, perdido y nunca encontrado a través de las semanas, los meses y los años, por mucho que ganaran sus piastras y con ellas pudieran comprar peplos y túnicas griegas de las más finas, abombachados pantalones y turbantes turcos, zafiros estrellados, camisas y zapatos, sandalias, cinturones de gemas, libros e instrumentos musicales, chucherías, firuletes y arrequives, y cremas y potingues para engalanar sus caras y cuerpos perdidamente afeminados, con los rasgos, la expresión y los ademanes de una mujer, valdría mejor decir.

Daba la impresión, por momentos, de que se habían acostumbrado demasiado a ese régimen de vida. Que en verdad eran mujeres o se creían mujeres, fatuas, desdeñosas, ridículas, sacando el trasero, tongoneando las caderas, empinando los simulados pechos, bajando distraídamente los párpados con dejadez no exenta de coquetería, en escenas a veces cómicas, a veces grotescas, y, casi siempre, carentes de una auténtica perversión. Fomentaban entre ellos una solidaridad inextricable, casi una hermandad podría decirse; una hermandad que se materializaba en cómplices guiñadas de ojos, un vocabulario casi iniciático, unos cuantos *gags* íntimos. Entonces, parecían adosarse, resignados, resignadas, a lo que parecía un sistema del todo inmodificable. En otras ocasiones, estallaban como si no pudiesen aguantar más. Querían combatir, tomar venganza por lo de la emasculación y castigar todos los agravios recibidos. Querían luchar, conquistar su felicidad, o por lo menos justificar de algún modo el paso por la tierra. Pero, ¿cómo luchar?, ¿contra quién?, ¿contra qué?, ¿con cuáles armas?...

En lo que tocaba a Khaznidar, amén de su belleza tenía magnífica voz de soprano y pensaba, con seriedad, poder dedicarse alguna vez al *bel canto*. En sus conversaciones, a menudo, te preguntaba sobre el desarrollo de la ópera entre los francos, en Nápoles, en Venecia, en Milano, en Roma, en París. Tú lo incitabas hablándole maravillas sobre sus posibilidades en ese medio; de cómo podía realizarse como tal artista-cantatriz; de cómo el arte podía positivamente llenar la vida de cualquier persona. Le hablabas con fruición de los célebres *castatri* que habían tenido éxito en esos centros operísticos tan exigentes, vigente como hallábase aún la prohibición del papa Clemente XII, respecto a la presencia

de mujeres en el escenario. Convencido del aserto, le aseguras que *«los castrados, por lo regular, interpretaban los papeles femeninos mejor que las propias mujeres»*. Celebrante, le hablas de los méritos del famosísimo Carlos Borschi, el incomparable Farinelli, capaz de competir con una trompeta y de ser aplaudido por semejante hazaña. Podía irse él a Nápoles o a Milano, y competir con el Farinelli o con quien quisiese, tales sus cualidades vocales, su juventud y prestancia. Poseído de que tú podías ayudar en verdad a aquel muchacho, le prometiste que hablarías al efecto con tu amigo el señor conde de Ludolf, enviado extraordinario del Reino de Nápoles; que, con él, le conseguirías un pasaje marítimo para viajar hasta esos dominios; que, igual, le conseguirías una beca para estudiar canto en el Real Conservatorio Napolitano...

Al muchacho desprendíansele de los ojos metálicas culebrinas de emoción cada vez que te oía hablar con tanta seguridad y énfasis. Fue tal el empeño puesto en el logro de lo prometido que, una o dos semanas después, el joven amigo estuvo viajando hacia Nápoles, con pasaje que le facilitara el señor Enviado Extraordinario; una bolsa repleta de cequíes colectada por ti entre los amigos diplomáticos de la Cristiandad; un pasaporte especialmente librado con todos sus sellos, firmas y membretes; y profusas cartas de recomendación que el Enviado remitía al ciudadano Ministro de la Instrucción, la Cultura y las Bellas Artes, al Director del Conservatorio Real, al Director del Teatro *di San Carlo*, y al mismísimo *castrato* Farinelli.

Para tu satisfacción, crees que fuiste quien ayudó a ese muchacho Khaznidar a descubrir con exactitud la otra cara de su propio mundo.

UNA CADENA DE INCENDIOS PAVOROSOS

POR ESOS DÍAS de tu estada en Constantinopla, el día 9 de agosto de 1786 (para ser más precisos), se desató un incendio terribilísimo en las inmediaciones de los palacios de Venecia y de Francia, hasta más allá de las cinco de la tarde que se logró atajar, habiendo quemado más de 150 casas entre oficinas públicas y habitaciones particulares y hasta un serrallo del Sultán, llamado Anialy-Cavak, renombrado por la Convención del mismo nombre que allí se firmó con Rusia, en 1729, y posteriormente por el Tratado del 12 de diciembre de 1783, también firmado ahí, y por el cual se confirmó la cesión (a ese mismo país) de la Crimea y el Kubán.

¡Oh, qué horror, a la verdad, y qué miseria ver a las pobres gentes salvarse, abandonando sus casas y cuanto en ellas tienen de más precioso, con la sangre a los talones y ciscados de miedo!

El Gran Señor acudió inmediatamente en persona. Al parecer, ocurre siempre que un incendio se produce. Y no conforme con ello, se coloca en una parte inmediata a la parte por donde el fuego está más vivo, para que los guardias, bomberos y demás gentes, esforzándose en preservar aquella casa, atajen las llamas con más prontitud. Pero, cuando prosigue, con la misma valentía, sale y entra en otra.

Vino desde la casa de campo sobre el Canal, donde reside por el verano, en su gran Falúa Imperial. Le hizo salva el navío español que está en el puerto y no se movió de su lugar hasta que el incendio fue controlado del todo, veintidós horas después.

Este incendio, el más horripilante que se recuerda en Turquía, fue provocado expresamente por terroristas incendiarios descontentos del gobierno. Repiten un crimen parecido cada vez que quieren manifestar su desaprobación por alguna medida gubernamental. Desde que llegaste a Constantinopla, éste era ya el octavo incendio, habiendo podido la vigilancia de los guardias impedir el mayor progreso de los otros. Y, mucho más preocupante se volvía el asunto, si se consideraba que, inmediatamente antes de tu llegada, conforme al testimonio de tus amigos diplomáticos, se habían producido otros dieciséis.

A decir verdad, las autorías de estos incendios no estaban del nada claras. Las minorías francas los atribuían a los musulmanes militantes de extrema izquierda, descontentos con el gobierno porque no terminaba de expulsar a tales minorías del territorio del Imperio. Los musulmanes a las mismas minorías francas, católicas o protestantes, dadas las rivalidades políticas de sus diferentes legaciones y consulados por el predominio en la región. Los tártaros acusaban a los turcomanos y los turcomanos a los tártaros, y éstos, aun, a los turcos propiamente dichos. Los comerciantes establecidos a los contrabandistas, y los contrabandistas a los comerciantes establecidos. En todos los que asumían una posición beligerante sobre esta o aquella cuestión recaía la sospecha policial. Se investigaban igual a los ultranacionalistas que todavía criticaban la entrega de Crimea en los Balcanes, que a los griegos insurrectos, que a los sublevados de las diferentes razas; a los *kislar-agás* o gobernadores del serrallo recientemente eliminados en sus cargos para aumentar el poder del Gran Visir, que a los bajaes negados a la obediencia del Sultán, que a los jefes de familia que abogaban por la eliminatoria del impuesto de la capitación, que se pagaba desde la edad de catorce años en adelante. Diríase que no había hueso sano, distinto a los del Gran Sultán y (por extensión) a los del Gran Visir, libre de sospechas.

Finalmente, la mayor persecución recayó sobre el eunuco griego Zenón Kastorches, que trabajaba como tal eunuco en uno de los Baños de Vapor de Pera, y a quien varios testigos contestes dijeron haber visto, momentos antes de que se iniciara el incendio, con una tea encendida por los alrededores del Palacio de Venecia. En efecto, tras múltiples torturas que le aplicaron, todas las torturas turcas imaginables, y las chinas, y las árabes, y las que los conquistadores españoles aplicaron a los aborígenes americanos, el pobre abelardito no pudo más que cantar como un jilguero, una calandria o una paraulata ajicera, ¡cuál de las tres especies más cantora! Que estaban organizados ellos, los eunucos griegos, desde fecha reciente en una especie de *Asociación Terrorista* dispuesta a vengar las emasculaciones a que habían sido sometidos. Que a ese fin, tenían siete mil y tantos miembros censados, eunucos todos; todos militantes activos, debidamente juramentados y entrenados en las prácticas incendiarias. Que, para lograr su supremo fin, estaban dispuestos a quemar la ciudad entera, las tiendas, los palacios, los serrallos, las barcas del puerto, el Arsenal, los sitios de diversión del Señor, Santa Sofía, y la iglesia de San Sergio y San Baco, y la de San Salvador de Cora, los hospitales y los lazaretos, la aduana, y los cementerios con los muertos adentro, y las escuelas donde se enseña a la juventud, y las

bibliotecas y las librerías y los archivos oficiales, y el Panteón del Emperador reinante, y la Casa del Gran Visir, y el antiguo Hipódromo de Constantino, y la mezquita del sultán Ahmed, los cafés y restaurantes, y el *Bezistín* o mercados, y todos sus puestos de almacenamiento y ventas, las panaderías, las mantequerías, las aceiterías, las carbonerías, las granerías, las verdulerías, las confiterías, las carnicerías, las botellerías, las salchicherías, las sastrerías, las camiserías, las zapaterías, de parada en parada, puesto por puesto, hasta dejar a la población sin provisiones, alimentos ni vestidos. ¡Ah, qué dulce la venganza, qué dulce, qué dulce! ¡Que por cada testículo griego desprendido, morirían incinerados cien y más turcos! ¡Que se trataba de una *Declaración de Guerra a Muerte*! ¡Que los turcos y los turcomanos y los tártaros y los mongoles habrían de contar con la muerte, aun cuando fuesen indiferentes! ¡Que los griegos contarían con la vida aun cuando fuesen culpables! Que, igual, quedarían los viñedos, y los campos de cereales, y los de tabaco, y los de legumbres, y los de cáñamo, y los de lino, y los de arroz, y los de algodón, y los de girasol, y los de remolacha azucarera, y los de sésamo, y los de amapolas, y los de opio, y los de adormidera, y los perales, y los ciruelales, y los manzanales, y los bosques de nogales y madroños y cedros; y que, además, arrasarían los rebaños de cabríos, y los de vacunos, y los de ovinos, y los de equinos; y, por si fuera poco aún, también envenenarían las aguas de los acueductos y las cisternas, lagos, ríos y manantiales; para que muriesen envenenados aquellos que lograran salvarse de las quemazones; no importa si también caían los propios eunucos conjurados; que, para vivir así, más valía estar muerto.

Por supuesto que el abelardito fue ejecutado sin fórmula de juicio. Y más de cinco mil castrados griegos, entre ellos los oficiantes de las *salas de eunucos* de todos los *Baños Turcos* de la ciudad, fueron sometidos a juicios sumarísimos, sin derecho a defensa, tras los cuales se les ejecutaba por carretadas, ¡sálvese quien pueda!, de a quince y veinte por vez; produciéndose hasta doce ejecuciones al día, de sol a sol, una a cada hora que anunciaba el *muecín*. Por fortuna, cuando eso ocurrió, gracias a tu mediación, y a la receptividad de tu amigo, el joven conde de Ludolf, ya tu protegido Khaznidar, estaba en Nápoles, o llegando a Nápoles cuando menos...

FIESTA EN EL GRAN SERRALLO

(1)

EL SULTÁN ABDUL Hamid olvidó la destrucción de su serrallo Anialy-Cavak y, contento por el rotundo aplastamiento de la llamada *Conjura de los Eunucos* y por el nacimiento de un nuevo hijo suyo cuya circuncisión dispuso para esos mismos días, se aplicó a celebrar una *Fiesta en el Gran Serrallo*. Quería solemnizar esa circuncisión con pompa nunca vista en Constantinopla, o por lo menos no vista desde cuando, dos siglos atrás y con la presencia de todos los embajadores de Oriente y Occidente, se hizo la fiesta de circuncisión de Mohammed, hijo de Amurates III. Aunque tuviste temores de que pudieras no ser invitado, una mañana que te disponías a salir a almorzar en el Palacio del Internuncio, llegó a la posaba del señor Novacovich un *fourriere* de la Corte, con la invitación para ti. Y casi que te caes de tus pies. ¡No podías creerlo! Alzando la cabeza, hinchando el pecho y respirando intensamente, ¡enhorabuena, muchacho!, leíste el pergamino con la invitación, ¡firmada nada menos que por el Gran Visir! ¡Ah, el Gran Visir, como decir el propio Sultán en persona, la imagen visible de su persona podría decirse, su representante, absoluto, plenipotente, revestido de todas las facultades, jefe supremo de toda la administración del Estado, punto céntrico y palanca de todo el gobierno!

Satisfecho de ti mismo, sin saber a cuál de los santos del cielo agradecerle la deferencia, saboreaste el deleite del ennoblecimiento de tu importancia social. De pura felicidad, silboteaste, tarareaste no recuerdas cuál canción, lanzaste uno o dos relinchos de placer, volviste a canturrear, te pusiste de pie de un solo salto, te detuviste ante el espejo de cuerpo entero, aplaudiste, te inclinaste para saludar e hiciste otras mil piruetas, restregándote los ojos para cerciorarte de que en verdad estabas bien despierto. Armado con tu bastón de puño de marfil, orgulloso de tus guantes de pécari y tu abrigo marrón entallado, enfilaste luego tus pasos hacia el Palacio del Internuncio, presa de un estremecimiento

voluptuoso, esbozando sonrisas de inteligencia, impregnando con tu apoteosis el universo entero, como si todo el que te viera pasar supiera, tenía que saberlo, que eras tú invitado a la fiesta del Gran Serrallo. ¿Qué dirían los desvergonzados mantuanos de Caracas si lo imaginaran tan siquiera? ¿Qué dirían los Rodríguez del Toro, los Palacios y Sojo, los Ustáriz y todos los mequetrefes *amos del valle*, hipocritones y cínicos, que adversaron la capa de tu padre? ¡Si lo imaginaran! ¿Qué dirían?, ¿qué dirían?...

La ciudad bullía de comentarios y noticias sobre la fiesta. No se hablaba de otra cosa, en los encuentros diplomáticos, en los paseos, en las conversaciones de sobremesa. Por todos los confines del imperio se habían enviado *chauzes* o mensajeros de Estado, *mutafarakas*, chaiques y chambelanes para cursar invitaciones a los súbditos libres y a los gobernadores de las provincias. Karabalibeg, antiguo intendente de la cocina imperial, fue nombrado responsable o *emín* de los preparativos. Se dice que recibió para los gastos un millón de aspros, ¡un millón de aspros, ni un centavo más, ni un centavo menos! ¡Un millón de aspros, inconmensurable cantidad de dinero para una cabeza pensante! Mientras tanto, los nuevos impuestos proliferaron. Cada familia tuvo que pagar 80 aspros como contribución, amén del aporte en especie de un cordero, seis pollos, dos gansos gordos y cuatros ánades. A Constantinopla fueron llamados los más hábiles artífices árabes, luchadores persas, bailarines de cuerda, jugadores de cubilete, músicos, juglares, espadachines y bufones. La procesión de los cuerpos de las artes, gobernadores del Imperio y embajadores de las potencias extranjeras, imagínese dónde habrá de celebrarse, ni idea, ni idea, tiempo perdido, ni idea podrá tener usted, será en el antiguo hipódromo de Constantino, imagíneselo, imagíneselo, en el mismísimo hipódromo de Constantino, ¡el mejor lugar posible!, ahí al frente del Gran Serrallo. Para ello ha sido preparado de manera esplendente. En la parte superior, dispusieron un cuadrado de cien pasos para las mesas destinadas al uso culinario; en el frontispicio del palacio propiamente dicho, varios kioscos abiertos y palcos cerrados para el Sultán, el príncipe heredero, los otros príncipes y las sultanas; de inmediato las tiendas del Gran Visir, los otros visires favoritos, el *caimacán*, el *defterdar*, y el estado mayor de los jenízaros; continuamente, en la misma línea, a la derecha e izquierda se elevó un edificio de pérgolas y terrazas techadas destinado, en el mismo orden, a los embajadores de las potencias cristianas y personajes francos de distinción, tú entre ellos, el odioso señor Bouligny, embajador de España, justo sentado detrás de ti, generalísimo, ¡ah!, ¡vaya afrenta!, ¡más nada que pedir!, el embajador de

Persia y los otros embajadores tártaros, los agaes de las cortes interna y externa, y los beyes, beglerbeyes, visires, el capudan-bajá y los beyes del mar; y en los extremos, los jenízaros mismos, la cohorte de eunucos negros encargados de los harenes, los cantores de la capilla del Sultán y una profusa orquesta de trompas, timbales y zampoñas.

Deseoso de demostrarte su familiaridad con este tipo de fiestas, ¡tantas veces había sido invitado al Gran Serrallo!, el Internuncio te comparte no sabes cuántas experiencias magníficas e impresiones de nunca acabar sobre esos convites; que si tales fiestas duran normalmente varios días, una semana y hasta una quincena, dependiendo todo de la emoción y aguante de los convidados; que si todos los altos funcionarios del *Diván*, el Gran Visir, los visires favoritos, el caimacán, el *defterdar* y el *nischangi-bajá* suelen ir vestidos con pieles ornadas con sobrevesta de raso blanco y con el gran turbante coronado por plumas de garzota negra y rodeado de larga cinta de oro a manera de serpiente; que si los guardias colocados delante de las tiendas imperiales, los alabarderos y arqueros, los *kabananes* y *fourrieres*, los *chauces* y camareros, permanecían en posición de firme todo el tiempo que duraban las ceremonias principales, y a la llegada de cualquier invitado ilustre, solían inclinarse al unísono con el mayor respeto; que si los visires celebraban sus banquetes en grandes tiendas circulares y, después, debajo de otras tiendas oblongas que daban sombra a los sofás, se arrellanaban para ver los bailes, los saltos y los juegos...

Es estupendo que le hayan invitado, amigo De Miranda, ¡estupendo!, ¡estupendo!, ¡nada mejor pudo pasarle estando en Constantinopla!, te dice, vehemente, el Internuncio señor barón d'Herbert de Rathkeal al término de su almuerzo.

Otro día es el señor de Dietz, encargado de negocios de Prusia, paseando en un caique especialmente contratado para vacar por el Canal, arrimados a la costa europea, realmente un tipo estupendo, quien te atiborra con comentarios, los más diversos, sobre las fiestas imperiales, espléndidas, suntuosas, fantásticas, pero con un no sé qué despiadado y cruel al mismo tiempo. El señor De Dietz es de los que al tomarse una copa de más, enseguida, se van de la lengua. Figúrese usted, hasta la fiesta última, el matrimonio de una de las princesas hijas del Sultán, era frecuente ver, después de la exhibición de fuegos artificiales, una variedad incalculable de cohetes chisperos, tronadores, follones, petardos, truenos gordos y morteretes, chupinazos y luces de Bengala, rapapiés y buscaniguas, una ringlera de animalejos desencandenados, osos perros, zorrillos y asnos, que con los mismos cohetes atados al cuerpo, embestían contra la plebe para diversión de la nobleza. ¡Pero, eso no es todo!

Inmediatamente, después del desfile de animales atronados, ¡cómo se ve que en Turquía no existe, como en Prusia, una *Sociedad Protectora de Animales*!, venía algo más horrible aún: un *desfile de monstruos humanos*, ¡un desfile de *monstruos humanos*, capturados en todos los rincones del imperio y que constituyen la diversión preferida del Sultán y del Gran Visir! No sabe el señor Encargado de Negocios de Prusia, cómo comenzarte la enumeración. Se encalamoca, suda, tartamudea, a ratos como que prefiriera quedarse callado del todo. ¡Horrible, horrible, señor De Miranda!, te dice. Hombres con dos cabezas, mujeres barbadas, mujeres con cuatro brazos y cuatro piernas, pero con un solo tórax y una sola cabeza; monstruos que ni los griegos llegaron a concebir; todos los que se cuentan en los relatos de *Las Mil Noches y Una Noche* y en los abominables *Bestiarios* del medievo; gigantes inconcebibles, cíclopes de uno o cien ojos siempre abiertos, polifemos y tifeos jamás sospechados, brireos y egeones, hecantóquiros de cincuenta cabezas y cien brazos; nauseabundas arpías: los llamados *perros de Júpiter*; cancerberos que, ciertamente, guardan las puertas de los infiernos; delfinas, mitad mujer mitad serpiente; quimeras, esfinges, gorgonas; faunos y sátiros; dioses bacos y príapos cuyos viriles, echados hacia atrás o hacia adelante, se arrastraban por el largo de cien pasos o más; Laocoontes ahogados por pavorosas serpientes, pavorosas serpientes los viriles; furias y grayas, hidras, minotauros, palantes, y sirenas de doble cauda; *gnomos* pérfidos o bonachones y adamitas semejantes a los *ibu-adán* de los que habla *Las Mil Noches y Una Noche*; no un *manet* o un *genni* o un *afrit* u otro cualquiera de los adanes mal hechos que allí se citan, sino adanes, adanes con toda la corporeidad de un Adán de verdad, pero con cola de pez sobre la cual caminan dando saltitos como verdaderos peces moribundos dejados por las olas a merced de la arena.

Pero no para ahí, señor conde De Miranda, la heteróclita enumeración del atribulado señor De Dietz. Al borde de las náuseas, casi lloroso o llorando del todo, enjugándose la frente, con los rasgos animalizados por el horror como para ser visto de cerca en ese momento por un estudiante de fisiognomía, no sabiendo cómo infundirse aplomo, tomándose medio vaso de *retizna* para poder proseguir, te sigue contando:

—Tras la marcha de los monstruos humanos o semihumanos, venían los prisioneros de las fronteras húngaras y de Bosnia y de Bulgaria y de la Transilvania, todos los cuales eran latigueados en público por sus presidiarios, pinchados con dardos y, finalmente, desollados con los sables. Uno de esos prisioneros llevaba el asta de una bandera sembrada entre la carne y la piel, los brazos agujereados a flechazos y en la espalda

algunas herraduras de caballo clavadas con todos sus seis clavos; de todas partes le manaba la sangre. Un espectáculo doloroso, inhumano y del más atroz padecimiento.

Como si él mismo no creyese lo que contaba, el señor De Dietz continuó:

—A los más resistentes, a los que no morían en semejante prueba se les premiaba con dinero. Un timar de oro de cuatro mil aspros para los más resistentes, y entre éstos, a los más resistentes aún, amén del timar, le concedían la libertad.

—Pero, en su mayoría quedaban muertos —prosiguió tras lanzar un gemido y darse un tornicón en la papada como supliciándose por hablar con tanto patetismo de semejante asunto. Hubiese preferido no tener que hacerlo. Hacerlo ya es en sí una máxima mortificación.

—Los más quedaban muertos, le decía, y sus cadáveres recogidos de seguidas con otros residuos de la fiesta por los quinientos barrenderos especialmente dispuestos, llamados ellos los *tulumbagos*, que vestidos de un modo ridículo con diferentes trozos de pieles desgastadas, ropa vieja y muy usada, y zapatos la mar de grande como los de los payasos modernos, aunque con las puntas hacia arriba al estilo turco, se encargaban de la conservación inmediata del orden y la limpieza de la plaza. Portaban también un odre astroso, hecho de piel de cabra, con el cual pegaban a los alborotadores. Su capitán, montado sobre un asno con gualdrapa de paja, era al mismo tiempo el bufón del pueblo.

—Pero, ¡oh! —recapacita De Dietz—, no comente con nadie, conde De Miranda, estas mis impresiones tan aciagas y volanderas. En Constantinopla y sus derredores, las paredes tienen oídos, y, para mala suerte mía y de mi Gobierno, todo lo dicho podría llegar a conocimiento del Gran Sultán o del Gran Visir. Que todo quede entre nosotros, ¿eh? ¡Que todo quede entre nosotros! Se lo ruego.

Como se ve, no todos los representantes de la Cristiandad eran celebradores de los lujos y excesos de semejantes fiestas paganas. El señor conde de Choiseul-Gouffier, embajador de Francia, fue más rotundo y desenfadado en sus apreciaciones.

—Un horror, amigo De Miranda —te comentó al tiempo que degustaban una botella de *Chambolle-Musigny Amoreuses*, de la cosecha de 1778—. Un horror son esas benditas fiestas. Las rechazo enteras desde el comienzo hasta el final. Además, son el pretexto para someter a los embajadores y ministros cristianos a las más flagrantes humillaciones y bajezas. Nos hacen concurrir vestidos a la moda turca, con horribles ropas que nos obligan a seleccionar previamente en los vestuarios del

Serrallo. A Ud., como invitado extranjero de distinción, también le tocará disfrazarse de turco. Prepárese usted para vestir encima de los pantalones esas pesadas faldas mujeriles que llaman la *kelambia*, con sus pliegues y adornos amarionados a la cintura; prepárese a llevar su sobrevesta ornada de mil arrequives y, por supuesto, su turbante —añadió con una risita suave.

—Mas, no es sólo el agravio del disfraz impuesto —aclaró con el mismo aire recriminante—. Luego le obligan a presenciar, en actitud reverente, cabizbajo, y sujeto por los brazos por algún drogomán o jenízaro turco, las interminables y muy doctas interpretaciones del *Corán*, que, parsimoniosamente hace el *muftí*. Y pasada esa ceremonia, que repiten varias veces durante cada uno de los días con sus noches que dura la fiesta, le obligan a tomar una triaca pavorosa compuesta de opio y otros alucinógenos indigeribles, para facilitar la embriaguez y con ella, al decir de los anfitriones, la mejor percepción de los actos sucesivos; como si a uno, en una fiesta occidental, lo obligasen a beber los orines y el menstruo del ama de casa, perdone la comparación. En fin, vejaciones las más indignas y repugnantes al decoro nacional y personal de las sociedades civilizadas —concluyó tajante.

En el silencio que siguió, pudiste oírlo murmurar:

—Una más de las infamias turcas.

(II)

Llegó el día de la fiesta y todo lo oído antes, en pro y en contra, resultó corto. Tú lo ves todo, con mirada ávida, deseoso de no perderte un solo detalle. La marcha de los visires y sus numerosos séquitos, portando las ofrendas que obsequiarían al Príncipe con motivo de la circuncisión. La marcha de los oficiales de los cipayos. La de los jenízaros. La de los señores del estribo. Y la de la Caballería Imperial. Y la de los inspectores de las chancillerías del Diván y de las Cámaras. Y la de los artilleros y trabajadores del Arsenal. Imposible registrarlo todo. Imposible contar *ab ovo*. Algunas imágenes. Algunos sucesos, más o menos coherentes. Aquellas visiones que más te impresionaron o que, no habiéndote impresionado tanto, no sabes por cuál causa permanecen en tu recuerdo: los banquetes, los espectáculos, las procesiones ya referidas y las que se siguieron produciendo en las jornadas siguientes, los regalos, los fuegos artificiales hasta muy entrada la noche, la ceremonia de la circuncisión propiamente dicha.

Algo que mucho te impresionó: el espectáculo glorioso de viejos pasajes de la historia turca. Con aparatos de cohetería, reproducidas al mayor grado de semejanza y perfección, las tres fortalezas Neuhausell, Candía y Caminiek, conquistadas en las guerras húngaras, veneciana y polaca, representadas al vivo, descubriéndose en ellas hasta las mezquitas y bastiones; fueron sitiadas, tomadas por asalto, parte arrojada al aire, y parte entregada a las llamas. Veíanse también algunas galeras maltesas tomadas por los berberiscos, y otras naves ardiendo con fuegos artificiales que, sobre el cielo oscurecido, dibujaban versos al Sultán y al Infante circuncidado.

Cada día después de la comida, marchaban en simbólicas representaciones, los gremios corporativos, con los instrumentos de sus oficios y portando sus ofrendas. Los zapateros llevaron unos borceguíes recamados de joyas; los horneros y carcineros, cojines de terciopelo y ricas telas persas; el regalo de los orfebres y filigranistas representaba un jardín, en donde, sobre cipreses de oriplata, cantaban, felices, amorosas, algunas alondras de oro; los herreros presentaron herraduras, de plata también; los caldereros, unas fuentes de oro; los operarios de la seda, tapetes; los armeros, cuatro sables con vainas de planta sobredorada y puños de ágata, áloe y diente de caballo marino; los albañiles un kiosco portátil de arquitectura persa o chinesca ejecutado con mucha curiosidad y limpieza, el frente con juegos de agua en medio del patio, sus hermosísimos árboles que lo sombrean, y los apartamentos con todas sus comodidades; los sastres, por supuesto, llevaron vestidos de telas de seda, muselina, paños recamados en oro, terciopelos finos con varias alas de diamantes, todos inapreciables.

La magnificencia de las procesiones correspondía a la de los regalos, resultando las más vistosas para tu gusto la de los plateros, la de los industriales y mercaderes del azúcar cande, y la de los peleteros. Iban los primeros disfrazados de armenios, judíos y persas, y conducían tirada por cuatro mulos, una tienda que deslumbraba por la cantidad de piedras preciosas que contenía y piezas de plata repujada, calada, afiligranada, cincelada, martillada, lisas, con o sin adornos; los dulceros del azúcar cande se lucieron portando sobre plataformas rodantes, figuras del material de su industria las más disímiles: caballos enjaezados con penachos de pluma magníficamente simuladas, un parterre sembrado con rosas espléndidas y exóticas plantas tropicales, un agresivo grupo de monstruos y demonios medievales, sirenas y tritones en carrozas marinas, elefantes, jirafas, dromedarios, cálaos bicornes y animales fabulosos que sólo se conocen de oídas por los viajes de Alejandro o de Simbad,

un cortejo asirio reconstruido sobre la base de recientes hallazgos arqueológicos, varios juegos de ajedrez y la réplica de un ejército turco en miniatura; finalmente, los peleteros llevaban sobre sus hombros las pieles de todos los animales que sirven para su comercio, las cuales pieles, llenas de estopa, simulaban leones, tigres, leopardos, osos, lobos, raposos, linces, martas, cebellinas, comadrejas, liebres, conejos, perros y gatos. Treinta y seis hombres vestidos con piel de tigre llevaban una habitación, cubierta toda de cebellina y otras pieles preciosas, la cual alcanzó el trofeo del *Máximo Regalo*, lo que era de presumir en una corte tan amante de las pieles.

Diez o doce horas después del inicio del Programa de Festejos continuaba aún la Procesión de los Gremios. A los hiladores de seda, siguieron los fabricantes de cordones y redes con raros sombreros, gorras y casquetes cosidos de diversos modos, adornados de encajes y bordados de colores. Los pasteleros y sorbeteros hacían cortesías al pasar y distribuían sorbetes de todos los sabores. Los curtidores presentaban tapetes de sobremesa, hechos de piel y cosidos con oro, y botellas para agua u otras bebidas, también de piel sin costura alguna. Los fruteros llevaban las frutas atadas con cintas al extremo de largos bastones. Y los *gebegs* o armeros, y los encuadernadores y pintores de papel, y los espejeros, y los fabricantes de jícaras, y los tintoreros de lana y lino, y los fabricantes de astas y azagayas, y los ropavejeros, y los albarderos, y los forjadores gitanos, y los hebreos fabricantes de pólvora y de relojes, y los fabricantes de anillos de hueso para el dedo pulgar, que servían para disparar la flecha del arco, y los fabricantes de harneros y los estañeros; los flecheros, los drogueros, los herbolarios y los floristas, y los vendedores de queso y *yogurt*, que por carecer de bandera cargaban como distintivo un buey embridado; y los faroleros, y los fabricantes de fieltro, y los barquilleros, y los carruajeros, y los fabricantes de tijeras, de espuelas y estribos, y los bañeros con todos los utensilios del baño (a excepción por supuesto de los eunucos griegos que, como quedó visto, por obra de su terrorismo incendiario en cuestión de días fueron exterminados), y los aceiteros, y los vendedores de manteca, y los albaneses vendedores de jabón, y los moldavos vendedores de iconos milagrosos y otras supercherías, y los pintores de plumas, y los vendedores de leña, y toda la fauna variopinta que configura el mundo del comercio turco y que, para mantener a los espectadores atentos a su paso, repartían entre ellos réplicas e ínfimas muestras de los mismos regalos que habían traído para el Sultán y su heredero.

Eran símbolo de la fiesta, veinticuatro palmas datileras grandes y pequeñas; las dos grandes, tan altas como los palos de una nave, eran llevadas por cien esclavos sobre seis barras, con dos banderas y seis cuerdas tirantes, y otras dieciséis barras transversales, y fueron plantadas, como si fuesen obeliscos, al frente del Gran Serrallo. Componíase cada una de doce cuerpos y un capitel dorado, con la media luna, y formando como un remate de caperuza, debajo de la cual, por ambos lados, se elevaban una sobre otra seis banderas con doce banderolas desplegadas. En la división inferior había, en doce vasos, seis cipreses y seis tallos de flores artificiales hechas de papel crepé, hilos tejidos y telas diversas, pero con tal perfección que bien parecían naturales, unos y otros, alternadamente; formaba la segunda un rodete henchido de varios colores, que representaban doce inmensas piedras preciosas; la tercera división era como la primera, la cuarta como la segunda, la quinta formaba un anillo de doce velas de cera encendidas, las otras siete eran otros tantos rodetes de flores y frutas que, a medida que se elevaban, iban disminuyendo de tamaño, formando una vistosa palma, cargada de flores y frutas, altísima y gruesa, símbolo de la fuerza productora y fecundante de la tierra otomana, al decir de los voceros y maestros de ceremonias de los festejos, pero que a ti se te antojaba entonces y se te sigue antojando ahora: la representación emblemática del *sultanismo* en sí, autocrático, primitivo, mercantilista y feudal, religioso y funambulesco a un mismo tiempo; el más autocrático y el más funambulesco de todos los gobiernos del *ancien régime*, podría decirse.

En cada uno de los días del convite, el banquete correspondiente era ofrecido a un invitado o a un grupo de invitados en especial. Así, el del primero fue dedicado a los familiares consanguíneos o afines del Gran Sultán, a sus áulicos y validos. El del segundo al embajador de Persia y restantes embajadores del mundo musulmán. El del tercero a los embajadores de la Cristiandad y personalidades de la *Europa Franca*. A los oficiales de jenízaros, correspondió el del cuarto. El del quinto, a los teólogos-jurisperitos, el *muftí* y los *cadiaskeros*, los *chaiques* e imanes. El del sexto, a los visires y otros altos funcionarios del *Diván*. El del séptimo, a los gobernadores de provincias, y así sucesivamente. Tras cada uno de esos banquetes, o simultáneamente con ellos, ocurrían las danzas y representaciones de los derviches, el refocilo de la música y los cantos, las pantomimas de los juglares y bufones, las destrezas de los faquires e ilusionistas. Y llegada la noche, tras la exhibición de los fuegos artificiales, girándulas y árboles de luces, quedaba el campo libre para el alboroto de la plebe y los correres de gallo y las carreras de gansos.

El *Banquete de la Cristiandad*, bien que habiéndote ilusionado por lo novedoso, pendiente del lujo y exótico refinamiento que presumiste habrías de encontrar allí, terminó produciendo en ti una extraña nada agradable sensación de escarnio y antagonismo. El Gran Sultán, que creías ibas a conocer de cerca en esa ocasión, no se presentó y delegó la anfitrionía en el Gran Visir y en el agar de los jenízaros. La comida servida fue exclusivamente turca: el consabido *orman kebab (le rôti des bois*, que llaman los franceses, pequeños pedazos de cordero asados en brochetas de madera), el no menos consabido *kaimak*, el *zarmá*, el *pilaw*, y un excelente *caviar*, y, como era de suponer, por su ausencia brillaron los cubiertos, lo que no dejó de consternar a los invitados, educados en la obediencia de Brillant-Savarin. Por si fuere poco, el espectáculo que se montó para amenizar el banquete, amén de las *matesinas* que bailaron los hebreos y *la morisca* (una danza bufonesca con espadas, a semejanza de las antiguas danzas sicínicas y pírricas) que bailaron los moros, fue una farsa de inequívoca intención política. Dispusiéronse dos castillos; uno mayor, que figuraba pertenecer a los musulmanes, con bandera amarilla y roja; y otro menor, con bandera cristiana en la cual se veían varias cruces azules y encarnadas sobre campo blanco. Produjose un bombardeo entre ambos, y avanzando la guarnición del primero, sus trincheras y artillería hasta las murallas del segundo, éstas no tardaron en caer, saliendo de su interior, en plena estampida, cuatro cerdos que, a todas luces, representaban a los embajadores cristianos asistentes a la fiesta. Para aumentar la mofa, uno de los cerdos en su estampida y antes de ser sacrificado por los cipayos vapuleó y casi echó por el suelo al Excmo. embajador de Francia, señor conde de Choiseul-Gouffier.

Cuando, esa misma noche, comentabas el incidente en casa de la familia Tort, tu amiga Michel, ¡la adorable Michele!, con su fineza característica y la cabeza tristemente inclinada, se limitó a repetir la típica expresión turca: ¡*Amin*! ¡*Amin*!; dándote a entender con ella que se trataba de una *«turcada»* más.

Tort, el inimaginable Tort, aprovechó para descargar toda su *turcofobia* flamenca, increíble como él, con un tono de voz a la vez asqueado y furioso:

—Pero, ¿de qué se asombran señores?, los turcos son así —sentenció—. Pervertidos, escandalizadores, arimánicos y maloscucos. Son así. No tienen madre. Nacieron, por generación espontánea del bullebullir fermentante de la propia mierda. Son así. Además, quieren apoderarse de Occidente y esclavizarnos hasta el fin de los días. Quieren imponernos a su *Alá* como único Dios, y a Mahoma, el Mahoma de ellos, como a *su*

único profeta. Hasta el *Burro de Mahoma* terminarán metiéndonoslo por el culo. Seguro que terminarán metiéndonoslo. Aunque hayan perdido la Crimea frente a la Gran Catalina, se las ingeniarán, se las ingeniarán, para seguirnos jodiendo y librando lo que ellos llaman la *Madre de las Guerras* y adueñándose, ellos, de la *madre* y el *culo* del mundo hasta la última entretela, hasta el último entrepliegue...

Tort es o era así de vehemente.

Galaza, su mujer, hermana de Michel, intervino en plan de suavizadora para contrarrestar la intervención insolente de su marido:

—Tampoco los europeos cristianos, los *francos* (como ellos nos llaman) queremos a los turcos, y, que se sepa, los sentimientos siempre han sido y seguirán siendo recíprocos. Así como en los torneos cristianos tomamos por blanco las cabezas turcas, ¿no es válido, acaso, que ellos en sus justas de cipayos tomen las de los francos, disparando contra gorras húngaras y celadas alemanas, sombreros holandeses y chacós de la guardia parisina? Es válido, claro que lo es...

(III)

Y así fueron pasando los días de la *Fiesta de la Circuncisión de Ibrahim, el más reciente vástago del Gran Sultán*; banquetes regios; festejos populares; procesiones y regalos; lámparas y fuegos encendidos por las noches; volatines y bailarines de cuerda deslumbrando con sus destrezas y sus saltos mortales; danzas entre espadas y alfanjes y cimitarras y arcos que representaban burlescamente el combate de San Jorge con el dragón, el sitio de Alesia por César, el asalto de Buda, el aplastamiento de Varna o la toma a saco de Rodas; simulacros de batallas terrestres y navales; conciertos de trompetas, laúdes y violines; un espadachín italiano atacando a un niño disfrazado de Cupido, primero con halagos y después por la fuerza, cuando una doncella armada de lanza, que representaba una ninfa de Diana, o una amazona de Antíope, Hipólita o Pentesilea, ahuyentó al atrevido provocador y rescató al niño; invención ésta tanto más ingeniosa en cuanto que salió del santiscario de la sultana madre del príncipe circuncidado o pendiente de circuncisión; ¡ah!, aquel desfile de los tiradores de oro y plata con los confiteros; los primeros hilando el primor de aquellos metales, mientras que los segundos hacían cordones de azúcar y miel, tratando de imitar ese único color que lo regresa a uno de una sola vez a la noche y al mediodía: ¡qué locura de imágenes superpuestas!; ¡qué locura!; y los cipayos y los silidarios,

disputándose entre ellos la hendidura de un botón de oro que estaba fijo, imponderable, inalcanzable, en la extremidad de una larga estaca; y los aullidos de los derviches, sus bailes, sus comidas de fuego y sus juegos de puñales y puntas de hierros ardientes en la boca; sus estadas en toneles llenos de serpientes sin que nada les pasara; sus aguantamientos de piedras en el pecho, más grandes ellas que el caique imperial, y que sólo quince hombres podían mover después con ayuda de planos y poleas; sus caminatas y sus yacencias sobre pasarelas llenas de carbones encendidos y cascotes de vidrio afilados; todo, hasta llegar al día de la circuncisión propiamente dicha.

¡Qué día, señor, qué día! ¡Un día de histeria colectiva! ¡Un maremagno de alboroto pleno! Y si bien la ceremonia ocurría en los *appartements privés* del Gran Serrallo, fuera de la vista del vulgo, éste parecía seguir de cerca, con la misma emoción como si lo estuviese viendo, cada acto del sublime proceso. Hasta el señor conde de Choiseul-Gouffier, con la voz engolada de sus grandes momentos y ajustándose el monóculo de ocasión, se suma a la oleada de frenesí incontenido y, parsimonioso, con bien marcado acento rastacuero, va comentándote los pormenores de lo que él supone debe estar ocurriendo entonces.

—Están todos los que tienen que estar —te cuenta, echando una mirada furtiva a su derredor.

—Por supuesto, está el Gran Sultán. Y el Gran Visir. Y el Gran Muftí. Y están todos los otros visires. Y todos los *cadiaskeros*.

—El *kislaragá* tiene al príncipe en sus brazos. ¡Tierno se ve el *kislaragá* con el principito en los brazos!

—El Gran Visir y el Visir Favorito lo tienen de cada una de las tiernas manitas.

—El caimacán, con las suyas, manazas (no manitas), le tapa los ojos.

—Ahora, el cirujano del Sultán, corta el prepucio con una piedra afilada, la misma que se ha usado en las circuncisiones de los últimos mil ciento doce príncipes habidos en el reino desde los días de Amurates III.

—La prueba de la bien hecha operación, el capullito de pellejo que bien desearía comerse un gato callejero, es solemnemente depositada en una bacía de oro con piedras preciosas.

—Así depositada, va pasando de manos en manos, y primero que por ningunas otras, por las del Gran Sultán y padre de la criatura.

—El *kislaragá* lleva ahora la preciosa prenda a la sultana *casseki*, madre del Príncipe, y la filosa piedra ensangrentada a la sultana *validé*, madre del Sultán.

—Un cañonazo desde el serrallo anuncia a las tiendas y a la ciudad el feliz término de la operación.

—La fiesta ha culminado.

Una extraordinaria afabilidad cunde por doquier. Todos se abrazan con todos.

Los fuegos artificiales vuelven a refulgir.

La música suena y resuena con el mayor de los estrépitos.

La muchedumbre se desperdiga, aquí y más allá, dándoles vivas al Gran Sultán, al príncipe heredero, al principito recién circuncidado, a la sultana *casseki*, a la sultana *validé*, y a toda la familia real.

También ustedes, se despiden. Pero, antes de tomar los coches respectivos, el señor Conde se te acerca al oído y, mano como pantalla de por medio, te pregunta:

—Dígame, Miranda, ¿también usted es incircunciso?

Y sin dar tiempo a que le respondieras, ya montándose en el coche, dando por sabida la respuesta y, haciéndote una despedida al aire, con una suerte de carcajada irónica, te confesó fascinado:

—¡Magnífico! ¡Yo también lo soy!

CUARENTENA DE KHERSON

TERMINADA LA Fiesta del Serrallo y considerando que ya habías sacado suficiente provecho de tu visita a Constantinopla, optas por continuar tu periplo, y después de despedirte de tus amables amigos diplomáticos y muy en especial de la adorable Michel que optó por entregársete aquella última noche, conmovida por la certeza de no volverte a ver, abandonada al instante, infantil y etérea, extrañamente vestida de satín laminado rojo, medias rojas, zapatos rojos y un turbante a lo gorro frigio, rojo también, que, no obstante, dejaba libre su hermoso cabello rubio siempre peinado con amplios bucles y *rouleaux* sobre la coronilla; tomaste una barca de pasajeros llamada *Il Cesare Augusto*, al mando del capitán Melchiori, para adentrarte en el mar Negro y tomar rumbo hacia Rusia.

Contigo portas un flamante pasaporte otorgado por tu amigo el Internuncio Imperial; un pasaporte donde por primera vez se te da el título de Conde, firmado nada más ni nada menos que por el representante del emperador José II, ¡Dios, cuán grande es Dios!, ¡y vaya pelota! A todo el que quiera verlo o darlo por visto, dice así: *Pietro Filippo Barón D'Herbert Rathkeal, Actual Consejero Áulico de Su Majestad el Emperador de los Romanos, de Hungría y de Bohemia, y su Internuncio y Ministro Plenipotenciario ante la Fúlgida Puerta Otomana*, etc... / Partiendo de esta capital para trasladarse por la vía del mar Negro a Kherson, Imperio Ruso, el señor Conde De Miranda, lo acompañamos con el presente pasaporte nuestro, rogando amigablemente a todos aquellos a quienes concierne no sólo dejarle proseguir libremente dicho viaje suyo, sino prestarle toda ayuda y favores, como nosotros haríamos en similares y otras ocasiones. En fe de lo cual, hemos escrito el presente de nuestro propio puño y hecho poner el sello de nuestro Escudo. Pera de Constantinopla, el 22 de septiembre de mil setecientos ochenta y seis. R. 86 N° 39. (L. S.). (Fdo.) Herbert Rathkeal. Por orden expresa (Fdo.) Giovanni Tomoni.

No fue fácil el viaje. Vientos y corrientes hicieron difícil la entrada a ese mar que los griegos antiguos llamaron en un principio el *Mar Inhóspito*, aunque después, cuando lo domaron e hicieron suyo, fuese para ellos el *Hospitalario Euxino*. De nuevo, sufriste tus pavorosos ataques de *escafonausia* o *nausea navigantium*. Recuerdas haber pasado unos primeros castillos, viejos reductos, uno frente de otro, incapaces de hacer mayor defensa. Luego, otros nuevos, unas baterías en el gusto europeo, mas no juiciosamente dispuestas. Más allá, el Palacio del infortunado rey Fineo, y las arpías inhumanas que le perseguían su comida, sin duda los mismos *gaviones* que todavía abundan por allí, y tan atrevidos ellos que se cuelan hasta el propio barco. Unas millas más allá, las famosísimas *Simplégadas* de Plinio y de los supertemerarios Argonautas...

Y el tiempo siempre nubloso. Y el estómago, volviéndosete y revolviéndosete, generalísimo. Y, de pronto, la mayor confusión entre la tripulación y el pasaje, todos como si fuesen a morir colectivamente en ese preciso instante, aterrados, allí, sobre la isla de Serpientes, en la desembocadura del Danubio, sin poder distinguir la tierra justo hasta hallarse encima de ella, sobre la reventazón del mar. Al punto, gracias que no era de noche, pudieron finalmente cambiar de bordo y salir del paso.

A decir verdad, el celebérrimo mar Negro bien puesto tiene su nombre; blanco, no es. Poco viento. Turbonadas. Brumazones. Olas más altas que los faros y las torres marinas. Lo que se avanza en el día se pierde por la noche dado el miedo de encontrarse con la tierra y el temor de la encalladura. ¡Es un cuerno el mentado *Ponto Euxino*! ¡Un cuerno! ¡Más que un cuerno, una caramera!

Mal que bien, generalísimo, ya se encuentran en las costas de la Pequeña Tartaria, a la altura del fuerte ruso Kilburn. Con el capitán bajas a tierra, él en busca de ciertas gentes a quienes debía entregar 50 botas de aguardiente, y tú, a ver un poco el lugar, que paseaste en compañía de dos griegos mercantes, también pasajeros. Dieron vuelta al exterior de la fortaleza bastante bien construida, con sólidos baluartes, gran foso y camino cubierto, además de una estacada y foso que circunda todo el lugar.

El resto de la mañana la pasaste leyendo a bordo y al mediodía vino un mercante de tierra en busca del aguardiente. Ese encuentro ocasional fue para ti el comienzo de un calvario. Sin estárselo preguntando, el recién llegado te informó que te convendría mucho mejor ir a Kherson por tierra, pasando por las fronteras de Polonia, ya que, así, sólo te harían pasar dos días de *contumacia*, estando a la semana en Kherson, por

el solo coste de 20 piastras y ahorrándote 42 días de la irremisible cuarentena que te harían pasar si arribabas por mar.

La propuesta no dejó de halagarte. Y repreguntando seriamente al sujeto si lo que te informaba era serio y si podrías obtener escolta y permiso del Pachá, te respondió:

—Yo soy práctico, señor, y si Vmd. gusta venga conmigo que lo alojaré en mi casa y a la punta del día lo pondré en marcha, como lo tengo hecho con otras personas de forma.

Sin pensarlo dos veces, recogiste tu bagaje y con el vendedor de gato por liebre, caído en el señuelo y andando en golondros, bajaste a tierra, donde llegaron ya en horas nocturnas, y te alojó en una casucha, especie de *isba* campesina donde vivía con una caterva de compañeros, todos sucios y malencarados. De una guarida de ladrones o una tribu de gitanos debía tratarse, pensaste para tus adentros. De esos malandrines tratas de obtener información sobre tu partida y deduces de sus medias contestaciones, evasivas y risitas burlonas que la propuesta de viajar enseguida a Kherson no era tan inminente ni tan barata, ni que tal Posta existía, ni que era tan factible que el Pachá te supliera autorización y escolta; aunque con piastras de por medio, seguramente, todo podría arreglarse. Comieron huevos duros y se fueron a dormir, como cerdos, roncando y pedorreando, unos sobre los otros, en el suelo astroso y a pierna extendida.

Al alboreo, se ponen todos de pie y tú, generalísimo, a punto de subirte por las paredes, no hallabas un demonio que hablase por ti, para tener la autorización y marcharte. El mercachifle que te había embarcado en la empresa, apenas si se dejaba ver contigo, y teniéndolo al frente, ninguna explicación te daba; sólo andaba pendiente de desembarcar sus damajuanas. Unas horas más tarde se apareció un griego de Chío, Nicolo Diascuffi, ¡Dios bendiga su nombre!, se ofreció para acompañarte a hablarle al Emín para que te diese un jenízaro y un *araba* que te permitiera proseguir hasta la frontera de Polonia o Rusia, a sólo tres jornadas cortas. El Emín te respondió que el *Bairam* o Festividad de la Pascua comenzaba esa fecha, al mediodía, ¡nada que hacer!, ¡nadie trabaja! Que pasando dos o tres días te franquearía sin falta lo que tú pedías y que hablaría al Pachá por el jenízaro para que te acompañara.

El *Cesare Augusto* se hizo a la vela para remontar a Glubok, que es el paraje donde cargan las embarcaciones de algún porte que van a Kherson, pues el río Dniéper no permite una navegación segura hasta dicha ciudad. Sin Dios y sin Santa María te quedas, generalísimo, en aquellos andurriales, celebrando el *Bairam* turco. Las calles están muy bien

barridas, barrer las calles forma parte de la celebración, y el aire aromatizado con las mejores fragancias. A la mezquita van los fieles con sus galas más ostentosas. La mezquita está cerca de tu *isba*. Por eso, puedes distraerte viendo el arribo de la concurrencia: a la punta del día, al mediodía, a la puesta del sol, dos horas después y a las diez de la noche. Es difícil encontrar un pueblo más religioso que el pueblo turco.

Pasada la fiesta, tampoco se dio el ansiado viaje por tierra. Finalmente, el Emín nada pudo hacer por ti. Díjote que si no traías *firman* de Constantinopla no te podía autorizar el viaje por tierra ni suplirte jenízaro alguno. Que si querías emprendieras el viaje por tu cuenta y riesgo, pero que, a buen seguro, en la primera media legua de camino serías robado y asesinado. ¡Maldición! ¡Nada que hacer, ni cómo evitar la cuarentena del arribo por mar, ni cómo resarcirte del tiempo perdido!

Dándote con la puerta en los hocicos, y cediendo a la generalidad, no te queda más que tomar puesto en un *tumbazo* turco que justamente partía para Kherson transportando dos caballos. En él, remontas el Dniéper o Borístenes, remarcando los límites entre la Tartaria rusa y la turca, y, poniéndose el sol, llegan a Glubok.

De Glubok a Kherson, 30 millas de viaje. Y el inicio del más hórrido pasaje de tu periplo euroasiático, generalísimo, ¡La Cuarentena de Kherson! ¡La Cuarentena de Kherson, joder, un verdadero sufrimiento! ¡Cuánto mejor si no hubieses tenido que pasarla!

Tan pronto anclaron, un comandante ruso se hizo presente en el *tumbazo*. Con deferencia, después de revisar tus pasaportes y tus cartas de recomendación, te asignó alojamiento en una casa con todos los vidrios de las ventanas rotos.

—Es la mejor de las que disponemos por ahora —te dijo con aire un tanto compasivo.

Esa noche, te tocó dormir en un colchón pelado y medio soportar el frío creciente gracias a tu pelliza de Viena.

Esa noche, y las cuarenta y cuatro siguientes, generalísimo, ¡como para no contarlas!

No sabes qué hubiese sido de ti de no portar contigo unas obrillas de *monsieur* Restiff de la Bretonne, que el buen de Tort te había regalado en Constantinopla antes de partir. Un mundo disfrutaste leyendo el *Pornographe*, y *La Mimographe*, y *Las Gynographes*. Todas, curiosas, lascivas e interesantes.

Gracias a *monsieur* Restiff de la Bretonne y a *monsieur* Roux no te moriste de aburrimiento en esos días.

Se te olvidaba hablar de *monsieur* Roux, un negociante francés que también estaba en cuarentena. De lo más chusco él, epicúreo, inventivo y celebrante. En la casa que le tocó, descubrió un viejo samovar. Se las ingenió para preparar el té en él cada tarde, y te invitaba a tomarlo. Diríase que esas tenidas de té era lo único bueno que te ocurrió por esos días. Sabía el bueno de *monsieur* Roux un montón de fórmulas prácticas que compartía contigo. ¡Para ahuyentar las moscas de un líquido cualquiera, nada como echar cerca del líquido en cuestión, o flotando en él, una rebanadilla de corcho! ¡Para que el zumo de cebolla no salte a los ojos de quien la corte, basta con poner una migaja de pan en la punta del cuchillo, y es infalible! Se llamaba a sí mismo «*cronopio*» y contrariaba a los «*famas*», seres que a su decir sólo habían venido al mundo a vegetar y a morirse en sus propias podredumbres. A veces se hacía pasar por loco, sólo por divertirte, y por divertirse él también, ¡claro está! Se quejaba, por ejemplo, de que le había crecido un peral en el abdomen y, como las peras ya comenzaban a madurar, no había forma ni manera de evitar que los pájaros se le metieran adentro a picotear las frutas. Una señal que decía tener en el dedo gordo del pie izquierdo era la prueba inequívoca de que descendía él del mismísimo Carlomagno. Otro día, se la pasaba refunfuñando porque habiendo inventado un aparato para soñar despierto o, a la viceversa, evitar soñar dormido, alguien le había robado la patente de invención. Maneras de pasarla, dirá usted. Maneras de pasarlas, ciertamente.

Otro día, mes y medio después, sabiéndose ya que no eras tú portador de la viruela ni de ninguna otra infección mortal, vino el mismo capitanejo que te inspeccionó el primer día y te dio la *Boleta para dejar la cuarentena*. «El portador de la presente, señor coronel del Ejército español, Conde Francisco de Miranda, etcétera, llegado anteriormente de Turquía como pasajero, habiendo guardado la *contumacia* adecuada, al pasar reconocimiento médico resultó no tener sida, ni viruela, ni tifus, ni ninguna otra enfermedad infectocontagiosa, etcétera, etcétera, por lo que, sin lugar a dudas, se le permite la entrada a la ciudad de Kherson y al territorio ruso entero, etcétera, etcétera y más etcéteras...»

«TÊTE-À-TÊTE» CON EL PRÍNCIPE POTEMKIN

Y BIEN, GENERALÍSIMO, insospechable de apestamiento alguno, libre del peso de cualquier interdicto, con tu apostura y gallardía características, te aprestas a conquistar Rusia. Después de instalarte en el mejor hotel de Kherson, el «Europa Imperial», recién bañado, perfumado, acicalado hasta las cutículas de los dedos del pie, y embutido en rico atuendo, te dedicas a visitar a las notables personalidades para quienes traías tarjetas de presentación del Excmo. Señor de Boulgakoff, Enviado Extraordinario de Rusia ante la Sagrada Puerta, y del muy noble Internuncio Imperial, tu protector y amigo, el señor barón d'Herbert de Rathkeal. Visitas al cónsul Rosarovich que ya te había cumplimentado en el degredo. Visitas al general comandante Tekely, de origen croata y que de simple subalterno se ha adelantado por su bravura y conducta militar en la guerra de Prusia y últimamente en la de Turquía; hombre de muy pocas palabras y de una figura sumamente respetable, se excusa por no haber sido más condescendiente contigo en lo tocante a la cuarentena; pero son órdenes estrictas emanadas de la propia Emperatriz no tener contemplaciones con viajero alguno por distinguido que fuere; es una medida de higiene pública, te aclara, para preservar el territorio ruso de las mortíferas epidemias de viruela negra, escorbuto, tifus, cólera, malaria, lepra, y cuantas enfermedades pululan en Europa y el Levante; hacía unos diez años apenas, una epidemia de viruela llegada de Turquía se propagó por todo el imperio, causando más de cien mil víctimas; finalmente, te hizo ofrecimientos de amistad y atención.

Más tarde fuiste a casa del señor general príncipe Viazemskoy, hombre atento que se desvivió hablándote de España y de lo mucho que quería a ese país. Su esposa, la princesa, es hermana de O'Reilly, capitán del Regimiento de Hibernia, y sobrina del celebérrimo enemigo tuyo. Es una mujer amabilísima en su carácter y de muy buen parecido. Te anunció que habría de hacerse muy amiga tuya, pues siendo tú un caballero tan viajado, nada le agradaría más que conocer de viva voz tus impresiones sobre los diferentes paisajes y gentes del mundo. En casa de

los príncipes Viazemskoy, tuviste oportunidad de compartir igualmente con el príncipe Dolgoruky y su mujer, la princesa, judía de nacimiento que se hizo bautizar para casarse y además pagó por concepto de dote 250.000 rublos uno sobre el otro, y con el muy erudito arzobispo Eugenio Vulgaris, griego de Cefalonia, hombre de letras y de carácter sumamente gentil, autor entre otras copiosas obras del *Resumen Cronológico de los pueblos antiguos que habitaban los bordes del mar Negro*, un ejemplar del cual te dedicó con frases ampulosas: «Al muy distinguido señor Conde de Miranda, caballero de allende el océano, que ha llegado hasta nosotros por su avidez de mundo y su ineludible vocación ecuménica, como homenaje de amistad imperecedera.»

En los altos círculos sociales de Kherson, que ese mismo día de suspensión de la cuarentena comenzaste a frecuentar, generalísimo, no hacíase más que hablar de la inminente visita a la ciudad del príncipe Potemkin, virtual corregente del Imperio ruso y gobernador de la provincia de Crimea, el decadente kanato de la Pequeña Tartaria (último resto de la poderosa *Horda de Oro* fundada por el legendario Gengis Kan), y anexada recientemente por los rusos con el viejo nombre griego de *Táuride*. Todos, los príncipes Viazemskoy, los príncipes Dolgoruky, el príncipe Zizianov, abarracado en las afueras de la ciudad, el arzobispo Vulgaris, el comandante Tekely, el cónsul Rosarovich, el señor de Korsakov, comandante y director de la Fortificación, y el señor Mordwinov, comandante del Arsenal y de la Marina, el cónsul general de Polonia Señor Sallozky, y el señor Benson, inglés de nación, arraigado en la ciudad desde dos décadas atrás y dueño de una de las fortunas más sólidas allí existentes; *tutti quanti*, diríase; todos, se hacían lenguas por la feliz noticia.

Es el deslenguado de Rosarovich quien te da los mayores detalles sobre el personaje, a quien, por supuesto, ya tú conocías abundantemente por referencias y las noticias de las gacetas europeas; pero es él quien te cuenta la menudencia, la pequeña anécdota, quien le agrega a la biografía la sal de la maledicencia, el picante del chisme, la acrimonia de la historia menuda.

—De joven era espigado, corpulento, más bien moreno y un tantín insolente —te cuenta.

La zarina lo conoció poco después del *coup d'etat* de 1762, cuando estaba pasando revista a sus oficiales, vestida ella, mujer bellísima, con el uniforme de oficial de la Guardia. Coqueta, con un cierto dejo de gazmoñería, advirtió que había perdido el lazo de sujeción de la espada, y entonces, el apuesto Potemkin, jovencísimo y de lo más vistoso, se

destacó de la fila y le ofreció el suyo. Según las versiones, fue entonces cuando ambos se enamoraron perdidamente. Potemkin había tomado parte en la conspiración contra Pedro III, y después de la coronación de Catalina fue ascendido al rango de teniente y obsequiado con cuatrocientos siervos y diez mil rublos al mes, agrega Rosarovich entre exaltado y extático.

El príncipe de Ligne que conocía a todo el mundo en Europa declaró que Potemkin «era el hombre más extraordinario que había tratado en toda su vida». Ucraniano de nacimiento, estaba a veces malhumorado y otras fogoso e irritable; llevaba sucio el pelo, sudoroso y empegostado, y se comía las uñas. No obstante, daba muestras de un vigor opulento y una inteligencia desmedida y su rostro melancólico, suspirante y trémulo, llamaba poderosamente la atención de las mujeres. Fueron los hermanos Orlov quienes lo introdujeron de manera rotunda en la vida de Catalina, pensando que a ésta le divertiría su ventriloquia y habilidad para imitar el gesto y la voz de otras personas. Cuando se le invitó a demostrarlo, él efectuó una imitación del acento gutural-tudesco de la zarina. A pesar de las caras de espanto de los que les rodeaban, ella prorrumpió en carcajadas, y durante muchos meses fue el susodicho un asiduo visitante del palacio del Ermitage, donde la Emperatriz agasajaba a sus íntimos.

El aspecto de Potemkin cobró más relieve y patetismo con la pérdida de un ojo. Hay quienes acusan a los hermanos Orlov de la lesión, te comenta Rosarovich a la chitacallando. Al parecer, picados por los celos, provocaron una reyerta y le propinaron cualquier cantidad de manoplazos. Otros, dicen que la desgracia le fue provocada por un absceso ocular infeccioso. Sea cual fuere la causa, en la Corte pasaron a llamarle *El Cíclope*. No sólo por la falta del ojo, sino también por su gigantismo y corpulencia.

Potemkin abandonó San Petersburgo en 1769 y se agregó al ejército para luchar contra los turcos, y allí sirvió en calidad de ayudante del comandante en jefe Rumiantsov. Participación destacadísima tuvo en las batallas de Balaklava, Kamiesch y Kagul, triunfo último que impuso la paz de Kainardji, así como en la ocupación de la Crimea. Cuando la guerra tocó a su fin, en diciembre de 1773, el bravo guerrero recibió de Catalina una carta que, a todas luces, era una declaración de amor. «Puesto que deseo tener a mi alrededor a hombres entusiastas, pujantes, valientes, inteligentes y comprensivos, os ruego que no perdáis el tiempo preguntándoos por qué motivo se os ha escrito esta misiva. Puedo responderos que es para daros alguna prueba de mi consideración, puesto que deseo, como siempre, vuestro bien. Catalina.»

La Emperatriz estuvo aún otro año —asegura Rosarovich— jugando con los sentimientos del Príncipe, que, en un arrebato de nostalgia (o *nos tal ghea*, como prefieren decir los griegos con su pronunciación separada, de hecho la palabra es de origen griego), ingresó en un monasterio, donde los visitantes solían encontrarlo alternando entre la melancolía más deprimente y la exaltación más exacerbada. Una de las damas de compañía de la Emperatriz, la condesa Bruce, fue enviada por ella como emisaria a buscarle, con la promesa de los «*mayores favores*».

—Y de los «*mayores favores*» se ha estado aprovechando el señor hasta los días que corren —te asegura Rosarovich con su risita sardónica de si te lo he dicho ya no me acuerdo.

—Mire usted si no. Instalado lo tiene en el aposento del favorito. Me contaba mi sobrino Nicolás que fue guardia de *corp* de la Emperatriz —a la sordina, Rosarovich te dice que la Emperatriz tiene la costumbre de turnar sus guardias de *corps* cuatro veces por noche, reclutados ellos entre los jóvenes más bellos de todas las Rusias, y que a todos, lo que se dice a todos, los pasa por las armas, vez por vez—, me contaba mi sobrino Nicolás le decía, amigo Miranda, que normal era ver al mentado Príncipe, sucio e indolente, medio desnudo y patiabierto, tendido en un diván o arrellanado en el trono secreto de la Reina y cuyo cabezal de madera tallada era el propio falo enhiesto del referido, echándose fresco en las bolas él con un inmenso perantón de palma, y jugando con un puñado de piedras preciosas sin tallar, mientras alguien leía en voz alta algún pasaje de las *Vidas paralelas* de Plutarco o el *Esprit des Lois* de Montesquieu.

—Sin embargo —enfatiza Rosarovich—, Catalina le perdona todo, porque, según declaraciones reiteradas que ha hecho, es el único de sus amantes que le atrae tanto por su inteligencia como por su corpulencia física. «Tiene una cabeza maravillosa —le escribió al barón de Grimm—. Ha hecho más que nadie para poner fin a la guerra contra los turcos y es tan divertido como una caja de sorpresas.»

Es ése el caballero que por esos días se esperaba en Kherson. Cumplía una misión administrativa, supervisando con las autoridades locales las disposiciones previstas para recibir y alojar a la Emperatriz en el viaje que habría de realizar a sus nuevas posesiones. Y si bien la ciudad no pasaba por su mejor momento, malísimo el tiempo, las calles enlodadas hasta la profundidad de un pie al menos, lluvia de mañana, tarde y noche, una bruma que todo lo vuelve impalpable, y un frío irresistible; todo parecía estar previsto para que el Príncipe fuese recibido con el mayor esplendor. Las gentes más encopetadas habían comenzado a renovar sus vestuarios de invierno, y encargado a San Petersburgo nuevas pellizas,

caftanes, guantes de cebellina, chales y bufandas, zorros y martas, con motivo de la memorable ocasión.

Por fin, otro día, por la tarde, antes de la puesta de un solecillo famélico que había honrado la fecha, se hizo presente el tan esperado Príncipe con una comitiva de más de ciento cincuenta personas. La cena de bienvenida fue en casa del comandante Tekely, y tú, no sabes por cuál descuido de los funcionarios de protocolo o del propio comandante, no fuiste invitado; lo cual no dejó de provocarte una gran desazón, al extremo de que en toda la noche, una tétrica noche de invierno para la que no bastaba chimenea ni frotamiento con sebo, no lograste dormir ni un solo minuto, queriendo morirte, presa de una neurastenia súbita, de un súbito complejo de rechazo, tal como si nuevamente estuvieses en el reclusorio de la cuarentena, sumido en aquella especie de leprocomio infernal.

—Tranquilízate —te decías—. Ya te invitarán mañana. —Además, te consolabas tontamente, nada hacía presumir, supuesto el cansancio del Príncipe y de su comitiva por el trajín del viaje, la presencia de cuanto monicaco habita en Kherson, y la propia medianía social del oficialito dueño de casa, que aquella reunión habría de ser excepcionalmente brillante, aunque la sola presencia del príncipe Potemkin, ¡vaya suerte!, no dejara de mortificarte con la sucesión indefinida de no sabes cuántas imágenes prestigiosas y galantes, pese a las maledicencias de Rosarovich, de seguro presente en la cena, o incrementadas por ellas, quizás mejor.

Con todo, ¡mañana será otro día!, tan pronto aclaró, ya estaban visitándote en el hotel el príncipe y la princesa Viazemskoy, que ¡qué pena!, que ¿cómo pudo haber ocurrido?, que si ese comandante Tekely es un lerdo, un patán, un nosabeparaqué sirve, que si todos los amigos te habían extrañado de lo lindo, todos preguntaban por ti al unísono, que si todos le habían hablado al Príncipe de ti, de tus viajes, de tu cultura enciclopédica, de tu don de gentes, de tu estada en Constantinopla, que si el Príncipe quería conocerte, ¡sí, sí!, conocerte, y que si, al efecto, te recibiría esta misma noche en una velada íntima; una velada íntima, sí, en sus *appartements privés*; una velada íntima donde no estaría el pipiolaje de la noche anterior, sino sólo los *grandseigneurs* y las *grandes dames...*

—¡Ah, qué ilusión!

Tan pronto los príncipes Viazemskoy se despidieron, no sabías si llorar o reír de contento. ¡El príncipe Potemkin y tú en un *tête-à-tête*! ¡Tú y el príncipe Potemkin en los *appartements privés* suyos de él! ¡Joder, conde De Miranda! ¡Si te vieran en Caracas! ¡Si te vieran! ¡De que eras un triunfador, lo eras! ¡A eso no había que darle vuelta! ¡Y, por ahora, a esperar! ¡A esperar que llegara la noche!

VIAJE POR LA CRIMEA

Y LLEGADA LA noche, hete allí, generalísimo, guarnecido en tus mejores galas, visitando al príncipe Potemkin en sus propios *appartements privés*, todos unos apartamentos de lujo, con su salón de lo más elegante, comedor también, y las habitaciones kilométricas, como las habitaciones de un palacio, encantador el Príncipe, de lo más postinudo pero afable, recibiendo a sus invitados, para cada uno de ellos una frase personal, puros *grandeseigneurs* y *grandes dames*, como te había prometido el príncipe Viazemskoy por la mañana, ninguno de los palurdos monifatos de la noche anterior, el propio príncipe Viazemskoy y su esposa, la princesa, y los príncipes Dolgoruky, y los príncipes Zizianov, y el arzobispo Vulgaris, y algunos de los principales de su comitiva principesca, sólo algunos de los principales de su comitiva principesca, el general en jefe y caballero de la orden de San Alejandro y de la de San Vladimiro y de la de San Jorge y de la de Nuestra Señora de Santa Ana en su primera clase, todas en su primera clase, Alejandro Vasilievitz Souvoroff, con su esposa, aunque ella sí con cara de pelandusca y nada distinguida como dama de alcurnia, el general teniente, chambelán y caballero de la orden de San Alejandro, Alexandrovitz Chertkoff, el general teniente conde Michael Petrovitz de Roumantzoff, el general mayor y gobernador en el gobierno de Catherinoslaff, es decir, gloria de Catalina, Ivanne Maxsimovitz Sinelvikoff, y el Príncipe de Nassau, y el Príncipe de Ligne, y el hijo del rey de Georgia, príncipe Eracli, coronel de caballería al servicio de Su Majestad Imperial, agregado al Regimiento de Izum, y el sobrino del kan de Crimea Selim Gheray, también coronel al servicio de Su Majestad Imperial, y el coronel señor Ribas, edecán del príncipe Potemkin, y una dama nombrada la condesa Sivers, al parecer la barragana de turno del Príncipe, una zorra, ampulosa y de cara bonita, adulada pública y bajamente por todos los de la comitiva, y Su Alteza, de lo más atento y conmovido contigo, abriéndose paso para venir a saludarte con un estrecho y palmoteante abrazo, tratándote como a un viejo y verdadero amigo vamos, y preguntándote si te gusta

esto o si prefieres aquello, y pidiéndote información sobre tu país Venezuela, ¡Venezuela, oh, Venezuela! y sobre el resto de las colonias españolas de América, y preguntándote si era cierto que habías participado en la guerra de independencia de los Estados Unidos, y si en verdad habías conocido y tratado de cerca al general George Washington, apartándote luego a otro saloncito, más íntimo, más reservado, no dispuesto primariamente para la representación, sino más bien para la comodidad y el esparcimiento doméstico, casi secreto, preguntándote sobre tu estada en Constantinopla, y las costumbres turcas, y la salud del Sultán, y la recién debelada Conjura de los Eunucos, celebrando un mundo las astracanadas de la Fiesta del Gran Serrallo, e inquiriendo detalles y más detalles sobre tus conversaciones y amistad con el Embajador de Francia, y con el de Inglaterra, y con el Internuncio Imperial de Austria, y con el señor Encargado de Negocios de Prusia y, luego, la vuelta al salón principal, con los otros asistentes, para oír el concierto de cámara especialmente dispuesto, una orquesta traída por el Príncipe desde Petersburgo, y la cena, ¡oh, qué cena, una cena de Heliogábalo!, salmón ahumado del Báltico, ostras del mar de Boue, paté de becada caliente, hígado en brioche, gelatina de ánades, suflé de bogavante, y trozos de cordero de Karasubazar, y caviar beluga del más fino por cerros y montañas, y la codorniz en escabeche que tanto parece gustar al Príncipe, y en fin todo de todo, y las galonadas de champán *brut* imperial rosado, todo el que uno alcanzara a tomarse...

Pasadas las dos, te retiraste de aquella amable sociedad, y diríase que esa noche tampoco pudiste dormir, reconstruyendo tu conversación con el Príncipe, palabra por palabra, frase por frase, gesto por gesto, reformulándote sus preguntas y repreguntas, recordando cada una de tus respuestas, lúcidas, lucidas, geniales. El alba te pilló sin pegar los ojos, pero bien valía París una misa, ya estabas metido de pies y cabeza en el entorno íntimo del príncipe Potemkin, y, si todo marchaba bien, hasta en el de la propia Emperatriz. No, no apresurarse. Todo llegará a su tiempo. Mejor no apresurarse. Asunto de estrategia.

La mañana, en el hotel escribiendo, poniendo el *Diario* al día. Una sucinta descripción de Potemkin, de su apostura, de su gallardía, de su jovialidad plena. ¿Quién había dicho que era irascible? ¿Quién que era melancólico? ¡Ah, sí, el papanatas de Rosarovich! ¡Puras habladurías! ¡A buen seguro, nunca lo había visto de cerca ni cruzado media palabra con él! Una hora u hora y media más tarde, llega un edecán de Su Alteza, convidándote a pasar la noche de nuevo en su compañía. ¡Cáspita, el hombre había quedado impresionado de verdad! ¡De verdad, quería ser

tu amigo! ¡Si hasta podrías llegar a convertirte en uno de sus favoritos! ¡Uno de sus favoritos, sí, con *entrée familière* a sus aposentos íntimos! ¡Uno de sus favoritos, como el Príncipe de Nassau, como el Príncipe de Ligne, como el muy apuesto oficial napolitano señor coronel Ribas, como el jovencísimo Eracli, hijo del Rey de Georgia, tú más viril y mejor entallado que todos ellos, y, además, portando orgulloso la bien ganada fama de *hombre de mundo* y tu exótico origen de *americano meridional*. A la hora en punto, te estaba esperando a las puertas de sus *appartements*, él en persona, vestido apenas con un batín negro de seda, a media pierna, y con escasísimos invitados en el interior, sólo dos o tres aparte de ti, Nassau, Ribas, el príncipe Eracli y la condesa Sivers; la música de ordinario, y la cena. La condesa Sivers se retiró. En la mesa te puso a su lado y hablaron sobre materias políticas las más varias, y en especial sobre el *problema de los jesuitas* que, como se sabe, seguía siendo álgido para la mayoría de las cancillerías europeas. Entre otras confidencias, te reveló que la Emperatriz había sido solicitada por el Rey de España para que no recibiese a tales señores en sus territorios, y que sobre el rehusar la petición, le había presagiado de malas maneras que «algún día se arrepentiría con creces por admitir a semejantes gentes»; como la Emperatriz no es mujer que admite amenazas ni vaticinios agoreros en su contra, desde ese día se enfriaron las relaciones entre las dos cortes. Tú, profundo conocedor del tema por tus relaciones con Balón en Roma, te luciste dándole noticias de primeras fuentes sobre la disolución de la Orden y la conspiración de Ganganelli y la torva muerte del papa Clemente XIV; referencias éstas que lo mantuvieron embebido a todo lo largo de la sobremesa y que te hicieron ganar mucho en su admiración como hombre perspicaz y bien informado.

Ya, al final de la reunión, te preguntó por tus planes inmediatos. Le dijiste que no tenías ninguno preciso, aparte de continuar tu viaje hacia Moscú y San Petersburgo, y quizás, de serte posible, dar una vuelta por la Crimea. ¡Ninguna ocurrencia más feliz! Al punto te invitó para que hicieses el viaje con él, incorporado a su séquito, sí, como su invitado especial, valía decir, yendo con él en su propio coche, y alojándote con él en las residencias imperiales preparadas al afecto, que nadie mejor que él podría servirte de *cicerone* en la Crimea, pues conocía al dedillo cada palmo de esa península, que no en balde había participado en la guerra de su conquista, y tú, abrumado, sin saber qué contestar, dándole mil gracias por su bondad, mas con el reparo de no querer causarle molestias, y él que si no era ninguna, que si era un placer, que si arreglaras tu equipaje, que si partirían después del día siguiente, y que estarían de

vuelta dentro de diez o doce, que no había arbitrio para la réplica y, mucho menos, para el rechazo o la no aceptación.

—No faltaba más, Señor, todo lo contrario. ¿Cómo podría negarme?

—¡Un hecho! ¡Ya estamos viajando! ¡Y, ande, beba este champán a modo de celebración inaugural!

Y es así como de golpe y porrazo, generalísimo, con unos ducados de oro que *motu proprio* te suplió tu amigo el príncipe Dolgoruky y una pelliza nueva que te prestó el príncipe Viazemskoy, puesto que la tuya de Viena ya estaba muy gastada, te viste sin más, rumbo a la Crimea, Táuride o Pequeña Tartaria, en compañía del muy noble y poderoso príncipe Potemkin, uno al lado del otro en el mismo coche, dándote afectuosas palmaditas en la espalda él cada vez que topaban en el camino un paisaje o un sitio de interés, tomándote la barba ahora con sus manazas de acorazado, charlando sobre lo humano y lo divino, haciéndose entrambos bromas divertidísimas, contándote historias de su infancia y de su juventud, sus correrías mujeriles, sus amores con la Emperatriz y los furores de ésta, su poder ilimitado y todo lo que te podría dar a ganar de seguir como iban, ¡tan buenos amigos pues, tan cercanos y bien entendidos!

Ese primer día de viaje, pese a la turbación del momento y al cúmulo de circunstancias nuevas y atrayentes que vivías, te pareció interminable; un solo mantenido indisoluto ruedarrodar por un sinfín de estepas nevadas. Adelante marchaban una partida de dos o trescientos tártaros con sus picas y caballos, conforme a la costumbre nacional. Detrás venía el resto de la comitiva, distribuida en ochenta y tantos coches. Después de cruzar el istmo de Perekop, protegido de un extremo a otro por importantes fortificaciones militares de la época de los khanes y que teníanse por inexpugnables hasta la llegada de los rusos, tras muchas verstas de recorrido, en Dermen pararon para almorzar. Como de acuarela, eran los rebaños de carneros, vacas y caballos que pastaban sobre la nieve. Luego, otra breve parada en Aibar para merendar con sidra y frutas de la estación. A medida que la caravana avanzaba, nuevas y nuevas partidas de tártaros y cosacos del Don, que parecían venir de todas partes, iban sumándose a la caballería. La marcha tenía el aspecto de una pequeña batalla. En Simferopol, pernoctaron la primera noche y el Príncipe decidió cumplir una reunión de trabajo con las autoridades y vecinos del lugar, delegaciones de campesinos, pequeños arrendatarios de tierra, pequeños artesanos, negociantes, fabricantes, abogados. Quería él supervisar de viva vista las disposiciones previstas para recibir y alojar a la Emperatriz en su viaje a la Crimea, que tenía proyectado

realizar —en compañía del emperador José II— el febrero siguiente. Además, con el fasto y el despliegue militar de este viaje y del propio que haría la Emperatriz, pretendía disuadir al Sultán y alejar la amenaza de un nuevo conflicto con Turquía, el cual se veía inminente.

Con el Príncipe eras alojado en la casa del Gobernador. A pedido del propio Príncipe, te tocó dormir con él en el mismo cuarto. Quería que le leyeses, antes de tomar el sueño, pasajes de la *Geografía* de Estrabón o, en su defecto, algún capítulo de la *Descripción física de la Táuride* del profesor Hablitz, impreso meses atrás en San Petersburgo. Fue la excusa que entonces dio para justificar su pedido, ante ti mismo y su anfitrión y el resto de la comitiva. Mucho le gustaba a él que alguien le leyera en la duermevela o entrevigilia. Y esa tarea, por los días del viaje, decidió asignártela con exclusividad a ti, lo que no dejó de provocar celos y resquemores en Nassau y en el coronel Ribas y en el principito Eracli.

Pronto descubriste la verdadera razón por la que el Príncipe quería tenerte cerca de él todo el tiempo, incluso a la hora de la dormida. No, no eran tales lecturas, aunque algunas ciertamente compartieron... Era, era su necesidad de percibirte más íntimamente, investigar de cerca tu exacta conformación físico-anatómica, tu fisiología, tus hábitos de higiene corporal, el grado de tu salud, tu vigor, tu entereza, tus gustos personales, tus fobias y manías, la tranquilidad o intranquilidad de tu sueño, y hasta si, dormido, roncabas o no. Quería saberlo todo acerca de ti, verte desnudo, ¡desnudo, sí!, calibrar las dimensiones aproximadas de tu órgano viril, bien en estado de flaccidez, bien en estado de erección, la mayor o menor estrechez de tu cintura pélvica, la longura y grosor de tus muslos, el estado y mantención de tus piezas dentales, la mayor o menor presencia de vellosidades superfluas en tu cuerpo, y si podía detectarse en él algún defecto físico, congénito o sobrevenido, o la huella de alguna enfermedad de carácter infectocontagioso. Al parecer, una razón de Estado lo obligaba o, por lo menos, eso te hizo ver.

Secamente, te lo advirtió esa noche en la que les tocó compartir una habitación común por primera vez:

—Quiero verlo desnudo, amigo Miranda, desnudo de un todo.

Y tratando de evitar cualquier equívoco:

—No soy ningún invertido. Tome mi pedido igual que si tratárase de una orden policial.

El pedido formulado así, al modo de una orden cuasi policial o policial del todo, no te dejó escapatoria. Además, por venir de quien venía, te lució temerario desobedecerla. Por eso, sin chistar, te desnudaste.

Desnudo, y a la luz de una lámpara, te observó el Príncipe por una hora o más con la misma minuciosidad con la que un médico examinaría a sus pacientes. Esa noche, no pasó nada más. Ningún retozo homosexual por parte del Príncipe, ningún desliz, ninguna insinuación pervertida o tan siquiera susceptible de ser malinterpretada, sólo el silencio de una aparente sinrazón y, de cuando en vez, una instrucción parca, precisa, lacónicamente impartida.

—Camine, ahora, unos pasos adelante.

—Dé media vuelta a la izquierda.

—A la derecha, ahora.

—Póngase en posición de firme.

—Relájese o descanse.

—Tiéndase sobre la alfombra en posición decúbito-dorsal.

—Levántese.

—Respire profundamente. Aspire y espire, a un mismo ritmo mantenido, de ser posible.

—Haga unas cuantas flexiones.

—Ya puede vestirse de nuevo.

Después del examen, el Príncipe recuperó su afabilidad y buen humor y te invitó a tomar champán *brut* imperial rosado, que él mismo descorchó y sirvió con sus manos. También te pidió que, efectivamente, le leyeras un pasaje de Estrabón, o no recuerdas si del profesor Hablitz, antes de que ambos se quedaran dormidos del todo.

A la mañana siguiente, después de las programadas reuniones de trabajo del Príncipe, continuaron el viaje. Pasaron el río Katscha y cambiaron de caballos. A las dos y media llegaron a Bachtchisaraï, 18 verstas más allá. Examinaron el Palacio del Khan, donde habrá de alojarse la Emperatriz y almorzaron «a la inglesa» con gran apetito. El palacio data de la antigüedad y es de estilo chinesco, aunque reparado a lo turco. Aún presenta recodos y detalles de gran belleza pertenecientes a su primera construcción. Las aguas corrientes abundan en él y están distribuidas por entre los kioscos y en los jardines de manera harto ingeniosa. Las alturas inmediatas le agregan una belleza singular al paisaje. El *Tchadir Dague* (el monte de la Tente) es el más alto de todos. Aquí el istmo presenta un nivel más elevado que las llanuras del Nogai, de 30 a 40 pies a simple vista. Sobre las rocas inmediatas a Bachtchisaraï se observa un anillo de hierro que se cree servía para amarrar los barcos. Los meteoros que el cielo desprende en todas las estaciones, así como las auroras boreales que aquí son frecuentes, fascinan a los espectadores como tú, poco familiarizados con esos fenómenos. La atmósfera es de

una pureza casi absoluta. Los campos están enteramente cubiertos de tulipanes pequeños y rododendros con sus aceradas hojas verdíneas y sus flores de pétalos rosados. Era la primera vez que veías rodondedros de color rosa. Los vistos en Grecia, en las islas del Egeo y en Turquía eran blancos y amarillos. Por la tarde llegó una misión de *mirzas* a visitar al Príncipe. *Mirza* quiere decir noble en tártaro.

Por la noche, mientras estuvieron en sociedad grande, el Príncipe, de lo más locuaz, contó todas las vicisitudes y peripecias de la beligerancia en Crimea, el orden de las principales batallas, la posesión que Rusia había logrado consolidar sobre el territorio por obra del *Tratado de Anialy-Cavak*, las inquietudes que esto ha significado para Francia y los enredos diplomáticos que Francia y su embajador, el señor conde de Choiseul-Gouffier, han propiciado en Constantinopla. La velada estuvo amenizada por 18 o 20 músicos turcos vestidos como los *bostandgis* y cuyas interpretaciones te parecieron muy genuinas. La cena fue abundante y, después del café, el Príncipe y tú subieron a una de las habitaciones principales del palacio, donde, al igual que en la casa del gobernador de Simferopol, les tocaría dormir juntos.

Fue el Príncipe quien inició el diálogo íntimo.

—Amigo Miranda —dijo— ¿no desea usted conocer las causas por las cuales le sometí a ese examen tan riguroso en la noche de ayer?

—No sé —le contestaste—. Depende de lo que Su Alteza quiera hacer al respecto.

Te retrajiste levemente. Miraste al Príncipe con ojos fijos durante algunos momentos y, al poco, le dijiste, no sin ironía:

—El examen de marras lo tomé como un requisito que aún me quedaba pendiente de cumplir tras la horrible *Cuarentena de Kherson*, sin la cual no me hubiese sido dado entrar a Rusia. Después de todo, dijo usted que se trataba de una *orden policial*...

El Príncipe, intimidado quizás por la perfecta sangre fría y la sencillez de maneras que tú habías adoptado, crees que se atortojó un tanto. Carraspeó, se frotó las manos, cogió de repente el labio inferior entre sus dientes, ajustó el tapaojo de cuero negro sobre su sien izquierda, y haciendo un gesto extraño, mezcla de risa maliciosa y angustia contenida, se decidió a hablar...

—Pasa, bueno, pasa que, es por la Emperatriz, ¿sabe?, la Emperatriz que lo desea a usted, la Emperatriz que desea convertirlo en uno de sus favoritos, el favorito de estos días que habrá de pasar en Kiev, y de toda esta temporada, quizás, y de la siguiente, si es que la pasión le dura...

—¿Y cómo? —te atreviste a preguntar—. Si la Emperatriz no me conoce y ni siquiera me ha visto nunca. ¿Cómo puede ocurrir semejante exabrupto?

—Lo conozco yo, amigo Miranda, lo conozco yo, y yo soy los ojos y la vista de la Emperatriz —te respondió con mayor firmeza, como si ya fuera de nuevo dueño de la situación.

—Fue ésa la razón por la que anoche lo sometí a esa indagación tan severa. Bien que formal, y si se quiere distante, pero severa; muy severa, amigo Miranda.

—¿Y a cuál conclusión llegó, Alteza? —inquiriste, con curiosidad manifiesta.

—Diría que pasó usted la prueba —contestó con aire de calculada displicencia, y luego, un poco más exultante, aunque siempre caviloso:

—Bien de altura, bien de peso, bien de músculos, pecho ancho y henchido, vientre liso, sin pizca de grasa, caderas estrechas, pubis hermosamente vellido; miembro suficiente, sano, nudoso y bien formado, ni demasiado corto ni demasiado largo, de una longura y grosor más bien normales, diríase; pero armonioso, grácil, pleno y, a simple vista, rijoso y resistidor; la bolsa escrotal, cerrada, gruesa, consistente, como para esperar de ella unas fabulosas producciones espermáticas; los muslos, bien delineados, altos, fornidos mas no gruesos; como muslos de atletas, cabría comparar; y la piel, tersa, brillante; blanca aunque un tanto almendrada por el sol de su trópico, es dable pensar; los dientes, parejos, blanquísimos y perfectos; los ojos de una mirada perturbadora, entre marrón y verde, con matices dorados; la nariz intachable, un poco abierta en las alas, tal vez; pero no, ciertamente intachable, intachable de un todo; y el pelo, ¿se ha visto usted su pelo, Conde de Miranda, cuando lo lleva libre de esa hórrida peluca empolvada que suele portar?; sin peluca, su pelo es entre blondo y castaño, de una belleza soberbia y extraña, con visos de las espigas de trigo y de los rojizos granos de sal que se dan por estos lares, con visos de rubí-uva-de-playa y de ramilletes de flores silvestres apretadas a la luz del mediodía. ¿Se lo ha visto? ¡Véaselo! ¡Véaselo! ¡Véaselo en un espejo y usted mismo se deslumbrará!

—Todo sin contar —querido Conde de Miranda— sus excelsitudes morales. La Emperatriz va a enloquecer cuando lo conozca de cerca y calibre su cultura tan versátil; su imaginación poética, narrativa, dramática y parabólica; su gusto por las bellas artes; su amor por la libertad y los valores humanos; su sensibilidad social; su comprensión psicológica, capaz de entender igual la bellaquería más obscena que la santidad más preclara; su don de lenguas, ¿cuántas lenguas muertas y vivas conoce

usted en propiedad, amigo De Miranda?; su habilidad para utilizar la experiencia y para inferir, con ella o sin ella, las más abstrusas ideas; su empirismo y su racionalismo, a un tiempo; a un tiempo, su amor por el saber contemplativo y su capacidad para la acción; hombre de armas tomar también sé que es; no por casualidad peleó usted en Melilla en contra de los turcos, en la campaña de la Florida, y en el sitio de Pensacola; no en balde quiere usted independizar las colonias españolas de la América Meridional; empresa para la cual le aseguro los mejores augurios si acaso llega a un entendimiento con Nosotros; usted es un dechado de virtudes, Conde de Miranda; amigo de los *philosophes* y *philosophe* usted mismo; ¡ah, cómo ama mi amada Catalina a sus amados *philosophes*! Yo lo quiero y lo admiro a usted, *philosophe* Miranda de Caracas, Miranda de Venezuela, Miranda de América entera, Miranda del Mundo, como Thales lo fue de Mileto, y Heráclito de Efeso, y Pitágoras de Samos, y Aristóteles de Estagira. Yo lo amo a usted, *philosophe* Miranda. Y por mis ojos, desde ya, también lo quiere y lo admira la Emperatriz Catalina II, zarina de todas las Rusias. ¡Ah, qué transferencia maravillosa! ¡Yo lo amo a usted por los ojos de la Emperatriz! ¡Y la Emperatriz, lo ama por ojos míos! ¡Délo por descontado! ¡Nada hay para ella mejor que *la bonne compagnie* de un *philosophe*...

¡Nada, querido Miranda! ¡Nada!

EL PRÍNCIPE HABLA DE LA GRAN EMPERATRIZ

FUI AMANTE DE la Gran Catalina largo tiempo, querido amigo; tanto, que erróneamente se creyó que nos habíamos casado en secreto y que aún ella se dirige no pocas veces a mí llamándome *«mi querido esposo»* o *«mi esposo amado»*, y se alude a sí misma como *«vuestra esposa»*; diez o doce años mayor que yo, desde el principio supe que me sobrepasaba en pujanza y ardor; quería hacer el amor quince y veinte veces por noche cuando, yo, a plena satisfacción, sólo podía hacerlo una vez y, a duras penas, una vez y media o dos veces más; no obstante, me mimó; me retuvo cuanto quiso; no obstante mi deficiencia, gustábale yo mucho a la Gran Catalina; me cubrió de riquezas, de poder y de gloria; acicateado por esa desgracia de no alcanzar a corresponderle en la cama, me fui al campo de batalla; y aquí me tiene, cargado de méritos militares, con el pecho relumbrante de galones y condecoraciones, Príncipe del Sacro Imperio Romano, pleno en el uso de mis facultades intelectuales, pero muy mermado en lo sexual, casi impotente, ¡impotente, coño!, haciendo el simulacro de que bien vivo con la estúpida condesa Sivers, cuando en verdad no puedo cohabitar con persona alguna desde cuando fui, en su mejor momento de ella y en el mejor momento mío también (si así suponemos), el amante de Catalina, ¡la Gran Catalina, coño!..., no sé si digo una impropiedad, pero a mí el poder me erotiza tanto como me erotizaba una mujer bella en los buenos tiempos; por el poder, querido amigo, hago lo que hago, me mantengo a su lado, al lado de ella, la Emperatriz, como un perrito faldero, como su más obediente súbdito, y como su celestino o alcahuete; escojo al dedo sus nuevos amantes, justo después de haber sido el preferido de todos, y haber habitado por meses y años en los aposentos reales del Palacio de Invierno; ¡ah, qué magnífico el Palacio de Invierno!, no miento, señor, no miento; puedo enumerar cada uno de los nuevos y bellos amantes que le he conseguido; el joven Zavadovski, un primor de chico, de apenas veinticinco años de edad; el joven Zorich, el joven Kirsakov, el joven Lanskoi, el joven Yermolov, el joven Mamonov, el joven Dynnik, el joven Iovchuk, el

joven Kedrov, el joven Mitin, el joven Okulov, el joven Oizerman, el joven príncipe de Nassau, el bizarro coronel Ribas, el joven príncipe Eracli, el joven Zubov, el amante actual, y si todo sale como va, Dios mediante, usted, querido amigo Miranda, el próximo, el inminente sustituto de Zubov, no tan joven como todos los nombrados cuando llegaron a los brazos de la Emperatriz, veintenarios apenas o acaso bordeando la veintena, pero más apuesto usted que todos ellos, más viril, diríase que en el máximo apogeo de su virilidad, más sabio, más refinado, más cortesano, con más tierra andada y más mundo vivido; la Emperatriz se fascinará con usted, seguro que se fascinará; y usted, conociéndole como le voy conociendo, también se fascinará con ella; la Emperatriz es una mujer encantadora, ¡encantadora!, ¡encantadora!; no por casualidad estuve yo tanto tiempo embebido por ella, si es que no sigo embebido, amigo Miranda, si es que no sigo; en los tiempos de mayor pasión, le escribí no sé cuántos poemas y baladas; yo soy poeta, amigo Miranda, también soy músico; de músico, poeta y loco, dicen que todos tenemos un poco; recuerdo que uno de esos poemas lo escribí aquí en Crimea, en Sebastopol, cuando peleaba contra los turcos, y decía así, o creo que decía así, perdóneme cualquier imprecisión: *Desde que te miré / no pensaba más que en ti; / tus bellos ojos me cautivaron, / y, con todo, temía decirte que te amaba. / El amor subyuga todos los corazones / y los encadena con las mismas guirnaldas, / mas, oh cielos, qué tormento amar / a quien no me atrevo a declarar mi amor, / a quien jamás podrá ser mía. / Dioses crueles, ¿por qué le disteis tales encantos? / O ¿por qué tan alto la encumbrasteis? / ¿Por qué decretasteis que sea mi destino amarla a ella, / cuyo nombre sagrado jamás saldrá de mis labios / y cuya encantadora imagen nunca abandonará mi corazón*; y qué decir de las trescientas cincuenta y siete cartas galantes que le he escrito a lo largo de estos años; y qué de las otras trescientas cincuenta y siete que ella, excelente epistológrafa, me ha escrito a mí; ella, aun a su edad madura y si se quiere longeva, revelándose como una doncella trémula y apasionada, temiendo perder a su amante, temiendo perderme, tiernamente ansiosa de agradar, jamás soberbia en demasía para rebajarse; «*una riada de ridículas palabras fluye de mi mente; no logro comprender cómo podéis soportar a una mujer de ideas tan incoherentes; ¡Oh, Monsieur Potemkin, qué triste milagro habéis obrado al trastornar una cabeza comúnmente considerada como una de las mejores de Europa!, ya es hora de que se imponga la razón. ¡Qué desgracia! ¡Qué pecado! ¡Catalina II convertida en presa de esta loca pasión!; me digo a mí misma: vas a disgustarle con tu locura*»; o bien en otro tono, «*Chéri, ¡qué cosas tan graciosas me dijisteis!; todavía me estoy*

riendo al recordarlas; ¡Qué momentos tan felices paso con vos!; pasamos cuatro horas seguidas sin un momento de ennui, *y es una tortura tener que dejaros; mi amado pichoncito, os quiero muchísimo; sois guapo, inteligente, divertido; en vuestra compañía me olvido del mundo entero, nunca he sido tan dichosa; a menudo intento ocultar mis sentimientos, pero mi corazón revela mi pasión»*; o aquellos diálogos increíbles que manteníamos bajo los efectos del *deliqium post-coitum*, en el mejor francés de Voltaire y Diderot: *Mon âme chérie* (yo); *Je sais* (ella); *Tu sais que je suis à toi* (yo); *Je ne l'ignore pas* (ella); *Je n'ai que tois dans ce monde* (yo); *C'est vrai* (ella); *Je te suis fidèle jusgu'à la mort* (yo); *Sans doute* (ella); *Par conséquent, tes intérêts me sont trés chers* (yo); *Je te crois* (ella); *La chose qui m'est la plus agréable c'est de te servir et d'être utilisé par toi* (yo); me enternezco, amigo Miranda, me enternezco casi hasta las lágrimas, recordando esos momentos sublimes con la Gran Emperatriz; siempre ella en trance de orgasmo, esperando más y más de su amante; dadivosa, pródiga, espléndida como quien más; capaz de recompensar una noche de placer con todos los rublos de sus arcas; todos, todos quienes hemos sido sus amantes, al abandonar el Palacio, hemos salido enriquecidos, con el dinero que nunca vamos a terminar de gastar en nuestras vidas por largas que éstas fueren; hay quienes calculan que ella se ha gastado en esas faenas unos mil quinientos millones de rublos, equivalentes a 300 millones de libras esterlinas, poco más o menos; ¡una barbaridad!, ¡una barbaridad!, amigo Miranda, ¿se imagina usted con apenas un décimo de ese capital por prestarse a complacer a Nuestra Majestad, un año, o un semestre, o un mes tan sólo que fuera, en Kiev, atravesando la Crimea por el Dniéper, en San Petersburgo, o en Moscú?, ¿se lo imagina?, ¿qué de cosas no haría?, ¡le daría la vuelta al mundo civilizado quince veces más!, ¡se metería en los recovecos más insospechados!, ¡volvería a Italia, a Prusia, a Austria, a la Bohemia!, ¡iría a la India!, ¿conoce usted la India, amigo Miranda?, ¿no le agradaría visitar Benarés, la ciudad santa de Siva, y pasar por Sarnath, donde Buda predicó en el Parque de las Gacelas?, ¿le agradaría?, ¿le agradaría ir a Singapur, al Japón, a Tailandia?, ¿o, quizás, preferiría usted aplicar ese dinero al propósito tanto tiempo acariciado de independizar a las colonias españolas de la América Meridional?, también podría ser, aunque para ello, de seguro, más le valdría conseguir una partida presupuestaria diferente con la misma Emperatriz, sin necesidad de comprometer su peculio y ganancias particulares, tal lo hecho por mí con el plan de posesión de la Crimea, ¡nada de qué preocuparse, amigo Miranda, nada de qué preocuparse!, sé que no anda usted en situación de bonanza económica; sé que ahora sólo carga unos

cuantos ducados de oro que le suplió por vía graciosa el príncipe Pierre Dolgoruky; sé que la pelliza que lleva se la prestó nuestro muy apreciado príncipe Viazemskoy y que la que usted había traído de Viena está muy gastada la pobre; pero no se preocupe, conde de Miranda!; ahora, mañana mismo, salvaremos esas menudencias; mi edecán Rokasowsky, le hará entrega de cinco mil rublos de oro; cinco mil rublos para sus gastos de bolsillo que llaman; y eso por los momentos; acordado usted con la Emperatriz, ya tendrá todos los rublos del mundo; una pensión vitalicia con cargo al Estado ruso; su sueldo de oficial del ejército, porque seguramente será incorporado a nuestro ejército, dada su brillante carrera militar, con algún alto rango, el rango que Nuestra Alteza escoja; siervos innúmeros; posesiones urbanas; posesiones rurales; posesiones ultramarinas; prestigio social; poder político; ¿qué más desea un mortal, aparte de salud y la larga vida y el amor, qué más?; y por lo de la pelliza y el vestuario, tampoco se preocupe; mañana mismo instruiré al edecán-tesorero Rokasowsky para que le encargue a San Petersburgo, a Londres, a París, un nuevo ajuar; el más imponderable ajuar que hombre alguno lleve en esta temporada; e igual, lo instruiré para que le ordene a mi sastre alemán de San Petersburgo, ¡un primor de sastre!, la hechura para usted de dos o tres uniformes de coronel del ejército español; hace falta que Nuestra Alteza, la primera vez que lo vea, lo vea vestido de militar; la Emperatriz, como la generalidad de las mujeres, se vuelve loca cuando ve a un hombre vestido de militar; primero que más nada, ella observa el atuendo marcial; delira ante un morrión emplumado, un elegante espadín o una corva cimitarra, las condecoraciones reglamentarias, los guantes blancos, los zapatos enlustrados; ¡también le mandaré a hacer unos cuantos uniformes de coronel del ejército español!; sí, ya sé, ya sé que usted desertó de ese ejército y que, por tanto, no es militar activo; pero, eso será sólo mientras se vea con la Emperatriz y pase a ser oficial, un glorioso oficial de nuestro no menos glorioso ejército; un oficial con uniforme de la corte bordado con oro verdadero y cuyos botones serán diamantes azules de primeras aguas; ¡pierda cuidado!; pero, le sigo diciendo, no se preocupe usted por el vestuario; Su Alteza en persona elegirá para usted las chaquetas y los pantalones de ornamentos más costosos y ricos y los adornará con sus propios diamantes y joyas de oro; hasta el propio *brillante Orlov*, conocido originariamente como el *Nadir-Shah* y que viajó de Persia a Rusia cosido dentro del muslo de un contrabandista armenio, hasta ese diamante, digo, lo veré, amigo Miranda, engalanando el cabezal de su bragueta; la propia Emperatriz escogerá para usted las levitas de más exquisito corte, esas que se

llevan con un *jabot* de encaje alrededor del cuello y hasta la mitad de la camisa; le preguntaba hace poco, querido amigo, ¿qué más desea un mortal, aparte de la salud, la larga vida y el amor que todos propiciamos?; ¿salud?, se ve que usted la tiene a carretadas, sobre todo, habiendo pasado como pasó la rigurosa Cuarentena de Kherson y ese examen clínico riguroso al que yo lo sometí en casa del gobernador de Simferopol; ¿larga vida?, por supuesto que la tendrá; y ¿amor?, ¿quien habla de amor?, ése se lo suplirá Nuestra Alteza, querido Miranda; ninguna mujer mejor que ella para darle amor a cualquier varón que en verdad lo sea y lo amerite; venga, y le cuento, le cuento; la Emperatriz es irrepetible en eso de dar y recibir amor; casada muy niña con el Gran Duque Pedro, por designios de la emperatriz Isabel, ¡la horrible emperatriz Isabel!, que en noviembre de 1741 había arrebatado el trono a un primo recién nacido y a la madre de éste, siendo ella, Nuestra Alteza, apenas una niña núbil perteneciente a una familia menor del clan principesco Holstein-Gottorp, alemán del norte y no de mucha alcurnia que se dijera, durmió con el susodicho duque, un mentecato, los primeros ocho años de matrimonio en la misma cama, pero ni siquiera una vez se tocaron conyugalmente; durante esos años, él permaneció virgen, pero ella no; ella se las ingenió para autodesvirgarse; ¡así de impetuosa, nuestra niña!; ¡y con lo linda que debería de ser!; menuda y atractiva; cuando a duras cuentas tenía catorce años, uno de sus jóvenes tíos Holstein, el hermano menor de su madre, Jorge, quien a la fecha estaba en el servicio sajón, se enamoró de ella y bastante la *jamoneó*; apuesto y encantador, hizo prometer a su sobrina que algún día, llegado el momento, se casarían; ¡por supuesto, no hubo tal casamiento!; la sobrina se matrimonió después, por mandato de Isabel, con su lejano pariente el Gran Duque Pedro III; y peor no le pudo ir; el Gran Duque era bobo, mentecato, caído de la mata; en esos primeros años de matrimonio, no se la cogió una sola vez; venga, y le cuento; ¡terrible la historia!, a la edad de diecisiete años, cuando se casó, Pedro ya conocía las delicias del alcoholismo, pero era del todo impotente con las mujeres y hasta podría pensarse que era por entero homosexual, un homosexual pasivo, quizás; su prepucio estrechamente crecido, afectado de esa enfermedad que llaman *fimosis*, le impedía gozar de las mujeres; ¡no podía penetrar, hombre!, ¡no podía penetrar, penetrar!, ¿sabe usted lo que es *pe-ne-trar, pene-trar, p-e-pe-n-e-ne-trar-t-r-a-r, pe-ne-trar, penetrar* ¡por eso, ponía el culo!; ¡así de sencillo, por eso ponía el culo!; ponía el culo para que lo *pe-ne-tra-ran* a él, sin sentir máximos dolores; por las noches, mientras la esposa esperaba en el lecho, el príncipe jugaba durante horas con sus

soldaditos de plomo, parándolos y moviéndolos sobre la manta, simulando batallas; a veces, Pedro obligaba a Catalina a participar en sus maniobras y simulacros; hasta que un buen día, la princesita se fastidió, se habló con el fundidor real, y con el ejército del Pedrillo se mandó a fabricar una serie de falos de plomo, vea usted, y con ellos se desvirgó y se acostumbró a masturbarse cada noche; pero, también el Pedrillo se las ingenió, vea, y sustituyó sus soldaditos de plomo con soldaditos de plastilina, de madera, de azúcar cande, de almidón, de pasta de papel, y un montón de materiales más; y mientras la esposa se le masturbaba al lado; él seguía jugando a sus batallas; en ese ínterin de duquesa a emperatriz, muchos amantes tuvo la joven Catalina; el primero que registra los anales es un tal Sergei Saltykov, proveniente de una famosa familia aristocrática, pero un tanto burdo él; no la «*descorchó*», como solemos decir en ruso, porque como le conté ya Nuestra Alteza se había «*autodescorchado*» con el farrulaque de los soldaditos de plomo de su marido; la propia Emperatriz me contó que de ordinario se veían en los bosques y que quedó embarazada de él dos veces, pero, para bien o para mal, las dos veces abortó; mientras tanto, el Gran Duque terminó circuncidándose para acabar con su fimosis, y tomando posesión de sus derechos conyugales preñó a Catalina; nació el príncipe Pablo; todavía se cree que ese príncipe es hijo de Sergei Saltykov; el segundo amante formal de Catalina, en estricto orden cronológico, fue el joven conde polaco Stanislas Augustus Poniatowski de Polonia y Sajonia; un maricón, mariconísimo; para el momento en el cual comenzó a entenderse con Nuestra Alteza, se dice que era amante a su vez del embajador inglés sir Charles Hanbury Williams; pero, al mismo tiempo, hombre de viril apostura y dispuesto para cualquier lance; recién llegado a San Petersburgo desde París, se dice, igual, que en esa última ciudad era recibido nada más ni nada menos que en los salones de Madame Geoffrin, y eso bastaba como presentación ante los ojos de Catalina; se entendieron de lo mejor; no sólo en lo sexual, en lo intelectual también; juntos recitaban pasajes de Molière, Corneille y Racine; ambos se los sabían de memoria; si Catalina citaba la primera línea, Stanislas recitaba el resto, y viceversa; Catalina se sentía felicísima porque él había conocido en persona a Voltaire y a Montesquieu; nunca se dio por enterada de que el muy pillo, en París, también había conocido la cárcel por causa de sus múltiples deudas y bribonerías; por años, Stanislas y Catalina estuvieron viéndose a escondidas en los aposentos reales; hasta allí llegaba Stanislas con los más variados disfraces; Stanislas es el padre de la princesa Ana, la segunda hija de Nuestra Alteza muerta prematuramente; regresado el

Stanislas a su país donde luego llegó a ser el actual rey, le hablo del mismo rey Stanislas II Augustus que usted conoce, querido Miranda, la Emperatriz formalizó relaciones con su tercer amante oficial, Gregory Orlov; un campesino ruso, sí; no sabría cómo explicárselo, querido Miranda; en su afán dadivoso, ese afán dadivoso del que le hablaba antes, nuestra Gran Catalina no distingue bien a quién dársele; pues bien, también se le dio a este campesino ruso, un rústico por mejor decir; tan rústico que Catalina reunió el coraje para enviarle un emisario que le reclamara la inmediata devolución de un regalo que databa de sus días felices, un medallón con su retrato, en un marco incrustado de diamantes, el cual él siempre exhibía con orgullo sobre su pecho como signo de la relación que mantuvo con la Emperatriz, pues el muy muérgano, ido a pique, regresó el retrato sin el marco; no obstante, hay que reconocer que el tal Orlov tuvo participación destacada en los asesinatos de Pedro III e Iván VI, por los cuales, usted y yo, amigo Miranda, tenemos Emperatriz; el cuarto amante reconocido de Catalina fue un jovencito llamado Alejandro Vasilchikov; otra melcocha; bien que bonito y cargado, un imbécil; dígalo si no esa declaración que le hizo a un diplomático extranjero de que «me trataba como si yo fuera una mantenida, no me permitía recibir invitados, ni ausentarme para ir a ninguna parte»; el quinto amante formal de Catalina, querido Miranda fui yo; yo que la he amado como nadie la ha amado en la vida; yo, que le seré fiel hasta la muerte; y el sexto será usted, Miranda; usted, escogido al dedo por mí, y en virtud de los méritos que ya tengo enumerados; cierto es que ya la Catalina está vieja y fea, casi que puede ser su abuela de usted, con setenta y un años de edad, gorda, casi obesa, varicosa, con las piernas hinchadas por la hidropesía y allagadas en parte, artrítica, desdentada, sin que los polvos y afeites logren disimular las arrugas de su cara; pero con su apetito sexual más violento que nunca, y con todo el poder del mundo; pienso que a usted como a mí, querido conde de Miranda, el poder lo erotiza más que el sexo mismo; cuando usted, amigo mío, se acueste con la Gran Catalina, se estará acostando con la dueña del mundo: sí; véase si no, además de la Rusia que, pese a su extensión desmedida, gobierna como si la tuviese en un puño, en 1769 ocupó Jassy y Bucarest y penetró en los principados de Moldavia y Valaquia; en 1772 se repartió Polonia con Prusia y Austria, apoderándose, en el área de la Rusia Blanca, de Polotski, Vitebsk y Mogilev; en 1774, se adueñó de la Crimea, y nada obsta para que pronto se adueñe también de Constantinopla; una mujer, en fin, de un poder incalculable; no importa que nadie pare mientes en criticar su libertinaje; no importa que sus enemi-

gos la llamen «la Mesalina del Norte», usted, amigo Miranda, será su próximo favorito; el sexto amante formal, en orden cronológico, que nuestra amada y grande Catalina tendrá; por ahora culminaremos esta visita de inspección a la Crimea, e iremos a Kiev para instalarnos allí a esperar su inminente llegada; antes, tendrá usted que vérselas con otras dos damas, dos de sus más cercanas damas de compañía, la condesa Bruce y la condesa Protosova; Nuestra Alteza tiene horror por las enfermedades venéreas y, por eso, amén de hacer revisar a sus amantes minuciosamente con personas de su confianza, si no por su médico Rogerson, también los hace follar primero con las dos condesas nombradas, tenidas como tales «*probadoras*» oficiales; a ellas se les conoce en toda Europa como «*les Eprouveuses*»; luego, que ese refocilamiento por partida doble ocurra, vistos sus resultados, en una flotilla de ochenta embarcaciones, remontaremos el Dniéper para volver a visitar la Crimea entera; usted, Conde de Miranda, al lado de la Emperatriz, como su preferido del momento; compartiendo con ella el camarote imperial, todo tapizado en seda china y amueblado con sillas, divanes y canapés importados de Francia; a bordo de los barcos irán músicos y se celebrarán bailes y festejos los más diversos; en cada escala, reservaremos una sorpresa para la Emperatriz y para usted, querido Miranda; en Kremenchuk, no importa que sólo un páramo desolado, he hecho construir un palacio suntuoso para ella y para usted; es un palacio hermoseado con un jardín inglés y con una galería de espejos semejante a la de Versalles, sólo para que usted y ella hagan el amor, multiplicados una y mil veces; en Bkaterinoslav, le mostraré los cimientos de una ciudad que próximamente se construirá en su honor; la plaza principal de esa nueva ciudad llevará el nombre suyo de usted, querido Miranda, y su iglesia catedral será tanto o más grande que la de San Pedro de Roma; en fin, amigo mío, será un viaje de locura; en él usted consolidará su poder, el poder que ahora confiérole como amante oficial y oficioso de la Gran Catalina; no defraude mi señalamiento, Conde de Miranda, ¡no lo defraude!, ¡no lo defraude!, ¡con ese poder, podrá usted independizar a su patria y a la América entera!

Caracas, julio de 1986, diciembre de 1993

ÍNDICE

Esta edición de
Para seguir el vagavagar
se terminó de imprimir durante
el mes de octubre de 1998 en los talleres
de Editorial Torino, situados
en la calle El Buen Pastor,
Edif. Urbasa, piso 2, Boleíta Norte,
Caracas, Venezuela.
Son 2.000 ejemplares, impresos
en papel Premium.

Para seguir el vagavagar

Denzil Romero

Desde su celda en La Carraca, Francisco de Miranda se lanza a una nueva y desesperanzada evasión a través de la memoria. Los recuerdos de sus viajes por Europa y Asia, las aventuras que se desencadenan a su paso por Viena, Venecia, Roma, Grecia, Constantinopla y finalmente Rusia, son rescatados y elaborados por el autor, utilizándolos como pretexto para reconstruir magistralmente la cultura y la sociedad europeas de su tiempo. *Para seguir el vagavagar* constituye la tercera parte de la saga del general Francisco de Miranda, escrita y recreada por Denzil Romero en sus novelas *La tragedia del Generalísimo* (Premio Casa de las Américas en 1983) y *Grand Tour* (1988).

Abogado y profesor de filosofía, Denzil Romero (Anzoátegui, 1938) es autor de una extensa obra narrativa, que lo ha colocado como una de las figuras más destacadas de la literatura latinoamericana contemporánea. Bajo nuestro sello ha publicado *El invencionero* (cuentos, 1982) y la novela *Tonatio Castilán o un tal Dios Sol* (1993).

Monte Ávila Editores Latinoamericana